FRANCES HODGSON BURNETT

EL JARDÍN SECRETO





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

El jardín secreto

Frances Hodgson Burnett

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Portada: Maria Louise Kirk, ilustración para «The Secret Garden», 1911 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición 6

I No queda nadie 7
II La señorita Mary, siempre contraria 13
III Al otro lado del páramo 21
IV Martha 26
V El llanto en el pasillo 42
VI «¡Había alguien llorando, sí que había!». 48
VII La llave del jardín 55
VIII El petirrojo que mostró el camino 61
IX La casa más extraña en que haya vivido nadie 69
X Dickon 79
XI El nido del zorzal charlo 90
XII «¿Podría tener un pedacito de tierra?». 98
XIII «Soy Colin» 106
XIV Un joven rajá 119
XV Haciendo nidos 130
XVI «¡No quiero!», dijo Mary 142
XVII Una pataleta 149
XVIII «No hay que perder ni un rato» 156
XIX «¡Ha llegado!». 163
XX «¡Viviré para siempre, y siempre, y siempre!». 174
XXI Ben Weatherstaff 182

XXII Cuando se puso el sol 192
XXIII Magia 198
XXIV «Que se rían» 210
XXV La cortina 222
XXVI «¡Es la madre!». 229
XXVII En el jardín 239

Nota de esta edición

Frances Hodgson Burnett publicó *The Secret Garden* en 1911, primero por entregas en la revista *The American Magazine* y ese mismo año como libro, en Nueva York (Frederick A. Stokes) y en Londres (William Heinemann). Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del inglés según el texto de Project Gutenberg (libro n.º 113), que reproduce la novela completa en sus veintisiete capítulos.

Se tradujo cada oración del original, sin resumir ni añadir nada. Los nombres de personas y lugares se dejan en inglés, salvo los de los animales de Dickon, y los diálogos van entre comillas. Martha, Dickon, Ben Weatherstaff y la señora Sowerby hablan el dialecto de Yorkshire, que en el libro es parte de la historia: tutean a todos, también a los niños de la casa, y Mary y Colin terminan aprendiéndolo como señal de cariño. En castellano ese modo de hablar se marca con el tuteo, con giros de campo y con unas pocas formas como «pa'» y «na'», sin imitar el dialecto de ningún país.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el original inglés. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

El texto de Frances Hodgson Burnett es de dominio público. La ilustración de la portada es de Maria Louise Kirk para la primera edición norteamericana (1911). Traducción de Proyecto Fénix, 2026, con licencia CC BY-NC-SA 4.0: se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro.

I. No queda nadie

Cuando enviaron a Mary Lennox a la mansión de Misselthwaite a vivir con su tío, todos dijeron que era la niña de aspecto más desagradable que se hubiera visto jamás. Y era cierto. Tenía una carita flaca y un cuerpecito flaco, el pelo claro y ralo y un gesto agrio. Tenía el pelo amarillento, y la cara también, porque había nacido en la India y siempre había estado enferma de una cosa u otra. Su padre había tenido un cargo en el Gobierno inglés y siempre había estado ocupado y enfermo también él, y su madre había sido una gran belleza a quien solo le importaban las fiestas y divertirse con gente alegre. No había querido tener una niña, y cuando nació Mary la puso al cuidado de un aya, a quien dio a entender que, si quería agradar a la Mem Sahib, debía mantener a la criatura fuera de su vista lo más posible. Así que, cuando era una bebé enfermiza, quejumbrosa y fea, la mantuvieron apartada, y cuando fue una criaturita enfermiza y quejumbrosa que andaba a tropezones, la mantuvieron apartada también. Nunca recordaba haber visto de cerca nada más que los rostros morenos de su aya y de los otros sirvientes nativos, y como estos siempre le obedecían y le dejaban hacer su voluntad en todo, porque la Mem Sahib se enojaba si el llanto de la niña la molestaba, a los seis años Mary era una cerdita tan tirana y egoísta como no ha existido otra. La joven institutriz inglesa que llegó para enseñarle a leer y a escribir le tomó tanta antipatía que renunció a su puesto a los tres meses, y las otras institutrices que vinieron después a ocuparlo siempre se marcharon en menos tiempo que la primera. De modo que, si Mary no hubiera decidido que de veras quería saber leer libros, no habría aprendido ni las letras.

Una mañana de un calor espantoso, cuando tenía unos nueve años, se despertó de muy mal humor, y se puso de peor humor aún al ver que la criada que estaba junto a su cama no era su aya.

«¿Para qué vino?», le dijo a la mujer desconocida. «No voy a dejar que se quede. Mándeme a mi aya».

La mujer parecía asustada, pero solo balbuceó que el aya no podía venir, y cuando Mary se puso furiosa y la golpeó y le dio patadas, ella se asustó todavía más y repitió que no era posible que el aya viniera donde la Missie Sahib.

Había algo misterioso en el aire esa mañana. Nada se hacía en su orden de siempre y varios de los sirvientes nativos parecían haber desaparecido, mientras que los que Mary veía andaban deslizándose o apurados, con la cara gris y asustada. Pero nadie quería decirle nada y su aya no venía. A medida que avanzaba la mañana la dejaron completamente sola, y al final salió a vagar por el jardín y se puso a jugar sola bajo un árbol cerca de la veranda. Hizo como que armaba un macizo de flores, y clavó grandes flores escarlatas de hibisco en montoncitos de tierra, sintiendo cada vez más rabia y murmurando para sí lo que le diría y los nombres con que trataría a Saidie cuando volviera.

«¡Cerda! ¡Cerda! ¡Hija de cerdas!», decía, porque llamar cerdo a un nativo es la peor injuria de todas.

Estaba apretando los dientes y repitiendo esto una y otra vez cuando oyó que su madre salía a la veranda con alguien. Venía con un joven rubio, y los dos se quedaron conversando en voz baja y con un tono extraño. Mary conocía al joven rubio, que parecía un muchacho. Había oído decir que era un oficial muy joven recién llegado de Inglaterra. La niña lo miró fijamente, pero a quien más miró fue a su madre. Siempre lo hacía cuando tenía ocasión de verla, porque la Mem Sahib (así la llamaba Mary más a menudo que de cualquier otro modo) era una persona tan alta, tan esbelta y tan bonita, y llevaba unos vestidos tan hermosos. Su pelo era como seda ondulada y tenía una naricita delicada que parecía mirar las cosas con desdén, y unos ojos grandes y risueños. Toda su ropa era liviana y ondeante, y Mary decía que estaba «llena de encaje». Esa mañana parecía más llena de encaje que nunca, pero sus ojos no se reían para nada. Eran grandes y asusta-

dos, y se alzaban suplicantes hacia el rostro del oficial rubio, casi un muchacho.

«¿Es tan grave? ¡Ay! ¿De verdad lo es?», le oyó decir Mary.

«Terrible», respondió el joven con voz temblorosa. «Terrible, señora Lennox. Debió haberse ido a las montañas hace dos semanas».

La Mem Sahib se retorció las manos.

«¡Oh, ya sé que debí hacerlo!», exclamó. «Me quedé solo para ir a esa cena sin importancia. ¡Qué tonta fui!».

En ese mismo instante, de las habitaciones de los sirvientes brotó un lamento tan fuerte que ella se aferró al brazo del joven, y Mary se quedó temblando de pies a cabeza. El lamento fue haciéndose cada vez más desgarrador. «¿Qué es? ¿Qué es?», jadeó la señora Lennox.

«Alguien ha muerto», contestó el joven oficial. «No me dijo que había estallado entre sus sirvientes».

«¡No lo sabía!», gritó la Mem Sahib. «¡Venga conmigo! ¡Venga conmigo!», y se dio vuelta y corrió hacia la casa.

Después de eso ocurrieron cosas espantosas, y a Mary se le explicó el misterio de la mañana. El cólera había estallado en su forma más mortal y la gente moría como moscas. El aya se había enfermado en la noche, y los sirvientes habían gemido en sus chozas justamente porque acababa de morir. Antes del día siguiente murieron otros tres sirvientes y otros huyeron aterrados. Por todas partes había pánico, y gente moribunda en todos los bungalós.

Durante la confusión y el desconcierto del segundo día Mary se escondió en el cuarto de los niños, y todos se olvidaron de ella. Nadie pensaba en ella, nadie la quería, y ocurrían cosas extrañas de las que ella no sabía nada. Mary lloraba y dormía por turnos durante las horas. Solo sabía que había gente enferma y que oía ruidos misteriosos y aterradores. Una vez se deslizó hasta el comedor y lo encontró vacío, aunque sobre la mesa había una comida a medio terminar, y las sillas y los platos parecían haber sido empujados a toda prisa cuando los comensales se levantaron de golpe por algún motivo. La niña comió algo

de fruta y unas galletas, y como tenía sed se tomó una copa de vino que estaba casi llena. Era dulce, y ella no sabía lo fuerte que era. Muy pronto le dio un sueño tremendo, y volvió a su cuarto y se encerró otra vez, asustada por los gritos que oía en las chozas y por el sonido apresurado de pasos. El vino le dio tanto sueño que apenas podía mantener los ojos abiertos, y se acostó en su cama y no supo nada más durante mucho tiempo.

Pasaron muchas cosas durante las horas en que durmió tan profundamente, pero no la perturbaron los lamentos ni el ruido de cosas que entraban y salían del bungaló.

Cuando despertó, se quedó acostada mirando la pared. La casa estaba en un silencio perfecto. Nunca la había conocido tan callada. No oía voces ni pasos, y se preguntó si todos se habrían curado del cólera y se habría acabado el problema. Se preguntó también quién la cuidaría ahora que su aya estaba muerta. Habría una aya nueva, y quizás supiera cuentos nuevos. Mary se había cansado bastante de los antiguos. No lloró porque su niñera hubiera muerto. No era una niña cariñosa y nunca se había encariñado con nadie. El ruido, el ir y venir apresurado y los lamentos por el cólera la habían asustado, y se había enojado porque nadie parecía acordarse de que ella estaba viva. Todos estaban demasiado aterrados para pensar en una niñita a quien nadie quería. Cuando la gente tenía cólera, parecía que no se acordaba más que de sí misma. Pero si todos se habían curado, seguro que alguien se acordaría y vendría a buscarla.

Pero nadie vino, y mientras esperaba acostada la casa parecía hacerse cada vez más silenciosa. Oyó algo que se arrastraba sobre la estera y, al mirar hacia abajo, vio una culebrita que se deslizaba y la observaba con ojos como joyas. No se asustó, porque era una cosita inofensiva que no le haría daño y parecía tener prisa por salir del cuarto. Mientras ella la miraba, se escurrió bajo la puerta.

«Qué raro y qué callado está todo», dijo. «Parece que no hubiera nadie en el bungaló fuera de mí y de la culebra».

Casi al minuto siguiente oyó pasos en el recinto, y luego en la veranda. Eran pasos de hombres, y los hombres entraron al bungaló y hablaron en voz baja. Nadie salió a recibirlos ni a hablarles, y parecían abrir puertas y mirar dentro de las habitaciones.

«¡Qué desolación!», oyó decir a una voz. «¡Esa mujer tan hermosa, tan hermosa! Supongo que la niña también. Había oído que había una niña, aunque nadie la veía nunca».

Mary estaba parada en medio del cuarto de los niños cuando, unos minutos después, abrieron la puerta. Se veía fea y malhumorada, y fruncía el ceño porque empezaba a tener hambre y a sentirse vergonzosamente abandonada. El primer hombre que entró era un oficial corpulento a quien ella había visto una vez conversando con su padre. Se veía cansado y preocupado, pero al verla se sobresaltó tanto que casi dio un salto hacia atrás.

«¡Barney!», gritó. «¡Aquí hay una niña! ¡Una niña sola! ¡En un lugar como este! ¡Dios mío, quién será!».

«Soy Mary Lennox», dijo la niña, enderezándose tiesa. Le pareció que el hombre era muy grosero al llamar «¡Un lugar como este!» al bungaló de su padre. «Me quedé dormida cuando todos tenían cólera y acabo de despertar. ¿Por qué no viene nadie?».

«¡Es la niña que nadie veía nunca!», exclamó el hombre, volviéndose hacia sus compañeros. «¡De verdad la han olvidado!».

«¿Por qué me olvidaron?», dijo Mary, pataleando. «¿Por qué no viene nadie?».

El joven que se llamaba Barney la miró con mucha tristeza. A Mary hasta le pareció que parpadeaba como para espantar unas lágrimas.

«¡Pobre chiquilla!», dijo. «No queda nadie que pueda venir».

Fue de esa manera extraña y repentina como Mary supo que ya no tenía ni padre ni madre; que habían muerto y los habían sacado durante la noche, y que los pocos sirvientes nativos que no habían muerto también habían abandonado la casa lo más rápido que pudieron, sin que a ninguno se le ocurriera siquiera que existía una Missie Sahib.

Por eso el lugar estaba tan silencioso. Era verdad que en el bungaló no había nadie más que ella y la culebrita que se arrastraba.

II. La señorita Mary, siempre contraria

A Mary le gustaba mirar a su madre desde lejos y la había encontrado muy bonita, pero como la conocía muy poco, difícilmente se podía esperar que la quisiera ni que la echara mucho de menos cuando se fue. De hecho no la echó de menos para nada, y como era una niña ensimismada, dedicó todos sus pensamientos a sí misma, como siempre lo había hecho. Si hubiera sido mayor, sin duda se habría angustiado mucho al quedar sola en el mundo, pero era muy chica, y como siempre la habían cuidado, suponía que siempre la cuidarían. Lo que pensaba era que le gustaría saber si iba a vivir con gente agradable, que fuera amable con ella y le dejara hacer su voluntad, como habían hecho su aya y los otros sirvientes nativos.

Sabía que no se iba a quedar en la casa del pastor inglés adonde la llevaron al principio. No quería quedarse. El pastor inglés era pobre y tenía cinco hijos casi de la misma edad, que andaban con ropa gastada y siempre estaban peleando y quitándose los juguetes unos a otros. Mary detestaba su bungaló desordenado y fue tan desagradable con ellos que, pasado el primer día o dos, nadie quiso jugar con ella. Al segundo día ya le habían puesto un apodo que la puso furiosa.

Fue Basil quien lo pensó primero. Basil era un niño de ojos azules y descarados y nariz respingona, y Mary lo detestaba. Ella estaba jugando sola bajo un árbol, igual que el día en que estalló el cólera. Hacía montones de tierra y senderos para un jardín, y Basil llegó y se quedó cerca para mirarla. Al rato se interesó bastante y de pronto le hizo una sugerencia.

«¿Por qué no pones allí un montón de piedras y haces como que es un jardín de rocas?», dijo. «Ahí, en el medio», y se inclinó sobre ella para señalar.

«¡Vete!», gritó Mary. «No quiero niños. ¡Vete!».

Por un momento Basil se enojó, y luego empezó a burlarse. Siempre se burlaba de sus hermanas. Bailó alrededor de ella, le hizo muecas, y cantó y se rio.

Señorita Mary, siempre contraria,
¿cómo crece tu jardín?
Con campanillas de plata y conchitas de mar,
y caléndulas todas en fila.

Lo cantó hasta que los otros niños lo oyeron y se rieron también; y mientras más se enojaba Mary, más cantaban «Señorita Mary, siempre contraria»; y desde entonces, mientras estuvo con ellos, la llamaron «la señorita Mary Siempre Contraria» cuando hablaban de ella entre ellos, y a menudo también cuando le hablaban a ella.

«Te van a mandar a tu casa», le dijo Basil, «a fines de la semana. Y nos alegramos».

«Yo también me alegro», contestó Mary. «¿Dónde queda mi casa?».

«¡No sabe dónde queda su casa!», dijo Basil, con el desprecio de sus siete años. «En Inglaterra, claro. Allá vive nuestra abuelita, y a nuestra hermana Mabel la mandaron con ella el año pasado. Tú no vas donde tu abuelita. No tienes. Vas donde tu tío. Se llama el señor Archibald Craven».

«No sé nada de él», replicó Mary de mala manera.

«Ya sé que no sabes», respondió Basil. «No sabes nada. Las niñas nunca saben. Oí a papá y mamá hablando de él. Vive en una casa vieja, enorme y desolada en el campo, y nadie se le acerca. Es tan gruñón que no los deja, y no irían aunque los dejara. Es jorobado, y es horrible».

«No te creo», dijo Mary; y le dio la espalda y se tapó los oídos con los dedos, porque no quería oír más.

Pero lo pensó mucho después; y cuando esa noche la señora Crawford le dijo que dentro de unos días zarparía rumbo a Inglaterra para ir donde su tío, el señor Archibald Craven, que vivía en la mansión de

Misselthwaite, puso una cara tan de piedra y tan obstinadamente indiferente que no supieron qué pensar de ella. Trataron de ser amables con ella, pero solo volvió la cara cuando la señora Crawford intentó darle un beso, y se puso tiesa cuando el señor Crawford le dio unas palmaditas en el hombro.

«Es una niña tan poco agraciada», dijo después la señora Crawford, compadecida. «Y su madre era una criatura tan linda. Tenía también unos modales muy lindos, y Mary tiene las maneras más antipáticas que he visto en una niña. Los niños la llaman "la señorita Mary Siempre Contraria", y aunque es una maldad de su parte, una no puede dejar de entenderlos».

«Quizás si su madre hubiera llevado más a menudo su linda cara y sus lindos modales al cuarto de los niños, Mary habría podido aprender también algún modo lindo. Da mucha pena, ahora que se fue esa pobre criatura hermosa, recordar que mucha gente ni siquiera supo que tenía una hija».

«Creo que casi nunca la miraba», suspiró la señora Crawford. «Cuando murió el aya, no hubo nadie que pensara un momento en la pobre cosita. Imagínate a los sirvientes huyendo y dejándola completamente sola en ese bungaló abandonado. El coronel McGrew me dijo que casi se le salió el alma del cuerpo cuando abrió la puerta y la encontró parada sola en medio del cuarto».

Mary hizo el largo viaje a Inglaterra al cuidado de la esposa de un oficial, que llevaba a sus hijos para dejarlos en un internado. Esta estaba muy absorta en su propio niño y su propia niña, y se alegró bastante de entregar a la pequeña a la mujer que el señor Archibald Craven envió a buscarla a Londres. La mujer era su ama de llaves en la mansión de Misselthwaite, y se llamaba señora Medlock. Era una mujer robusta, de mejillas muy rojas y ojos negros y penetrantes. Llevaba un vestido muy morado, una capa de seda negra con flecos de azabache y un sombrero negro con flores de terciopelo morado que se erguían y temblaban cuando movía la cabeza. A Mary no le gustó nada, pero co-

mo muy pocas veces le gustaba la gente, eso no tenía nada de extraño; además, era muy evidente que la señora Medlock tampoco tenía gran opinión de ella.

«¡Válgame Dios! ¡Es una cosita bien poco agraciada!», dijo. «Y nos habían dicho que su madre era una belleza. No heredó mucho de ella, ¿verdad, señora?».

«Quizás mejore al crecer», dijo la esposa del oficial con buen ánimo. «Si no fuera tan cetrina y tuviera una expresión más agradable, sus facciones son bastante buenas. Los niños cambian tanto».

«Tendrá que cambiar bastante», respondió la señora Medlock. «Y en Misselthwaite no hay nada que pueda mejorar a los niños, si quiere saber mi opinión».

Pensaron que Mary no escuchaba porque estaba un poco apartada de ellas, junto a la ventana del hotel particular adonde habían ido. Miraba pasar los autobuses, los coches de alquiler y la gente, pero oía muy bien y le dio mucha curiosidad su tío y el lugar donde vivía. ¿Qué clase de lugar era, y cómo sería él? ¿Qué era un jorobado? Nunca había visto uno. Quizás no había ninguno en la India.

Desde que vivía en casas ajenas y no tenía aya, había empezado a sentirse sola y a tener pensamientos raros que eran nuevos para ella. Había empezado a preguntarse por qué nunca le había parecido pertenecer a nadie, ni siquiera cuando vivían su padre y su madre. Los otros niños parecían pertenecer a sus padres y madres, pero ella nunca había sentido ser de verdad la niñita de nadie. Había tenido sirvientes, comida y ropa, pero nadie le había hecho caso. No sabía que esto era porque era una niña desagradable; aunque, claro, tampoco sabía que era desagradable. A menudo pensaba que los demás lo eran, pero no sabía que ella misma lo era.

Le pareció que la señora Medlock era la persona más desagradable que había visto, con su cara vulgar y subida de color y su vulgar sombrero elegante. Al día siguiente, cuando salieron de viaje hacia Yorkshire, atravesó la estación hasta el vagón con la cabeza en alto,

tratando de mantenerse lo más lejos posible de ella, porque no quería que pareciera que andaba con ella. Le habría dado rabia pensar que la gente imaginara que era su niñita.

Pero a la señora Medlock ella y sus pensamientos no la inquietaban en lo más mínimo. Era el tipo de mujer que «no aguanta tonterías de los chiquillos». Al menos eso habría dicho si le hubieran preguntado. No había querido ir a Londres justo cuando la hija de su hermana María estaba por casarse, pero tenía un puesto cómodo y bien pagado como ama de llaves en la mansión de Misselthwaite, y la única manera de conservarlo era hacer enseguida lo que el señor Archibald Craven le ordenara. Nunca se atrevía ni a hacer una pregunta.

«El capitán Lennox y su esposa murieron de cólera», había dicho el señor Craven en su manera breve y fría. «El capitán Lennox era hermano de mi esposa y yo soy tutor de su hija. Hay que traer aquí a la niña. Usted debe ir a Londres y traerla personalmente».

Así que hizo su pequeño baúl y emprendió el viaje.

Mary iba sentada en su rincón del vagón y se veía poco agraciada y quejumbrosa. No tenía nada que leer ni que mirar, y había cruzado sobre el regazo sus manitas flacas enguantadas de negro. Su vestido negro la hacía verse más amarilla que nunca, y su pelo lacio y claro se le escapaba desgreñado por debajo del sombrero de crespón negro.

«Una chiquilla más *marred* no he visto en mi vida», pensó la señora Medlock. (*Marred* es una palabra de Yorkshire y quiere decir malcriada y caprichosa.) Nunca había visto a una niña quedarse tan quieta sin hacer nada; y al final se cansó de mirarla y empezó a hablar con voz enérgica y dura.

«Supongo que no está de más que le cuente algo del lugar adonde va», dijo. «¿Sabe algo de su tío?».

«No», dijo Mary.

«¿Nunca oyó hablar de él a su padre y a su madre?».

«No», dijo Mary frunciendo el ceño. Frunció el ceño porque recordó que su padre y su madre nunca le habían hablado de nada en parti-

cular. Desde luego nunca le habían contado cosas.

«Humm», murmuró la señora Medlock, mirando su carita rara y callada. No dijo nada más por unos momentos y luego empezó de nuevo.

«Supongo que más vale decirle algo, para prepararla. Va a un lugar raro».

Mary no dijo nada, y la señora Medlock pareció algo desconcertada por su aparente indiferencia, pero, tras tomar aire, siguió.

«No es que no sea un lugar grande y majestuoso, a su manera sombría, y el señor Craven está orgulloso de él a su manera, que también es bastante sombría. La casa tiene seiscientos años y está al borde del páramo, y tiene casi cien habitaciones, aunque la mayoría están cerradas con llave. Y hay cuadros, y muebles antiguos muy finos y cosas que llevan allí siglos, y alrededor hay un parque grande y jardines y árboles con las ramas colgando hasta el suelo, algunos de ellos». Hizo una pausa y tomó aire otra vez. «Pero no hay nada más», terminó de golpe.

Mary había empezado a escuchar sin querer. Todo sonaba tan distinto de la India, y cualquier cosa nueva la atraía bastante. Pero no pensaba demostrar interés. Esa era una de sus maneras desdichadas y desagradables. Así que se quedó quieta.

«Bueno», dijo la señora Medlock. «¿Qué le parece?».

«Nada», contestó. «No sé nada de esos lugares».

Eso hizo reír a la señora Medlock con una risita corta.

«¡Vaya!», dijo, «pero es usted como una vieja. ¿No le importa?».

«No importa», dijo Mary, «si me importa o no».

«En eso tiene toda la razón», dijo la señora Medlock. «No importa. Para qué la tienen en la mansión de Misselthwaite no lo sé, a no ser que sea lo más fácil. *Él* no va a darse la molestia por usted, eso es seguro. Nunca se da la molestia por nadie».

Se detuvo como si se hubiera acordado a tiempo de algo.

«Tiene la espalda torcida», dijo. «Eso lo echó a perder. Era un joven amargado y de nada le sirvió todo su dinero ni su gran casa hasta que

se casó».

Los ojos de Mary se volvieron hacia ella a pesar de su propósito de no parecer interesada. Nunca había pensado que un jorobado pudiera estar casado y se sorprendió un poco. La señora Medlock lo notó, y como era una mujer conversadora, siguió con más ganas. Era una manera de hacer pasar parte del tiempo, de todos modos.

«Ella era una cosita dulce y bonita, y él habría recorrido el mundo entero para traerle una brizna de hierba que ella quisiera. Nadie pensó que se casaría con él, pero se casó, y la gente decía que se casó por su dinero. Pero no fue así, no fue así», dijo con firmeza. «Cuando ella murió..».

Mary dio un saltito involuntario.

«¡Ay! ¿Murió?», exclamó, completamente sin querer. Acababa de acordarse de un cuento de hadas francés que había leído una vez, llamado «Riquete el del Copete». Trataba de un pobre jorobado y una hermosa princesa, y de pronto le dio pena el señor Archibald Craven.

«Sí, murió», respondió la señora Medlock. «Y lo dejó más raro que nunca. No le importa nadie. No quiere ver gente. La mayor parte del tiempo se va, y cuando está en Misselthwaite se encierra en el ala oeste y no deja que lo vea nadie más que Pitcher. Pitcher es un viejo, pero lo cuidó cuando era niño y conoce sus costumbres».

Sonaba como algo sacado de un libro y no alegró a Mary. Una casa con cien habitaciones, casi todas cerradas y con las puertas con llave; una casa al borde de un páramo, fuera lo que fuera un páramo, sonaba lúgubre. ¡Y un hombre con la espalda torcida que también se encerraba! Miró por la ventana con los labios apretados, y le pareció muy natural que hubiera empezado a caer la lluvia en rayas grises e inclinadas, salpicando y corriendo por los vidrios. Si la bonita esposa hubiera estado viva, quizás habría alegrado las cosas pareciéndose a su propia madre, entrando y saliendo y yendo a fiestas como ella con vestidos «llenos de encaje». Pero ya no estaba.

«No espere verlo, porque diez a uno que no lo verá», dijo la señora

Medlock. «Y tampoco espere que haya gente que converse con usted. Tendrá que jugar por ahí y arreglárselas sola. Le dirán a qué habitaciones puede entrar y de cuáles debe mantenerse lejos. Hay jardines de sobra. Pero cuando esté en la casa no ande vagando ni hurgando. El señor Craven no lo permite».

«No querré andar hurgando», dijo la agria Mary, y así como de pronto había empezado a sentir algo de pena por el señor Archibald Craven, de pronto dejó de sentirla y pensó que era lo bastante antipático como para merecer todo lo que le había pasado.

Y volvió la cara hacia los vidrios chorreantes de la ventana del vagón y se quedó mirando la tormenta gris, que parecía que seguiría por siempre jamás. La miró tanto rato y con tanta fijeza que la grisura se fue haciendo cada vez más pesada ante sus ojos, y se quedó dormida.

III. Al otro lado del páramo

Durmió mucho rato, y cuando despertó, la señora Medlock había comprado una cesta con almuerzo en una de las estaciones, y comieron un poco de pollo, carne fría, pan con mantequilla y té caliente. La lluvia parecía caer más fuerte que nunca, y todos en la estación llevaban impermeables mojados y relucientes. El guarda encendió las lámparas del vagón, y la señora Medlock se puso muy animada con su té, su pollo y su carne. Comió muchísimo y después se quedó dormida ella también, y Mary se sentó a mirarla y vio cómo su sombrero elegante se le iba ladeando, hasta que ella misma se durmió de nuevo en su rincón del vagón, arrullada por el golpeteo de la lluvia contra las ventanas. Estaba bien oscuro cuando despertó otra vez. El tren se había detenido en una estación y la señora Medlock la sacudía.

«¡Qué sueño se echó!», dijo. «¡Ya es hora de abrir los ojos! Estamos en la estación de Thwaite y nos queda un buen trecho en coche».

Mary se puso de pie y trató de mantener los ojos abiertos mientras la señora Medlock juntaba sus paquetes. La niña no hizo ademán de ayudarla, porque en la India los sirvientes nativos siempre recogían y cargaban las cosas, y le parecía de lo más correcto que los demás estuvieran a su servicio.

La estación era pequeña y nadie más que ellas parecía bajar del tren. El jefe de estación le habló a la señora Medlock de manera ruda y bonachona, pronunciando las palabras de un modo raro y cerrado que Mary supo después que era el habla de Yorkshire.

«Veo que has vuelto», dijo. «Y que traes contigo a la chiquilla».

«Sí, esa es», contestó la señora Medlock, hablando también ella con acento de Yorkshire y señalando a Mary con un movimiento de cabeza por encima del hombro. «¿Cómo está tu señora?».

«Bien, bien. El coche te espera afuera».

En el camino, frente al pequeño andén exterior, esperaba un cupé. Mary vio que era un coche elegante y que era un lacayo elegante el que la ayudó a subir. Su largo abrigo impermeable y la funda impermeable de su sombrero brillaban y goteaban de lluvia, como todo lo demás, incluido el corpulento jefe de estación.

Cuando él cerró la puerta, subió al pescante junto al cochero y echaron a andar, la niña se encontró sentada en un rincón cómodamente acolchado, pero no tenía ganas de volver a dormirse. Se quedó mirando por la ventana, con curiosidad por ver algo del camino por donde la llevaban al lugar raro del que había hablado la señora Medlock. No era para nada una niña tímida y no estaba exactamente asustada, pero sentía que no se podía saber lo que podía pasar en una casa con cien habitaciones casi todas cerradas, una casa que estaba al borde de un páramo.

«¿Qué es un páramo?», preguntó de pronto a la señora Medlock.

«Mire por la ventana dentro de unos diez minutos y lo verá», respondió la mujer. «Tenemos que recorrer cinco millas por el páramo de Missel antes de llegar a la mansión. No verá mucho porque es una noche oscura, pero algo verá».

Mary no hizo más preguntas, sino que esperó en la oscuridad de su rincón, con los ojos fijos en la ventana. Las lámparas del coche echaban rayos de luz a poca distancia por delante, y ella alcanzaba a ver fugazmente las cosas que iban pasando. Al salir de la estación habían atravesado un pueblo diminuto y ella había visto casitas encaladas y las luces de una taberna. Luego habían pasado junto a una iglesia y una casa parroquial y una o dos vitrinas de tiendecitas en casas, con juguetes, dulces y cosas curiosas puestas a la venta. Después estuvieron en el camino real y vio setos y árboles. Después de eso, durante largo rato no pareció haber nada distinto, o al menos a ella le pareció largo.

Por fin los caballos empezaron a ir más despacio, como si subieran una cuesta, y poco después ya no parecía haber setos ni árboles. De hecho, no podía ver nada más que una oscuridad densa a ambos lados.

Se inclinó hacia adelante y apoyó la cara contra el vidrio justo cuando el coche daba un gran tumbo.

«¡Ah! Ahora sí que estamos en el páramo», dijo la señora Medlock.

Las lámparas del coche echaban una luz amarilla sobre un camino de aspecto rústico, que parecía abierto entre arbustos y plantas bajas, y que terminaba en la gran extensión de oscuridad que al parecer se abría ante ellas y alrededor de ellas. Se estaba levantando un viento que hacía un ruido extraño, salvaje, sordo y veloz.

«No es... no es el mar, ¿verdad?», dijo Mary, volviéndose hacia su compañera.

«No, no es», respondió la señora Medlock. «Ni son campos ni montañas, son solo millas y millas y millas de tierra salvaje donde no crece nada más que brezo, aulaga y retama, y donde no vive nada más que ponis salvajes y ovejas».

«Siento que podría ser el mar, si tuviera agua», dijo Mary. «Ahora suena como el mar».

«Es el viento que sopla entre los arbustos», dijo la señora Medlock. «A mi parecer es un lugar salvaje y bastante triste, aunque hay muchos a quienes les gusta, sobre todo cuando florece el brezo».

Siguieron y siguieron por la oscuridad, y aunque dejó de llover, el viento pasaba a toda carrera, silbaba y hacía ruidos extraños. El camino subía y bajaba, y varias veces el coche cruzó un puentecito bajo el cual el agua corría muy rápido y con mucho estruendo. Mary sentía que el viaje no terminaría nunca y que el ancho y desolado páramo era una inmensa extensión de océano negro que ella cruzaba sobre una franja de tierra seca.

«No me gusta», se dijo. «No me gusta», y apretó más aún sus labios delgados.

Los caballos subían por un tramo de camino en cuesta cuando ella vio por primera vez una luz. La señora Medlock la vio en el mismo instante y soltó un largo suspiro de alivio.

«¡Ay, cuánto me alegra ver titilar esa lucecita!», exclamó. «Es la luz

de la ventana de la portería. De aquí a un rato tendremos una buena taza de té, al menos».

Fue «de aquí a un rato», como ella decía, porque cuando el coche pasó por las puertas del parque aún quedaban dos millas de avenida, y los árboles (que casi se juntaban arriba) hacían parecer que iban por una larga bóveda oscura.

Salieron de la bóveda a un espacio despejado y se detuvieron frente a una casa inmensamente larga pero de poca altura, que parecía extenderse sin orden alrededor de un patio de piedra. Al principio Mary pensó que no había ninguna luz en las ventanas, pero al bajar del coche vio que una habitación en una esquina del piso de arriba mostraba un resplandor tenue.

La puerta de entrada era enorme, hecha de macizos paneles de roble de formas curiosas, tachonados de grandes clavos de hierro y reforzados con grandes barras de hierro. Se abría a un vestíbulo inmenso, tan débilmente alumbrado que los rostros de los retratos de las paredes y las figuras de las armaduras hicieron que Mary no quisiera mirarlos. Parada sobre el suelo de piedra, se veía una figurita negra, muy pequeña y rara, y se sentía tan pequeña, tan perdida y tan rara como se veía.

Cerca del criado que les abrió la puerta había un anciano flaco y pulcro.

«Debe llevarla a su cuarto», dijo con voz ronca. «No quiere verla. Mañana temprano se va a Londres».

«Muy bien, señor Pitcher», respondió la señora Medlock. «Mientras yo sepa lo que se espera de mí, me las arreglo».

«Lo que se espera de usted, señora Medlock», dijo el señor Pitcher, «es que se asegure de que no lo molesten y de que no vea lo que no quiere ver».

Y entonces llevaron a Mary Lennox por una amplia escalera, por un largo corredor, por unos pocos escalones, y por otro corredor y otro más, hasta que se abrió una puerta en una pared y se encontró en una

habitación con fuego encendido y una cena puesta sobre una mesa.

La señora Medlock dijo sin ceremonia:

«¡Bueno, aquí está! Va a vivir en esta habitación y en la de al lado, y tiene que quedarse en ellas. ¡No se le olvide!».

De esta manera llegó la señorita Mary a la mansión de Misselthwaite, y quizás nunca en toda su vida se había sentido tan contraria.

IV. Martha

Cuando abrió los ojos por la mañana fue porque una criada joven había entrado en su cuarto a encender el fuego y, arrodillada sobre la alfombra de la chimenea, rastrillaba ruidosamente las cenizas. Mary se quedó acostada mirándola unos momentos y luego empezó a mirar el cuarto. Nunca había visto un cuarto parecido, y le pareció curioso y lúgubre. Las paredes estaban cubiertas con un tapiz que tenía bordada una escena de bosque. Bajo los árboles había gente vestida de modo fantástico, y a lo lejos se divisaban las torrecillas de un castillo. Había cazadores, caballos, perros y damas. Mary sintió que estaba en el bosque con ellos. Por una ventana honda se veía una gran extensión de tierra en cuesta que parecía no tener árboles, y que se asemejaba a un mar interminable, apagado y violáceo.

«¿Qué es eso?», dijo, señalando por la ventana.

Martha, la joven criada, que acababa de ponerse de pie, miró y señaló también.

«¿Eso de allá?», dijo.

«Sí».

«Eso es el páramo», con una sonrisa bonachona. «¿Te gusta?».

«No», contestó Mary. «Lo detesto».

«Es porque no estás acostumbrada», dijo Martha, volviendo a su chimenea. «Ahora te parece demasiado grande y pelado. Pero ya te va a gustar».

«¿A ti te gusta?», preguntó Mary.

«Sí, y mucho», contestó Martha, sacándole brillo a la parrilla con buen ánimo. «Me encanta. No es nada pelado. Está cubierto de cosas que crecen y huelen rico. Es lindísimo en primavera y en verano, cuando florecen la aulaga, la retama y el brezo. Huele a miel y hay tanto aire fresco, y el cielo se ve tan alto, y las abejas y las alondras hacen un

ruido tan bonito, zumbando y cantando. ¡Ay! No viviría lejos del páramo por nada del mundo».

Mary la escuchaba con expresión grave y desconcertada. Los sirvientes nativos a los que estaba acostumbrada en la India no se parecían en nada a esto. Eran serviles y obsequiosos, y no se atrevían a hablar a sus amos como si fueran sus iguales. Hacían reverencias y los llamaban «protector de los pobres» y nombres por el estilo. A los sirvientes indios se les mandaba hacer las cosas, no se les pedía. No era la costumbre decir «por favor» y «gracias», y Mary siempre le había dado una bofetada a su aya cuando estaba enojada. Se preguntó un poco qué haría esta muchacha si uno le diera una bofetada. Era una criatura redonda, sonrosada y de aspecto bonachón, pero tenía un modo recio que hacía pensar a la señorita Mary que incluso podría devolver la bofetada, si quien se la daba era solo una niña.

«Eres una sirvienta extraña», dijo desde sus almohadas, con bastante altivez.

Martha se sentó sobre los talones, con el cepillo de limpiar en la mano, y se rio, sin parecer enojada en lo más mínimo.

«¡Ay! Eso lo sé», dijo. «Si hubiera una gran señora en Misselthwaite, yo no habría sido ni siquiera una de las criadas de menor rango. Quizás me habrían dejado de pinche de cocina, pero nunca me habrían dejado subir. Soy muy corriente y hablo demasiado a lo Yorkshire. Pero esta es una casa curiosa, por grande que sea. Es como si no hubiera ni amo ni señora, salvo el señor Pitcher y la señora Medlock. El señor Craven, cuando está aquí no quiere que lo molesten por nada, y casi siempre anda fuera. La señora Medlock me dio el puesto por bondad. Me dijo que no habría podido hacerlo si Misselthwaite fuera como las otras casas grandes».

«¿Vas a ser mi sirvienta?», preguntó Mary, todavía a su imperiosa manera de niña de la India.

Martha empezó a frotar otra vez su parrilla.

«Soy sirvienta de la señora Medlock», dijo con firmeza. «Y ella es

del señor Craven, pero yo tengo que hacer aquí arriba el trabajo de criada y atenderte un poquito. Aunque no vas a necesitar mucha atención».

«¿Quién me va a vestir?», exigió Mary.

Martha se sentó otra vez sobre los talones y se quedó mirándola. En su asombro habló en el más cerrado Yorkshire.

«¿Y es que no te sabes poner los trapos tú solita, pues?», dijo.

«¿Qué quieres decir? No entiendo tu lenguaje», dijo Mary.

«¡Ay! Se me olvidó», dijo Martha. «La señora Medlock me dijo que tuviera cuidado o no entenderías lo que digo. Quiero decir, ¿que no puedes ponerte tu propia ropa?».

«No», contestó Mary, bastante indignada. «Nunca lo hice en mi vida. Mi aya me vestía, por supuesto».

«Bueno», dijo Martha, evidentemente sin darse cuenta de que era descarada, «ya es hora de que aprendas. No puedes empezar más chica. Te hará bien atenderte sola un poco. Mi madre siempre decía que no entendía por qué los hijos de la gente elegante no salían todos unos tontos de remate, con las niñeras y eso de que los laven, los vistan y los saquen a pasear como si fueran cachorros».

«En la India es distinto», dijo la señorita Mary con desdén. Apenas podía soportar aquello.

Pero Martha no se achicó para nada.

«¡Ay! Ya veo que es distinto», respondió casi con simpatía. «Será que allá hay tanto negro en vez de gente blanca y respetable. Cuando supe que venías de la India, pensé que tú también eras negra».

Mary se sentó en la cama, furiosa.

«¡Qué!», dijo. «¡Qué! Pensaste que yo era una nativa. ¡Tú... tú, hija de cerdo!».

Martha se quedó mirándola, y se le subieron los colores.

«¿A quién le dices esos nombres?», dijo. «No hace falta que te enojes tanto. Esa no es manera de hablar para una señorita. Yo no tengo nada contra los negros. Cuando uno lee de ellos en los folletos religio-

sos, siempre son muy piadosos. Siempre se lee que un negro es un hombre y un hermano. Yo nunca vi uno, y me alegró un montón pensar que iba a ver uno de cerca. Cuando entré esta mañana a encender tu fuego, me acerqué despacito a tu cama y te levanté la cobija con cuidado para mirarte. Y ahí estabas», con desilusión, «tan poco negra como yo, aunque eres tan amarilla».

Mary ni siquiera trató de contener su rabia y su humillación.

«¡Pensaste que yo era una nativa! ¡Cómo te atreves! ¡Tú no sabes nada de los nativos! No son personas, son sirvientes que deben hacerte reverencias. Tú no sabes nada de la India. ¡No sabe nada de nada!».

Estaba tan furiosa y se sentía tan impotente ante la mirada sencilla de la muchacha, y de algún modo se sintió de pronto tan horriblemente sola y lejos de todo lo que entendía y que la entendía a ella, que se echó boca abajo sobre las almohadas y rompió a sollozar con desesperación. Sollozó con tan poco freno que la bonachona Martha de Yorkshire se asustó un poco y se compadeció bastante. Fue hasta la cama y se inclinó sobre ella.

«¡Ay! ¡No debes llorar así!», le rogó. «No debes, de verdad. No sabía que te ibas a enojar. No sé nada de nada, tal como dijiste. Te pido perdón, señorita. Deja de llorar, por favor».

Había algo consolador y de verdad amistoso en su curioso hablar de Yorkshire y en su modo recio, y eso hizo buen efecto en Mary. Poco a poco dejó de llorar y se quedó callada. Martha pareció aliviada.

«Ya es hora de que te levantes», dijo. «La señora Medlock dijo que te llevara el desayuno, el té y la comida al cuarto de al lado. Lo han arreglado como cuarto de niños para ti. Te ayudaré a ponerte la ropa si sales de la cama. Si los botones están atrás, tú sola no puedes abrocharlos».

Cuando por fin Mary decidió levantarse, la ropa que Martha sacó del armario no era la que llevaba cuando llegó la noche anterior con la señora Medlock.

«Esa no es mía», dijo. «La mía es negra».

Examinó el grueso abrigo y el vestido de lana blanca, y añadió con fría aprobación:

«Estos son más bonitos que los míos».

«Estos son los que tienes que ponerte», contestó Martha. «El señor Craven le ordenó a la señora Medlock que los comprara en Londres. Dijo: "No quiero que una niña vestida de negro ande vagando como alma en pena. Haría el lugar más triste de lo que ya es. Pónganle color." Mi madre dijo que sabía lo que quería decir. Mi madre siempre sabe lo que quiere decir uno. Ella tampoco está de acuerdo con el negro».

«Detesto las cosas negras», dijo Mary.

Vestirse fue algo que les enseñó cosas a las dos. Martha había «abrochado» a sus hermanitos y hermanitas, pero nunca había visto a una niña que se quedara quieta esperando que otra persona le hiciera todo, como si no tuviera manos ni pies propios.

«¿Por qué no te pones tus propios zapatos?», dijo cuando Mary extendió tranquilamente el pie.

«Mi aya lo hacía», contestó Mary, mirándola fijamente. «Era la costumbre».

Decía eso muy a menudo: «Era la costumbre». Los sirvientes nativos lo decían siempre. Si uno les mandaba hacer algo que sus antepasados no habían hecho en mil años, lo miraban con mansedumbre y decían: «No es la costumbre», y uno sabía que ahí terminaba el asunto.

No había sido la costumbre que la señorita Mary hiciera otra cosa que quedarse parada y dejarse vestir como una muñeca, pero antes de estar lista para el desayuno empezó a sospechar que su vida en la mansión de Misselthwaite terminaría enseñándole varias cosas muy nuevas para ella, como ponerse sus propios zapatos y medias, y recoger las cosas que se le caían. Si Martha hubiera sido una buena y bien adiestrada doncella de señorita, habría sido más sumisa y respetuosa y habría sabido que era su obligación cepillar el pelo, abrochar las botas, y recoger las cosas y guardarlas. Pero era solo una campesina de Yorkshire sin adiestrar, criada en una casita del páramo con un enjam-

bre de hermanitos y hermanitas que jamás habían soñado con hacer otra cosa que atenderse a sí mismos y a los más chicos, que eran o bebés en brazos o niños que apenas empezaban a andar a tropezones y a caerse con todo.

Si Mary Lennox hubiera sido una niña dispuesta a divertirse, quizás se habría reído de las ganas de conversar de Martha, pero Mary solo la escuchaba con frialdad y se asombraba de su desenvoltura. Al principio no le interesaba nada, pero poco a poco, mientras la muchacha seguía parloteando a su manera sencilla y de buen carácter, Mary empezó a fijarse en lo que decía.

«¡Ay! Tendrías que verlos a todos», dijo. «Somos doce y mi padre solo gana dieciséis chelines a la semana. Te digo que mi madre se las ve negras para conseguir gachas para todos. Se revuelcan en el páramo y juegan allá todo el día, y mi madre dice que el aire del páramo los engorda. Dice que cree que comen el pasto igual que los ponis salvajes. Nuestro Dickon, que tiene doce años, tiene un poni joven que dice que es suyo».

«¿De dónde lo sacó?», preguntó Mary.

«Lo encontró en el páramo con su madre cuando era chiquito, y empezó a hacerse amigo de él y a darle trocitos de pan y a arrancarle pasto tierno. Y le tomó tanto cariño que lo sigue a todas partes y lo deja subirse a su lomo. Dickon es un muchacho bueno y los animales lo quieren».

Mary nunca había tenido un animalito suyo y siempre había pensado que le gustaría uno. De modo que empezó a sentir un leve interés por Dickon, y como nunca antes se había interesado por nadie más que por sí misma, fue el comienzo de un sentimiento sano. Cuando entró en el cuarto que habían arreglado como cuarto de niños para ella, encontró que se parecía bastante a aquel en que había dormido. No era un cuarto de niña sino de persona mayor, con cuadros viejos y lúgubres en las paredes y pesadas sillas antiguas de roble. Una mesa en el centro estaba puesta con un buen desayuno sustancioso. Pero ella

siempre había tenido muy poco apetito, y miró con algo más que indiferencia el primer plato que Martha le puso delante.

«No lo quiero», dijo.

«¡No quieres tus gachas!», exclamó Martha incrédula.

«No».

«No sabes lo ricas que son. Échales un poquito de melaza o de azúcar».

«No lo quiero», repitió Mary.

«¡Ay!», dijo Martha. «No soporto ver que se echa a perder comida buena. Si nuestros niños estuvieran en esta mesa, la dejarían limpia en cinco minutos».

«¿Por qué?», dijo Mary con frialdad.

«¡Por qué!», repitió Martha. «Porque casi nunca en su vida han tenido el estómago lleno. Tienen tanta hambre como los halcones y los zorros chicos».

«No sé lo que es tener hambre», dijo Mary, con la indiferencia de la ignorancia.

Martha se indignó.

«Pues te haría bien probarlo. Eso se ve clarito», dijo con franqueza. «No tengo paciencia con la gente que se sienta a mirar nomás el pan bueno y la carne. ¡Válgame! Cómo quisiera que Dickon, Phil, Jane y los demás tuvieran lo que hay aquí bajo sus delantales».

«¿Por qué no se lo llevas?», sugirió Mary.

«No es mío», contestó Martha con firmeza. «Y este no es mi día libre. Tengo mi día libre una vez al mes, igual que las demás. Entonces voy a casa y le arreglo todo a mi madre y le doy un día de descanso».

Mary bebió un poco de té y comió un poco de pan tostado con mermelada.

«Abrígate bien y sal a jugar», dijo Martha. «Te hará bien y te dará algo de apetito para la carne».

Mary fue a la ventana. Había jardines, senderos y grandes árboles, pero todo se veía apagado e invernal.

«¿Salir? ¿Por qué iba a salir en un día como este?».

«Bueno, si no sales, te vas a quedar adentro, y ¿qué tienes que hacer?».

Mary miró a su alrededor. No había nada que hacer. Cuando la señora Medlock había preparado el cuarto de niños, no había pensado en cómo entretenerla. Quizás sería mejor ir a ver cómo eran los jardines.

«¿Quién irá conmigo?», preguntó.

Martha se quedó mirándola.

«Irás sola», respondió. «Tendrás que aprender a jugar como los otros niños cuando no tienen hermanos ni hermanas. Nuestro Dickon se va solo al páramo y juega durante horas. Así se hizo amigo del poni. Tiene ovejas en el páramo que lo conocen, y pájaros que vienen a comer de su mano. Por poco que haya para comer, siempre guarda un pedacito de su pan para convidar a sus animalitos».

Fue en realidad esta mención de Dickon lo que hizo que Mary decidiera salir, aunque ella no se daba cuenta. Afuera habría pájaros, aunque no habría ponis ni ovejas. Serían distintos de los pájaros de la India y quizás le divertiría mirarlos.

Martha le buscó el abrigo y el sombrero y un par de botitas fuertes, y le mostró el camino para bajar.

«Si vas por ese lado, llegarás a los jardines», dijo, señalando una puerta en un muro de arbustos. «En verano hay montones de flores, pero ahora no florece nada». Pareció vacilar un segundo antes de añadir: «Uno de los jardines está cerrado con llave. Hace diez años que nadie entra».

«¿Por qué?», preguntó Mary, sin poder evitarlo. Aquí había otra puerta cerrada que sumar a las cien de la casa extraña.

«El señor Craven lo hizo cerrar cuando murió su esposa tan de repente. No deja que nadie entre. Era el jardín de ella. Cerró la puerta con llave, cavó un hoyo y enterró la llave. Ahí suena la campanilla de la señora Medlock, tengo que correr».

Cuando se fue, Mary tomó por el sendero que llevaba a la puerta del seto de arbustos. No podía dejar de pensar en el jardín al que nadie había entrado en diez años. Se preguntaba cómo sería y si quedaría alguna flor viva en él. Cuando atravesó la puerta del seto, se encontró en unos jardines grandes, con amplios prados y senderos sinuosos de bordes recortados. Había árboles, macizos de flores, arbustos de hoja perenne recortados en formas extrañas, y un gran estanque con una vieja fuente gris en el centro. Pero los macizos de flores estaban pelados e invernales y la fuente no echaba agua. Este no era el jardín cerrado. ¿Cómo se podía cerrar un jardín? Siempre se podía entrar en un jardín.

Estaba pensando esto cuando vio que al final del sendero que seguía parecía haber un largo muro cubierto de hiedra. No conocía lo bastante Inglaterra para saber que llegaba a los huertos donde crecían las verduras y las frutas. Fue hacia el muro y vio que había una puerta verde entre la hiedra, y que estaba abierta. Evidentemente este no era el jardín cerrado, y podía entrar.

Cruzó la puerta y vio que era un jardín con muros por todos lados y que era solo uno de varios jardines amurallados que parecían abrirse unos a otros. Vio otra puerta verde abierta, que dejaba ver arbustos y senderos entre eras de verduras de invierno. Había frutales sujetos planos contra el muro, y sobre algunas eras había cajoneras de vidrio. El lugar era bastante pelado y feo, pensó Mary, mientras se quedaba mirando a su alrededor. Quizás sería más lindo en verano, cuando todo estuviera verde, pero ahora no tenía nada de bonito.

Al rato, un anciano con una pala al hombro entró por la puerta que venía del segundo jardín. Se sobresaltó al ver a Mary y luego se tocó la gorra. Tenía una cara hosca de viejo y no parecía nada contento de verla, aunque ella estaba descontenta con su jardín y tenía puesta su expresión de «siempre contraria», y desde luego no parecía nada contenta de verlo a él.

«¿Qué lugar es este?», preguntó.

«Uno de los huertos», contestó él.

«¿Y aquello?», dijo Mary, señalando por la otra puerta verde.

«Otro más», secamente. «Hay otro al otro lado del muro, y al otro lado de ese está el huerto de frutales».

«¿Puedo entrar en ellos?», preguntó Mary.

«Si quieres. Pero no hay nada que ver».

Mary no respondió. Siguió por el sendero y cruzó la segunda puerta verde. Allí encontró más muros, verduras de invierno y cajoneras de vidrio, pero en el segundo muro había otra puerta verde, que no estaba abierta. Quizás llevaba al jardín que nadie había visto en diez años. Como no era para nada una niña tímida y siempre hacía lo que quería, Mary fue hasta la puerta verde y giró el picaporte. Esperaba que la puerta no se abriera, porque quería estar segura de haber encontrado el jardín misterioso, pero se abrió con mucha facilidad y ella pasó y se encontró en un huerto de frutales. También allí había muros por todos lados y árboles sujetos contra ellos, y había frutales sin hojas que crecían en el pasto pardo del invierno, pero no se veía por ninguna parte una puerta verde. Mary la buscó, y sin embargo, al entrar por el extremo alto del jardín, había notado que el muro no parecía terminar con el huerto de frutales sino extenderse más allá, como si rodeara un lugar al otro lado. Podía ver las copas de unos árboles sobre el muro, y cuando se quedó quieta vio un pájaro de pecho rojo brillante posado en la rama más alta de uno de ellos, y de pronto el pájaro se puso a cantar su canto de invierno, casi como si la hubiera visto y la estuviera llamando.

Se detuvo a escucharlo, y de algún modo su silbido alegre y amistoso le dio una sensación de contento. Hasta una niñita desagradable puede estar sola, y la gran casa cerrada, el gran páramo pelado y los grandes jardines pelados habían hecho que esta se sintiera como si no quedara nadie en el mundo más que ella. Si hubiera sido una niña cariñosa, acostumbrada a que la quisieran, se le habría partido el corazón, pero aunque era la «señorita Mary Siempre Contraria», estaba desola-

da, y el pajarito de pecho brillante puso en su carita agria una expresión que casi era una sonrisa. Lo escuchó hasta que se fue volando. No se parecía a un pájaro de la India y le cayó bien, y se preguntó si volvería a verlo. Quizás vivía en el jardín misterioso y lo sabía todo de él.

Quizás fue porque no tenía absolutamente nada que hacer que pensó tanto en el jardín abandonado. Sentía curiosidad por él y quería ver cómo era. ¿Por qué había enterrado la llave el señor Archibald Craven? Si había querido tanto a su esposa, ¿por qué odiaba su jardín? Se preguntó si alguna vez lo vería a él, pero sabía que si lo veía no le caería bien, y que él tampoco la querría a ella, y que solo se quedaría parada mirándolo sin decir nada, aunque tendría unas ganas terribles de preguntarle por qué había hecho una cosa tan rara.

«A la gente nunca le caigo bien y a mí nunca me cae bien la gente», pensó. «Y nunca sé hablar como hablaban los niños Crawford. Siempre estaban hablando y riendo y haciendo ruido».

Pensó en el petirrojo y en cómo parecía cantarle su canción a ella, y al recordar la copa del árbol en que se había posado, se detuvo de pronto en el sendero.

«Creo que ese árbol estaba en el jardín secreto, estoy segura», dijo. «Había un muro alrededor del lugar y no había puerta».

Volvió al primer huerto en que había entrado y encontró al anciano cavando allí. Fue y se paró a su lado y lo observó unos momentos a su fría manera. Él no le hizo caso, y al final ella le habló.

«He estado en los otros jardines», dijo.

«Nada te lo impedía», respondió él con aspereza.

«Entré al huerto de frutales».

«No había perro en la puerta que te mordiera», respondió.

«Allí no había puerta al otro jardín», dijo Mary.

«¿Qué jardín?», dijo él con voz áspera, dejando de cavar un momento.

«El que está al otro lado del muro», contestó la señorita Mary. «Hay árboles ahí, vi las copas. Un pájaro de pecho rojo estaba posado en

uno de ellos y cantó».

Para su sorpresa, el viejo rostro hosco y curtido cambió de verdad de expresión. Una lenta sonrisa se extendió por él y el jardinero se vio muy distinto. Le hizo pensar que era curioso lo mucho más agradable que se veía una persona cuando sonreía. No lo había pensado antes.

Se volvió hacia el lado de su huerto que daba al huerto de frutales y empezó a silbar, un silbido suave y bajo. Ella no podía comprender cómo un hombre tan hosco podía hacer un sonido tan acariciador.

Casi en el momento siguiente ocurrió algo maravilloso. Oyó un suave y breve aleteo por el aire, y era el pájaro de pecho rojo que volaba hacia ellos, y de verdad se posó en el gran terrón de tierra, muy cerca del pie del jardinero.

«Aquí está», rio entre dientes el viejo, y luego le habló al pájaro como si hablara con un niño.

«¿Dónde has andado, descarado bribonzuelo?», dijo. «No te había visto hasta hoy. ¿Has empezado a cortejar tan temprano en la estación? Estás muy adelantado».

El pájaro ladeó la cabecita y lo miró con su ojo suave y brillante, que era como una gota de rocío negra. Parecía muy familiarizado y nada asustado. Saltaba de un lado a otro y picoteaba la tierra con rapidez, buscando semillas e insectos. A Mary le dio de veras una sensación rara en el corazón, porque era tan lindo y alegre y parecía tanto una persona. Tenía un cuerpecito gordito, un pico delicado y patas delgadas y finas.

«¿Siempre viene cuando usted lo llama?», preguntó casi en un susurro.

«Sí que viene. Lo conozco desde que era un pichón. Salió del nido en el otro jardín y cuando voló por primera vez sobre el muro estaba tan débil que no pudo volver durante unos días, y nos hicimos amigos. Cuando volvió a pasar el muro, el resto de la nidada se había ido y él estaba solo y volvió conmigo».

«¿Qué clase de pájaro es?», preguntó Mary.

«¿No lo sabes? Es un petirrojo, y son los pájaros más amistosos y curiosos que hay. Son casi tan amistosos como los perros, si sabes llevarte bien con ellos. Míralo picoteando por ahí y mirándonos de vez en cuando. Sabe que hablamos de él».

Era lo más raro del mundo ver al viejo. Miraba al pajarito gordito de chaleco escarlata como si estuviera a la vez orgulloso y encariñado con él.

«Es un presumido», rio entre dientes. «Le gusta oír que la gente habla de él. Y curioso, ¡válgame!, nunca hubo otro igual para la curiosidad y el meterse en todo. Siempre viene a ver lo que planto. Sabe todo lo que el amo Craven nunca se molesta en averiguar. Él es el jardinero jefe, lo es».

El petirrojo saltaba de un lado a otro, ocupado en picotear la tierra, y de vez en cuando se detenía y los miraba un poco. A Mary le pareció que sus ojos de gota de rocío negra la miraban con gran curiosidad. De veras parecía que estuviera averiguando todo sobre ella. La rara sensación en su corazón aumentó.

«¿Adónde se fue volando el resto de la nidada?», preguntó.

«Quién sabe. Los viejos los echan del nido y los hacen volar, y se dispersan antes de que uno se dé cuenta. Este era un avispado y supo que estaba solo».

La señorita Mary dio un paso hacia el petirrojo y lo miró con mucha atención.

«Estoy sola», dijo.

No había sabido antes que esa era una de las cosas que la hacían sentirse agria y malhumorada. Pareció descubrirlo cuando el petirrojo la miró y ella miró al petirrojo.

El viejo jardinero se echó la gorra hacia atrás sobre su cabeza calva y se quedó mirándola un minuto.

«¿Eres tú la chiquilla de la India?», preguntó.

Mary asintió.

«Entonces no es raro que estés sola. Más sola vas a estar antes de

que se acabe», dijo.

Empezó a cavar otra vez, hundiendo la pala en la rica tierra negra del huerto, mientras el petirrojo saltaba muy atareado.

«¿Cómo se llama usted?», preguntó Mary.

Se enderezó para contestarle.

«Ben Weatherstaff», respondió, y luego añadió con una risita hosca: «Yo también estoy solo, salvo cuando él está conmigo», y señaló con el pulgar al petirrojo. «Es el único amigo que tengo».

«Yo no tengo ningún amigo», dijo Mary. «Nunca tuve. Mi aya no me quería y yo nunca jugué con nadie».

Es costumbre en Yorkshire decir lo que uno piensa con franqueza brusca, y el viejo Ben Weatherstaff era un hombre del páramo de Yorkshire.

«Tú y yo nos parecemos bastante», dijo. «Nos tejieron con la misma tela. Ninguno de los dos es lindo y los dos somos tan agrios como parecemos. Tenemos el mismo genio feo los dos, apuesto».

Esto era hablar claro, y Mary Lennox nunca en su vida había oído la verdad sobre sí misma. Los sirvientes nativos siempre le hacían reverencias y se sometían, hiciera lo que hiciera. Nunca había pensado mucho en su aspecto, pero se preguntó si sería tan poco atractiva como Ben Weatherstaff, y se preguntó también si se vería tan agria como él se había visto antes de que llegara el petirrojo. Hasta empezó a preguntarse si tenía «mal genio». Se sintió incómoda.

De pronto, cerca de ella estalló un sonido claro y ondulante, y se dio vuelta. Estaba parada a unos pasos de un manzano joven y el petirrojo se había posado en una de sus ramas y había soltado un trocito de canto. Ben Weatherstaff se echó a reír a carcajadas.

«¿Por qué hizo eso?», preguntó Mary.

«Se ha decidido a hacerse amigo tuyo», respondió Ben. «Que me parta un rayo si no te ha tomado cariño».

«¿A mí?», dijo Mary, y se movió suavemente hacia el arbolito y miró hacia arriba.

«¿Quieres ser mi amigo?», le dijo al petirrojo, como si hablara con una persona. «¿Quieres?». Y no lo dijo con su voz dura de niña ni con su voz imperiosa de la India, sino en un tono tan suave, ansioso y acariciador que Ben Weatherstaff se sorprendió tanto como ella se había sorprendido al oírlo silbar.

«Vaya», exclamó, «lo dijiste tan lindo y tan humano como si fueras una niña de verdad y no una vieja de lengua afilada. Lo dijiste casi igual que Dickon les habla a sus bichos salvajes en el páramo».

«¿Conoce a Dickon?», preguntó Mary, volviéndose con cierta prisa.

«Todos lo conocen. Dickon anda por todas partes. Hasta las zarzamoras y las campanillas del brezo lo conocen. Apuesto que los zorros le enseñan dónde tienen a sus crías y que las alondras no le esconden sus nidos».

A Mary le habría gustado hacer más preguntas. Sentía casi tanta curiosidad por Dickon como por el jardín abandonado. Pero justo en ese momento el petirrojo, que había terminado su canto, sacudió un poquito las alas, las abrió y se fue volando. Había hecho su visita y tenía otras cosas que hacer.

«¡Se ha ido volando por encima del muro!», exclamó Mary, siguiéndolo con la vista. «¡Ha volado al huerto de frutales... ha volado por encima del otro muro... al jardín donde no hay puerta!».

«Vive ahí», dijo el viejo Ben. «Salió del huevo ahí. Si anda cortejando, anda haciéndole ojitos a alguna señorita petirroja que vive entre los viejos rosales de allá».

«Rosales», dijo Mary. «¿Hay rosales?».

Ben Weatherstaff tomó de nuevo su pala y empezó a cavar.

«Había hace diez años», masculló.

«Me gustaría verlos», dijo Mary. «¿Dónde está la puerta verde? Tiene que haber una puerta en alguna parte».

Ben hundió la pala y se veía tan poco sociable como cuando ella lo vio por primera vez.

«Había hace diez años, pero ahora no hay», dijo.

«¡No hay puerta!», exclamó Mary. «Tiene que haber».

«Ninguna que alguien pueda hallar, y ninguna que le importe a nadie. No seas una chiquilla entrometida ni metas las narices donde no hay motivo. Vamos, tengo que seguir con mi trabajo. Vete y ponte a jugar. No tengo más tiempo».

Y de verdad dejó de cavar, se echó la pala al hombro y se alejó sin siquiera mirarla ni despedirse.

V. El llanto en el pasillo

Al principio, cada día que pasaba era para Mary Lennox exactamente igual a los demás. Cada mañana despertaba en su cuarto de tapices y encontraba a Martha arrodillada junto al hogar, encendiendo el fuego; cada mañana desayunaba en la sala de los niños, donde no había nada entretenido; y después de cada desayuno se quedaba mirando por la ventana el enorme páramo, que parecía extenderse por todos lados y subir hasta el cielo, y cuando ya había mirado un rato comprendía que si no salía tendría que quedarse adentro sin hacer nada, y entonces salía. No sabía que era lo mejor que podía hacer, y no sabía que, cuando empezaba a caminar de prisa o incluso a correr por los senderos y por la avenida, estaba despertando su sangre lenta y fortaleciéndose al pelear con el viento que bajaba barriendo desde el páramo. Corría solo para entrar en calor, y odiaba el viento que se le echaba a la cara, rugía y la empujaba hacia atrás como un gigante que no podía ver. Pero las grandes bocanadas de aire fresco y áspero que soplaba sobre el brezo le llenaban los pulmones de algo bueno para todo su cuerpecito flaco, le encendían un poco de color en las mejillas y le avivaban los ojos apagados, sin que ella se diera cuenta de nada.

Pero después de unos días pasados casi enteros al aire libre, una mañana despertó sabiendo lo que era tener hambre, y cuando se sentó a desayunar no miró con desdén sus gachas ni las apartó, sino que tomó la cuchara, empezó a comerlas y siguió comiéndolas hasta que el plato quedó vacío.

«Hoy sí que le diste bien a eso, ¿eh?», dijo Martha.

«Hoy sabe rico», dijo Mary, un poco sorprendida ella misma.

«Es el aire del páramo, que te da estómago pa' la comida», respondió Martha. «Y qué suerte que tengas comida además de apetito. En mi casa hemos sido doce con el estómago listo y nada que echarle. Tú

sigue jugando fuera todos los días y te saldrá algo de carne en los huesos y no estarás tan amarilla».

«Yo no juego», dijo Mary. «No tengo con qué jugar».

«¡Que no tienes con qué jugar!», exclamó Martha. «Nuestros niños juegan con palos y piedras. Corren por ahí y gritan y miran las cosas». Mary no gritaba, pero miraba las cosas. No había nada más que hacer. Daba vueltas y vueltas por los jardines y vagaba por los senderos del parque. A veces buscaba a Ben Weatherstaff, pero aunque varias veces lo vio trabajando, estaba demasiado ocupado para mirarla, o era demasiado hosco. Una vez, cuando ella caminaba hacia él, él recogió su pala y se dio la vuelta como si lo hiciera a propósito.

Había un lugar al que iba más a menudo que a cualquier otro. Era el largo paseo que corría por fuera de los jardines cercados por muros. A ambos lados había macizos de flores desnudos, y contra los muros la hiedra crecía espesa. En una parte del muro las hojas oscuras y verdes que trepaban estaban más enmarañadas que en el resto. Parecía que esa parte llevaba mucho tiempo descuidada. El resto había sido podado y se veía ordenado, pero en este extremo más bajo del paseo no lo habían recortado nada.

Unos días después de haber hablado con Ben Weatherstaff, Mary se detuvo a fijarse en esto y se preguntó por qué sería así. Acababa de pararse y miraba una larga rama de hiedra que se balanceaba en el viento, cuando vio un destello escarlata y oyó un brillante gorjeo, y allí, en lo alto del muro, estaba posado el petirrojo de Ben Weatherstaff, inclinándose hacia delante para mirarla con su cabecita ladeada.

«¡Ah!», exclamó ella. «¿Eres tú? ¿Eres tú?». Y no le pareció nada raro hablarle como si estuviera segura de que él entendería y le contestaría.

Y contestó. Trinó y gorjeó y fue saltando por el muro como si le estuviera contando toda clase de cosas. A la señorita Mary le pareció que también lo entendía, aunque él no hablaba con palabras. Era como si dijera:

«¡Buenos días! ¿Verdad que el viento está lindo? ¿Verdad que el sol está lindo? ¿Verdad que todo está lindo? Gorjeemos los dos y saltemos y trinemos. ¡Vamos! ¡Vamos!».

Mary se echó a reír, y mientras él saltaba y hacía pequeños vuelos a lo largo del muro, ella corrió tras él. La pobre Mary, flaca, amarillenta y fea... por un momento se veía casi bonita.

«¡Me gustas! ¡Me gustas!», gritó, corriendo con pasitos ligeros por el paseo; y gorjeó e intentó silbar, cosa que no sabía hacer en absoluto. Pero el petirrojo parecía quedar muy conforme, y gorjeaba y le silbaba de vuelta. Por fin abrió las alas y salió disparado hasta la copa de un árbol, donde se posó y cantó a voz en cuello.

Eso le recordó a Mary la primera vez que lo había visto. Entonces él se mecía en la copa de un árbol y ella estaba parada en el huerto de frutales. Ahora estaba al otro lado del huerto, parada en el sendero que corría por fuera de un muro (mucho más abajo), y allá adentro estaba el mismo árbol.

«Está en el jardín donde nadie puede entrar», se dijo. «Es el jardín sin puerta. Él vive ahí adentro. ¡Cómo quisiera ver cómo es!».

Corrió por el paseo hasta la puerta verde por la que había entrado la primera mañana. Luego bajó corriendo por el sendero, pasó por la otra puerta y entró en el huerto, y al pararse y mirar hacia arriba allí estaba el árbol al otro lado del muro, y allí estaba el petirrojo, justo terminando su canto y empezando a arreglarse las plumas con el pico.

«Es el jardín», dijo. «Estoy segura».

Dio la vuelta y miró con atención ese lado del muro del huerto, pero solo encontró lo que ya había encontrado antes: que no tenía puerta. Después volvió a correr por los huertos y salió al paseo que bordeaba el largo muro cubierto de hiedra, y caminó hasta el final y lo examinó, pero no había puerta; y luego caminó hasta el otro extremo, mirando otra vez, pero no había puerta.

«Es muy raro», dijo. «Ben Weatherstaff dijo que no había puerta, y no hay puerta. Pero tiene que haber habido una hace diez años, por-

que el señor Craven enterró la llave».

Esto le dio tanto en qué pensar que empezó a interesarse bastante y a sentir que no le pesaba haber venido a la mansión de Misselthwaite. En la India siempre había sentido calor y demasiada desgana para que algo le importara mucho. La verdad era que el viento fresco del páramo había empezado a sacudirle las telarañas de su cabecita y a despertarla un poco.

Se quedó al aire libre casi todo el día, y cuando se sentó a cenar por la noche tenía hambre, sueño y se sentía a gusto. No se enojó cuando Martha se puso a parlotear. Sentía que más bien le gustaba oírla, y al fin pensó que le haría una pregunta. La hizo después de terminar la cena y de sentarse en la alfombra del hogar, frente al fuego.

«¿Por qué el señor Craven odiaba el jardín?», dijo.

Había hecho que Martha se quedara con ella, y Martha no había puesto reparo alguno. Era muy joven, estaba acostumbrada a una casita llena de hermanos y hermanas, y encontraba aburrido el gran comedor de los criados, abajo, donde el lacayo y las criadas principales se burlaban de su manera de hablar de Yorkshire, la tenían por una chica ordinaria y se sentaban a cuchichear entre ellos. A Martha le gustaba conversar, y la niña extraña que había vivido en la India y había sido atendida por «negros» era una novedad suficiente para atraerla.

Se sentó ella misma en el hogar, sin esperar a que la invitaran.

«¿Todavía estás pensando en ese jardín?», dijo. «Ya sabía yo que sí. Igualito me pasó a mí cuando me enteré».

«¿Por qué lo odiaba?», insistió Mary.

Martha se recogió los pies bajo el cuerpo y se puso bien cómoda.

«Escucha cómo ulula el viento alrededor de la casa», dijo. «Casi no podrías tenerte en pie en el páramo si estuvieras allá esta noche».

Mary no sabía qué quería decir «ulula» hasta que se puso a escuchar, y entonces lo comprendió. Debía de ser ese rugido hueco y estremecido que daba vueltas y vueltas alrededor de la casa, como si el gigante que nadie podía ver la golpeara y azotara los muros y las venta-

nas para tratar de entrar. Pero uno sabía que no podía entrar, y de algún modo eso hacía sentirse muy a salvo y calentito dentro de una habitación con un fuego de brasas rojas.

«¿Pero por qué lo odiaba tanto?», preguntó, después de haber escuchado. Estaba decidida a saberlo, si Martha lo sabía.

Entonces Martha soltó lo que sabía.

«Ojo», dijo, «la señora Medlock dijo que de eso no se habla. Hay muchas cosas en este lugar de las que no se habla. Son órdenes del señor Craven. Sus penas no son asunto de los criados, dice. Pero si no fuera por el jardín no estaría como está. Era el jardín de la señora Craven, que ella hizo cuando se casaron, y lo quería muchísimo, y los dos cuidaban las flores ellos mismos. Y a ningún jardinero lo dejaban entrar. Él y ella entraban y cerraban la puerta y se quedaban horas y horas, leyendo y conversando. Y ella era apenas una chiquilla, y había un árbol viejo con una rama doblada como un asiento. Y ella hizo crecer rosas sobre él y se sentaba ahí. Pero un día, cuando estaba sentada ahí, la rama se rompió y ella cayó al suelo y quedó tan malherida que al día siguiente murió. Los médicos pensaron que él se volvería loco y se moriría también. Por eso lo odia. Nadie ha vuelto a entrar desde entonces, y él no deja que nadie hable de eso».

Mary no hizo más preguntas. Miró el fuego rojo y escuchó «ulular» el viento. Parecía «ulular» más fuerte que nunca.

En ese momento le estaba ocurriendo algo muy bueno. En realidad, desde que llegó a la mansión de Misselthwaite le habían ocurrido cuatro cosas buenas. Había sentido que entendía a un petirrojo y que él la entendía a ella; había corrido en el viento hasta que se le calentó la sangre; había tenido hambre sana por primera vez en su vida; y había descubierto lo que era sentir pena por alguien.

Pero mientras escuchaba el viento, empezó a escuchar otra cosa. No sabía qué era, porque al principio apenas podía distinguirlo del viento mismo. Era un sonido curioso: casi parecía que algún niño estuviera llorando en alguna parte. A veces el viento sonaba más bien co-

mo un niño que llora, pero poco después la señorita Mary estuvo bien segura de que ese sonido venía de dentro de la casa, no de fuera. Estaba lejos, pero estaba adentro. Se volvió y miró a Martha.

«¿Oyes a alguien llorando?», dijo.

Martha de pronto se vio confusa.

«No», respondió. «Es el viento. A veces suena como si alguien se hubiera perdido en el páramo y se lamentara. Tiene toda clase de sonidos».

«Pero escucha», dijo Mary. «Está dentro de la casa, por uno de esos largos pasillos».

Y en ese mismo momento debió de abrirse una puerta en alguna parte, abajo; porque una gran corriente de aire recorrió el corredor y la puerta del cuarto donde estaban sentadas se abrió de golpe con estrépito, y mientras las dos se ponían de pie de un salto, la luz se apagó y el sonido del llanto fue arrastrado por el pasillo del fondo, de modo que se oyó más claro que nunca.

«¡Ahí está!», dijo Mary. «¡Te lo dije! Es alguien que llora, y no es una persona mayor».

Martha corrió a cerrar la puerta y le echó la llave, pero antes de que lo hiciera las dos oyeron el ruido de una puerta que se cerraba de un portazo en algún pasillo lejano, y luego todo quedó en silencio, pues hasta el viento dejó de «ulular» por unos momentos.

«Fue el viento», dijo Martha con terquedad. «Y si no fue, fue la pequeña Betty Butterworth, la ayudante de cocina. Se ha pasado todo el día con dolor de muelas».

Pero algo inquieto y torpe en su manera de hablar hizo que la señorita Mary la mirara fijamente. No creyó que dijera la verdad.

VI. «¡Había alguien llorando, sí que había!».

Al día siguiente la lluvia volvió a caer a torrentes, y cuando Mary miró por su ventana el páramo estaba casi oculto por la niebla gris y las nubes. Hoy no se podía salir.

«¿Qué hacen en tu casa cuando llueve así?», le preguntó a Martha.

«Casi todo es tratar de no estorbarnos unos a otros», respondió Martha. «¡Ay! Entonces sí que parece que somos muchos. Mi madre es una mujer de buen genio, pero se pone aturullada de veras. Los más grandes salen al establo de las vacas y juegan ahí. A Dickon no le importa la lluvia. Sale igualito que si hiciera sol. Dice que en los días de lluvia ve cosas que no se dejan ver cuando hace buen tiempo. Una vez encontró una cría de zorro casi ahogada en su madriguera y se la trajo a casa dentro de la camisa para que no se enfriara. A la madre la habían matado cerca, y la madriguera estaba inundada, y el resto de la camada estaba muerto. Ahora la tiene en casa. Otra vez encontró un cuervo joven medio ahogado y también se lo trajo y lo amansó. Se llama Hollín porque es tan negro, y anda saltando y volando con él a todas partes».

Había llegado el momento en que Mary había olvidado molestarse por el trato confianzudo de Martha. Hasta había empezado a encontrarlo interesante y a lamentar cuando ella dejaba de hablar o se iba. Los cuentos que su aya le contaba en la India eran muy distintos de lo que Martha tenía para contar sobre la casita del páramo, que albergaba a catorce personas que vivían en cuatro piezas pequeñas y nunca tenían del todo suficiente para comer. Los niños parecían revolcarse y divertirse como una camada de cachorros de collie, ásperos y de buen carácter. A Mary la atraían sobre todo la madre y Dickon. Cuando Martha contaba lo que «mi madre» decía o hacía, siempre sonaba reconfortante.

«Si yo tuviera un cuervo o una cría de zorro, podría jugar con él», dijo Mary. «Pero no tengo nada».

Martha se quedó perpleja.

«¿Sabes tejer?», preguntó.

«No», respondió Mary.

«¿Sabes coser?».

«No».

«¿Sabes leer?».

«Sí».

«Entonces, ¿por qué no lees algo, o aprendes un poco de ortografía? Ya tienes edad pa' estar aprendiendo con tus libros desde hace rato».

«No tengo libros», dijo Mary. «Los que tenía se quedaron en la India».

«Qué lástima», dijo Martha. «Si la señora Medlock te dejara ir a la biblioteca... Hay miles de libros ahí».

Mary no preguntó dónde estaba la biblioteca, porque de repente se le ocurrió una idea nueva. Decidió ir a buscarla ella misma. No le preocupaba la señora Medlock. La señora Medlock parecía estar siempre en su cómoda sala de ama de llaves, abajo. En este lugar tan raro casi nunca se veía a nadie. De hecho, no había nadie que ver sino los criados, y cuando el amo estaba fuera llevaban una vida de lujo en los bajos, donde había una cocina enorme llena de utensilios de latón y de peltre relucientes, y un gran comedor de criados donde se hacían cuatro o cinco comidas abundantes al día y donde se armaba mucho alboroto alegre cuando la señora Medlock no andaba cerca.

Las comidas de Mary se servían con regularidad, y Martha la atendía, pero nadie se preocupaba por ella en lo más mínimo. La señora Medlock iba a verla cada dos o tres días, pero nadie preguntaba qué hacía ni le decía qué debía hacer. Supuso que quizá esa era la manera inglesa de tratar a los niños. En la India siempre la había atendido su aya, que la seguía a todas partes y la servía en todo. A menudo se ha-

bía cansado de su compañía. Ahora no la seguía nadie, y estaba aprendiendo a vestirse sola, porque Martha ponía cara de pensar que era tonta y boba cuando quería que le alcanzaran las cosas y se las pusieran.

«¿Es que no tienes sentido común?», dijo una vez, cuando Mary se quedó esperando que le pusiera los guantes. «Nuestra Susan Ann es el doble de despierta que tú y tiene solo cuatro años. A veces pareces medio tonta de la cabeza».

Mary había tenido puesto su ceño de contraria durante una hora después de aquello, pero le hizo pensar varias cosas del todo nuevas.

Esa mañana se quedó junto a la ventana unos diez minutos, después de que Martha barriera el hogar por última vez y bajara. Estaba dándole vueltas a la idea nueva que se le había ocurrido al oír hablar de la biblioteca. No le importaba mucho la biblioteca misma, porque había leído muy pocos libros; pero oír hablar de ella le había traído de nuevo a la mente las cien habitaciones de puertas cerradas. Se preguntó si estarían todas realmente cerradas con llave y qué encontraría si pudiera entrar en alguna. ¿Eran cien de veras? ¿Por qué no iba a ver cuántas puertas podía contar? Sería algo que hacer en esta mañana en que no podía salir. Nunca le habían enseñado a pedir permiso para hacer las cosas, y no sabía nada de autoridad, de modo que no habría pensado que fuera necesario preguntarle a la señora Medlock si podía recorrer la casa, aunque la hubiera visto.

Abrió la puerta del cuarto, salió al pasillo y empezó sus andanzas. Era un pasillo largo que se ramificaba en otros pasillos y la llevó por cortos tramos de escalones que subían a otros más. Había puertas y más puertas, y había cuadros en las paredes. A veces eran cuadros de paisajes oscuros y extraños, pero lo más frecuente eran retratos de hombres y mujeres con trajes raros y suntuosos de satén y terciopelo. Se encontró en una larga galería cuyas paredes estaban cubiertas de esos retratos. Nunca había pensado que pudiera haber tantos en una casa. Caminó despacio por aquel lugar y miró los rostros, que también

parecían mirarla a ella. Sentía que se preguntaban qué hacía una niñita de la India en su casa. Algunos eran retratos de niños: niñitas con gruesos vestidos de satén que les llegaban a los pies y se abrían a su alrededor, y niños con mangas abullonadas y cuellos de encaje y pelo largo, o con grandes gorgueras alrededor del cuello. Siempre se detenía a mirar a los niños, y a preguntarse cómo se llamarían, y adónde habrían ido, y por qué usaban ropas tan raras. Había una niñita tiesa y sencilla, algo parecida a ella. Llevaba un vestido de brocado verde y sostenía en un dedo un loro verde. Sus ojos tenían una mirada aguda y curiosa.

«¿Dónde vives ahora?», le dijo Mary en voz alta. «Ojalá estuvieras aquí».

Seguro que ninguna otra niña pasó nunca una mañana tan rara. Parecía que en toda aquella enorme casa laberíntica no había nadie sino ella misma, tan pequeña, que vagaba arriba y abajo, por pasadizos estrechos y anchos por donde le parecía que nadie más que ella había caminado jamás. Puesto que se habían construido tantas habitaciones, la gente debía de haber vivido en ellas, pero todo parecía tan vacío que no lograba creerlo del todo.

Solo cuando subió al segundo piso pensó en girar el picaporte de una puerta. Todas las puertas estaban cerradas, como había dicho la señora Medlock, pero al fin puso la mano en el picaporte de una de ellas y lo giró. Casi se asustó por un momento cuando sintió que giraba sin dificultad y que, al empujar la puerta misma, esta se abría lenta y pesadamente. Era una puerta maciza y daba a un gran dormitorio. Había tapices bordados en la pared, y muebles con incrustaciones, como los que ella había visto en la India, repartidos por la habitación. Una amplia ventana de cristales emplomados daba al páramo; y sobre la repisa de la chimenea había otro retrato de la niñita tiesa y sencilla, que parecía mirarla con más curiosidad que nunca.

«Quizá ella durmió aquí alguna vez», dijo Mary. «Me mira de tal modo que me hace sentir rara».

Después abrió más puertas y más. Vio tantas habitaciones que se cansó bastante y empezó a pensar que debían de ser cien, aunque no las había contado. En todas había cuadros viejos o tapices antiguos con escenas extrañas bordadas. En casi todas había muebles curiosos y adornos curiosos.

En una habitación que parecía el salón de una señora, los tapices eran todos de terciopelo bordado, y en una vitrina había unos cien elefantitos de marfil. Eran de distintos tamaños, y algunos llevaban a cuestas a sus cornacs o sus palanquines. Algunos eran mucho más grandes que otros y algunos tan diminutos que parecían apenas crías. Mary había visto marfil tallado en la India y sabía todo sobre los elefantes. Abrió la puerta de la vitrina, se subió a un taburete y jugó con ellos durante un buen rato. Cuando se cansó, puso los elefantes en orden y cerró la puerta de la vitrina.

En todas sus andanzas por los largos pasillos y las habitaciones vacías no había visto nada vivo; pero en esta habitación vio algo. Justo después de cerrar la puerta de la vitrina oyó un diminuto ruido de roce. La hizo saltar y mirar hacia el sofá junto a la chimenea, de donde parecía venir. En el rincón del sofá había un cojín, y en el terciopelo que lo cubría había un agujero, y por el agujero asomaba una cabecita diminuta con un par de ojos asustados.

Mary cruzó la habitación sin hacer ruido para mirar. Los ojos brillantes pertenecían a una ratoncita gris, y la ratoncita había roído un agujero en el cojín y se había hecho allí un nido cómodo. Seis ratoncitos recién nacidos dormían acurrucados cerca de ella. Si no había nadie más vivo en las cien habitaciones, había siete ratones que no se veían nada solos.

«Si no se asustaran tanto, me los llevaría conmigo», dijo Mary.

Había vagado ya lo bastante para sentirse demasiado cansada y no seguir adelante, y se volvió. Dos o tres veces se perdió al tomar el pasillo equivocado y tuvo que andar de un lado a otro hasta dar con el correcto; pero al fin llegó de nuevo a su propio piso, aunque quedaba a

cierta distancia de su cuarto y no sabía bien dónde estaba.

«Creo que me he equivocado de camino otra vez», dijo, deteniéndose en lo que parecía el final de un pasillo corto con un tapiz en la pared. «No sé por dónde ir. ¡Qué quieto está todo!».

Estaba parada allí, y justo después de decir esto, la quietud se rompió con un sonido. Era otro llanto, pero no del todo como el que había oído la noche anterior; era solo uno corto, un quejido infantil, malhumorado, apagado por haber pasado a través de las paredes.

«Está más cerca que antes», dijo Mary, con el corazón latiéndole algo más rápido. «Y *sí* es un llanto».

Puso la mano sin querer sobre el tapiz que tenía cerca, y luego dio un salto atrás, muy asustada. El tapiz cubría una puerta que se abrió y le mostró que había otra parte del pasillo detrás, y por ella venía la señora Medlock, con su manojo de llaves en la mano y una cara muy enojada.

«¿Qué hace usted aquí?», dijo, y tomó a Mary por el brazo y la apartó de un tirón. «¿Qué le dije?».

«Doblé por la esquina equivocada», explicó Mary. «No sabía por dónde ir y oí a alguien llorando». En ese momento odió bastante a la señora Medlock, pero al instante siguiente la odió más.

«No oyó nada de eso», dijo el ama de llaves. «Vuelva de inmediato a su cuarto o le tiro las orejas».

Y la tomó del brazo y, entre empujándola y arrastrándola, la llevó por un pasillo y luego por otro hasta meterla por la puerta de su propio cuarto.

«Ahora», dijo, «se queda donde se le manda quedarse o va a acabar encerrada. Más le valdría al amo conseguirle una institutriz, como dijo que haría. Usted es de las que necesitan que alguien las vigile de cerca. Yo ya tengo bastante que hacer».

Salió de la habitación y dio un portazo tras de sí, y Mary fue a sentarse en la alfombra del hogar, pálida de rabia. No lloró, pero rechinó los dientes.

«Había alguien llorando, sí que había, sí que había», se dijo a sí misma.

Ya lo había oído dos veces, y algún día lo descubriría. Había descubierto mucho esa mañana. Sentía como si hubiera hecho un largo viaje, y de todos modos había tenido algo que la entretuviera todo el tiempo, y había jugado con los elefantes de marfil y había visto a la ratoncita gris y sus crías en su nido del cojín de terciopelo.

VII. La llave del jardín

Dos días después, cuando Mary abrió los ojos, se sentó de golpe en la cama y llamó a Martha.

«¡Mira el páramo! ¡Mira el páramo!».

La tormenta de lluvia había terminado, y el viento se había llevado en la noche la niebla gris y las nubes. El viento mismo había cesado, y un cielo azul, profundo y brillante, se arqueaba muy alto sobre el páramo. Nunca, nunca había soñado Mary con un cielo tan azul. En la India los cielos eran calientes y ardientes; este era de un azul hondo y fresco que casi parecía centellear como las aguas de algún hermoso lago sin fondo, y aquí y allá, muy alto, en la bóveda azul, flotaban pequeñas nubes de vellón blanco como la nieve. El mundo lejano del páramo mismo se veía suavemente azul, en vez de morado oscuro y sombrío o de un gris terrible y desolado.

«Sí, pues», dijo Martha con una sonrisa alegre. «La tormenta se ha ido por un tiempo. Siempre hace así en esta época del año. Se va en una noche, como si fingiera que nunca estuvo aquí y que nunca pensaba volver. Es porque la primavera ya viene en camino. Todavía falta mucho, pero viene».

«Yo creía que en Inglaterra siempre llovía o estaba oscuro», dijo Mary.

«¡Ay, no!», dijo Martha, sentándose sobre los talones entre sus cepillos de grafito. «¡Na' de eso!».

«¿Qué quiere decir eso?», preguntó Mary con seriedad. En la India los nativos hablaban dialectos diferentes que solo unos pocos entendían, de modo que no le extrañó que Martha usara palabras que ella no conocía.

Martha rio como lo había hecho la primera mañana.

«Vaya», dijo. «Otra vez he hablado en dialecto de Yorkshire, como

la señora Medlock dijo que no debía. “Na' de eso” quiere decir “nada de eso”», dijo despacio y con cuidado, «pero se tarda tanto en decirlo. Yorkshire es el lugar más soleado de la tierra cuando hay sol. Ya te dije que el páramo te iba a gustar con el tiempo. Tú espera a ver las flores doradas de la aulaga y las de la retama, y el brezo en flor, todo campanillas moradas, y cientos de mariposas revoloteando y abejas zumbando y alondras subiendo al cielo cantando. Querrás salir al páramo al amanecer y quedarte allá todo el día, como hace Dickon».

«¿Podría yo llegar alguna vez hasta allá?», preguntó Mary con anhelo, mirando por su ventana el azul lejano. Era tan nuevo, tan grande y maravilloso, y de un color tan celestial.

«No sé», respondió Martha. «Parece que no has usado las piernas desde que naciste. No podrías caminar cinco millas. Hay cinco millas hasta nuestra casa».

«Me gustaría ver tu casa».

Martha la miró un momento con curiosidad antes de tomar su cepillo de lustrar y ponerse otra vez a frotar la rejilla de la chimenea. Pensaba que la carita sencilla no se veía tan agria en ese momento como la primera mañana en que la vio. Se parecía apenas un poquito a la de la pequeña Susan Ann cuando quería algo con muchas ganas.

«Se lo preguntaré a mi madre», dijo. «Ella es de las que casi siempre encuentran la manera de hacer las cosas. Hoy es mi día libre y me voy a casa. ¡Ay, qué contenta estoy! La señora Medlock aprecia mucho a mi madre. A lo mejor podría hablar con ella».

«Me cae bien tu madre», dijo Mary.

«Me lo imagino», asintió Martha, sin dejar de lustrar.

«Nunca la he visto», dijo Mary.

«No, no la has visto», replicó Martha.

Volvió a sentarse sobre los talones y se frotó la punta de la nariz con el dorso de la mano, como si por un momento estuviera desconcertada, pero terminó muy resuelta.

«Bueno, es tan sensata, trabajadora, de buen corazón y limpia, que

nadie podría dejar de quererla, la haya visto o no. Cuando voy a casa con ella en mi día libre, casi salto de alegría al cruzar el páramo».

«Me cae bien Dickon», añadió Mary. «Y nunca lo he visto».

«Bueno», dijo Martha con firmeza, «ya te dije que hasta los pájaros lo quieren, y los conejos y las ovejas salvajes y los ponis, y los zorros mismos. Me pregunto», mirándola pensativa, «¿qué pensaría Dickon de ti?».

«No le caería bien», dijo Mary a su manera rígida y fría. «A nadie le caigo bien».

Martha se quedó pensativa otra vez.

«¿Y tú cuánto te gustas a ti misma?», preguntó, de verdad como si tuviera curiosidad por saberlo.

Mary dudó un momento y lo pensó.

«Nada... la verdad», respondió. «Pero nunca lo había pensado antes».

Martha sonrió un poco, como ante algún recuerdo familiar.

«Mi madre me lo dijo a mí una vez», dijo. «Estaba en su tina de lavar y yo andaba de mal humor, hablando mal de la gente, y ella se vuelve hacia mí y me dice: "¡Chiquilla fiera! Ahí estás diciendo que este no te gusta y que aquel no te gusta. ¿Y tú cuánto te gustas a ti misma?". Me hizo reír y me volvió a la razón en un minuto».

Se fue muy animada en cuanto le dio a Mary su desayuno. Iba a caminar cinco millas por el páramo hasta su casa, y iba a ayudar a su madre a lavar la ropa y a hacer el pan de la semana y a disfrutar a sus anchas.

Mary se sintió más sola que nunca cuando supo que ya no estaba en la casa. Salió al jardín lo más rápido que pudo, y lo primero que hizo fue dar diez vueltas corriendo alrededor del jardín de flores de la fuente. Contó las vueltas con cuidado, y cuando terminó se sentía de mejor ánimo. El sol hacía que todo el lugar se viera distinto. El cielo alto, hondo y azul se arqueaba sobre Misselthwaite igual que sobre el páramo, y ella no dejaba de alzar la cara y mirar hacia arriba, tratan-

do de imaginar cómo sería acostarse en una de las nubecitas blancas como la nieve y flotar por ahí. Entró en la primera huerta de hortalizas y encontró a Ben Weatherstaff trabajando allí con otros dos jardineros. El cambio del tiempo parecía haberle hecho bien. Le habló por iniciativa propia.

«Ya viene la primavera», dijo. «¿No la hueles?».

Mary olfateó y pensó que sí.

«Huelo algo agradable, fresco y húmedo», dijo.

«Es la buena tierra rica», respondió él, sin dejar de cavar. «Está de buen humor, preparándose para hacer crecer cosas. Se alegra cuando llega la época de plantar. En invierno se aburre, cuando no tiene nada que hacer. En los jardines de flores de allá afuera ya andan cosas moviéndose allá abajo, en la oscuridad. El sol las está calentando. Dentro de poco verás puntitas verdes asomando de la tierra negra».

«¿Qué serán?», preguntó Mary.

«Azafranes y campanillas de invierno y trompones. ¿Nunca los has visto?».

«No. Después de las lluvias en la India todo es caliente, húmedo y verde», dijo Mary. «Y creo que las cosas crecen en una noche».

«Estas no crecen en una noche», dijo Weatherstaff. «Tendrás que esperarlas. Asomarán un poco más aquí, y sacarán una puntita más allá, y desenrollarán una hoja hoy y otra mañana. Tú míralas».

«Eso voy a hacer», respondió Mary.

Muy pronto volvió a oír el vuelo suave y rumoroso de unas alas y supo en seguida que el petirrojo había vuelto. Estaba muy descarado y vivaz, y saltaba tan cerca de sus pies, y ladeaba la cabeza y la miraba con tanta picardía, que ella le hizo una pregunta a Ben Weatherstaff.

«¿Cree usted que se acuerda de mí?», dijo.

«¡Que si se acuerda de ti!», dijo Weatherstaff indignado. «Se conoce cada tocón de repollo de los jardines, no digamos a la gente. Nunca había visto aquí a una chiquilla, y está empeñado en averiguar todo sobre ti. No tienes por qué tratar de esconderle nada a *él*».

«¿Hay cosas moviéndose allá abajo, en la oscuridad, en ese jardín donde él vive?», preguntó Mary.

«¿Qué jardín?», gruñó Weatherstaff, poniéndose hosco otra vez.

«El de los viejos rosales». No pudo evitar preguntarlo, porque tenía muchas ganas de saber. «¿Están muertas todas las flores, o algunas vuelven en el verano? ¿Hay alguna vez rosas?».

«Pregúntaselo a él», dijo Ben Weatherstaff, encogiendo los hombros hacia el petirrojo. «Él es el único que lo sabe. Nadie más ha visto lo de adentro desde hace diez años».

Diez años era mucho tiempo, pensó Mary. Ella había nacido hacía diez años.

Se alejó caminando despacio, pensativa. Había empezado a querer el jardín igual que había empezado a querer al petirrojo, a Dickon y a la madre de Martha. También empezaba a querer a Martha. Eran bastantes personas a quienes querer, cuando una no estaba acostumbrada a querer. Pensaba en el petirrojo como en una de esas personas. Fue a su paseo, junto al largo muro cubierto de hiedra por encima del cual se veían las copas de los árboles; y la segunda vez que lo recorrió de un extremo a otro le ocurrió lo más interesante y emocionante, y todo fue gracias al petirrojo de Ben Weatherstaff.

Oyó un gorjeo y un trino, y al mirar el macizo de flores pelado a su izquierda, allí estaba él, saltando y fingiendo picotear cosas de la tierra para convencerla de que no la había seguido. Pero ella sabía que la había seguido, y la sorpresa la llenó tanto de alegría que casi tembló un poco.

«¡Sí que te acuerdas de mí!», exclamó. «¡Sí que te acuerdas! ¡Eres más lindo que cualquier otra cosa en el mundo!».

Ella gorjeó, le habló y lo engatusó, y él saltaba, sacudía la cola con coquetería y trinaba. Era como si estuviera hablando. Su chaleco rojo era como de satén, e hinchaba su pechito y estaba tan elegante, tan señorial y tan bonito que era de veras como si le estuviera mostrando lo importante y parecido a una persona que puede ser un petirrojo. La se-

ñorita Mary olvidó que alguna vez en su vida había sido contraria cuando él le permitió acercarse más y más, e inclinarse y hablarle e intentar hacer algo parecido a sonidos de petirrojo.

¡Ay! ¡Pensar que de verdad la dejaba acercarse tanto! Él sabía que nada en el mundo la haría extender la mano hacia él ni asustarlo en lo más mínimo. Lo sabía porque era una persona de verdad, solo que más simpática que cualquier otra persona del mundo. Ella era tan feliz que apenas se atrevía a respirar.

El macizo no estaba del todo pelado. Estaba sin flores porque las plantas perennes habían sido cortadas para su descanso de invierno, pero al fondo del macizo crecían juntos arbustos altos y bajos, y mientras el petirrojo saltaba por debajo de ellos lo vio saltar sobre un pequeño montón de tierra recién removida. Se detuvo encima a buscar una lombriz. La tierra estaba removida porque un perro había tratado de desenterrar un topo y había escarbado un hoyo bastante hondo.

Mary lo miró, sin saber en realidad por qué estaba allí el hoyo, y al mirar vio algo casi enterrado en la tierra recién removida. Era algo como un aro de hierro o de latón oxidado, y cuando el petirrojo voló a un árbol cercano, ella extendió la mano y recogió el aro. Pero era más que un aro; era una llave vieja que parecía llevar mucho tiempo enterrada.

La señorita Mary se puso de pie y la miró con una cara casi asustada, mientras le colgaba del dedo.

«Quizá lleva enterrada diez años», dijo en un susurro. «¡Quizá es la llave del jardín!».

VIII. El petirrojo que mostró el camino

Estuvo mirando la llave un buen rato. La daba vuelta y vuelta, y pensaba en ella. Como he dicho antes, no era una niña a la que hubieran enseñado a pedir permiso ni a consultar con los mayores. Lo único que pensaba de la llave era que si era la llave del jardín cerrado, y lograba averiguar dónde estaba la puerta, quizá podría abrirla y ver qué había dentro de los muros y qué había pasado con los viejos rosales. Quería verlo justamente porque llevaba cerrado tanto tiempo. Le parecía que debía de ser distinto de otros lugares y que algo extraño debía de haberle ocurrido durante diez años. Además, si le gustaba, podría entrar en él todos los días y cerrar la puerta tras de sí, y podría inventar algún juego propio y jugarlo completamente sola, porque nadie sabría nunca dónde estaba, sino que pensarían que la puerta seguía cerrada con llave y que la llave estaba enterrada en la tierra. Pensar en eso le gustaba muchísimo.

Vivir, por así decirlo, completamente sola en una casa con cien habitaciones misteriosamente cerradas y no tener nada que hacer para entretenerse había puesto a trabajar su cerebro inactivo y estaba de veras despertando su imaginación. No cabe duda de que el aire fresco, fuerte y puro del páramo tenía mucho que ver. Así como le había dado apetito, y pelear con el viento le había agitado la sangre, esas mismas cosas le habían agitado la mente. En la India siempre había estado demasiado acalorada, desganada y débil para que algo le importara mucho, pero en este lugar empezaba a importarle algo y a querer hacer cosas nuevas. Ya se sentía menos «contraria», aunque no sabía por qué.

Se guardó la llave en el bolsillo y recorrió su paseo de un extremo a otro. Parecía que nadie más que ella iba nunca por allí, así que podía caminar despacio y mirar el muro, o más bien la hiedra que crecía

en él. La hiedra era lo desconcertante. Por más cuidadosamente que mirara, no veía sino hojas espesas, lustrosas y de un verde oscuro. Estaba muy decepcionada. Algo de su carácter contrario volvió a ella mientras andaba por el paseo y miraba por encima las copas de los árboles de adentro. Qué tontería, se dijo, estar tan cerca y no poder entrar. Se llevó la llave en el bolsillo cuando volvió a la casa, y decidió que siempre la llevaría consigo cuando saliera, para que, si alguna vez encontraba la puerta escondida, estuviera preparada.

La señora Medlock había permitido que Martha durmiera toda la noche en su casa, pero por la mañana estaba de vuelta en su trabajo con las mejillas más rojas que nunca y de excelente humor.

«Me levanté a las cuatro», dijo. «¡Ay! Estaba lindo el páramo, con los pájaros despertando y los conejos correteando y el sol saliendo. No caminé todo el trayecto. Un hombre me llevó un rato en su carreta y lo pasé de maravilla».

Venía llena de historias sobre las delicias de su día libre. Su madre se había alegrado de verla y habían dejado listos el pan y la ropa lavada. Hasta les había hecho a cada uno de los niños un bollito de masa con un poquito de azúcar morena.

«Se las di a todos calentitas, humeantes, cuando llegaron de jugar en el páramo. Y toda la casa olía a rico pan limpio y caliente, y había buen fuego, y gritaron de alegría. Nuestro Dickon dijo que nuestra casa era lo bastante buena para que viviera en ella un rey».

Por la tarde se habían sentado todos junto al fuego, y Martha y su madre habían puesto remiendos en ropa rota y zurcido medias, y Martha les había contado de la niñita que había venido de la India y que toda la vida había sido atendida por lo que Martha llamaba «negros», hasta el punto de no saber ponerse ella misma las medias.

«¡Ay! Les encantó oír de ti», dijo Martha. «Querían saber todo de los negros y del barco en que viniste. Por más que les contaba, querían más».

Mary reflexionó un poco.

«Te contaré mucho más antes de tu próximo día libre», dijo, «para que tengas más de qué hablar. Supongo que les gustaría oír de cuando se anda en elefantes y camellos, y de los oficiales que van a cazar tigres».

«¡Válgame!», exclamó Martha encantada. «Los volvería locos de remate. ¿De veras lo harías, señorita? Sería lo mismo que un espectáculo de fieras como el que oímos que hubo una vez en York».

«La India es muy distinta de Yorkshire», dijo Mary despacio, mientras pensaba en el asunto. «Nunca se me había ocurrido. ¿A Dickon y a tu madre les gustó oírte hablar de mí?».

«Pues a nuestro Dickon se le salían los ojos de la cara, se le pusieron así de redondos», respondió Martha. «Pero mi madre se disgustó por lo de que pareces estar completamente sola. Dijo: "¿Es que el señor Craven no tiene institutriz para ella, ni niñera?", y yo dije: "No, no tiene, aunque la señora Medlock dice que la tendrá cuando se acuerde, pero dice que quizá no se acuerde en dos o tres años"».

«No quiero una institutriz», dijo Mary con aspereza.

«Pero mi madre dice que ya deberías estar estudiando tus libros y que deberías tener una mujer que te cuidara, y dice: "Ahora, Martha, piensa cómo te sentirías tú misma en un sitio grande como ese, andando sola de un lado a otro, y sin madre. Haz lo posible por animarla", dice, y yo dije que lo haría».

Mary le dirigió una larga mirada fija.

«Tú me animas», dijo. «Me gusta oírte hablar».

Poco después Martha salió del cuarto y volvió con algo sostenido entre las manos, bajo el delantal.

«¿Qué crees tú?», dijo, con una sonrisa alegre. «Te he traído un regalo».

«¡Un regalo!», exclamó la señorita Mary. ¡Cómo podía una casita llena de catorce personas con hambre darle un regalo a alguien!

«Un hombre iba cruzando el páramo vendiendo cosas», explicó Martha. «Y detuvo su carreta frente a nuestra puerta. Tenía ollas y sar-

tenes y chucherías, pero mi madre no tenía dinero pa' comprar nada. Justo cuando se iba, nuestra Lizabeth Ellen gritó: “Madre, tiene cuerdas de saltar con mangos rojos y azules”. Y mi madre grita de pronto: “¡Eh, deténgase, señor! ¿Cuánto cuestan?”. Y él dice: “Dos peniques”, y mi madre se puso a tantear en el bolsillo y me dice: “Martha, me has traído tu paga como una buena chica, y tengo cuatro sitios donde poner cada penique, pero voy a sacar dos peniques para comprarle a esa niña una cuerda de saltar”, y la compró y aquí está».

La sacó de debajo del delantal y la mostró con bastante orgullo. Era una cuerda fuerte y delgada, con un mango rayado de rojo y azul en cada extremo, pero Mary Lennox nunca había visto una cuerda de saltar. La miró con expresión desconcertada.

«¿Para qué sirve?», preguntó con curiosidad.

«¡Para qué!», gritó Martha. «¿Quieres decir que en la India no tienen cuerdas de saltar, aunque tengan elefantes y tigres y camellos? ¡Con razón la mayoría son negros! Esto es para lo que sirve; mira cómo lo hago».

Y corrió al medio del cuarto y, tomando un mango en cada mano, empezó a saltar, y saltar, y saltar, mientras Mary se volvía en su silla para mirarla, y los rostros raros de los viejos retratos parecían mirarla también y preguntarse cómo se atrevía esta ordinaria campesinita a hacer eso delante de sus propias narices. Pero Martha ni siquiera los veía. El interés y la curiosidad en la cara de la señorita Mary la deleitaban, y siguió saltando y contando mientras saltaba hasta llegar a cien.

«Podría saltar más que eso», dijo cuando se detuvo. «He saltado hasta quinientos cuando tenía doce años, pero entonces no estaba tan gorda como ahora, y tenía práctica».

Mary se levantó de su silla empezando a sentirse emocionada ella también.

«Se ve bonito», dijo. «Tu madre es una mujer bondadosa. ¿Crees que yo podría saltar así alguna vez?».

«Tú pruébalo», la animó Martha, entregándole la cuerda. «Al princi-

pio no puedes saltar cien, pero si practicas irás subiendo. Eso dijo mi madre. Ella dice: “Nada le hará más bien que la cuerda de saltar. Es el juguete más sensato que puede tener un niño. Déjala jugar al aire libre saltando y le estirará las piernas y los brazos y les dará algo de fuerza”».

Era evidente que no había mucha fuerza en los brazos y las piernas de la señorita Mary cuando empezó a saltar. No era muy hábil, pero le gustó tanto que no quería parar.

«Ponte tus cosas y sal corriendo a saltar fuera», dijo Martha. «Mi madre dijo que te dijera que estés afuera todo lo que puedas, aunque llueva un poquito, con tal de que te abrigues bien».

Mary se puso el abrigo y el sombrero y se echó la cuerda de saltar al brazo. Abrió la puerta para salir, y de pronto pensó en algo y se volvió bastante despacio.

«Martha», dijo, «era tu paga. Eran en realidad tus dos peniques. Gracias». Lo dijo con rigidez, porque no estaba acostumbrada a dar las gracias ni a notar que otros hacían cosas por ella. «Gracias», dijo, y le tendió la mano porque no sabía qué más hacer.

Martha le dio un apretón de mano torpe y breve, como si tampoco estuviera acostumbrada a este tipo de cosas. Luego se rio.

«¡Ay! Eres una cosita rara, como de vieja», dijo. «Si hubieras sido nuestra Lizabeth Ellen, me habrías dado un beso».

Mary se puso más tiesa que nunca.

«¿Quieres que te bese?».

Martha volvió a reír.

«No, pues, yo no», respondió. «Si fueras distinta, quizá querrías hacerlo tú misma. Pero no lo eres. Sal corriendo y juega con tu cuerda».

La señorita Mary se sintió un poco incómoda al salir del cuarto. La gente de Yorkshire parecía extraña, y Martha siempre había sido para ella algo así como un enigma. Al principio le había desagradado mucho, pero ahora no. La cuerda de saltar era una cosa maravillosa. Contó y saltó, y saltó y contó, hasta que se le pusieron bien rojas las meji-

llas, y estaba más interesada de lo que había estado nunca desde que nació. Brillaba el sol y soplaba un vientecillo, no uno áspero, sino uno que venía en deliciosas rachitas y traía consigo un fresco olor a tierra recién removida. Saltó alrededor del jardín de la fuente y por un sendero y por otro. Por fin entró saltando en la huerta de hortalizas y vio a Ben Weatherstaff cavando y hablando con su petirrojo, que saltaba a su alrededor. Saltó por el paseo hacia él, y él levantó la cabeza y la miró con expresión curiosa. Ella se había preguntado si él la notaría. Quería que la viera saltar.

«¡Vaya!», exclamó. «Palabra que sí. A lo mejor eres una chiquilla de verdad, después de todo, y a lo mejor tienes sangre de niña en las venas en vez de suero de leche agrio. De tanto saltar se te han puesto rojas las mejillas, tan cierto como que me llamo Ben Weatherstaff. No habría creído que pudieras hacerlo».

«Nunca antes había saltado», dijo Mary. «Estoy empezando. Solo puedo llegar hasta veinte».

«Sigue así», dijo Ben. «Te sale bastante bien para una chiquilla que ha vivido entre paganos. Mira cómo te observa él», dijo, señalando con un gesto de la cabeza al petirrojo. «Ayer te siguió. Hoy lo hará otra vez. Seguro que quiere averiguar qué es la cuerda de saltar. Nunca ha visto una. ¡Ay!», dijo, moviendo la cabeza hacia el pájaro, «tu curiosidad será tu muerte algún día si no andas con ojo».

Mary saltó por todos los jardines y alrededor del huerto de frutales, descansando cada pocos minutos. Por fin llegó a su paseo especial y decidió probar si podía saltar todo su largo. Era un buen trecho y empezó despacio, pero antes de haber llegado a la mitad del sendero estaba tan acalorada y sin aliento que tuvo que detenerse. No le importó mucho, porque ya había contado hasta treinta. Se detuvo con una risita de placer, y allí, ¡mira por dónde!, estaba el petirrojo columpiándose en una larga rama de hiedra. La había seguido y la saludó con un gorjeo. Mientras Mary saltaba hacia él, había sentido algo pesado en el bolsillo que le golpeaba a cada salto, y al ver al petirrojo se rio otra

vez.

«Ayer me mostraste dónde estaba la llave», dijo. «Hoy deberías mostrarme la puerta; ¡pero no creo que lo sepas!».

El petirrojo voló desde su ramita de hiedra que se mecía hasta lo alto del muro, abrió el pico y cantó un trino fuerte y hermoso, solo para lucirse. Nada en el mundo es tan adorablemente hermoso como un petirrojo cuando se luce, y casi siempre lo están haciendo.

Mary Lennox había oído mucho sobre la Magia en los cuentos de su aya, y siempre dijo que lo que ocurrió casi en ese momento fue Magia.

Una de las agradables rachitas de viento bajó por el paseo, y era más fuerte que las demás. Era lo bastante fuerte para agitar las ramas de los árboles, y más que lo bastante para balancear los largos ramos de hiedra sin podar que colgaban del muro. Mary se había acercado al petirrojo, y de pronto la ráfaga apartó unas hebras sueltas de hiedra, y más de pronto aún ella saltó hacia ellas y las atrapó con la mano. Lo hizo porque había visto algo debajo: un pomo redondo que había estado cubierto por las hojas colgantes. Era el pomo de una puerta.

Metió las manos bajo las hojas y empezó a tirar de ellas y a apartarlas. Por espesa que colgara la hiedra, casi toda era una cortina suelta y oscilante, aunque algo se había arrastrado sobre la madera y el hierro. El corazón de Mary empezó a latirle con fuerza y las manos a temblarle un poco de gusto y de emoción. El petirrojo seguía cantando y trinando y ladeando la cabeza, como si estuviera tan emocionado como ella. ¿Qué era esto bajo sus manos, que era cuadrado y de hierro y en lo que sus dedos encontraron un agujero?

Era la cerradura de la puerta que llevaba diez años cerrada, y ella metió la mano en el bolsillo, sacó la llave y vio que calzaba en el ojo de la cerradura. Metió la llave y la giró. Hizo falta usar las dos manos, pero giró.

Y entonces respiró hondo y miró detrás de sí, por el largo paseo, para ver si venía alguien. No venía nadie. Parecía que nadie venía nun-

ca, y respiró hondo otra vez, porque no pudo evitarlo, y sostuvo la oscilante cortina de hiedra y empujó la puerta, que se abrió lentamente, lentamente.

Entonces se deslizó por ella, la cerró tras de sí y se quedó con la espalda apoyada contra ella, mirando a su alrededor y respirando muy rápido de emoción, de asombro y de gusto.

Estaba parada *dentro* del jardín secreto.

IX. La casa más extraña en que haya vivido nadie

Era el lugar más dulce y de aspecto más misterioso que nadie pudiera imaginar. Los altos muros que lo encerraban estaban cubiertos de tallos sin hojas de rosales trepadores, tan espesos que se habían enmarañado unos con otros. Mary Lennox sabía que eran rosales porque había visto muchísimas rosas en la India. Todo el suelo estaba cubierto de pasto de un pardo invernal, y de él brotaban matas que sin duda eran rosales, si es que estaban vivas. Había muchos rosales de pie alto que habían extendido tanto sus ramas que parecían arbolitos. Había otros árboles en el jardín, y una de las cosas que hacían que el lugar se viera tan extraño y tan hermoso era que los rosales trepadores se habían extendido por todos ellos y dejaban caer largos zarcillos que formaban ligeras cortinas oscilantes, y aquí y allá se habían agarrado unos a otros o a alguna rama lejana y habían pasado de un árbol a otro, tendiendo así hermosos puentes. Ahora no tenían ni hojas ni rosas, y Mary no sabía si estaban muertos o vivos, pero sus delgadas ramas y ramitas grises o pardas parecían una especie de manto brumoso que se extendía sobre todo, muros, árboles y hasta el pasto pardo, donde habían caído de sus ataduras y corrido por el suelo. Era esta maraña brumosa de un árbol a otro lo que hacía que todo pareciera tan misterioso. Mary había pensado que debía de ser distinto de otros jardines que no habían sido dejados tanto tiempo completamente solos; y de hecho era distinto de cualquier otro lugar que hubiera visto en su vida.

«¡Qué quietud!», susurró. «¡Qué quietud!».

Luego esperó un momento y escuchó la quietud. El petirrojo, que había volado a la copa de su árbol, estaba tan quieto como todo lo demás. Ni siquiera agitaba las alas; estaba posado sin moverse, y miraba a Mary.

«No me extraña que esté todo quieto», susurró de nuevo. «Soy la primera persona que habla aquí adentro en diez años».

Se alejó de la puerta, pisando tan suave como si temiera despertar a alguien. Se alegró de que hubiera pasto bajo sus pies y de que sus pasos no hicieran ruido. Caminó bajo uno de los grises arcos de hadas que se formaban entre los árboles y miró hacia arriba las ramitas y zarcillos que los componían.

«Me pregunto si estarán todos del todo muertos», dijo. «¿Es todo un jardín del todo muerto? Ojalá no lo fuera».

Si hubiera sido Ben Weatherstaff, habría podido decir si la madera estaba viva con solo mirarla, pero ella solo podía ver que no había sino ramitas y ramas grises o pardas y que ninguna mostraba señal alguna ni de un pequeño brote de hoja.

Pero estaba *dentro* del maravilloso jardín y podía entrar por la puerta bajo la hiedra cuando quisiera, y sentía como si hubiera encontrado un mundo todo suyo.

El sol brillaba dentro de los cuatro muros, y el alto arco de cielo azul sobre este pedazo de Misselthwaite parecía aún más brillante y suave que sobre el páramo. El petirrojo bajó volando de la copa de su árbol y saltaba por ahí o volaba tras ella de un arbusto a otro. Gorjeaba mucho y tenía un aire muy atareado, como si le estuviera mostrando cosas. Todo era extraño y silencioso, y ella parecía estar a cientos de millas de cualquiera, pero de algún modo no se sentía sola en absoluto. Lo único que la inquietaba era el deseo de saber si todos los rosales estaban muertos, o si quizá algunos habían vivido y podrían echar hojas y capullos cuando el tiempo se hiciera más cálido. No quería que fuera un jardín del todo muerto. Si fuera un jardín del todo vivo, ¡qué maravilla sería, y qué miles de rosas crecerían por todos lados!

Había traído la cuerda de saltar colgada del brazo, y después de caminar un rato pensó que saltaría alrededor de todo el jardín, deteniéndose cuando quisiera mirar cosas. Parecía haber habido senderos de pasto aquí y allá, y en uno o dos rincones había glorietas de plantas

siempre verdes con bancos de piedra o altos jarrones de flores cubiertos de musgo.

Al acercarse a la segunda de estas glorietas, dejó de saltar. Allí había habido una vez un macizo de flores, y le pareció ver algo que sobresalía de la tierra negra: unas puntitas afiladas de un verde pálido. Recordó lo que había dicho Ben Weatherstaff y se arrodilló a mirarlas.

«Sí, son cositas diminutas que crecen, y *podrían* ser azafranes o campanillas de invierno o narcisos», susurró.

Se inclinó muy cerca de ellas y aspiró el fresco olor de la tierra húmeda. Le gustó muchísimo.

«Quizá hay otras que están saliendo en otros lugares», dijo. «Voy a recorrer todo el jardín y a mirar».

No saltó, sino que caminó. Iba despacio y con los ojos puestos en el suelo. Miró en los viejos macizos de los bordes y entre el pasto, y después de haber dado la vuelta, tratando de no perderse nada, había encontrado muchísimas más puntitas afiladas de verde pálido, y se había vuelto a emocionar bastante.

«No es un jardín del todo muerto», dijo suavemente para sí. «Aunque los rosales estén muertos, hay otras cosas vivas».

No sabía nada de jardinería, pero el pasto parecía tan espeso en algunos de los lugares por donde las puntitas verdes se abrían camino, que pensó que no parecían tener suficiente espacio para crecer. Buscó por ahí hasta encontrar un trozo de madera bastante puntiagudo, se arrodilló y cavó y arrancó la maleza y el pasto hasta que hizo lindos claros alrededor de ellas.

«Ahora parece que pueden respirar», dijo, cuando terminó con las primeras. «Voy a hacer muchísimas más. Haré todas las que vea. Si hoy no me da tiempo, puedo volver mañana».

Fue de un lugar a otro, y cavó y desmalezó, y se divirtió tanto que se dejó llevar de un macizo a otro y al pasto bajo los árboles. El ejercicio la acaloró tanto que primero se quitó el abrigo y luego el sombrero, y sin saberlo estuvo sonriendo todo el tiempo al pasto y a las punti-

tas de verde pálido.

El petirrojo estaba atareadísimo. Estaba muy contento de ver que se empezaba a hacer jardinería en sus propias tierras. Muchas veces se había maravillado con Ben Weatherstaff. Donde se hace jardinería, con la tierra salen todo tipo de cosas deliciosas para comer. Y ahora aquí estaba esta nueva clase de criatura, que no tenía ni la mitad del tamaño de Ben y que, sin embargo, había tenido el juicio de venir a su jardín y ponerse a trabajar de inmediato.

La señorita Mary trabajó en su jardín hasta que fue hora de ir a almorzar. De hecho, se acordó bastante tarde, y cuando se puso el abrigo y el sombrero y recogió su cuerda de saltar, no podía creer que hubiera estado trabajando dos o tres horas. Había sido de verdad feliz todo el tiempo; y docenas y docenas de las diminutas puntitas de verde pálido se veían en lugares despejados, con un aspecto dos veces más alegre que el de antes, cuando el pasto y la maleza las ahogaban.

«Volveré esta tarde», dijo, mirando a su alrededor su nuevo reino y hablándoles a los árboles y a los rosales como si la oyeran.

Luego cruzó corriendo ligera el pasto, empujó la vieja puerta lenta y se deslizó por ella bajo la hiedra. Tenía las mejillas tan rojas y los ojos tan brillantes, y comió tal almuerzo, que Martha estaba encantada.

«¡Dos trozos de carne y dos raciones de arroz con leche!», dijo. «¡Ay! Mi madre se va a alegrar cuando le cuente lo que la cuerda de saltar ha hecho por ti».

En el curso de su trabajo de cavar con su palo puntiagudo, la señorita Mary se había encontrado desenterrando una especie de raíz blanca, parecida a una cebolla. La había vuelto a poner en su sitio y le había apretado la tierra encima con cuidado, y ahora se preguntaba si Martha podría decirle qué era.

«Martha», dijo, «¿qué son esas raíces blancas que parecen cebollas?».

«Son bulbos», respondió Martha. «De ellos crecen muchas flores de

primavera. Los muy chiquitos son las campanillas de invierno y los azafranes, y los grandes son los narcisos y los junquillos y los trompones. Los más grandes de todos son las azucenas y los lirios morados. ¡Ay, son lindos! Dickon tiene un montón plantados en nuestro pedacito de jardín».

«¿Dickon sabe todo sobre ellos?», preguntó Mary, a quien se le acababa de ocurrir una idea nueva.

«Nuestro Dickon es capaz de hacer crecer una flor en un camino de ladrillo. Mi madre dice que él solo les susurra cosas a las que están bajo la tierra».

«¿Los bulbos viven mucho tiempo? ¿Vivirían años y años si nadie los ayudara?», preguntó Mary con ansiedad.

«Son de los que se las arreglan solos», dijo Martha. «Por eso la gente pobre puede tenerlos. Si no los molestas, casi todos trabajan bajo tierra toda una vida y se extienden y tienen hijitos. Aquí en los bosques del parque hay un lugar donde hay campanillas de invierno a millares. Son lo más lindo de Yorkshire cuando llega la primavera. Nadie sabe cuándo las plantaron por primera vez».

«Ojalá la primavera estuviera aquí ahora», dijo Mary. «Quiero ver todas las cosas que crecen en Inglaterra».

Había terminado su almuerzo y había ido a su asiento favorito, en la alfombra del hogar.

«Ojalá... ojalá tuviera una palita», dijo.

«¿Y pa' qué quieres tú una pala?», preguntó Martha, riendo. «¿Es que vas a darte a cavar? Eso también tengo que contárselo a mi madre».

Mary miró el fuego y reflexionó un poco. Debía tener cuidado si quería conservar su reino secreto. No hacía ningún daño, pero si el señor Craven se enteraba de que la puerta estaba abierta se enfadaría terriblemente y mandaría hacer una llave nueva y la cerraría para siempre. De veras no podía soportar eso.

«Este es un lugar tan grande y solitario», dijo despacio, como si le

diera vueltas a las cosas en la mente. «La casa es solitaria, y el parque es solitario, y los jardines son solitarios. Tantos lugares parecen cerrados. En la India yo nunca hacía muchas cosas, pero había más gente que mirar (nativos y soldados que pasaban marchando) y a veces bandas que tocaban, y mi aya me contaba cuentos. Aquí no hay nadie con quien hablar fuera de ti y de Ben Weatherstaff. Y tú tienes que hacer tu trabajo, y Ben Weatherstaff no me habla a menudo. Pensé que si tuviera una palita podría cavar en algún lugar como hace él, y quizá podría hacer un jardincito si él me diera algunas semillas».

A Martha se le iluminó toda la cara.

«¡Vaya!», exclamó. «¡Si eso es justo una de las cosas que dijo mi madre! Ella dice: “Hay tanto espacio en ese lugar tan grande, ¿por qué no le dan un pedacito para ella, aunque no plante nada sino perejil y rábanos? Cavaría y rastrillaría y sería de verdad feliz”. Esas fueron las palabras que dijo».

«¿De verdad?», dijo Mary. «Cuántas cosas sabe, ¿no es cierto?».

«¡Ay!», dijo Martha. «Es como dice ella: “Una mujer que cría doce hijos aprende algo más que el abecedario. Los hijos valen tanto como la aritmética pa' hacerle a una descubrir cosas”».

«¿Cuánto costaría una pala, una pequeña?», preguntó Mary.

«Bueno», fue la respuesta pensativa de Martha, «en el pueblo de Thwaite hay una tienda o dos, y vi juegos chiquitos de jardinería con una pala y un rastrillo y una horquilla, todo atado junto, por dos chelines. Y eran bastante fuertes para trabajar con ellos también».

«Tengo más que eso en mi monedero», dijo Mary. «La señora Morrison me dio cinco chelines, y la señora Medlock me dio algo de dinero de parte del señor Craven».

«¿Se acordó de ti tanto como eso?», exclamó Martha.

«La señora Medlock dijo que yo debía tener un chelín por semana para gastar. Me da uno cada sábado. No sabía en qué gastarlo».

«¡Válgame! Eso es ser rica», dijo Martha. «Puedes comprar lo que quieras en el mundo entero. El alquiler de nuestra casa es solo un che-

lín y tres peniques, y es como sacarse las muelas pa' conseguirlo. Ahora se me acaba de ocurrir una cosa», poniéndose las manos en las caderas.

«¿Qué?», dijo Mary con entusiasmo.

«En la tienda de Thwaite venden paquetes de semillas de flores a un penique cada uno, y nuestro Dickon sabe cuáles son las más lindas y cómo hacerlas crecer. Camina hasta Thwaite muchos días solo por el gusto de hacerlo. ¿Sabes escribir con letra de imprenta?», preguntó de repente.

«Sé escribir», respondió Mary.

Martha movió la cabeza.

«Nuestro Dickon solo sabe leer letra de imprenta. Si tú supieras escribir con letra de imprenta, podríamos escribirle una carta y pedirle que vaya a comprar las herramientas de jardín y las semillas al mismo tiempo».

«¡Ay! ¡Qué buena chica eres!», exclamó Mary. «¡De veras! No sabía que fueras tan simpática. Sé que puedo escribir con letra de imprenta si lo intento. Pidámosle a la señora Medlock una pluma y tinta y papel».

«Tengo algo mío», dijo Martha. «Lo compré para poder escribirle a mi madre una cartita con letra de imprenta los domingos. Voy a buscarlo».

Salió corriendo del cuarto, y Mary se quedó junto al fuego retorciendo sus delgadas manitas de puro placer.

«Si tengo una pala», susurró, «puedo dejar la tierra bien blanda y arrancar la maleza. Si tengo semillas y puedo hacer crecer flores, el jardín no estará muerto en absoluto: volverá a la vida».

No volvió a salir esa tarde, porque cuando Martha regresó con su pluma, su tinta y su papel, tuvo que despejar la mesa y llevar abajo los platos y las fuentes, y cuando llegó a la cocina la señora Medlock estaba allí y le mandó hacer algo, de modo que Mary esperó lo que le pareció un largo rato antes de que volviera. Luego fue un trabajo serio es-

cribirle a Dickon. A Mary le habían enseñado muy poco, porque sus institutrices la habían detestado demasiado para quedarse con ella. No sabía deletrear particularmente bien, pero descubrió que podía escribir con letra de imprenta si lo intentaba. Esta fue la carta que Martha le dictó:

«*Querido Dickon:*

Te escribo esperando que te encuentres bien, como me encuentro yo por ahora. La señorita Mary tiene mucho dinero, y quisiera que fueras a Thwaite y le compraras unas semillas de flores y un juego de herramientas de jardín para hacer un macizo de flores. Escoge las más lindas y fáciles de hacer crecer, porque ella nunca lo ha hecho y vivió en la India, que es distinto. Dale mi cariño a nuestra madre y a todos ustedes. La señorita Mary me va a contar muchas cosas más, para que en mi próximo día libre puedan oír de elefantes y camellos y señores que van a cazar leones y tigres.

Tu hermana que te quiere,

Martha Phœbe Sowerby».

«Pondremos el dinero en el sobre y le pediré al chico del carnicero que lo lleve en su carreta. Es muy amigo de Dickon», dijo Martha.

«¿Cómo recibiré las cosas cuando Dickon las compre?».

«Él mismo te las traerá. Le gustará caminar hasta acá».

«¡Ay!», exclamó Mary, «¡entonces lo veré! Nunca pensé que vería a Dickon».

«¿Quieres verlo?», preguntó Martha de repente, porque Mary se había visto tan contenta.

«Sí, quiero. Nunca vi a un muchacho a quien quisieran los zorros y los cuervos. Quiero verlo muchísimo».

Martha dio un pequeño sobresalto, como si recordara algo.

«Mira tú», soltó, «¡mira que olvidárseme eso! Y yo que pensaba contártelo lo primero esta mañana. Le pregunté a mi madre, y dijo que ella misma le preguntaría a la señora Medlock».

«¿Quieres decir...?», empezó Mary.

«Lo que dije el martes. Preguntarle si podrían llevarte en coche a nuestra casa algún día, a comer un poco de la torta de avena caliente de mi madre, con mantequilla, y un vaso de leche».

Parecía que todas las cosas interesantes estaban ocurriendo en un solo día. ¡Pensar en cruzar el páramo a la luz del día y con el cielo azul! ¡Pensar en entrar en la casita donde vivían doce niños!

«¿Cree ella que la señora Medlock me dejaría ir?», preguntó con bastante ansiedad.

«Sí, pues, cree que sí. Sabe lo ordenada que es mi madre y lo limpia que mantiene la casa».

«Si fuera, vería a tu madre además de a Dickon», dijo Mary, pensándolo y gustándole mucho la idea. «No parece ser como las madres de la India».

Su trabajo en el jardín y la emoción de la tarde terminaron dejándola tranquila y pensativa. Martha se quedó con ella hasta la hora del té, pero estuvieron sentadas en un cómodo silencio y hablaron muy poco. Pero justo antes de que Martha bajara a buscar la bandeja del té, Mary hizo una pregunta.

«Martha», dijo, «¿la ayudante de cocina volvió a tener dolor de muelas hoy?».

Martha, ciertamente, se sobresaltó un poco.

«¿Por qué lo preguntas?», dijo.

«Porque cuando esperé tanto a que volvieras, abrí la puerta y caminé por el pasillo para ver si venías. Y volví a oír ese llanto lejano, igual que lo oímos la otra noche. Hoy no hay viento, así que ya ves que no pudo haber sido el viento».

«¡Ay!», dijo Martha con inquietud. «No tienes que andar por los pasillos escuchando. El señor Craven se enfadaría tanto que no se sabe lo que haría».

«No estaba escuchando», dijo Mary. «Solo te estaba esperando, y lo oí. Son tres veces».

«¡Válgame! Ahí suena la campanilla de la señora Medlock», dijo

Martha, y casi salió corriendo del cuarto.

«Es la casa más extraña en que haya vivido nadie», dijo Mary adormilada, dejando caer la cabeza sobre el asiento acolchado del sillón que tenía cerca. El aire fresco, y el cavar, y la cuerda de saltar la habían dejado tan cómodamente cansada que se quedó dormida.

X. Dickon

El sol brilló durante casi una semana sobre el jardín secreto. El Jardín Secreto era como lo llamaba Mary cuando pensaba en él. Le gustaba el nombre, y le gustaba más todavía la sensación de que, cuando sus hermosos muros antiguos la encerraban, nadie sabía dónde estaba. Era casi como estar apartada del mundo en algún lugar de hadas. Los pocos libros que había leído y que le habían gustado eran libros de cuentos de hadas, y en algunos había leído sobre jardines secretos. A veces la gente se dormía en ellos durante cien años, lo que a ella le había parecido bastante tonto. Ella no tenía ninguna intención de dormirse y, de hecho, cada día que pasaba en Misselthwaite estaba más despierta. Empezaba a gustarle estar al aire libre; ya no odiaba el viento, sino que lo disfrutaba. Podía correr más rápido y más tiempo, y podía saltar a la cuerda hasta cien. Los bulbos del jardín secreto debieron de quedarse muy asombrados. Se habían hecho a su alrededor unos espacios tan limpios que tenían todo el aire que querían y, en verdad, aunque la señorita Mary no lo supiera, empezaban a animarse bajo la tierra oscura y a trabajar con todas sus fuerzas. El sol podía llegar hasta ellos y entibiarlos, y cuando caía la lluvia los alcanzaba de inmediato, así que empezaron a sentirse muy vivos.

Mary era una personita extraña y decidida, y ahora que tenía algo interesante en que poner esa decisión, estaba de veras muy absorta. Trabajaba, cavaba y arrancaba malas hierbas sin parar, y cada hora estaba más contenta con su trabajo en vez de cansarse de él. Le parecía un juego fascinante. Encontró muchas más puntas verde pálido brotando de las que jamás había esperado encontrar. Parecían salir por todas partes, y cada día estaba segura de descubrir otras nuevas, algunas tan diminutas que apenas asomaban sobre la tierra. Eran tantas que se acordó de lo que Martha había dicho sobre las «campanillas de invier-

no a millares» y sobre los bulbos que se extienden y hacen otros nuevos. Estos habían quedado abandonados durante diez años y quizá se habían extendido, como las campanillas, hasta ser miles. Se preguntaba cuánto faltaría para que mostraran que eran flores. A veces dejaba de cavar para mirar el jardín e intentar imaginar cómo sería cuando estuviera cubierto de miles de cosas hermosas en flor.

Durante esa semana de sol llegó a tratar con más confianza a Ben Weatherstaff. Lo sorprendió varias veces apareciendo a su lado como si hubiera brotado de la tierra. La verdad era que temía que él tomara sus herramientas y se fuera si la veía venir, así que siempre se le acercaba lo más silenciosamente posible. Pero, en realidad, él ya no se oponía a ella tan fuertemente como al principio. Quizá, en secreto, se sentía algo halagado por su evidente deseo de compañía de un anciano. Además, ella era más cortés que antes. Él no sabía que, cuando lo vio por primera vez, le habló como habría hablado a un nativo, y que no había sabido que un viejo de Yorkshire, malhumorado y recio, no estaba acostumbrado a hacer reverencias a sus amos ni a que le mandaran hacer cosas sin más.

«Eres como el petirrojo», le dijo una mañana, cuando levantó la cabeza y la vio de pie a su lado. «Nunca sé cuándo te voy a ver ni por qué lado vas a aparecer».

«Ahora él es amigo mío», dijo Mary.

«Eso es muy de él», replicó Ben Weatherstaff con sequedad. «Haciéndoles la corte a las mujeres solo por vanidad y ligereza. No hay nada que no haría por lucirse y menear las plumas de la cola. Está tan lleno de orgullo como un huevo está lleno de yema».

Casi nunca hablaba mucho y a veces ni siquiera contestaba las preguntas de Mary, salvo con un gruñido, pero esa mañana habló más que de costumbre. Se enderezó y apoyó una de sus botas claveteadas sobre la pala mientras la miraba de arriba abajo.

«¿Cuánto hace que estás aquí?», soltó de golpe.

«Creo que como un mes», respondió ella.

«Ya empiezas a hacerle honor a Misselthwaite», dijo él. «Estás un poco más gordita que antes y ya no estás tan amarilla. Parecías un cuervo joven desplumado cuando entraste por primera vez a este jardín. Y yo pensé para mí: nunca he visto una criatura más fea ni de cara más agria».

Mary no era vanidosa y, como nunca le había dado mucha importancia a su aspecto, no se molestó demasiado.

«Ya sé que estoy más gorda», dijo. «Las medias me quedan más justas. Antes hacían arrugas. Ahí está el petirrojo, Ben Weatherstaff».

Ahí estaba, en efecto, el petirrojo, y a ella le pareció más lindo que nunca. Su chaleco rojo brillaba como el raso, y agitaba las alas y la cola, ladeaba la cabeza y daba saltitos con toda clase de gracias vivarachas. Parecía decidido a que Ben Weatherstaff lo admirara. Pero Ben fue sarcástico.

«¡Ajá, ahí estás!», dijo. «Me aguantas un ratito de vez en cuando, cuando no tienes a nadie mejor. Llevas dos semanas enrojeciéndote el chaleco y lustrándote las plumas. Sé bien lo que te traes. Estás cortejando a alguna petirroja atrevida por ahí, contándole mentiras de que eres el petirrojo más galán del páramo de Missel y de que estás listo para pelear con todos los demás».

«¡Oh, mírelo!», exclamó Mary.

El petirrojo estaba, evidentemente, en uno de sus ánimos más fascinantes y atrevidos. Se acercaba saltando cada vez más y miraba a Ben Weatherstaff cada vez con más gracia. Voló hasta el grosellero más cercano, ladeó la cabeza y le cantó una cancioncita directamente a él.

«Piensas que vas a ablandarme haciendo eso», dijo Ben, arrugando la cara de tal modo que Mary estuvo segura de que trataba de no parecer complacido. «Piensas que nadie puede resistirse a ti... eso es lo que piensas».

El petirrojo extendió las alas (Mary apenas podía creer lo que veía). Voló derecho hasta el mango de la pala de Ben Weatherstaff y se posó en la punta. Entonces la cara del viejo se fue arrugando lenta-

mente en una expresión nueva. Se quedó inmóvil, como si temiera respirar, como si no se hubiera movido por nada del mundo, no fuera a ser que su petirrojo se espantara. Habló en un susurro.

«¡Pues, caramba!», dijo, tan suavemente como si dijera algo muy distinto. «¡Sí que sabes llegarle a uno, sí que sabes! Eres casi sobrenatural, de lo listo que eres».

Y se quedó sin moverse, casi sin tomar aliento, hasta que el petirrojo dio otro aleteo coqueto y se fue volando. Entonces se quedó mirando el mango de la pala como si pudiera haber Magia en él, y luego volvió a cavar y no dijo nada durante varios minutos.

Pero como de vez en cuando se le escapaba una sonrisa lenta, Mary no tuvo miedo de hablarle.

«¿Tiene usted un jardín propio?», preguntó.

«No. Soy soltero y vivo en casa de Martin, junto al portón».

«Si tuviera uno», dijo Mary, «¿qué plantaría?».

«Repollos, papas y cebollas».

«Pero si quisiera hacer un jardín de flores», insistió Mary, «¿qué plantaría?».

«Bulbos y cosas de buen olor... pero sobre todo rosas».

La cara de Mary se iluminó.

«¿Le gustan las rosas?», dijo.

Ben Weatherstaff arrancó una mala hierba y la tiró a un lado antes de contestar.

«Pues sí, me gustan. Eso me lo enseñó una señorita a la que serví de jardinero. Tenía muchas en un lugar que quería, y las amaba como si fueran niños... o petirrojos. La he visto inclinarse y besarlas». Arrancó otra mala hierba y la miró con el ceño fruncido. «De eso hará unos diez años».

«¿Dónde está ahora?», preguntó Mary, muy interesada.

«En el Cielo», respondió él, y hundió la pala hondo en la tierra, «según dice el párroco».

«¿Qué pasó con las rosas?», volvió a preguntar Mary, más interesa-

da que nunca.

«Las dejaron solas».

Mary se estaba emocionando bastante.

«¿Murieron del todo? ¿Se mueren del todo las rosas cuando las dejan solas?», se atrevió a preguntar.

«Pues, como les había tomado cariño, y yo la quería a ella, y a ella le gustaban», admitió Ben Weatherstaff de mala gana, «una o dos veces al año iba a trabajarlas un poco, a podarlas y a cavar alrededor de las raíces. Crecieron salvajes, pero estaban en tierra rica, así que algunas vivieron».

«Cuando no tienen hojas y se ven grises y pardas y secas, ¿cómo se sabe si están muertas o vivas?», preguntó Mary.

«Espera a que la primavera las alcance, espera a que el sol brille sobre la lluvia y la lluvia caiga sobre el sol, y entonces lo sabrás».

«¿Cómo, cómo?», gritó Mary, olvidando que debía andar con cuidado.

«Mira a lo largo de las ramitas y las ramas, y si ves un bultito pardo que se hincha por aquí y por allá, míralo después de la lluvia tibia y verás lo que pasa». Se detuvo de repente y miró con curiosidad su cara ansiosa. «¿Por qué te importan tanto las rosas y esas cosas, así de pronto?», preguntó.

La señorita Mary sintió que se le ponía roja la cara. Casi tuvo miedo de contestar.

«Yo... quiero jugar a que... a que tengo un jardín propio», balbuceó. «Yo... no tengo nada que hacer. No tengo nada... ni a nadie».

«Bueno», dijo Ben Weatherstaff lentamente, mientras la observaba, «eso es verdad. No tienes».

Lo dijo de un modo tan raro que Mary se preguntó si de veras sentiría un poco de lástima por ella. Ella nunca había sentido lástima por sí misma; solo se había sentido cansada y malhumorada, porque le desagradaban tanto las personas y las cosas. Pero ahora el mundo parecía estar cambiando y volviéndose más agradable. Si nadie descubría el

jardín secreto, ella se divertiría siempre.

Se quedó con él diez o quince minutos más y le hizo todas las preguntas que se atrevió. Él respondió a cada una de ellas a su manera gruñona y extraña, y no pareció enojarse de veras ni tomó su pala para dejarla sola. Dijo algo sobre rosas justo cuando ella se iba, y eso le recordó aquellas que él había dicho querer.

«¿Va usted a ver esas otras rosas ahora?», preguntó.

«Este año no he ido. El reumatismo me tiene demasiado tieso de las articulaciones».

Lo dijo con su voz de queja, y de pronto pareció enfadarse con ella, aunque ella no veía por qué.

«¡Mira, escucha!», dijo con aspereza. «No me hagas tantas preguntas. Eres la muchacha más preguntona que he conocido en mi vida. Anda, vete y ponte a jugar. Ya he hablado bastante por hoy».

Y lo dijo tan enojado que ella supo que no servía de nada quedarse ni un minuto más. Se fue saltando despacio por el sendero exterior, pensando en él y diciéndose que, por raro que fuera, aquí había otra persona que le gustaba a pesar de su mal genio. Le gustaba el viejo Ben Weatherstaff. Sí, le gustaba. Siempre quería intentar hacerlo conversar con ella. Además, empezaba a creer que él sabía todo lo que hay en el mundo sobre las flores.

Había un sendero con seto de laureles que rodeaba en curva el jardín secreto y terminaba en una puerta que daba a un bosque del parque. Pensó que daría la vuelta por ese sendero, miraría el bosque y vería si andaban conejos saltando por ahí. Le gustaba mucho ir saltando y, cuando llegó a la puertecita, la abrió y pasó, porque oyó un silbido bajo y raro y quiso averiguar qué era.

Era algo muy extraño de veras. Casi se le cortó el aliento cuando se detuvo a mirarlo. Un niño estaba sentado bajo un árbol, con la espalda apoyada en él, tocando una flauta rústica de madera. Era un niño de aspecto gracioso, de unos doce años. Se veía muy limpio, tenía la nariz respingona y las mejillas rojas como amapolas, y nunca había vis-

to la señorita Mary unos ojos tan redondos y tan azules en la cara de ningún niño. En el tronco del árbol en que se apoyaba se aferraba una ardilla parda que lo miraba, y detrás de un arbusto cercano un faisán macho estiraba delicadamente el cuello para asomarse, y muy cerca de él había dos conejos sentados, olfateando con las narices temblorosas... y en verdad parecía que todos se iban acercando para mirarlo y escuchar el extraño y bajo llamado que parecía hacer su flauta.

Cuando vio a Mary, levantó la mano y le habló con una voz casi tan baja como su música y bastante parecida.

«No te muevas», dijo. «Los espantarías».

Mary se quedó inmóvil. Él dejó de tocar la flauta y empezó a levantarse del suelo. Se movía tan despacio que apenas parecía moverse, pero al fin se puso de pie, y entonces la ardilla trepó de un salto a las ramas de su árbol, el faisán retiró la cabeza y los conejos se pusieron en cuatro patas y empezaron a alejarse saltando, aunque no como si estuvieran asustados.

«Soy Dickon», dijo el niño. «Sé que tú eres la señorita Mary».

Entonces Mary se dio cuenta de que, de algún modo, desde el principio había sabido que era Dickon. ¿Quién más podía estar encantando conejos y faisanes como los nativos encantan a las serpientes en la India? Tenía una boca ancha, roja y curvada, y su sonrisa se le extendía por toda la cara.

«Me levanté despacio», explicó, «porque si haces un movimiento brusco los asustas. Hay que moverse con suavidad y hablar bajito cuando hay bichos del monte cerca».

No le habló como si nunca se hubieran visto, sino como si la conociera bien. Mary no sabía nada de niños y le habló un poco tiesa, porque se sentía algo tímida.

«¿Recibiste la carta de Martha?», preguntó.

Él asintió con su cabeza rizada, de color herrumbre.

«Por eso vine».

Se agachó a recoger algo que había estado en el suelo a su lado

mientras tocaba.

«Traje las herramientas del jardín. Hay una palita, un rastrillo, una horquilla y una azada. ¡Ay!, son buenas. También hay una pala de jardín. Y la mujer de la tienda me regaló un paquetito de amapola blanca y otro de espuela de caballero azul cuando compré las otras semillas».

«¿Me mostrarás las semillas?», dijo Mary.

Ojalá ella pudiera hablar como él. Su manera de hablar era tan rápida y fácil. Sonaba como si ella le cayera bien y no tuviera ningún miedo de no caerle bien él a ella, aunque no era más que un muchacho común del páramo, con ropa remendada, una cara graciosa y una cabeza áspera de color rojo herrumbre. Al acercarse a él notó que lo rodeaba un olor limpio y fresco de brezo, de hierba y de hojas, casi como si estuviera hecho de ellos. Le gustó mucho, y cuando miró su cara graciosa de mejillas rojas y ojos azules y redondos, se le olvidó que se había sentido tímida.

«Sentémonos en este tronco y miremos las semillas», dijo.

Se sentaron y él sacó del bolsillo del abrigo un paquetito mal hecho de papel de estraza. Desató el cordel, y adentro había muchísimos paquetitos más pequeños y más pulcros, con un dibujo de una flor en cada uno.

«Hay un montón de reseda y de amapolas», dijo. «La reseda es lo que mejor huele de todo lo que crece, y crece donde la tires, igual que las amapolas. Las que salen y florecen con solo silbarles, esas son las más lindas de todas».

Se detuvo y volvió la cabeza rápidamente, y su cara de mejillas de amapola se iluminó.

«¿Dónde está ese petirrojo que nos llama?», dijo.

El gorjeo venía de un espeso acebo, brillante de bayas escarlatas, y Mary pensó que sabía de quién era.

«¿De veras nos está llamando?», preguntó.

«Sí», dijo Dickon, como si fuera lo más natural del mundo, «está llamando a un amigo suyo. Es como decir: “Aquí estoy. Mírame. Quiero

charlar un ratito". Ahí está, en el arbusto. ¿De quién es?».

«Es de Ben Weatherstaff, pero creo que me conoce un poco», respondió Mary.

«Sí, te conoce a ti», dijo Dickon, otra vez con su voz baja. «Y le caes bien. Te ha adoptado. En un minuto me contará todo sobre ti».

Se acercó mucho al arbusto con el movimiento lento que Mary ya le había notado, y luego emitió un sonido casi igual al trino del propio petirrojo. El petirrojo escuchó unos segundos, atento, y después respondió, justo como si contestara una pregunta.

«Sí, es amigo tuyo», rio Dickon por lo bajo.

«¿Crees que lo es?», exclamó Mary con ansia. Quería tanto saberlo. «¿Crees que de veras le caigo bien?».

«No se te acercaría si no», respondió Dickon. «Los pájaros son muy exigentes para elegir, y un petirrojo puede despreciar a uno peor que un hombre. Mira, ahora te está haciendo la corte. "¿No ves a este galán?", está diciendo».

Y de veras parecía que debía de ser cierto. Se movía de lado, gorjeaba y ladeaba la cabeza mientras saltaba en su arbusto.

«¿Entiendes todo lo que dicen los pájaros?», dijo Mary.

La sonrisa de Dickon se ensanchó hasta que pareció todo boca ancha, roja y curvada, y se frotó la cabeza áspera.

«Creo que sí, y ellos creen que sí», dijo. «He vivido tanto tiempo con ellos en el páramo. Los he visto romper el cascarón y salir, y echar plumas, y aprender a volar y empezar a cantar, hasta que me parece que soy uno de ellos. A veces pienso que quizá soy un pájaro, o un zorro, o un conejo, o una ardilla, o hasta un escarabajo, y no lo sé».

Se rio y volvió al tronco y empezó otra vez a hablar de las semillas de flores. Le contó cómo se veían cuando eran flores; le contó cómo plantarlas, y cuidarlas, y abonarlas y regarlas.

«Mira», dijo de pronto, volviéndose a mirarla. «Te las voy a plantar yo mismo. ¿Dónde está tu jardín?».

Las manos delgadas de Mary se aferraron una a la otra sobre su re-

gazo. No supo qué decir, así que durante un minuto entero no dijo nada. Nunca había pensado en esto. Se sintió desdichada. Y sintió que se ponía roja y luego pálida.

«Tienes un pedacito de jardín, ¿no es cierto?», dijo Dickon.

Era verdad que se había puesto roja y luego pálida. Dickon lo vio, y como ella seguía sin decir nada, empezó a desconcertarse.

«¿No te dieron un pedacito?», preguntó. «¿Todavía no tienes ninguno?».

Ella apretó más las manos y volvió los ojos hacia él.

«No sé nada de niños», dijo despacio. «¿Podrías guardar un secreto, si te cuento uno? Es un gran secreto. No sé qué haría si alguien lo descubriera. ¡Creo que me moriría!». La última frase la dijo con mucha fiereza.

Dickon se quedó más perplejo que nunca y hasta volvió a pasarse la mano por la cabeza áspera, pero contestó con muy buen humor.

«Yo guardo secretos todo el tiempo», dijo. «Si no pudiera guardar secretos de los otros muchachos, secretos de crías de zorro, y de nidos de pájaros, y de madrigueras de bichos del monte, no habría nada a salvo en el páramo. Sí, puedo guardar secretos».

La señorita Mary no quería extender la mano y agarrarle la manga, pero lo hizo.

«Me he robado un jardín», dijo muy deprisa. «No es mío. No es de nadie. Nadie lo quiere, a nadie le importa, nadie entra nunca en él. Quizá ya esté todo muerto allí. No lo sé».

Empezó a sentir calor y a sentirse tan contraria como nunca en su vida.

«¡No me importa, no me importa! Nadie tiene derecho a quitármelo cuando a mí me importa y a ellos no. Lo están dejando morir, todo encerrado solo», terminó con pasión, y se echó los brazos sobre la cara y rompió a llorar... la pobre señorita Mary.

Los curiosos ojos azules de Dickon se fueron poniendo cada vez más redondos.

«¡Eh-h-h!», dijo, alargando despacio la exclamación, y la manera en que lo hizo significaba a la vez asombro y compasión.

«No tengo nada que hacer», dijo Mary. «Nada me pertenece. Lo encontré yo sola y yo sola entré en él. Yo era justo como el petirrojo, y al petirrojo no se lo quitarían».

«¿Dónde está?», preguntó Dickon, bajando la voz.

La señorita Mary se levantó del tronco de inmediato. Sabía que otra vez se sentía contraria y terca, y no le importaba en absoluto. Estaba mandona, como en la India, y a la vez acalorada y afligida.

«Ven conmigo y te lo mostraré», dijo.

Lo condujo por el sendero de laureles y hasta el paseo donde la hiedra crecía tan espesa. Dickon la siguió con una mirada rara, casi compasiva. Sentía como si lo llevaran a ver el nido de algún pájaro extraño y tuviera que moverse con suavidad. Cuando ella se acercó al muro y levantó la hiedra que colgaba, él se sobresaltó. Había una puerta, y Mary la empujó despacio y pasaron juntos, y entonces Mary se detuvo y señaló todo a su alrededor con la mano, con aire desafiante.

«Es esto», dijo. «Es un jardín secreto, y yo soy la única persona en el mundo que quiere que esté vivo».

Dickon miró a su alrededor, una y otra vez, y otra vez más.

«¡Ay!», dijo casi en un susurro, «¡qué lugar tan raro y lindo! Es como si uno estuviera en un sueño».

XI. El nido del zorzal charlo

Durante dos o tres minutos se quedó mirando a su alrededor, mientras Mary lo observaba, y luego empezó a caminar sin hacer ruido, aún más ligero de lo que había caminado Mary la primera vez que se halló dentro de los cuatro muros. Sus ojos parecían abarcarlo todo: los árboles grises con las enredaderas grises que trepaban por ellos y colgaban de sus ramas, la maraña sobre los muros y entre la hierba, los rincones de plantas siempreverdes con los bancos de piedra y las altas urnas de flores que había en ellos.

«Nunca pensé que vería este lugar», dijo por fin, en un susurro.

«¿Sabías de él?», preguntó Mary.

Había hablado en voz alta y él le hizo una seña.

«Tenemos que hablar bajito», dijo, «o alguien nos oirá y se preguntará qué pasa aquí dentro».

«¡Ay, me olvidé!», dijo Mary, asustada, y se tapó rápidamente la boca con la mano. «¿Sabías del jardín?», preguntó de nuevo cuando se hubo recobrado.

Dickon asintió.

«Martha me dijo que había uno donde nadie entraba nunca», respondió. «Nosotros nos preguntábamos cómo sería».

Se detuvo y miró la hermosa maraña gris que lo rodeaba, y sus ojos redondos se veían raramente felices.

«¡Ay, los nidos que habrá aquí cuando llegue la primavera!», dijo. «Sería el lugar más seguro de toda Inglaterra para anidar. Nadie que se acerque nunca, y marañas de árboles y rosales donde construir. Me extraña que no vengan a hacer su nido aquí todos los pájaros del páramo».

La señorita Mary volvió a poner la mano sobre su brazo sin darse cuenta.

«¿Habrá rosas?», susurró. «¿Puedes saberlo? Yo pensaba que estaban todas muertas».

«¡Ay, no! ¡Esas no, no todas!», respondió él. «¡Mira!».

Se acercó al árbol más próximo, uno viejísimo, con liquen gris por toda la corteza, pero que sostenía una cortina de ramitas y ramas enredadas. Sacó del bolsillo un cuchillo grueso y abrió una de sus hojas.

«Hay mucha madera muerta que habría que cortar», dijo. «Y hay mucha madera vieja, pero echó algo de nueva el año pasado. Esto de aquí es una parte nueva», y tocó un brote que se veía verde pardusco, en lugar de gris, duro y seco.

Mary lo tocó ella misma, con afán y reverencia.

«¿Este?», dijo. «¿Este está bien vivo, de veras?».

Dickon curvó su ancha boca sonriente.

«Está tan *wick* como tú o yo», dijo; y Mary recordó que Martha le había dicho que «wick» quería decir «vivo» o «con vida».

«¡Qué contenta estoy de que esté *wick*!», exclamó en su susurro. «Quiero que todos estén *wick*. Vamos a recorrer el jardín y a contar cuántos *wick* hay».

Casi jadeaba de ansia, y Dickon estaba tan ansioso como ella. Fueron de árbol en árbol y de arbusto en arbusto. Dickon llevaba el cuchillo en la mano y le mostraba cosas que a ella le parecían maravillosas.

«Se han puesto salvajes», dijo, «pero los más fuertes han prosperado de lo lindo. Los más delicados se han muerto, pero los otros han crecido y crecido, y se han extendido y extendido, hasta que es una maravilla. ¡Mira!», y tiró hacia abajo de una rama gruesa, gris y de aspecto seco. «Uno podría pensar que esta es madera muerta, pero no creo que lo sea, hasta la raíz. La voy a cortar bien abajo para ver».

Se arrodilló y con el cuchillo cortó la rama de apariencia sin vida, no muy arriba de la tierra.

«¡Ahí está!», dijo triunfante. «Te lo dije. Todavía hay verde en esa madera. Mírala».

Mary estaba de rodillas antes de que él hablara, mirando con todas

sus fuerzas.

«Cuando se ve así, un poco verdosa y jugosa, está *wick*», explicó. «Cuando por dentro está seca y se quiebra fácil, como este trozo que he cortado, ya no tiene remedio. Aquí hay una raíz grande de la que salió toda esta madera viva, y si se corta la madera vieja y se cava alrededor, y se la cuida, habrá...», se detuvo y alzó la cara para mirar las ramitas que trepaban y colgaban sobre él, «habrá una fuente de rosas aquí este verano».

Fueron de arbusto en arbusto y de árbol en árbol. Él era muy fuerte y hábil con el cuchillo, y sabía cortar la madera seca y muerta, y distinguía cuándo una rama o una ramita de mala pinta aún tenía vida verde dentro. En el curso de media hora Mary creyó que también ella sabía, y cuando él cortaba una rama de aspecto sin vida, ella gritaba de alegría por lo bajo al ver la más leve sombra de verde húmedo. La pala, la azada y la horquilla fueron muy útiles. Él le enseñó a usar la horquilla mientras con la pala cavaba alrededor de las raíces, removía la tierra y dejaba entrar el aire.

Estaban trabajando afanosamente alrededor de uno de los rosales de tronco alto más grandes cuando él vio algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa.

«¡Vaya!», exclamó, señalando la hierba, a pocos pasos de distancia. «¿Quién hizo eso ahí?».

Era uno de los pequeños claros que Mary había abierto alrededor de las puntas verde pálido.

«Lo hice yo», dijo Mary.

«Pero si yo pensaba que tú no sabías nada de jardinería», exclamó él.

«No sé», respondió ella, «pero eran tan chiquitas, y el pasto estaba tan espeso y fuerte, y parecían no tener lugar para respirar. Así que les hice un sitio. Ni siquiera sé qué son».

Dickon fue y se arrodilló junto a ellas, sonriendo con su ancha sonrisa.

«Hiciste bien», dijo. «Un jardinero no te lo habría dicho mejor. Ahora crecerán como la planta de habichuelas de Jack. Son azafranes y campanillas de invierno, y estos de aquí son narcisos», volviéndose hacia otro trecho, «y aquí hay trompones. ¡Ay, cómo se van a ver!».

Corrió de un claro a otro.

«Has hecho mucho trabajo para ser una chiquilla tan pequeña», dijo, mirándola de arriba abajo.

«Estoy engordando», dijo Mary, «y estoy más fuerte. Antes siempre estaba cansada. Cuando cavo no me canso nada. Me gusta oler la tierra cuando está removida».

«Es muy bueno para ti», dijo, asintiendo con la cabeza con aire sabio. «No hay nada tan rico como el olor de la tierra buena y limpia, salvo el olor de las cosas frescas que crecen cuando les cae la lluvia. Muchos días salgo al páramo cuando está lloviendo, me tiendo bajo un arbusto, escucho el suave rumor de las gotas en el brezo y no hago más que oler y oler. La punta de la nariz me tiembla como la de un conejo, dice mi madre».

«¿Nunca te resfrías?», preguntó Mary, mirándolo con asombro. Nunca había visto un muchacho tan gracioso, ni tan simpático.

«Yo no», dijo él, sonriendo. «Nunca me resfrié desde que nací. No me criaron tan delicado. He corrido por el páramo con todo tiempo, igual que los conejos. Mi madre dice que he respirado demasiado aire fresco en doce años como para llegar a resoplar de resfrío. Soy tan duro como un garrote de espino blanco».

Trabajaba todo el tiempo mientras hablaba, y Mary lo seguía y lo ayudaba con su horquilla o con la pala de jardín.

«¡Aquí hay mucho trabajo por hacer!», dijo una vez, mirando alrededor con gran entusiasmo.

«¿Vendrás otra vez a ayudarme a hacerlo?», suplicó Mary. «Estoy segura de que yo también puedo ayudar. Puedo cavar y arrancar malas hierbas, y hacer lo que tú me digas. ¡Ay, ven, Dickon!».

«Vendré todos los días si quieres que venga, llueva o salga el sol»,

respondió él con firmeza. «Es lo más divertido que he hecho en mi vida, encerrado aquí despertando un jardín».

«Si vienes», dijo Mary, «si me ayudas a hacerlo vivir, yo... no sé qué haré», terminó sin saber qué decir. ¿Qué se podía hacer por un muchacho así?

«Te diré lo que harás», dijo Dickon, con su sonrisa feliz. «Engordarás, y tendrás hambre como un zorrito, y aprenderás a hablarle al petirrojo igual que yo. ¡Ay, nos vamos a divertir un montón!».

Empezó a caminar de un lado a otro, mirando los árboles, los muros y los arbustos con expresión pensativa.

«No querría que se viera como un jardín de jardinero, todo recortado y muy arreglado, ¿y tú?», dijo. «Es más lindo así, con las cosas creciendo salvajes y columpiándose y agarrándose unas de otras».

«No lo arreglemos», dijo Mary con ansiedad. «No parecería un jardín secreto si estuviera arreglado».

Dickon se quedó frotándose la cabeza rojiza con aire algo perplejo.

«Es un jardín secreto de verdad», dijo, «pero parece que alguien aparte del petirrojo ha tenido que entrar desde que lo cerraron hace diez años».

«Pero la puerta estaba cerrada con llave y la llave estaba enterrada», dijo Mary. «Nadie podía entrar».

«Es verdad», respondió. «Es un lugar raro. Me parece que se ha hecho algo de poda por aquí y por allá, hace menos de diez años».

«Pero ¿cómo pudo hacerse?», dijo Mary.

Estaba examinando una rama de un rosal de tronco alto y sacudió la cabeza.

«¡Eso mismo! ¿Cómo pudo ser?», murmuró. «Con la puerta cerrada y la llave enterrada».

La señorita Mary siempre sintió que, por muchos años que viviera, jamás olvidaría esa primera mañana en que su jardín empezó a crecer. Claro que parecía empezar a crecer para ella esa mañana. Cuando Dickon empezó a despejar lugares para plantar las semillas, se acordó de

lo que Basil le cantaba cuando quería burlarse de ella.

«¿Hay flores que parezcan campanas?», preguntó.

«Los lirios de los valles lo parecen», respondió él, cavando con la pala de jardín, «y están las campanillas de Canterbury, y las campánulas».

«Plantemos algunas», dijo Mary.

«Aquí ya hay lirios de los valles, los vi. Habrán crecido demasiado juntos y tendremos que separarlos, pero hay de sobra. Las otras tardan dos años en florecer desde la semilla, pero puedo traerte unos trocitos de plantas del jardín de nuestra casa. ¿Para qué las quieres?».

Entonces Mary le contó acerca de Basil y de sus hermanos y hermanas en la India, y de cómo los había odiado, y de que la llamaban «señorita Mary, siempre contraria».

«Solían bailar en círculo y cantarme. Cantaban:

Señorita Mary, siempre contraria,
¿cómo crece tu jardín?
Con campanillas de plata y conchitas de mar,
y caléndulas todas en fila.

Acabo de acordarme y me hizo preguntarme si de verdad existirían flores como campanillas de plata».

Frunció un poco el ceño y le dio a su pala de jardín un golpe bastante rencoroso en la tierra.

«Yo no era tan contraria como ellos».

Pero Dickon se rio.

«¡Ay!», dijo, y mientras desmenuzaba la rica tierra negra, ella vio que aspiraba su aroma. «Parece que nadie tiene por qué ser contrario cuando hay flores y cosas así, y tantos animalitos amigables corriendo por ahí, haciéndose sus casas o construyendo nidos y cantando y silbando, ¿no es verdad?».

Mary, arrodillada a su lado con las semillas, lo miró y dejó de fruncir el ceño.

«Dickon», dijo, «eres tan simpático como decía Martha. Me gustas, y eres la quinta persona. Nunca pensé que me gustarían cinco personas».

Dickon se sentó sobre los talones como hacía Martha cuando limpiaba la rejilla de la chimenea. Se veía gracioso y encantador, pensó Mary, con sus ojos redondos y azules, sus mejillas rojas y su nariz respingona de aspecto feliz.

«¿Solo cinco personas te gustan?», dijo. «¿Quiénes son las otras cuatro?».

«Tu madre y Martha», Mary las fue contando con los dedos, «y el petirrojo y Ben Weatherstaff».

Dickon rio tanto que tuvo que ahogar el sonido poniéndose el brazo sobre la boca.

«Sé que piensas que soy un muchacho raro», dijo, «pero yo creo que tú eres la chiquilla más rara que he visto en mi vida».

Entonces Mary hizo una cosa extraña. Se inclinó hacia adelante y le hizo una pregunta que jamás había soñado hacerle a nadie. Y trató de hacerla en el habla de Yorkshire, porque esa era su lengua, y en la India a un nativo siempre le agradaba que uno conociera su idioma.

«¿Te gusto yo, pues?», dijo.

«¡Ay!», respondió él de corazón, «¡sí que sí! Me gustas un montón, ¡y creo que al petirrojo también!».

«Entonces son dos», dijo Mary. «Son dos para mí».

Y entonces empezaron a trabajar con más empeño que nunca y con más alegría. Mary se sobresaltó y lo sintió cuando oyó el gran reloj del patio dar la hora de su almuerzo.

«Tendré que irme», dijo con tristeza. «Y tú también tendrás que irte, ¿no?».

Dickon sonrió.

«Mi almuerzo es fácil de llevar conmigo», dijo. «Mi madre siempre me deja meter algo en el bolsillo».

Recogió su abrigo de la hierba y sacó de un bolsillo un bultito de-

forme atado en un pañuelo azul y blanco, tosco pero muy limpio. Contenía dos gruesas rebanadas de pan con una tajada de algo entre ellas.

«Casi siempre es solo pan», dijo, «pero hoy tengo una buena lonja de tocino gordo».

A Mary le pareció un almuerzo raro, pero él parecía dispuesto a disfrutarlo.

«Anda y ve por tu comida», dijo. «Yo acabaré antes que tú. Haré un poco más de trabajo antes de emprender el regreso a casa».

Se sentó con la espalda contra un árbol.

«Llamaré al petirrojo», dijo, «y le daré la corteza del tocino para que picotee. Les gusta mucho un poco de grasa».

Mary casi no soportaba dejarlo. De repente le pareció que podía ser una especie de hada del bosque que ya no estaría cuando volviera al jardín. Le parecía demasiado bueno para ser verdad. Caminó despacio hasta la mitad del camino hacia la puerta del muro y entonces se detuvo y volvió.

«Pase lo que pase, tú... tú nunca lo contarías, ¿verdad?», dijo.

Sus mejillas de color amapola estaban hinchadas con el primer gran bocado de pan y tocino, pero consiguió sonreír para darle ánimo.

«Si tú fueras un zorzal charlo y me mostraras dónde está tu nido, ¿crees que se lo diría a alguien? Yo no», dijo. «Estás tan segura como un zorzal charlo».

Y ella estuvo completamente segura de que lo estaba.

XII. «¿Podría tener un pedacito de tierra?».

Mary corrió tan rápido que llegó a su cuarto bastante sin aliento. Tenía el pelo revuelto sobre la frente y las mejillas de un rosa vivo. Su almuerzo la esperaba sobre la mesa, y Martha la esperaba junto a ella.

«Llegas un poco tarde», dijo. «¿Dónde has estado?».

«¡He visto a Dickon!», dijo Mary. «¡He visto a Dickon!».

«Sabía que vendría», dijo Martha con entusiasmo. «¿Cómo te cae?».

«Creo... ¡creo que es hermoso!», dijo Mary con voz decidida.

Martha se mostró algo desconcertada, pero también complacida.

«Bueno», dijo, «es el mejor muchacho que jamás nació, pero nosotros nunca pensamos que fuera guapo. Tiene la nariz muy respingona».

«Me gusta que sea respingona», dijo Mary.

«Y los ojos tan redondos», dijo Martha, algo dudosa. «Aunque son de un lindo color».

«Me gustan redondos», dijo Mary. «Y son exactamente del color del cielo sobre el páramo».

Martha resplandeció de satisfacción.

«Mi madre dice que se los puso de ese color de tanto mirar para arriba a los pájaros y a las nubes. Pero tiene una boca grande, ¿verdad que sí?».

«Me encanta su boca grande», dijo Mary con terquedad. «Ojalá la mía fuera igualita».

Martha rio con deleite.

«Se vería muy rara y graciosa en esa carita tuya», dijo. «Pero yo sabía que sería así cuando lo vieras. ¿Qué tal te parecieron las semillas y las herramientas del jardín?».

«¿Cómo supiste que las trajo?», preguntó Mary.

«¡Ay! Nunca pensé que no las fuera a traer. Seguro que las traería

si las había en Yorkshire. Es un muchacho de fiar».

Mary temió que empezara a hacerle preguntas difíciles, pero no lo hizo. Estaba muy interesada en las semillas y en las herramientas de jardinería, y hubo solo un momento en que Mary se asustó. Fue cuando empezó a preguntar dónde se plantarían las flores.

«¿A quién le has preguntado sobre eso?», preguntó.

«Todavía no le he preguntado a nadie», dijo Mary, titubeando.

«Pues yo no le preguntaría al jardinero jefe. Se cree muy importante, el señor Roach».

«Nunca lo he visto», dijo Mary. «Solo he visto a los ayudantes de jardinero y a Ben Weatherstaff».

«Yo, en tu lugar, le preguntaría a Ben Weatherstaff», aconsejó Martha. «No es ni la mitad de malo de lo que parece, aunque sea tan gruñón. El señor Craven le deja hacer lo que quiera porque estaba aquí cuando vivía la señora Craven, y él la hacía reír. A ella le caía bien. Quizá te encuentre un rincón por ahí, apartado».

«Si estuviera apartado y nadie lo quisiera, nadie *podría* oponerse a que yo lo tuviera, ¿verdad?», dijo Mary con ansiedad.

«No habría ninguna razón», respondió Martha. «No harías ningún daño».

Mary comió su almuerzo tan deprisa como pudo y, cuando se levantó de la mesa, iba a correr a su cuarto a ponerse de nuevo el sombrero, pero Martha la detuvo.

«Tengo algo que decirte», dijo. «Pensé en dejarte comer primero. El señor Craven volvió esta mañana y creo que quiere verte».

Mary se puso muy pálida.

«¡Ay!», dijo. «¡Pero si no quiso verme cuando llegué! Oí a Pitcher decir que no quería».

«Bueno», explicó Martha, «la señora Medlock dice que es por mi madre. Ella iba caminando a la aldea de Thwaite y se lo encontró. Nunca antes le había hablado, pero la señora Craven había ido a nuestra casa dos o tres veces. Él lo había olvidado, pero mi madre no, y se

atrevió a pararlo. No sé qué le habrá dicho de ti, pero le dijo algo que le hizo pensar en verte antes de irse de nuevo, mañana».

«¡Ay!», exclamó Mary, «¿se va mañana? ¡Qué contenta estoy!».

«Se va por mucho tiempo. Quizá no vuelva hasta el otoño o el invierno. Va a viajar por tierras extranjeras. Siempre lo hace».

«¡Ay, qué contenta estoy, qué contenta!», dijo Mary agradecida.

Si no volvía hasta el invierno, o siquiera hasta el otoño, habría tiempo de ver cómo el jardín secreto cobraba vida. Aunque entonces él lo descubriera y se lo quitara, ella habría tenido al menos eso.

«¿Cuándo crees que querrá verme...?».

No terminó la frase, porque se abrió la puerta y entró la señora Medlock. Llevaba su mejor vestido negro y su cofia, y el cuello lo llevaba cerrado con un gran broche con el retrato de la cara de un hombre. Era una fotografía coloreada del señor Medlock, que había muerto hacía años, y siempre se lo ponía cuando se vestía de gala. Parecía nerviosa y agitada.

«Tiene el pelo desgreñado», dijo con rapidez. «Vaya a cepillárselo. Martha, ayúdala a ponerse el mejor vestido. El señor Craven me mandó a llevarla a su estudio».

Todo el rosa se fue de las mejillas de Mary. El corazón empezó a latirle con fuerza y sintió que se transformaba otra vez en una niña tiesa, sosa y callada. Ni siquiera contestó a la señora Medlock, sino que se volvió y entró en su dormitorio, seguida por Martha. No dijo nada mientras le cambiaban el vestido y le cepillaban el pelo, y cuando estuvo bien arreglada siguió en silencio a la señora Medlock por los corredores. ¿Qué había para decir? Estaba obligada a ir a ver al señor Craven, y él no le caería bien, y ella tampoco a él. Sabía lo que él pensaría de ella.

La llevaron a una parte de la casa en la que no había estado antes. Al fin la señora Medlock llamó a una puerta y, cuando alguien dijo «Adelante», entraron juntas en la habitación. Un hombre estaba sentado en un sillón delante del fuego, y la señora Medlock le habló.

«Esta es la señorita Mary, señor», dijo.

«Puede irse y dejarla aquí. Tocaré la campanilla cuando quiera que se la lleve», dijo el señor Craven.

Cuando ella salió y cerró la puerta, Mary solo pudo quedarse esperando, una cosita sosa, retorciendo sus delgadas manos una contra otra. Vio que el hombre del sillón no era tanto un jorobado como un hombre de hombros altos y algo torcidos, y tenía el pelo negro veteado de blanco. Volvió la cabeza por encima de sus altos hombros y le habló.

«¡Ven acá!», dijo.

Mary fue hacia él.

No era feo. Su rostro habría sido hermoso si no hubiera sido tan desdichado. Parecía que verla lo inquietaba y lo apesadumbraba, y que no sabía qué hacer con ella.

«¿Estás bien?», preguntó.

«Sí», contestó Mary.

«¿Te cuidan bien?».

«Sí».

Se frotó la frente con aire fastidiado mientras la miraba de arriba abajo.

«Estás muy delgada», dijo.

«Estoy engordando», contestó Mary, de la manera más tiesa que sabía.

¡Qué cara tan triste tenía! Sus ojos negros parecían apenas verla, como si estuvieran viendo otra cosa, y casi no podía mantener su pensamiento en ella.

«Te olvidé», dijo. «¿Cómo iba a acordarme de ti? Pensaba mandarte una institutriz o una niñera, o alguien de esa clase, pero me olvidé».

«Por favor», empezó Mary. «Por favor...», y entonces el nudo en la garganta la ahogó.

«¿Qué quieres decir?», preguntó él.

«Yo soy... soy demasiado grande para una niñera», dijo Mary. «Y

por favor... por favor no me ponga todavía una institutriz».

Se frotó otra vez la frente y la miró fijamente.

«Eso mismo dijo esa mujer, la Sowerby», murmuró distraído.

Entonces Mary reunió un poquito de valor.

«¿Es ella... es la madre de Martha?», balbuceó.

«Sí, creo que sí», respondió.

«Ella sabe de niños», dijo Mary. «Tiene doce. Ella sabe».

Él pareció volver en sí.

«¿Qué quieres hacer?».

«Quiero jugar al aire libre», contestó Mary, esperando que no le temblara la voz. «En la India nunca me gustó. Aquí me da hambre, y estoy engordando».

Él la estaba observando.

«La señora Sowerby dijo que te haría bien. Quizá así sea», dijo. «Ella pensaba que era mejor que te fortalecieras antes de tener una institutriz».

«Me siento fuerte cuando juego y el viento viene por el páramo», insistió Mary.

«¿Dónde juegas?», preguntó él a continuación.

«En todas partes», dijo Mary jadeante. «La madre de Martha me mandó una cuerda de saltar. Salto y corro... y miro a ver si las cosas empiezan a asomar de la tierra. No hago ningún daño».

«No te asustes así», dijo con voz preocupada. «¡No podrías hacer ningún daño, una niña como tú! Puedes hacer lo que quieras».

Mary se llevó la mano a la garganta, porque temía que él viera el nudo de emoción que sintió saltarle allí. Se acercó un paso más a él.

«¿Puedo?», dijo con voz temblorosa.

Su carita ansiosa pareció preocuparlo más que nunca.

«No te asustes así», exclamó. «Claro que puedes. Soy tu tutor, aunque soy uno muy malo para cualquier niño. No puedo darte tiempo ni atención. Estoy demasiado enfermo, y desdichado y distraído; pero deseo que seas feliz y estés cómoda. No sé nada de niños, pero la señora

Medlock se encargará de que tengas todo lo que necesites. Te hice llamar hoy porque la señora Sowerby dijo que debía verte. Su hija le había hablado de ti. Ella pensaba que necesitabas aire fresco, libertad y correr por ahí».

«Ella lo sabe todo sobre los niños», volvió a decir Mary, a pesar de sí misma.

«Debe saberlo», dijo el señor Craven. «Me pareció bastante atrevida al detenerme en el páramo, pero dijo... que la señora Craven había sido amable con ella». Parecía costarle pronunciar el nombre de su esposa muerta. «Es una mujer respetable. Ahora que te he visto, creo que dijo cosas sensatas. Juega al aire libre cuanto quieras. Es un lugar grande y puedes ir adonde quieras y divertirte como quieras. ¿Hay algo que desees?», como si un pensamiento repentino lo hubiera asaltado. «¿Quieres juguetes, libros, muñecas?».

«¿Podría», dijo Mary con voz trémula, «podría tener un pedacito de tierra?».

En su ansiedad no se dio cuenta de lo raras que sonarían las palabras ni de que no eran las que había pensado decir. El señor Craven pareció bastante sobresaltado.

«¡Tierra!», repitió. «¿Qué quieres decir?».

«Para plantar semillas... para hacer crecer cosas... para verlas cobrar vida», titubeó Mary.

La miró un momento y luego se pasó rápidamente la mano por los ojos.

«¿Te importan... tanto los jardines?», dijo despacio.

«En la India yo no sabía de ellos», dijo Mary. «Siempre estaba enferma y cansada, y hacía demasiado calor. A veces hacía jardincitos en la arena y les clavaba flores. Pero aquí es distinto».

El señor Craven se levantó y empezó a caminar lentamente por el cuarto.

«Un pedacito de tierra», se dijo a sí mismo, y Mary pensó que, de alguna manera, debía de haberle recordado algo. Cuando se detuvo y le

habló, sus ojos oscuros se veían casi dulces y bondadosos.

«Puedes tener toda la tierra que quieras», dijo. «Me recuerdas a otra persona que amaba la tierra y las cosas que crecen. Cuando veas un pedacito de tierra que quieras», con algo parecido a una sonrisa, «tómalo, niña, y hazlo cobrar vida».

«¿Puedo tomarlo de cualquier parte, si no lo quiere nadie?».

«De cualquier parte», respondió. «¡Bien! Ahora debes irte, estoy cansado». Tocó la campanilla para llamar a la señora Medlock. «Adiós. Estaré fuera todo el verano».

La señora Medlock vino tan rápido que Mary pensó que debía de haber estado esperando en el corredor.

«Señora Medlock», le dijo el señor Craven, «ahora que he visto a la niña, entiendo lo que quiso decir la señora Sowerby. Debe ser menos delicada antes de empezar las lecciones. Dele comida sencilla y sana. Déjela correr libre por el jardín. No se ocupe demasiado de ella. Necesita libertad, aire fresco y retozar por ahí. La señora Sowerby vendrá a verla de vez en cuando, y ella podrá ir algunas veces a su casa».

La señora Medlock se mostró complacida. Se alegró de oír que no necesitaba «ocuparse» demasiado de Mary. La había sentido como una carga fastidiosa y, en verdad, la había visto lo menos que se había atrevido. Además de esto, le tenía cariño a la madre de Martha.

«Gracias, señor», dijo. «Susan Sowerby y yo fuimos juntas a la escuela y es una mujer tan sensata y de tan buen corazón como no se encuentra otra en un día de camino. Yo nunca tuve hijos y ella ha tenido doce, y nunca hubo otros más sanos ni mejores. La señorita Mary no puede recibir ningún daño de ellos. Yo misma siempre seguiría el consejo de Susan Sowerby sobre los niños. Es lo que se podría llamar una mujer de mente sana, si usted me entiende».

«Entiendo», respondió el señor Craven. «Llévese ahora a la señorita Mary y mándeme a Pitcher».

Cuando la señora Medlock la dejó al final de su propio corredor, Mary voló de vuelta a su cuarto. Allí encontró a Martha esperando.

Martha, en realidad, había regresado de prisa después de retirar el servicio del almuerzo.

«¡Puedo tener mi jardín!», exclamó Mary. «¡Puedo tenerlo donde quiera! ¡No voy a tener institutriz por mucho tiempo! ¡Tu madre vendrá a verme y podré ir a tu casa! ¡Dice que una niñita como yo no podría hacer ningún daño y que puedo hacer lo que quiera, en cualquier parte!».

«¡Ay!», dijo Martha con deleite, «fue amable de su parte, ¿no es cierto?».

«Martha», dijo Mary solemnemente, «de verdad es un hombre bueno, solo que su cara es tan desdichada y tiene la frente toda contraída».

Corrió lo más deprisa que pudo al jardín. Había estado fuera mucho más tiempo de lo que pensaba, y sabía que Dickon tendría que partir temprano en su caminata de cinco millas. Cuando se deslizó por la puerta bajo la hiedra, vio que él no estaba trabajando donde lo había dejado. Las herramientas de jardinería estaban puestas juntas bajo un árbol. Corrió hacia ellas, mirando por todo el lugar, pero no se veía a Dickon. Se había ido y el jardín secreto estaba vacío, salvo por el petirrojo, que acababa de cruzar volando el muro y se había posado en un rosal de tronco alto, mirándola.

«Se fue», dijo con aflicción. «¡Ay! ¿Era... era... era solo un hada del bosque?».

Algo blanco sujeto al rosal de tronco alto le llamó la atención. Era un trozo de papel; en realidad, era un trozo de la carta que ella había escrito con letras de imprenta para que Martha se la mandara a Dickon. Estaba sujeto al arbusto con una espina larga, y en un minuto supo que Dickon lo había dejado allí. Había unas letras toscamente escritas y una especie de dibujo. Al principio no pudo distinguir qué era. Luego vio que quería ser un nido con un pájaro posado en él. Debajo estaban las letras de imprenta, y decían:

«Yo bolberé».

XIII. «Soy Colin»

Mary llevó el dibujo a la casa cuando fue a cenar y se lo mostró a Martha.

«¡Ay!», dijo Martha con gran orgullo. «Nunca supe que nuestro Dickon fuera tan hábil. Eso de ahí es un dibujo de un zorzal charlo en su nido, igualito que de verdad, y el doble de natural».

Entonces Mary supo que Dickon había querido que el dibujo fuera un mensaje. Había querido decirle que podía estar segura de que guardaría su secreto. Su jardín era su nido y ella era como un zorzal charlo. ¡Ay, cuánto le gustaba ese muchacho raro y sencillo!

Esperaba que volviera al día siguiente mismo y se quedó dormida deseando que llegara la mañana.

Pero nunca se sabe lo que hará el tiempo en Yorkshire, en particular en primavera. La despertó en la noche el ruido de la lluvia que golpeaba con gruesas gotas contra su ventana. Llovía a cántaros y el viento «ululaba» alrededor de las esquinas y en las chimeneas de la inmensa casa vieja. Mary se sentó en la cama, desdichada y enojada.

«La lluvia es tan contraria como lo fui yo alguna vez», dijo. «Vino porque sabía que yo no la quería».

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada y escondió la cara. No lloró, pero se quedó tendida odiando el ruido de la lluvia que golpeaba con fuerza, odiando el viento y su «ulular». No podía volver a dormirse. El sonido lúgubre la mantenía despierta porque ella misma se sentía lúgubre. Si se hubiera sentido feliz, probablemente la habría arrullado hasta dormirla. ¡Cómo «ululaba» y cómo caían a torrentes las gruesas gotas y golpeaban el vidrio!

«Suena igualito a una persona perdida en el páramo que anda y anda llorando», dijo.

Llevaba como una hora despierta, dando vueltas de un lado a otro,

cuando de pronto algo la hizo sentarse en la cama y volver la cabeza hacia la puerta, escuchando. Escuchó y escuchó.

«Ahora no es el viento», dijo en un susurro fuerte. «Eso no es el viento. Es diferente. Es ese llanto que oí antes».

La puerta de su cuarto estaba entornada y el sonido bajaba por el corredor, un sonido lejano y tenue de llanto quejumbroso. Escuchó unos minutos y a cada minuto se sentía más y más segura. Sintió que tenía que averiguar qué era. Le pareció aún más extraño que el jardín secreto y la llave enterrada. Quizá el estar de ánimo rebelde la hizo atrevida. Sacó el pie de la cama y se puso de pie en el suelo.

«Voy a averiguar qué es», dijo. «Todos están en la cama y la señora Medlock no me importa... ¡no me importa!».

Había una vela junto a su cama; la tomó y salió sin hacer ruido del cuarto. El corredor se veía muy largo y oscuro, pero ella estaba demasiado emocionada para fijarse en eso. Creyó recordar las esquinas que debía doblar para hallar el corredor corto con la puerta cubierta de tapiz, aquel por el que había venido la señora Medlock el día en que ella se perdió. El sonido había subido por ese pasillo. Así que siguió adelante con su luz tenue, casi tanteando el camino, con el corazón latiéndole tan fuerte que creía poder oírlo. El llanto lejano y tenue continuaba y la guiaba. A veces se detenía un momento y luego volvía a empezar. ¿Era esta la esquina que debía doblar? Se detuvo a pensar. Sí, lo era. Por este pasillo, luego a la izquierda, luego subir dos anchos escalones y luego a la derecha otra vez. Sí, allí estaba la puerta del tapiz.

La empujó con mucha suavidad y la cerró tras ella, y se quedó en el corredor y pudo oír el llanto con bastante claridad, aunque no era fuerte. Venía del otro lado del muro a su izquierda y unos pasos más allá había una puerta. Podía ver un resplandor de luz que salía por debajo. El Alguien estaba llorando en esa habitación, y era un Alguien bastante joven.

Así que caminó hasta la puerta y la empujó, ¡y allí estaba, de pie en la habitación!

Era una habitación grande, con muebles antiguos y hermosos. Había un fuego bajo que brillaba débilmente en el hogar y una lamparilla de noche ardiendo junto a una cama de cuatro columnas tallada, cubierta con colgaduras de brocado, y en la cama estaba tendido un muchacho que lloraba con queja.

Mary se preguntó si estaba en un lugar real o si se había vuelto a dormir y soñaba sin saberlo.

El muchacho tenía una cara afilada y delicada, del color del marfil, y parecía tener ojos demasiado grandes para ella. Tenía también mucho pelo, que le caía sobre la frente en gruesos mechones y hacía parecer más pequeña su cara delgada. Tenía aspecto de muchacho que ha estado enfermo, pero lloraba más como si estuviera cansado y de mal humor que como si le doliera algo.

Mary se quedó cerca de la puerta con la vela en la mano, conteniendo la respiración. Luego cruzó la habitación sigilosamente y, al acercarse, la luz atrajo la atención del muchacho, que volvió la cabeza sobre la almohada y se quedó mirándola, con sus ojos grises abiertos tan de par en par que parecían inmensos.

«¿Quién eres?», dijo al fin, en un susurro medio asustado. «¿Eres un fantasma?».

«No, no lo soy», respondió Mary, y su propio susurro sonó medio asustado. «¿Lo eres tú?».

La miró y la miró y la miró. Mary no pudo evitar fijarse en lo extraños que eran sus ojos. Eran de un gris ágata y parecían demasiado grandes para su cara porque tenían pestañas negras alrededor.

«No», respondió después de esperar un momento. «Soy Colin».

«¿Quién es Colin?», titubeó ella.

«Soy Colin Craven. ¿Quién eres tú?».

«Soy Mary Lennox. El señor Craven es mi tío».

«Es mi padre», dijo el muchacho.

«¡Tu padre!», exclamó Mary sin aliento. «¡Nadie me dijo nunca que tuviera un hijo! ¿Por qué no me lo dijeron?».

«Ven acá», dijo él, sin apartar de ella sus extraños ojos, con expresión ansiosa.

Ella se acercó a la cama y él extendió la mano y la tocó.

«Eres real, ¿verdad?», dijo. «Muy a menudo tengo sueños tan reales. Podrías ser uno de ellos».

Mary se había puesto una bata de lana antes de salir de su cuarto y le puso un pedazo entre los dedos.

«Frota esto y mira qué grueso y abrigado es», dijo. «Si quieres te pellizco un poquito, para mostrarte qué real soy. Por un minuto pensé que tú también podías ser un sueño».

«¿De dónde saliste?», preguntó él.

«De mi propio cuarto. El viento ululaba tanto que no podía dormirme, y oí que alguien lloraba y quise averiguar quién era. ¿Por qué llorabas?».

«Porque yo tampoco podía dormirme y me dolía la cabeza. Dime otra vez tu nombre».

«Mary Lennox. ¿Nadie te dijo nunca que yo había venido a vivir aquí?».

Seguía tocando el pliegue de su bata, pero empezaba a parecer un poco más convencido de que ella era real.

«No», respondió. «No se atreven».

«¿Por qué?», preguntó Mary.

«Porque habría temido que me vieras. No dejo que la gente me vea ni que hablen de mí».

«¿Por qué?», volvió a preguntar Mary, sintiéndose cada momento más desconcertada.

«Porque estoy siempre así, enfermo y obligado a estar acostado. Mi padre tampoco deja que hablen de mí. A los criados no les está permitido hablar de mí. Si vivo, quizá sea jorobado, pero no voy a vivir. A mi padre le horroriza pensar que puedo ser como él».

«¡Ay, qué casa tan rara es esta!», dijo Mary. «¡Qué casa tan rara! Todo es una especie de secreto. Hay cuartos cerrados con llave y jardines

cerrados con llave... ¡y tú! ¿Te han encerrado a ti?».

«No. Me quedo en este cuarto porque no quiero que me saquen de él. Me cansa demasiado».

«¿Tu padre viene a verte?», se atrevió a preguntar Mary.

«A veces. Generalmente cuando estoy dormido. No quiere verme».

«¿Por qué?», no pudo evitar preguntar Mary otra vez.

Una especie de sombra airada pasó por la cara del muchacho.

«Mi madre murió cuando yo nací y sufre cuando me mira. Cree que yo no lo sé, pero he oído hablar a la gente. Casi me odia».

«Odia el jardín, porque ella murió», dijo Mary, hablando medio para sí.

«¿Qué jardín?», preguntó el muchacho.

«¡Ay! Solo... solo un jardín que a ella le gustaba», balbuceó Mary. «¿Has estado aquí siempre?».

«Casi siempre. A veces me han llevado a lugares junto al mar, pero no me quedo porque la gente me mira. Yo usaba un aparato de hierro para mantenerme la espalda derecha, pero vino de Londres un doctor importante a verme y dijo que era una tontería. Les dijo que me lo sacaran y que me tuvieran al aire fresco. Odio el aire fresco y no quiero salir».

«Yo tampoco quería cuando llegué aquí», dijo Mary. «¿Por qué me sigues mirando así?».

«Por los sueños, que son tan reales», respondió en tono algo quejumbroso. «A veces, cuando abro los ojos, no creo que esté despierto».

«Los dos estamos despiertos», dijo Mary. Echó una mirada alrededor de la habitación, con su techo alto, sus rincones sombríos y la tenue luz del fuego. «Se parece mucho a un sueño, y es medianoche, y todos en la casa duermen... todos menos nosotros. Estamos bien despiertos».

«No quiero que sea un sueño», dijo el muchacho con inquietud.

A Mary se le ocurrió algo de repente.

«Si no te gusta que la gente te vea», empezó, «¿quieres que me va-

ya?».

Él seguía sujetando el pliegue de su bata y le dio un pequeño tirón.

«No», dijo. «Estaría seguro de que eras un sueño si te fueras. Si eres real, siéntate en ese taburete grande y conversemos. Quiero que me hables de ti».

Mary dejó su vela sobre la mesa cerca de la cama y se sentó en el taburete acolchado. No quería irse en absoluto. Quería quedarse en la misteriosa habitación escondida y hablar con el misterioso muchacho.

«¿Qué quieres que te cuente?», dijo.

Él quería saber cuánto tiempo llevaba en Misselthwaite; quería saber en qué corredor estaba su cuarto; quería saber qué había estado haciendo; si le desagradaba el páramo como a él; dónde había vivido antes de venir a Yorkshire. Ella respondió a todas estas preguntas y a muchas más, y él se recostó en la almohada y escuchó. La hizo contarle mucho sobre la India y sobre su viaje a través del océano. Descubrió que, por haber sido un inválido, él no había aprendido las cosas como otros niños. Una de sus enfermeras le había enseñado a leer cuando era muy pequeño y siempre estaba leyendo y mirando láminas en libros magníficos.

Aunque su padre lo veía rara vez cuando estaba despierto, le daban toda clase de cosas maravillosas para entretenerse. Sin embargo, nunca parecía haberse entretenido. Podía tener todo lo que pidiera y nunca lo obligaban a hacer nada que no quisiera hacer.

«Todos están obligados a hacer lo que me agrada», dijo con indiferencia. «Me hace mal enojarme. Nadie cree que viviré hasta ser grande».

Lo dijo como si estuviera tan acostumbrado a la idea que ya no le importaba en absoluto. Parecía gustarle el sonido de la voz de Mary. Mientras ella seguía hablando, él escuchaba con aire soñoliento e interesado. Una o dos veces ella se preguntó si no se estaría quedando poco a poco medio dormido. Pero al fin él hizo una pregunta que abrió un tema nuevo.

«¿Cuántos años tienes?», preguntó.

«Tengo diez», respondió Mary, hablando por un momento sin pensar, «y tú también».

«¿Cómo lo sabes?», preguntó él con voz sorprendida.

«Porque cuando tú naciste la puerta del jardín se cerró con llave y la llave se enterró. Y lleva cerrada diez años».

Colin se incorporó a medias, volviéndose hacia ella, apoyado en los codos.

«¿Qué puerta de jardín se cerró con llave? ¿Quién lo hizo? ¿Dónde se enterró la llave?», exclamó como si de repente se interesara muchísimo.

«Es... es el jardín que el señor Craven odia», dijo Mary nerviosa. «Cerró la puerta con llave. Nadie... nadie sabía dónde enterró la llave».

«¿Qué clase de jardín es?», insistió Colin con ansia.

«A nadie se le ha permitido entrar en él en diez años», fue la cuidadosa respuesta de Mary.

Pero era demasiado tarde para tener cuidado. Él se parecía demasiado a ella. Él tampoco había tenido nada en qué pensar, y la idea de un jardín escondido lo atraía como la había atraído a ella. Hizo pregunta tras pregunta. ¿Dónde estaba? ¿Nunca había buscado la puerta? ¿Nunca les había preguntado a los jardineros?

«No quieren hablar de eso», dijo Mary. «Creo que les han mandado no contestar preguntas».

«Yo los obligaría», dijo Colin.

«¿Podrías?», titubeó Mary, empezando a asustarse. Si él podía obligar a la gente a contestar preguntas, ¡quién sabía lo que podía pasar!

«Todos están obligados a complacerme. Ya te lo dije», dijo. «Si yo viviera, este lugar sería algún día mío. Todos lo saben. Los obligaría a decírmelo».

Mary no había sabido que a ella misma la habían malcriado, pero podía ver con toda claridad que a este misterioso muchacho sí. Creía

que el mundo entero le pertenecía. Qué raro era y con qué frialdad hablaba de no vivir.

«¿Crees que no vivirás?», preguntó, en parte por curiosidad y en parte con la esperanza de hacerle olvidar el jardín.

«Supongo que no», respondió con la misma indiferencia con que había hablado antes. «Desde que recuerdo algo he oído decir a la gente que no viviré. Al principio pensaban que yo era demasiado chico para entender y ahora piensan que no oigo. Pero oigo. Mi médico es primo de mi padre. Es bastante pobre y, si yo muero, se quedará con todo Misselthwaite cuando mi padre muera. Me imagino que no querrá que yo viva».

«¿Quieres vivir?», preguntó Mary.

«No», respondió, de mal humor y cansado. «Pero no quiero morir. Cuando me siento mal me quedo aquí acostado pensando en eso hasta que lloro y lloro».

«Te he oído llorar tres veces», dijo Mary, «pero no sabía quién era. ¿Llorabas por eso?». Quería tanto que él se olvidara del jardín.

«Supongo que sí», respondió. «Hablemos de otra cosa. Habla de ese jardín. ¿No quieres verlo?».

«Sí», respondió Mary, en voz muy baja.

«Yo sí», continuó él con insistencia. «Creo que nunca antes quise ver nada de verdad, pero quiero ver ese jardín. Quiero que desentierren la llave. Quiero que abran la puerta. Dejaría que me llevaran allí en mi silla. Eso sería tomar aire fresco. Voy a hacer que abran la puerta».

Se había emocionado bastante y sus extraños ojos empezaron a brillar como estrellas y se veían más inmensos que nunca.

«Tienen que complacerme», dijo. «Haré que me lleven allí y a ti te dejaré ir también».

Las manos de Mary se aferraron una a la otra. Todo se echaría a perder... ¡todo! Dickon no volvería jamás. Nunca más se sentiría como un zorzal charlo con un nido bien escondido.

«¡Ay, no... no... no... no hagas eso!», gritó.

Él se quedó mirándola como si pensara que se había vuelto loca.

«¿Por qué?», exclamó. «Dijiste que querías verlo».

«Sí quiero», respondió ella casi con un sollozo en la garganta, «pero si haces que abran la puerta y te lleven así, nunca volverá a ser un secreto».

Él se inclinó aún más hacia adelante.

«Un secreto», dijo. «¿Qué quieres decir? Cuéntame».

Las palabras de Mary casi se atropellaban unas a otras.

«Verás... verás», dijo jadeando, «si nadie lo sabe fuera de nosotros... si hubiera una puerta, escondida en alguna parte bajo la hiedra... si la hubiera... y pudiéramos encontrarla; y si pudiéramos colarnos por ella juntos y cerrarla detrás de nosotros, y nadie supiera que alguien estaba adentro y lo llamáramos nuestro jardín y fingiéramos que... que éramos zorzales charlos y que era nuestro nido, y si jugáramos allí casi todos los días y caváramos y plantáramos semillas y lo hiciéramos cobrar vida...».

«¿Está muerto?», la interrumpió él.

«Pronto lo estará si nadie lo cuida», siguió ella. «Los bulbos vivirán, pero las rosas...».

La detuvo de nuevo, tan emocionado como ella misma.

«¿Qué son los bulbos?», preguntó con rapidez.

«Son narcisos y lirios y campanillas de invierno. Están trabajando ahora en la tierra, asomando puntas verde pálido porque viene la primavera».

«¿Viene la primavera?», dijo. «¿Cómo es? No se ve en las habitaciones si uno está enfermo».

«Es el sol que brilla sobre la lluvia y la lluvia que cae sobre el sol, y las cosas que brotan y trabajan bajo la tierra», dijo Mary. «Si el jardín fuera un secreto y pudiéramos entrar en él, podríamos ver crecer las cosas cada día más, y ver cuántas rosas están vivas. ¿No lo ves? ¿No ves cuánto más lindo sería si fuera un secreto?».

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada y se quedó allí con una expresión extraña en la cara.

«Yo nunca tuve un secreto», dijo, «salvo ese de que no viviré hasta ser grande. Ellos no saben que yo lo sé, así que es una especie de secreto. Pero este tipo me gusta más».

«Si no haces que te lleven al jardín», suplicó Mary, «quizá... estoy casi segura de que puedo averiguar algún día cómo entrar. Y entonces... si el doctor quiere que salgas en tu silla, y si siempre puedes hacer lo que quieras, quizá... quizá podríamos encontrar algún muchacho que te empujara, y podríamos ir solos y sería siempre un jardín secreto».

«Me... gus... taría eso», dijo él muy despacio, con los ojos soñadores. «Me gustaría. No me importaría el aire fresco en un jardín secreto».

Mary empezó a recobrar el aliento y a sentirse más segura porque la idea de guardar el secreto parecía agradarle. Tuvo casi la seguridad de que, si seguía hablando y lograba que él viera el jardín en su mente como ella lo había visto, le gustaría tanto que no soportaría pensar que todos podían entrar pisoteando cuando quisieran.

«Te diré cómo *creo* que sería, si pudiéramos entrar», dijo. «Ha estado cerrado tanto tiempo que quizá las cosas han crecido en una maraña».

Él se quedó muy quieto y escuchó mientras ella seguía hablando de las rosas que *podrían* haber trepado de árbol en árbol y quedado colgando, de los muchos pájaros que *podrían* haber construido allí sus nidos porque era tan seguro. Y luego le habló del petirrojo y de Ben Weatherstaff, y había tanto que contar sobre el petirrojo y era tan fácil y seguro hablar de eso que dejó de tener miedo. El petirrojo le gustó tanto que sonrió hasta verse casi hermoso, y al principio Mary había pensado que era aún más feo que ella, con sus ojos grandes y sus pesados mechones de pelo.

«No sabía que los pájaros pudieran ser así», dijo. «Pero si uno se

queda en una habitación nunca ve las cosas. Cuántas cosas sabes. Siento como si hubieras estado dentro de ese jardín».

Ella no supo qué decir, así que no dijo nada. Evidentemente él no esperaba respuesta y al momento siguiente le dio una sorpresa.

«Voy a dejar que mires algo», dijo. «¿Ves esa cortina de seda color de rosa que cuelga del muro sobre la repisa de la chimenea?».

Mary no la había notado antes, pero miró hacia arriba y la vio. Era una cortina de seda suave que colgaba sobre lo que parecía ser algún cuadro.

«Sí», respondió.

«Cuelga de ella un cordón», dijo Colin. «Ve y tira de él».

Mary se levantó, muy desconcertada, y encontró el cordón. Cuando tiró de él, la cortina de seda corrió hacia atrás sobre sus anillas y, al correrse, descubrió un cuadro. Era el retrato de una muchacha de rostro risueño. Tenía el pelo claro atado con una cinta azul y sus ojos alegres y hermosos eran exactamente como los desdichados ojos de Colin, de un gris ágata y que parecían dos veces más grandes de lo que eran por las pestañas negras que los rodeaban.

«Es mi madre», dijo Colin en tono quejumbroso. «No entiendo por qué se murió. A veces la odio por haberlo hecho».

«¡Qué raro!», dijo Mary.

«Si hubiera vivido, creo que yo no estaría siempre enfermo», gruñó. «Supongo que yo también habría vivido. Y mi padre no odiaría mirarme. Supongo que habría tenido la espalda fuerte. Corre otra vez la cortina».

Mary hizo lo que le mandó y volvió a su taburete.

«Ella es mucho más linda que tú», dijo, «pero sus ojos son como los tuyos... por lo menos tienen la misma forma y el mismo color. ¿Por qué la cortina está corrida sobre ella?».

Él se movió con incomodidad.

«Hice que lo hicieran», dijo. «A veces no me gusta verla mirándome. Sonríe demasiado cuando estoy enfermo y desdichado. Además,

es mía y no quiero que todos la vean».

Hubo unos momentos de silencio y entonces habló Mary.

«¿Qué haría la señora Medlock si descubriera que he estado aquí?», preguntó.

«Haría lo que yo le mandara», respondió. «Y yo le diría que quiero que vengas aquí a conversar conmigo todos los días. Me alegro de que hayas venido».

«Yo también», dijo Mary. «Vendré tan a menudo como pueda, pero», titubeó, «tendré que buscar todos los días la puerta del jardín».

«Sí, debes hacerlo», dijo Colin, «y después me puedes contar».

Se quedó pensando unos minutos, como había hecho antes, y luego habló de nuevo.

«Creo que tú también serás un secreto», dijo. «No les diré nada hasta que lo descubran. Siempre puedo hacer salir a la enfermera del cuarto y decir que quiero estar solo. ¿Conoces a Martha?».

«Sí, la conozco muy bien», dijo Mary. «Ella me atiende».

Él señaló con la cabeza hacia el corredor exterior.

«Es la que duerme en el otro cuarto. La enfermera se fue ayer a pasar la noche con su hermana y siempre hace que Martha me atienda cuando quiere salir. Martha te dirá cuándo venir aquí».

Entonces Mary entendió la mirada preocupada de Martha cuando le había hecho preguntas sobre el llanto.

«¿Martha sabía de ti todo el tiempo?», dijo.

«Sí; a menudo me atiende. A la enfermera le gusta alejarse de mí, y entonces viene Martha».

«Llevo aquí mucho rato», dijo Mary. «¿Me voy ahora? Tus ojos se ven soñolientos».

«Ojalá pudiera dormirme antes de que me dejes», dijo él con algo de timidez.

«Cierra los ojos», dijo Mary, acercando su taburete, «y haré lo que hacía mi aya en la India. Te daré palmaditas en la mano y te la acariciaré y cantaré algo muy bajito».

«Quizá me gustaría eso», dijo con voz adormilada.

De algún modo ella le tenía lástima y no quería que se quedara despierto, así que se apoyó contra la cama y empezó a acariciarle y a darle palmaditas en la mano, y a cantar una cancioncita muy baja, como un canto, en hindustaní.

«Qué lindo», dijo él, aún más adormilado, y ella siguió cantando y acariciando, pero cuando volvió a mirarlo sus pestañas negras reposaban pegadas a sus mejillas, porque tenía los ojos cerrados y estaba profundamente dormido. Así que se levantó con suavidad, tomó su vela y se fue sigilosamente sin hacer ruido.

XIV. Un joven rajá

Cuando llegó la mañana, el páramo estaba escondido en la niebla y la lluvia no había dejado de caer a cántaros. No se podía salir. Martha estaba tan ocupada que Mary no tuvo ocasión de hablar con ella, pero por la tarde le pidió que viniera a sentarse con ella en el cuarto de los niños. Martha llegó con la media que siempre estaba tejiendo cuando no tenía otra cosa que hacer.

«¿Qué te pasa?», preguntó en cuanto se sentaron. «Tienes cara de tener algo que contar».

«Sí. He descubierto qué era ese llanto», dijo Mary.

Martha dejó caer la labor sobre las rodillas y la miró con ojos asustados.

«¡No es verdad!», exclamó. «¡Nunca!».

«Lo oí por la noche», siguió Mary. «Me levanté y fui a ver de dónde venía. Era Colin. Lo encontré».

La cara de Martha se puso roja de miedo.

«¡Ay! ¡Señorita Mary!», dijo casi llorando. «No tendrías que haberlo hecho, ¡no tendrías! Me vas a meter en un lío. Yo no te dije nada de él, pero me vas a meter en un lío. Perderé mi puesto, ¡y qué va a hacer mi madre!».

«No vas a perder tu puesto», dijo Mary. «Él se alegró de que yo fuera. Hablamos y hablamos, y dijo que se alegraba de que yo fuera».

«¿De veras?», exclamó Martha. «¿Estás segura? No sabes cómo se pone cuando algo lo disgusta. Es un muchacho grande para llorar como un bebé, pero cuando le da la rabieta es capaz de gritar solo para asustarnos. Sabe que no nos atrevemos ni a respirar».

«No estaba disgustado», dijo Mary. «Le pregunté si me iba y me hizo quedarme. Me hizo preguntas, y yo me senté en un taburete grande y le hablé de la India, del petirrojo y de los jardines. No quiso dejarme

ir. Me dejó ver el retrato de su madre. Antes de irme lo hice dormir cantándole».

Martha se quedó sin aliento de asombro.

«¡Casi no puedo creerte!», protestó. «Es como si hubieras entrado derecho en la cueva de un león. Si hubiera estado como está casi siempre, le habría dado una de sus pataletas y habría despertado a toda la casa. No deja que los extraños lo miren».

«A mí me dejó mirarlo. Lo miré todo el tiempo, y él me miró a mí. ¡Nos quedamos mirándonos!», dijo Mary.

«¡No sé qué hacer!», gritó Martha, agitada. «Si la señora Medlock se entera, pensará que desobedecí las órdenes y que te lo conté, y me mandarán de vuelta con mi madre».

«Él no va a contarle nada a la señora Medlock por ahora. Al principio será una especie de secreto», dijo Mary con firmeza. «Y dice que todos están obligados a hacer lo que él quiera».

«Sí, eso es verdad, ¡el muchacho malcriado!», suspiró Martha, secándose la frente con el delantal.

«Dice que la señora Medlock tendrá que hacerlo. Y quiere que yo vaya a hablar con él todos los días. Y tú me vas a avisar cuando él me necesite».

«¡Yo!», dijo Martha. «¡Perderé mi puesto, seguro que sí!».

«No puedes perderlo si haces lo que él quiere que hagas y a todos les han ordenado obedecerle», razonó Mary.

«¿Quieres decir», exclamó Martha con los ojos muy abiertos, «que fue amable contigo?».

«Creo que casi le caí bien», respondió Mary.

«¡Entonces lo has embrujado!», decidió Martha, tomando una larga bocanada de aire.

«¿Quieres decir Magia?», preguntó Mary. «En la India oí hablar de la Magia, pero yo no sé hacerla. Solo entré en su cuarto, y me sorprendió tanto verlo que me quedé parada mirándolo. Y entonces él se dio vuelta y me miró. Pensó que yo era un fantasma o un sueño, y yo pen-

sé que quizá él lo era. Y era tan raro estar allí los dos solos, en medio de la noche, sin saber nada el uno del otro. Y empezamos a hacernos preguntas. Y cuando le pregunté si tenía que irme, dijo que no».

«¡Se acaba el mundo!», jadeó Martha.

«¿Qué le pasa?», preguntó Mary.

«Nadie lo sabe a ciencia cierta», dijo Martha. «El señor Craven casi perdió la cabeza cuando nació el niño. Los médicos pensaron que habría que meterlo en un manicomio. Fue porque la señora Craven murió, como te conté. No quiso ni ver al bebé. Solo desvariaba y decía que sería otro jorobado como él y que más valía que se muriera».

«¿Colin es jorobado?», preguntó Mary. «No lo parecía».

«Todavía no», dijo Martha. «Pero empezó mal. Mi madre decía que en esa casa había penas y furias de sobra para torcer a cualquier niño. Temían que tuviera la espalda débil y siempre la han estado cuidando, teniéndolo acostado y sin dejarlo caminar. Una vez le pusieron un armazón, pero se afligió tanto que se enfermó de verdad. Entonces vino un médico importante a verlo y les hizo quitárselo. Le habló bastante duro al otro médico, aunque con buenos modales. Dijo que había habido demasiada medicina y que lo habían consentido demasiado».

«Creo que es un niño muy mimado», dijo Mary.

«¡Es el peor mocoso que ha habido!», dijo Martha. «No voy a decir que no haya estado enfermo bastante. Ha tenido toses y resfríos que casi lo matan dos o tres veces. Una vez tuvo fiebre reumática y otra vez tifoidea. ¡Ay! A la señora Medlock le dio un susto entonces. Él había estado delirando y ella hablaba con la enfermera, creyendo que no se enteraba de nada, y dijo: “Esta vez se muere, seguro, y es lo mejor para él y para todos”. Y lo miró, y ahí estaba con sus ojos grandes abiertos, mirándola tan en su juicio como ella misma. Ella no sabía qué iba a pasar, pero él solo la miró y le dijo: “Deme un poco de agua y deje de hablar”».

«¿Crees que se va a morir?», preguntó Mary.

«Mi madre dice que no hay razón para que viva ningún niño que

no toma aire fresco y no hace otra cosa que estar tendido de espaldas leyendo libros de láminas y tomando remedios. Es débil y odia la molestia de que lo saquen al aire libre, y se enfría tan fácil que dice que eso lo enferma».

Mary se sentó a mirar el fuego.

«Me pregunto», dijo despacio, «si no le haría bien salir a un jardín y ver crecer las cosas. A mí me hizo bien».

«Una de las peores rabietas que tuvo», dijo Martha, «fue una vez que lo sacaron donde están los rosales, junto a la fuente. Había leído en un periódico sobre gente que se agarra algo que él llamaba "catarro de las rosas", y se puso a estornudar y dijo que lo había agarrado, y entonces un jardinero nuevo que no conocía las reglas pasó por ahí y lo miró con curiosidad. Se puso furioso y dijo que lo había mirado porque iba a ser jorobado. Lloró hasta darle fiebre y estuvo enfermo toda la noche».

«Si alguna vez se enoja conmigo, no iré a verlo nunca más», dijo Mary.

«Si él quiere verte, tendrás que ir», dijo Martha. «Más vale que lo sepas desde el principio».

Poco después sonó una campanilla y Martha enrolló su labor.

«Me imagino que la enfermera quiere que me quede un rato con él», dijo. «Ojalá esté de buen humor».

Estuvo fuera del cuarto unos diez minutos, y volvió con cara de desconcierto.

«Pues sí que lo has embrujado», dijo. «Está en su sofá con sus libros de láminas. Le ha dicho a la enfermera que no vuelva hasta las seis. Yo tengo que esperar en el cuarto de al lado. Apenas ella se fue, me llamó y me dijo: "Quiero que Mary Lennox venga a hablar conmigo, y recuerde que no debe decírselo a nadie". Será mejor que vayas lo más rápido que puedas».

Mary estaba muy dispuesta a ir rápido. No tenía tantas ganas de ver a Colin como de ver a Dickon, pero tenía muchas ganas de verlo.

Había un fuego brillante en la chimenea cuando entró en su cuarto, y a la luz del día vio que era una habitación hermosísima. Había colores ricos en las alfombras, las cortinas, los cuadros y los libros de las paredes, que la hacían parecer luminosa y cómoda a pesar del cielo gris y de la lluvia que caía. Colin parecía también un cuadro. Estaba envuelto en una bata de terciopelo y apoyado contra un gran almohadón de brocado. Tenía una mancha roja en cada mejilla.

«Entra», dijo. «He estado pensando en ti toda la mañana».

«Yo también he pensado en ti», respondió Mary. «No sabes lo asustada que está Martha. Dice que la señora Medlock creerá que ella me habló de ti y entonces la despedirán».

Él frunció el ceño.

«Ve a decirle que venga», dijo. «Está en el cuarto de al lado».

Mary fue y la trajo. La pobre Martha temblaba de miedo. Colin seguía con el ceño fruncido.

«¿Tiene usted que hacer lo que yo quiera, o no?», preguntó.

«Tengo que hacer lo que usted quiera, señorito», balbuceó Martha, poniéndose muy colorada.

«¿Y Medlock tiene que hacer lo que yo quiera?».

«Todos tienen, señorito», dijo Martha.

«Bueno, entonces, si le ordeno que me traiga a la señorita Mary, ¿cómo podrá Medlock despedirla si lo descubre?».

«Por favor, no deje que lo haga, señorito», suplicó Martha.

«La despediré *yo a ella* si se atreve a decir una palabra sobre algo así», dijo el señorito Craven con gran solemnidad. «No le gustaría nada, se lo aseguro».

«Gracias, señorito», dijo ella, haciendo una reverencia, «quiero cumplir con mi deber, señorito».

«Su deber es hacer lo que yo quiero», dijo Colin con más solemnidad aún. «Yo me ocuparé de usted. Ahora váyase».

Cuando la puerta se cerró tras Martha, Colin vio que la señorita Mary lo miraba como si lo hubiera dejado pensativa.

«¿Por qué me miras así?», le preguntó. «¿En qué estás pensando?».

«Estoy pensando en dos cosas».

«¿Cuáles son? Siéntate y dímelas».

«Esta es la primera», dijo Mary, sentándose en el taburete grande. «Una vez, en la India, vi a un niño que era rajá. Tenía rubíes, esmeraldas y diamantes pegados por todas partes. Les hablaba a los suyos igual que tú le hablaste a Martha. Todos tenían que hacer todo lo que él les mandaba, al instante. Creo que los habrían matado si no lo hacían».

«Ya haré que me cuentes de los rajás», dijo él, «pero primero dime cuál era la segunda cosa».

«Estaba pensando», dijo Mary, «en lo distinto que eres de Dickon».

«¿Quién es Dickon?», dijo él. «¡Qué nombre más raro!».

Ya podía contárselo, pensó; podía hablar de Dickon sin mencionar el jardín secreto. Le había gustado oír a Martha hablar de él. Además, tenía ganas de hablar de él. Le parecía que así lo acercaba.

«Es el hermano de Martha. Tiene doce años», explicó. «No se parece a nadie en el mundo. Puede encantar zorros, ardillas y pájaros igual que los nativos de la India encantan serpientes. Toca una melodía muy suave en una flauta y ellos vienen y escuchan».

Sobre una mesa a su lado había unos libros grandes, y de pronto arrastró uno hacia sí.

«Aquí hay una lámina de un encantador de serpientes», exclamó. «Ven a verla».

El libro era hermoso, con magníficas ilustraciones en colores, y él abrió en una de ellas.

«¿Puede hacer eso?», preguntó con entusiasmo.

«Tocaba la flauta y ellos escuchaban», explicó Mary. «Pero él no lo llama Magia. Dice que es porque vive tanto en el páramo y conoce sus costumbres. Dice que a veces siente que él mismo es un pájaro o un conejo, de tanto que los quiere. Creo que le hizo preguntas al petirrojo. Parecía que hablaban entre ellos con suaves trinos».

Colin se recostó en su almohadón, los ojos se le fueron agrandando más y más y las manchas de las mejillas le ardían.

«Cuéntame más de él», dijo.

«Sabe todo sobre huevos y nidos», siguió Mary. «Y sabe dónde viven los zorros, los tejones y las nutrias. Lo guarda en secreto para que otros muchachos no encuentren sus madrigueras y los asusten. Sabe de todo lo que crece o vive en el páramo».

«¿Le gusta el páramo?», dijo Colin. «¿Cómo puede, si es un lugar tan grande, tan pelado y tan triste?».

«Es el lugar más hermoso», protestó Mary. «Crecen en él miles de cosas lindas y hay miles de criaturitas, todas ocupadas en hacer nidos, cavar agujeros y madrigueras, y piar o cantar o chillarse unas a otras. Están tan ocupadas y se divierten tanto bajo la tierra, o en los árboles, o en el brezo. Es su mundo».

«¿Cómo sabes todo eso?», dijo Colin, apoyándose en el codo para mirarla.

«En realidad nunca he estado allí», dijo Mary, acordándose de pronto. «Solo lo crucé en coche, de noche. Me pareció horrible. Primero me habló de él Martha, y después Dickon. Cuando Dickon habla del páramo, uno siente que ve las cosas y las oye, y que está parado en el brezo con el sol brillando y las aulagas oliendo a miel, y todo lleno de abejas y mariposas».

«Uno no ve nada si está enfermo», dijo Colin, inquieto. Parecía alguien que oye un sonido nuevo a lo lejos y se pregunta qué será.

«No se puede, si uno se queda en un cuarto», dijo Mary.

«Yo no podría ir al páramo», dijo con tono resentido.

Mary guardó silencio un minuto y luego dijo algo atrevido.

«Podrías, algún día».

Él se movió como sobresaltado.

«¡Ir al páramo! ¿Cómo podría? Me voy a morir».

«¿Cómo lo sabes?», dijo Mary sin compasión. No le gustaba la manera que tenía de hablar de morirse. No se sentía muy compasiva. Más

bien le parecía que casi presumía de ello.

«Ay, lo oigo desde que me acuerdo», respondió él, enojado. «Siempre andan susurrando de eso, creyendo que no me doy cuenta. Y también desean que me muera».

La señorita Mary se sintió muy contraria. Apretó los labios.

«Si desearan que yo me muriera», dijo, «yo no lo haría. ¿Quién desea que te mueras?».

«Los sirvientes, y por supuesto el doctor Craven, porque se quedaría con Misselthwaite y sería rico en vez de pobre. No se atreve a decirlo, pero siempre se le ve contento cuando yo estoy peor. Cuando tuve la fiebre tifoidea, la cara se le puso bien gorda. Creo que mi padre también lo desea».

«No creo que lo desee», dijo Mary con mucha terquedad.

Eso hizo que Colin se volviera a mirarla otra vez.

«¿No lo crees?», dijo.

Y luego se recostó en su almohadón y se quedó quieto, como pensando. Y hubo un silencio bastante largo. Quizá los dos estaban pensando cosas extrañas, de las que los niños no suelen pensar.

«Me cae bien el gran doctor de Londres, porque hizo que le quitaran la cosa de hierro», dijo Mary por fin. «¿Dijo que te ibas a morir?».

«No».

«¿Qué dijo?».

«No susurró», contestó Colin. «Tal vez sabía que odio los susurros. Le oí decir una cosa en voz bien alta. Dijo: “El muchacho podría vivir si se decidiera a ello. Pónganlo de buen ánimo”. Sonaba como si estuviera de mal genio».

«Te diré quién te pondría de buen ánimo, quizá», dijo Mary, pensativa. Sentía que quería que esto se resolviera de un modo u otro. «Creo que Dickon lo haría. Siempre habla de cosas vivas. Nunca habla de cosas muertas ni de cosas enfermas. Siempre está mirando al cielo para ver volar a los pájaros, o mirando la tierra para ver algo que crece. Tiene unos ojos azules tan redondos, y tan abiertos de tanto mirar alrede-

dor. Y se ríe con una risa tan grande, con su boca ancha, y las mejillas las tiene rojas, rojas como cerezas».

Acercó su taburete al sofá, y su expresión cambió por completo al recordar la boca ancha y curvada y los ojos muy abiertos.

«Mira», dijo. «No hablemos de morirse; no me gusta. Hablemos de vivir. Hablemos y hablemos de Dickon. Y después miraremos tus láminas».

Fue lo mejor que pudo haber dicho. Hablar de Dickon significaba hablar del páramo, de la casita y de las catorce personas que vivían en ella con dieciséis chelines a la semana, y de los niños que engordaban con la hierba del páramo como los ponis salvajes. Y de la madre de Dickon, y de la cuerda de saltar, y del páramo con el sol encima, y de las puntitas verde pálido que asomaban de la tierra negra. Y todo era tan vivo que Mary habló más de lo que había hablado nunca, y Colin habló y escuchó como nunca había hecho ni lo uno ni lo otro. Y los dos empezaron a reír por nada, como ríen los niños cuando están contentos juntos. Y rieron tanto que al final hacían tanto ruido como si fueran dos criaturas de diez años, normales, sanas y naturales, en vez de una niñita dura que no quería a nadie y un niño enfermizo que creía que iba a morir.

Se divirtieron tanto que se olvidaron de las láminas y se olvidaron de la hora. Estaban riendo a carcajadas con Ben Weatherstaff y su petirrojo, y Colin estaba incluso sentado erguido, como si se hubiera olvidado de su espalda débil, cuando de pronto se acordó de algo.

«¿Sabes que hay una cosa en la que nunca hemos pensado ni una vez?», dijo. «Somos primos».

Les pareció tan raro haber hablado tanto sin acordarse de esa cosa tan simple que rieron más que nunca, porque ya estaban de humor para reírse de cualquier cosa. Y en medio de la diversión se abrió la puerta y entraron el doctor Craven y la señora Medlock.

El doctor Craven se sobresaltó de verdad, y la señora Medlock casi cayó hacia atrás porque él había chocado con ella sin querer.

«¡Dios mío!», exclamó la pobre señora Medlock con los ojos casi saltándosele de la cara. «¡Dios mío!».

«¿Qué es esto?», dijo el doctor Craven, avanzando. «¿Qué significa?».

Entonces Mary se acordó otra vez del niño rajá. Colin contestó como si ni el sobresalto del doctor ni el terror de la señora Medlock tuvieran la menor importancia. Estaba tan poco perturbado o asustado como si hubieran entrado en el cuarto un gato y un perro viejos.

«Esta es mi prima, Mary Lennox», dijo. «Le pedí que viniera a conversar conmigo. Me gusta. Tiene que venir a conversar conmigo siempre que yo la llame».

El doctor Craven se volvió con reproche hacia la señora Medlock.

«Ay, señor», jadeó ella. «No sé cómo ha pasado. No hay un criado en la casa que se atreva a hablar, todos tienen sus órdenes».

«Nadie le dijo nada», dijo Colin. «Me oyó llorar y me encontró ella sola. Me alegro de que viniera. No sea tonta, Medlock».

Mary vio que al doctor Craven no le agradaba, pero era muy claro que no se atrevía a oponerse a su paciente. Se sentó junto a Colin y le tomó el pulso.

«Me temo que ha habido demasiada agitación. La agitación no te conviene, muchacho», dijo.

«Me agitaría más si ella no viniera», respondió Colin, con los ojos empezando a brillar peligrosamente. «Estoy mejor. Ella me hace mejorar. La enfermera tiene que subir su té junto con el mío. Tomaremos el té juntos».

La señora Medlock y el doctor Craven se miraron con inquietud, pero evidentemente no había nada que hacer.

«Sí que se le ve algo mejor, señor», se atrevió a decir la señora Medlock. «Pero», añadió, pensándolo bien, «esta mañana se le veía mejor antes de que ella entrara en el cuarto».

«Ella entró en el cuarto anoche. Se quedó conmigo mucho rato. Me cantó una canción en hindustaní y me hizo dormir», dijo Colin. «Esta-

ba mejor cuando desperté. Tenía ganas de desayunar. Ahora tengo ganas de tomar el té. Dígaselo a la enfermera, Medlock».

El doctor Craven no se quedó mucho. Habló unos minutos con la enfermera cuando esta entró en el cuarto y dijo unas palabras de advertencia a Colin. No debía hablar demasiado; no debía olvidar que estaba enfermo; no debía olvidar que se cansaba con mucha facilidad. A Mary le pareció que había una cantidad de cosas desagradables que él no debía olvidar.

Colin se veía fastidiado y mantuvo sus extraños ojos de pestañas negras fijos en la cara del doctor Craven.

«*Quiero* olvidarlo», dijo al fin. «Ella me lo hace olvidar. Por eso la quiero aquí».

El doctor Craven no se veía contento cuando salió del cuarto. Lanzó una mirada de desconcierto a la niña sentada en el taburete grande. Había vuelto a ser una niña tiesa y callada apenas él entró, y no lograba ver cuál era el atractivo. Sin embargo, el muchacho sí se veía más animado, y el doctor suspiró bastante hondo mientras iba por el corredor.

«Siempre quieren que coma cosas cuando no quiero», dijo Colin, mientras la enfermera traía el té y lo ponía en la mesa junto al sofá. «Ahora, si tú comes, yo comeré. Esos bollos se ven tan ricos y calientes. Cuéntame de los rajás».

XV. Haciendo nidos

Después de otra semana de lluvia, volvió a aparecer el alto arco del cielo azul y el sol que caía a raudales era bastante caliente. Aunque no había habido ocasión de ver ni el jardín secreto ni a Dickon, la señorita Mary se había divertido mucho. La semana no se le había hecho larga. Había pasado horas cada día con Colin en su cuarto, hablando de rajás, de jardines, de Dickon y de la casita del páramo. Habían mirado los espléndidos libros y láminas, y a veces Mary le había leído cosas a Colin, y a veces él le había leído un poco a ella. Cuando estaba entretenido e interesado, a ella casi no le parecía un enfermo, salvo porque su cara era tan pálida y porque estaba siempre en el sofá.

«Usted es una pícara, mira que escuchar y levantarse de la cama para ir siguiendo el rastro como lo hizo esa noche», dijo una vez la señora Medlock. «Pero no se puede negar que ha sido una especie de bendición para todos nosotros. Desde que se hicieron amigos no ha tenido ni una pataleta ni un ataque de quejas. La enfermera estaba a punto de dejar el caso de lo harta que estaba de él, pero dice que ya no le importa quedarse ahora que usted ha entrado de servicio con ella», agregó, riendo un poco.

En sus conversaciones con Colin, Mary había tratado de ser muy cautelosa con el jardín secreto. Había ciertas cosas que quería averiguar de él, pero sentía que debía averiguarlas sin hacerle preguntas directas. En primer lugar, como había empezado a gustarle estar con él, quería descubrir si era la clase de niño a quien se le puede contar un secreto. No se parecía en nada a Dickon, pero estaba tan evidentemente encantado con la idea de un jardín del que nadie sabía nada que ella pensaba que quizá se podía confiar en él. Pero no lo conocía desde hacía bastante como para estar segura. La segunda cosa que quería averiguar era esta: si se podía confiar en él (si de verdad se podía),

¿no sería posible llevarlo al jardín sin que nadie se enterara? El gran doctor había dicho que debía tomar aire fresco, y Colin había dicho que no le importaría el aire fresco en un jardín secreto. Quizá, si tomaba mucho aire fresco, y conocía a Dickon y al petirrojo, y veía crecer las cosas, no pensaría tanto en morirse. Mary se había visto en el espejo algunas veces últimamente y se había dado cuenta de que parecía una criatura muy distinta de la niña que había visto al llegar de la India. Esta niña tenía mejor aspecto. Hasta Martha había notado un cambio en ella.

«El aire del páramo ya te ha hecho bien», le había dicho. «Ya no estás tan amarilla ni tan flaca. Hasta el pelo ya no se te pega a la cabeza todo liso. Tiene algo de vida y se te levanta un poquito».

«Es como yo», dijo Mary. «Se está poniendo más fuerte y más gordo. Estoy segura de que tengo más pelo».

«Se ve que sí, seguro», dijo Martha, alborotándoselo un poco alrededor de la cara. «No eres ni la mitad de fea así, y con un poco de rojo en las mejillas».

Si los jardines y el aire fresco le habían hecho bien a ella, quizá le harían bien a Colin. Pero, claro, si odiaba que lo miraran, quizá no le gustaría ver a Dickon.

«¿Por qué te enojas cuando te miran?», preguntó un día.

«Siempre lo odié», respondió él, «desde muy pequeño. Después, cuando me llevaban a la orilla del mar y yo iba tendido en mi cochecito, todos se quedaban mirando, y las señoras se detenían a hablar con mi enfermera, y luego empezaban a susurrar, y yo sabía que decían que no viviría hasta ser grande. A veces las señoras me daban palmaditas en las mejillas y decían: "¡Pobre niño!". Una vez que una señora hizo eso, grité muy fuerte y le mordí la mano. Se asustó tanto que salió corriendo».

«Pensó que te habías vuelto loco como un perro rabioso», dijo Mary, sin ninguna admiración.

«No me importa lo que pensara», dijo Colin, frunciendo el ceño.

«Me pregunto por qué no gritaste y no me mordiste cuando entré en tu cuarto», dijo Mary. Y entonces empezó a sonreír lentamente.

«Pensé que eras un fantasma o un sueño», dijo él. «A un fantasma o a un sueño no se los puede morder, y si uno les grita, no les importa».

«¿Te molestaría que... que te mirara un niño?», preguntó Mary con timidez.

Él se recostó en su almohadón y se quedó pensativo.

«Hay un niño», dijo muy despacio, como pensando cada palabra, «hay un niño que creo que no me molestaría. Es ese niño que sabe dónde viven los zorros, Dickon».

«Estoy segura de que él no te molestaría», dijo Mary.

«A los pájaros no, ni a los otros animales», dijo él, todavía pensándolo, «quizá por eso no me molestaría. Él es una especie de encantador de animales, y yo soy un niño animal».

Entonces rió, y ella rió también; en realidad terminaron los dos riendo mucho y encontrando muy graciosa la idea de un niño animal escondido en su madriguera.

Lo que Mary sintió después fue que no tenía por qué temer por Dickon.

En aquella primera mañana en que el cielo volvió a ser azul, Mary despertó muy temprano. El sol entraba a raudales en rayos oblicuos por las persianas, y había algo tan alegre en verlo que saltó de la cama y corrió a la ventana. Subió las persianas, abrió la ventana misma, y una gran ráfaga de aire fresco y perfumado entró sobre ella. El páramo estaba azul y parecía que al mundo entero le hubiera pasado algo de Magia. Había tiernos trinos flautados aquí y allá y por todas partes, como si decenas de pájaros empezaran a afinar para un concierto. Mary sacó la mano por la ventana y la sostuvo al sol.

«¡Está tibio, tibio!», dijo. «Hará que las puntitas verdes empujen hacia arriba, y arriba, y arriba, y hará que los bulbos y las raíces trabajen y se esfuercen con todas sus fuerzas bajo la tierra».

Se arrodilló y se asomó por la ventana todo lo que pudo, respiran-

do hondo y olfateando el aire hasta que se echó a reír, porque recordó lo que había dicho la madre de Dickon sobre la punta de su nariz, que temblaba como la de un conejo.

«Debe de ser muy temprano», dijo. «Las nubecitas están todas rosadas y nunca había visto el cielo así. No se ha levantado nadie. Ni siquiera oigo a los mozos de la caballeriza».

Un pensamiento repentino la hizo ponerse de pie de un salto.

«¡No puedo esperar! ¡Voy a ver el jardín!».

A esas alturas ya había aprendido a vestirse sola, y se puso la ropa en cinco minutos. Conocía una pequeña puerta lateral que ella misma podía descorrer, y bajó volando la escalera en medias y se puso los zapatos en el vestíbulo. Quitó la cadena, descorrió el cerrojo y giró la llave, y cuando la puerta estuvo abierta saltó el escalón de un solo brinco, y allí estaba, de pie sobre el pasto, que parecía haberse vuelto verde, con el sol cayéndole encima, tibias y dulces ráfagas a su alrededor y el flauteo, el gorjeo y el canto saliendo de cada arbusto y de cada árbol. Juntó las manos de pura alegría y miró al cielo, y era tan azul, y rosado, y nacarado, y blanco, y estaba tan inundado de luz de primavera que sintió que ella misma tenía que flautear y cantar en voz alta, y supo que los zorzales, los petirrojos y las alondras no podían evitarlo en absoluto. Corrió por entre los arbustos y los senderos hacia el jardín secreto.

«Ya está todo distinto», dijo. «El pasto está más verde, hay cosas que asoman por todas partes, se están desenroscando y se ven los brotes verdes de las hojas. Esta tarde estoy segura de que vendrá Dickon».

La larga lluvia tibia había hecho cosas extrañas en los canteros de plantas herbáceas que bordeaban el sendero junto al muro bajo. Había cosas que brotaban y salían empujando de las raíces de las matas, y hasta aquí y allá se vislumbraban destellos de púrpura real y de amarillo que se desplegaban entre los tallos de los azafranes. Seis meses antes, la señorita Mary no habría visto cómo despertaba el mundo, pero ahora no se perdía nada.

Cuando llegó al lugar donde la puerta se escondía bajo la hiedra, la sobresaltó un sonido fuerte y curioso. Era el graznido de un cuervo, *cra, cra*, y venía de lo alto del muro, y al mirar hacia arriba vio posado a un gran pájaro de plumaje brillante y azul negruzco, que la miraba desde arriba con aire muy sabio. Nunca había visto un cuervo tan de cerca, y la puso un poco nerviosa, pero un instante después él abrió las alas y se alejó aleteando por encima del jardín. Ella esperaba que no se fuera a quedar adentro, y empujó la puerta preguntándose si lo haría. Cuando entró de lleno en el jardín vio que probablemente sí pensaba quedarse, porque se había posado en un manzano enano, y bajo el manzano estaba echado un animalito rojizo de cola espesa, y los dos miraban el cuerpo inclinado y la cabeza rojo óxido de Dickon, que estaba arrodillado en el pasto, trabajando duro.

Mary voló sobre el pasto hacia él.

«¡Ay, Dickon! ¡Dickon!», gritó. «¡Cómo pudiste llegar tan temprano! ¡Cómo pudiste! ¡El sol acaba de levantarse!».

Él se puso de pie, riendo, radiante y despeinado, con los ojos como un pedazo de cielo.

«¡Eh!», dijo. «Yo me levanté mucho antes que él. ¡Cómo me iba a quedar en la cama! El mundo ha empezado todo de nuevo esta mañana, sí que sí. Y está trabajando, y zumbando, y rascando, y piando, y haciendo nidos, y soltando olores, hasta que no te queda más que salir a él en vez de quedarte tendido de espaldas. Cuando el sol pegó el salto, el páramo se volvió loco de alegría, y yo estaba en medio del brezo, y corrí como loco yo también, gritando y cantando. Y vine derecho aquí. No podía haberme quedado lejos. ¡Si el jardín estaba aquí tendido esperando!».

Mary se puso las manos en el pecho, jadeando, como si hubiera estado corriendo ella misma.

«¡Ay, Dickon! ¡Dickon!», dijo. «¡Soy tan feliz que casi no puedo respirar!».

Al verlo hablar con una extraña, el animalito de cola espesa se le-

vantó de su sitio bajo el árbol y se le acercó, y el cuervo, graznando una vez, bajó volando de su rama y se posó tranquilamente en su hombro.

«Este es el zorrito», dijo él, frotando la cabeza del animalito rojizo. «Se llama Capitán. Y este de aquí es Hollín. Hollín voló por el páramo conmigo y Capitán corrió igual que si lo persiguieran los perros de caza. Los dos sintieron lo mismo que yo».

Ninguno de los dos parecía tenerle el menor miedo a Mary. Cuando Dickon empezó a caminar, Hollín se quedó en su hombro y Capitán trotaba tranquilo pegado a su costado.

«¡Mira!», dijo Dickon. «¡Mira cómo han salido estas, y estas, y estas! ¡Y ay! ¡Mira estas de aquí!».

Se echó de rodillas, y Mary se agachó a su lado. Habían dado con una mata entera de azafranes que habían reventado en púrpura, naranja y oro. Mary inclinó la cara y los besó y los besó.

«A una persona nunca se la besa de este modo», dijo cuando levantó la cabeza. «Las flores son tan distintas».

Él parecía desconcertado, pero sonrió.

«¡Eh!», dijo. «Yo a mi madre la he besado muchas veces así, cuando vuelvo del páramo después de un día de andar vagando y ella está ahí parada en la puerta, al sol, tan contenta y tan tranquila».

Corrieron de un rincón del jardín a otro y encontraron tantas maravillas que tuvieron que recordarse que debían susurrar o hablar bajo. Él le mostró los hinchados botones de hojas en ramas de rosal que parecían muertas. Le mostró diez mil puntitas verdes nuevas que asomaban por la tierra suelta. Acercaron las narices jóvenes y ávidas al suelo y olieron su aliento entibiado de primavera; cavaron y tiraron y rieron bajito de gozo hasta que el pelo de la señorita Mary quedó tan revuelto como el de Dickon y sus mejillas, casi tan rojas como las de él, parecían amapolas.

Había todas las alegrías de la tierra en el jardín secreto esa mañana, y en medio de ellas llegó una dicha más grande que todas, porque

era más maravillosa. De pronto algo cruzó volando el muro y se lanzó entre los árboles hacia un rincón tupido, un pequeño destello de pájaro de pecho rojo con algo colgándole del pico. Dickon se quedó muy quieto y puso la mano sobre Mary casi como si de repente se hubieran encontrado riendo en una iglesia.

«No nos movamos», susurró en el habla más cerrada de Yorkshire. «Ni respiremos apenas. Yo sabía que andaba buscando pareja cuando lo vi la última vez. Es el petirrojo de Ben Weatherstaff. Está haciendo su nido. Se quedará aquí si no lo espantamos».

Se sentaron suavemente sobre el pasto y se quedaron allí sin moverse.

«No hay que parecer que lo miramos demasiado de cerca», dijo Dickon. «Se enojaría con nosotros para siempre si se le metiera en la cabeza que nos estamos entrometiendo ahora. Va a estar bastante distinto hasta que todo esto pase. Está montando casa. Estará más huraño y más dispuesto a tomar a mal las cosas. No tiene tiempo para visitas ni para chismes. Tenemos que quedarnos quietos un rato y tratar de parecer pasto y árboles y arbustos. Y cuando se haya acostumbrado a vernos, haré un pío y sabrá que no le estorbamos».

La señorita Mary no estaba nada segura de saber, como parecía saber Dickon, cómo intentar parecerse al pasto, a los árboles y a los arbustos. Pero él había dicho aquella cosa rara como si fuera lo más simple y natural del mundo, y ella sintió que a él le debía de resultar muy fácil, y de hecho lo observó con atención unos minutos, preguntándose si sería posible que se pusiera verde tranquilamente y echara ramas y hojas. Pero él solo estaba sentado, maravillosamente quieto, y cuando habló bajó la voz a una suavidad tal que era curioso que ella pudiera oírlo, pero lo oía.

«Esto de hacer nidos es parte de la primavera», dijo. «Apuesto a que ha ocurrido de la misma manera cada año desde que empezó el mundo. Ellos tienen su modo de pensar y de hacer las cosas, y más vale que uno no se meta. En primavera se puede perder un amigo más fá-

cil que en cualquier otra estación, si uno es demasiado curioso».

«Si hablamos de él no puedo evitar mirarlo», dijo Mary lo más bajito que pudo. «Tenemos que hablar de otra cosa. Hay algo que quiero contarte».

«Él lo preferirá si hablamos de otra cosa», dijo Dickon. «¿Qué es lo que tienes que contarme?».

«Bueno... ¿sabes algo de Colin?», susurró.

Él volvió la cabeza para mirarla.

«¿Qué sabes tú de él?», preguntó.

«Lo he visto. He ido a hablar con él todos los días esta semana. Quiere que vaya. Dice que le hago olvidar que está enfermo y que se va a morir», respondió Mary.

Dickon pareció realmente aliviado en cuanto la sorpresa se le fue de la cara redonda.

«Me alegro de eso», exclamó. «Me alegro de veras. Me deja más tranquilo. Yo sabía que no debía decir nada de él, y no me gusta tener que esconder las cosas».

«¿No te gusta esconder el jardín?», dijo Mary.

«De eso nunca voy a contar», respondió. «Pero le dije a mi madre: "Madre", le dije, "tengo un secreto que guardar. No es uno malo, ya lo sabes. No es peor que esconder dónde hay un nido de pájaro. A ti no te molesta, ¿verdad?"».

A Mary siempre le gustaba oír hablar de la madre.

«¿Qué dijo ella?», preguntó, sin ningún miedo de oírlo.

Dickon sonrió con dulzura.

«Fue muy de ella lo que dijo», respondió. «Me frotó un poco la cabeza, se echó a reír y dijo: "Ay, muchacho, puedes tener todos los secretos que quieras. Hace doce años que te conozco"».

«¿Cómo supiste de Colin?», preguntó Mary.

«Todos los que sabían algo del señor Craven sabían que había un muchachito que iba camino de quedar lisiado, y sabían que al señor Craven no le gustaba que se hablara de él. La gente le tiene lástima al

señor Craven, porque la señora Craven era una joven tan linda y se querían tanto. La señora Medlock se detiene en nuestra casita cada vez que va a Thwaite, y no le importa hablar con mi madre delante de nosotros, los niños, porque sabe que nos han criado para ser de confianza. ¿Cómo te enteraste tú? Martha estaba en un buen apuro la última vez que vino a casa. Dijo que tú lo habías oído quejarse y andabas haciendo preguntas, y ella no sabía qué decir».

Mary le contó su historia: el ulular del viento a medianoche que la había despertado, los débiles sonidos lejanos de la voz quejumbrosa que la había guiado por los oscuros corredores con su vela y que habían terminado con ella abriendo la puerta de la habitación apenas iluminada, con la cama tallada de cuatro columnas en un rincón. Cuando describió la carita blanca como marfil y los extraños ojos de bordes negros, Dickon meneó la cabeza.

«Son justo como los ojos de su madre, solo que los de ella siempre estaban riendo, dicen», dijo. «Dicen que el señor Craven no soporta verlo cuando está despierto, y es porque sus ojos son tan parecidos a los de su madre y sin embargo se ven tan distintos en su carita desdichada».

«¿Crees que quiere morirse?», susurró Mary.

«No, pero desearía no haber nacido nunca. Mi madre dice que eso es lo peor que hay en la tierra para un niño. Los que no son queridos casi nunca prosperan. El señor Craven compraría para el pobre muchacho todo lo que se puede comprar con dinero, pero quisiera olvidar que existe en el mundo. Por una parte, tiene miedo de mirarlo algún día y encontrar que le ha salido joroba».

«Colin le tiene tanto miedo que no quiere sentarse», dijo Mary. «Dice que siempre está pensando que si llegara a sentir que le sale un bulto se volvería loco y gritaría hasta morir».

«¡Eh! No debería estar tendido ahí pensando cosas como esas», dijo Dickon. «Ningún muchacho podría sanar si piensa ese tipo de cosas».

El zorro estaba echado sobre el pasto, junto a él, alzando la vista

de vez en cuando para pedir una caricia, y Dickon se inclinó y le frotó suavemente el cuello, y pensó unos minutos en silencio. Al poco levantó la cabeza y miró alrededor del jardín.

«Cuando entramos aquí por primera vez», dijo, «parecía que todo era gris. Mira ahora a tu alrededor y dime si no ves una diferencia».

Mary miró y contuvo un poco el aliento.

«¡Vaya!», exclamó. «El muro gris está cambiando. Es como si una niebla verde se fuera arrastrando por encima. Es casi como un velo de gasa verde».

«Sí», dijo Dickon. «Y se pondrá más y más verde hasta que se acabe todo el gris. ¿Adivinas en qué estaba pensando?».

«Sé que era algo lindo», dijo Mary con ansia. «Creo que era algo sobre Colin».

«Estaba pensando que si él estuviera aquí afuera no estaría vigilando a ver si le crecen bultos en la espalda; estaría vigilando a ver si revientan los botones de los rosales, y seguramente estaría más sano», explicó Dickon. «Me preguntaba si podríamos algún día ponerlo de humor para que viniera aquí afuera y se echara bajo los árboles en su cochecito».

«Yo también me lo he preguntado. Lo he pensado casi cada vez que he hablado con él», dijo Mary. «Me he preguntado si sabría guardar un secreto, y me he preguntado si podríamos traerlo aquí sin que nadie nos vea. Pensé que quizá tú podrías empujar su cochecito. El doctor dijo que debe tomar aire fresco, y si él quiere que lo saquemos, nadie se atreve a desobedecerle. No sale por otros, y quizá se alegren de que salga con nosotros. Podría ordenarles a los jardineros que se mantengan lejos para que no se enteren».

Dickon pensaba muy intensamente mientras rascaba la espalda de Capitán.

«Le haría bien, apuesto a que sí», dijo. «No andaríamos pensando que más le valdría no haber nacido. Seríamos solo dos niños mirando crecer un jardín, y él sería otro más. Dos muchachos y una niña miran-

do la primavera, nada más. Apuesto a que sería mejor que las cosas del médico».

«Ha estado tanto tiempo tendido en su cuarto, y siempre ha tenido tanto miedo por su espalda, que eso lo ha vuelto raro», dijo Mary. «Sabe muchas cosas por los libros, pero no sabe nada más. Dice que ha estado demasiado enfermo para fijarse en las cosas y que odia salir al aire libre y odia los jardines y los jardineros. Pero le gusta oír hablar de este jardín porque es un secreto. No me atrevo a contarle mucho, pero dijo que quería verlo».

«Lo sacaremos aquí algún día, seguro», dijo Dickon. «Yo podría empujar su cochecito sin problema. ¿Te has fijado cómo han estado trabajando el petirrojo y su pareja mientras estábamos sentados aquí? Míralo posado en esa rama, preguntándose dónde sería mejor poner esa ramita que trae en el pico».

Hizo uno de sus suaves silbidos de llamada, y el petirrojo volvió la cabeza y lo miró con aire inquisitivo, sin soltar su ramita. Dickon le habló como lo hacía Ben Weatherstaff, pero el tono de Dickon era de consejo amistoso.

«Donde la pongas», dijo, «estará bien. Sabías cómo construir tu nido antes de salir del huevo. Anda, muchacho. No tienes tiempo que perder».

«¡Ay, cómo me gusta oírte hablar con él!», dijo Mary, riendo encantada. «Ben Weatherstaff lo regaña y se burla de él, y él da brinquitos y parece que entiende cada palabra, y sé que le gusta. Ben Weatherstaff dice que es tan vanidoso que preferiría que le tiraran piedras antes que pasar inadvertido».

Dickon rió también y siguió hablando.

«Sabes que no te molestaremos», le dijo al petirrojo. «Casi somos animalitos del campo nosotros mismos. También estamos haciendo nido, bendito seas. Cuida de no delatarnos».

Y aunque el petirrojo no contestó, porque tenía el pico ocupado, Mary supo que cuando se fue volando con su ramita a su propio rin-

cón del jardín, la oscuridad de su ojo brillante de rocío quería decir que no revelaría su secreto por nada del mundo.

XVI. «¡No quiero!», dijo Mary

Aquella mañana encontraron muchísimo que hacer, y Mary volvió tarde a la casa y tenía tanta prisa por regresar a su trabajo que se olvidó de Colin hasta el último momento.

«Dile a Colin que todavía no puedo ir a verlo», le dijo a Martha. «Estoy muy ocupada en el jardín».

Martha parecía bastante asustada.

«¡Ay! Señorita Mary», dijo, «puede que se le descomponga todo el humor cuando se lo diga».

Pero Mary no le tenía tanto miedo como los demás, y no era una persona dada al sacrificio.

«No puedo quedarme», respondió. «Dickon me está esperando», y se fue corriendo.

La tarde fue aún más hermosa y más atareada que la mañana. Ya habían sacado del jardín casi toda la maleza, y la mayoría de los rosales y de los árboles estaban podados o con la tierra removida alrededor. Dickon había traído una pala propia y había enseñado a Mary a usar todas sus herramientas, de modo que a esas alturas era evidente que aquel lugar silvestre y hermoso difícilmente llegaría a ser un «jardín de jardinero», pero sería una espesura de cosas que crecen antes de que acabara la primavera.

«Habrá flores de manzano y flores de cerezo sobre nuestras cabezas», dijo Dickon, trabajando con todas sus fuerzas. «Y habrá duraznos y ciruelos en flor contra los muros, y el pasto será una alfombra de flores».

El zorrito y el cuervo estaban tan felices y ocupados como ellos, y el petirrojo y su pareja iban y venían como diminutos relámpagos. A veces el cuervo agitaba sus alas negras y se elevaba por encima de las copas de los árboles del parque. Cada vez que volvía, se posaba cerca

de Dickon y graznaba varias veces como si contara sus aventuras, y Dickon le hablaba igual que le había hablado al petirrojo. Una vez que Dickon estaba tan ocupado que no le contestó enseguida, Hollín se le posó en los hombros y le dio un suave tirón en la oreja con su gran pico. Cuando Mary quería descansar un poco, Dickon se sentaba con ella bajo un árbol, y una vez sacó la flauta del bolsillo y tocó las suaves y extrañas notitas, y aparecieron dos ardillas en el muro que miraban y escuchaban.

«Estás bastante más fuerte que antes», dijo Dickon, mirándola mientras ella cavaba. «Empiezas a verte distinta, seguro».

Mary resplandecía de ejercicio y buen ánimo.

«Estoy más gorda cada día», dijo muy contenta. «La señora Medlock tendrá que conseguirme vestidos más grandes. Martha dice que el pelo me está creciendo más espeso. Ya no está tan liso y desgreñado».

El sol comenzaba a ponerse y mandaba rayos oblicuos de un dorado intenso por debajo de los árboles cuando se despidieron.

«Mañana hará buen tiempo», dijo Dickon. «Estaré trabajando desde que salga el sol».

«Yo también», dijo Mary.

Corrió de vuelta a la casa tan rápido como la llevaban los pies. Quería contarle a Colin del zorrito de Dickon y del cuervo y de lo que había estado haciendo la primavera. Estaba segura de que le gustaría oírlo. De modo que no fue nada agradable, al abrir la puerta de su cuarto, ver a Martha de pie esperándola con cara afligida.

«¿Qué pasa?», preguntó. «¿Qué dijo Colin cuando le dijiste que no podía ir?».

«¡Ay!», dijo Martha, «ojalá hubieras ido. Estuvo a punto de darle una de sus pataletas. Toda la tarde ha sido un buen lío mantenerlo callado. No dejaba de mirar el reloj».

Mary apretó los labios. Estaba tan poco acostumbrada como Colin a pensar en los demás, y no veía por qué un niño de mal genio tenía que estorbar lo que a ella más le gustaba. No sabía nada de la lástima

que dan las personas que han estado enfermas y nerviosas y que no saben que pueden dominar su genio y que no tienen por qué enfermar y poner nerviosos a los demás también. Cuando le dolía la cabeza en la India, ella había hecho todo lo posible para que a todos los demás les doliera también la cabeza, o algo igual de malo. Y sentía que había tenido toda la razón; pero, por supuesto, ahora sentía que Colin estaba muy equivocado.

No estaba en su sofá cuando ella entró en su cuarto. Estaba tendido de espaldas en la cama, y no volvió la cabeza hacia ella cuando entró. Era un mal comienzo, y Mary avanzó hasta él con su aire tieso.

«¿Por qué no te levantaste?», dijo.

«Sí me levanté esta mañana, cuando pensé que ibas a venir», respondió él, sin mirarla. «Esta tarde hice que me volvieran a meter en la cama. Me dolía la espalda y me dolía la cabeza y estaba cansado. ¿Por qué no viniste?».

«Estaba trabajando en el jardín con Dickon», dijo Mary.

Colin frunció el ceño y se dignó mirarla.

«No dejaré que ese muchacho venga aquí si tú te vas a quedar con él en vez de venir a conversar conmigo», dijo.

Mary se puso furiosa de verdad. Era capaz de ponerse furiosa sin hacer ruido. Simplemente se ponía agria y terca, y le daba igual lo que pasara.

«¡Si mandas lejos a Dickon, no volveré a entrar nunca más en este cuarto!», replicó.

«Tendrás que hacerlo si te quiero aquí», dijo Colin.

«¡No quiero!», dijo Mary.

«Te obligaré», dijo Colin. «Te traerán a rastras».

«¿Ah, sí, señor rajá?», dijo Mary con ferocidad. «Pueden traerme a rastras, pero no pueden hacerme hablar cuando me tengan aquí. Me sentaré y apretaré los dientes y no te diré ni una sola cosa. Ni siquiera te miraré. ¡Me quedaré mirando el suelo!».

¡Linda pareja hacían, mirándose con furia! Si hubieran sido dos chi-

quillos de la calle, se habrían lanzado uno contra el otro y habrían armado una pelea a puñetazos. Tal como eran, hicieron lo más parecido.

«¡Eres una egoísta!», gritó Colin.

«¿Y tú qué eres?», dijo Mary. «Los egoístas siempre dicen eso. Es egoísta cualquiera que no haga lo que ellos quieren. Eres más egoísta que yo. Eres el niño más egoísta que he visto en mi vida».

«¡No lo soy!», replicó Colin con rabia. «¡No soy tan egoísta como tu famoso Dickon! ¡Él te tiene jugando en la tierra cuando sabe que yo estoy aquí completamente solo! ¡Eso sí que es ser egoísta!».

A Mary le echaron fuego los ojos.

«¡Es más bueno que cualquier otro niño que haya vivido jamás!», dijo. «¡Es... es como un ángel!». Quizá sonara bastante tonto decir eso, pero a ella no le importaba.

«¡Valiente ángel!», se burló Colin con ferocidad. «¡Es un muchacho cualquiera de una casita del páramo!».

«¡Es mejor que un rajá corriente!», replicó Mary. «¡Mil veces mejor!».

Como era la más fuerte de los dos, empezaba a llevar ventaja. La verdad era que él nunca en su vida había peleado con nadie como él, y en conjunto le hacía bastante bien, aunque ni él ni Mary lo supieran. Volvió la cabeza en la almohada y cerró los ojos, y se le escapó una lágrima grande que le corrió por la mejilla. Empezaba a sentirse digno de lástima y a tenerse pena a sí mismo, y no a nadie más.

«No soy tan egoísta como tú, porque siempre estoy enfermo, y estoy seguro de que me está saliendo un bulto en la espalda», dijo. «Y además me voy a morir».

«¡No te vas a morir!», lo contradijo Mary sin compasión.

Abrió los ojos muy grandes de indignación. Nunca antes había oído decir algo así. Estaba a la vez furioso y ligeramente complacido, si es que una persona puede estar las dos cosas a un tiempo.

«¿Que no?», gritó. «¡Sí me voy a morir! ¡Sabes que sí! Todos lo dicen».

«¡No lo creo!», dijo Mary con acritud. «Lo dices solo para dar pena a la gente. Creo que estás orgulloso de eso. ¡No lo creo! Si fueras un niño bueno podría ser verdad, ¡pero eres demasiado antipático!».

A pesar de su espalda de inválido, Colin se incorporó en la cama con una rabia perfectamente sana.

«¡Sal de mi cuarto!», gritó, y agarró su almohada y se la tiró. No tenía fuerza para lanzarla lejos y solo cayó a los pies de ella, pero la cara de Mary estaba tan apretada como un cascanueces.

«Me voy», dijo. «¡Y no volveré!».

Caminó hasta la puerta y al llegar se dio vuelta y habló otra vez.

«Iba a contarte toda clase de cosas lindas», dijo. «Dickon trajo su zorro y su cuervo y yo iba a contarte todo sobre ellos. ¡Ahora no te contaré ni una sola cosa!».

Salió a paso de marcha y cerró la puerta tras ella, y allí, para su gran asombro, encontró a la enfermera titulada de pie como si hubiera estado escuchando y, más asombroso todavía, riéndose. Era una joven grande y guapa que no debería haber sido enfermera titulada, pues no soportaba a los enfermos y siempre andaba buscando excusas para dejar a Colin con Martha o con cualquiera que quisiera reemplazarla. Mary nunca le había tenido simpatía, y se quedó allí mirándola, mientras ella soltaba risitas en su pañuelo.

«¿De qué se ríe?», le preguntó.

«De ustedes dos, los pequeños», dijo la enfermera. «Es lo mejor que le podía pasar a esa criatura enfermiza y consentida, que alguien le haga frente, alguien tan mimado como él», y volvió a reírse en su pañuelo. «Si hubiera tenido una hermanita cascarrabias con quien pelear, habría sido su salvación».

«¿Se va a morir?».

«No lo sé y no me importa», dijo la enfermera. «La histeria y el mal genio son la mitad de lo que tiene».

«¿Qué es la histeria?», preguntó Mary.

«Lo va a averiguar si después de esto lo lleva a una pataleta, pero

de todos modos le ha dado un buen motivo para ponerse histérico, y me alegro».

Mary volvió a su cuarto sin sentirse para nada como se había sentido al venir del jardín. Estaba enojada y desilusionada, pero no sentía ninguna lástima por Colin. Había esperado contarle muchas cosas, y había pensado tratar de decidir si sería seguro confiarle el gran secreto. Había empezado a pensar que sí, pero ahora había cambiado de idea por completo. ¡Nunca se lo contaría, y él podía quedarse en su cuarto sin tomar nada de aire fresco y morirse si quería! ¡Se lo tendría bien merecido! Se sentía tan agria e implacable que durante unos minutos casi se olvidó de Dickon, del velo verde que iba cubriendo el mundo y del viento suave que bajaba del páramo.

Martha la estaba esperando, y la preocupación de su cara había sido reemplazada por el momento con interés y curiosidad. Sobre la mesa había una caja de madera, y le habían quitado la tapa y se veía que estaba llena de paquetes bien envueltos.

«El señor Craven te la mandó», dijo Martha. «Parece que trae libros de láminas».

Mary recordó lo que él le había preguntado el día que fue a su cuarto: «¿Quieres algo? ¿Muñecas, juguetes, libros?». Abrió el paquete preguntándose si le habría mandado una muñeca, y preguntándose también qué haría con ella si lo había hecho. Pero no la había mandado. Había varios libros hermosos como los de Colin, y dos de ellos eran sobre jardines y estaban llenos de láminas. Había dos o tres juegos y un hermoso estuchito de escribir con un monograma de oro y una pluma y un tintero de oro.

Todo era tan lindo que la alegría empezó a sacarle el enojo de la cabeza. No había esperado que él se acordara de ella para nada, y su duro corazoncito se puso bien tibio.

«Escribo mejor con letra corrida que con letra de imprenta», dijo, «y lo primero que escribiré con esa pluma será una carta para decirle que le estoy muy agradecida».

Si hubiera sido amiga de Colin, habría corrido de inmediato a mostrarle sus regalos, y habrían mirado las láminas y leído algunos de los libros de jardinería y quizá probado los juegos, y él se habría divertido tanto que ni una vez habría pensado que se iba a morir ni se habría puesto la mano en la columna para ver si le salía un bulto. Tenía una manera de hacer eso que ella no soportaba. La hacía sentirse incómoda y asustada, porque él siempre parecía tan asustado. Decía que si algún día sentía aunque fuera un bultito, sabría que su joroba había empezado a crecer. Algo que había oído susurrar a la señora Medlock con la enfermera le había dado esa idea, y la había rumiado en secreto hasta fijársela con firmeza en la mente. La señora Medlock había dicho que la espalda de su padre había empezado a mostrar su torcedura de ese modo cuando era niño. Nunca le había dicho a nadie, salvo a Mary, que la mayoría de sus «pataletas», como las llamaban, nacían de su miedo histérico y oculto. A Mary le había dado pena cuando se lo contó.

«Siempre empezaba a pensar en eso cuando estaba de mal humor o cansado», se dijo. «Y hoy ha estado de mal humor. Quizá... quizá ha estado pensando en eso toda la tarde».

Se quedó quieta, mirando la alfombra y pensando.

«Dije que nunca volvería...», titubeó, frunciendo el ceño, «pero quizá, solo quizá, iré a ver... si me quiere... por la mañana. Quizá intente tirarme la almohada otra vez, pero... creo... que iré».

XVII. Una pataleta

Se había levantado muy temprano esa mañana y había trabajado duro en el jardín, y estaba cansada y con sueño, de modo que apenas Martha le trajo la cena y ella la comió, se alegró de irse a la cama. Al apoyar la cabeza en la almohada, murmuró para sí:

«Saldré antes del desayuno y trabajaré con Dickon, y después... creo que... iré a verlo».

Le pareció que era plena noche cuando la despertaron unos sonidos tan espantosos que de un salto se puso de pie junto a la cama. ¿Qué era, qué era? Un minuto después estuvo muy segura de saberlo. Se abrían y cerraban puertas, había pasos apresurados por los corredores, y alguien lloraba y gritaba al mismo tiempo, gritaba y lloraba de una manera horrible.

«Es Colin», dijo. «Está teniendo una de esas pataletas que la enfermera llamó histeria. Qué horrible suena».

Al oír aquellos gritos sollozantes, no le extrañó que la gente estuviera tan asustada que le dieran gusto en todo antes que oírlos. Se tapó los oídos con las manos y sintió náuseas y escalofríos.

«No sé qué hacer. No sé qué hacer», repetía. «No puedo soportarlo».

Una vez se preguntó si él pararía si ella se atrevía a ir a verlo, y luego recordó cómo la había echado del cuarto y pensó que quizá verla lo pondría peor. Aun apretándose los oídos con más fuerza, no podía dejar afuera los horribles sonidos. Los odiaba tanto, y la aterraban tanto, que de pronto empezaron a enfurecerla, y sintió que le gustaría tener ella misma una pataleta y asustarlo como él la estaba asustando. No estaba acostumbrada al mal genio de nadie más que al suyo. Se sacó las manos de los oídos, se puso de pie de un brinco y dio un pisotón.

«¡Hay que pararlo! ¡Alguien tiene que hacerlo parar! ¡Alguien ten-

dría que pegarle!», gritó.

Justo entonces oyó pasos que casi corrían por el corredor, y se abrió su puerta y entró la enfermera. Ya no se reía, ni mucho menos. Hasta se veía algo pálida.

«Se ha puesto histérico de tanto gritar», dijo con gran prisa. «Se va a hacer daño. Nadie puede hacer nada con él. Venga usted a probar, sea buena niña. Usted le cae bien».

«Esta mañana me echó de su cuarto», dijo Mary, dando un pisotón de pura agitación.

El pisotón agradó bastante a la enfermera. La verdad era que había temido encontrar a Mary llorando y escondiendo la cabeza bajo las sábanas.

«Así está bien», dijo. «Está del humor justo. Vaya a regañarlo. Dele algo nuevo en qué pensar. Vaya, niña, lo más rápido que pueda».

Solo después se dio cuenta Mary de que la cosa había sido graciosa además de espantosa: que era gracioso que todos los adultos estuvieran tan asustados que acudieran a una niñita solo porque suponían que era casi tan terrible como el propio Colin.

Voló por el corredor, y mientras más se acercaba a los gritos, más se le subía el genio. Se sentía francamente malvada cuando llegó a la puerta. La abrió de un manotazo y cruzó corriendo el cuarto hasta la cama de cuatro columnas.

«¡Para!», casi gritó. «¡Para! ¡Te odio! ¡Todos te odian! ¡Ojalá todos salieran corriendo de la casa y te dejaran gritar hasta morirte! *Vas* a gritar hasta morirte en un minuto, ¡y ojalá lo hicieras!».

Una niña buena y compasiva no habría podido ni pensar ni decir semejantes cosas, pero ocurrió que la conmoción de oírlas fue lo mejor que podía haberle pasado a este muchacho histérico a quien nadie se había atrevido jamás a frenar ni a contradecir.

Había estado tendido boca abajo golpeando la almohada con las manos, y casi pegó un salto, tan rápido se dio vuelta al oír aquella furiosa vocecita. Su cara se veía terrible, blanca y roja e hinchada, y ja-

deaba y se ahogaba; pero la salvaje Mary no se inmutó ni un poquito.

«Si das otro grito más», dijo, «yo también gritaré, y puedo gritar más fuerte que tú, y te asustaré, ¡te asustaré!».

De verdad había dejado de gritar, porque ella lo había sobresaltado tanto. El grito que le venía casi lo ahogó. Las lágrimas le corrían por la cara y temblaba entero.

«¡No puedo parar!», jadeó y sollozó. «¡No puedo, no puedo!».

«¡Sí puedes!», gritó Mary. «La mitad de lo que tienes es histeria y mal genio, ¡solo histeria, histeria, histeria!», y pisoteó cada vez que lo dijo.

«Sentí el bulto, lo sentí», dijo Colin con voz ahogada. «Sabía que me saldría. Tendré una joroba en la espalda y luego me moriré», y empezó a retorcerse otra vez y se volvió boca abajo y sollozó y gimió, pero no gritó.

«¡No sentiste ningún bulto!», lo contradijo Mary con fiereza. «Si lo sentiste, era solo un bulto histérico. La histeria hace bultos. ¡No tiene nada tu horrible espalda, nada más que histeria! ¡Date vuelta y déjame verla!».

Le gustaba la palabra «histeria» y sentía, de algún modo, que le hacía efecto. Probablemente él era como ella y nunca la había oído.

«Enfermera», ordenó, «¡venga aquí y descúbrale la espalda ahora mismo!».

La enfermera, la señora Medlock y Martha habían estado amontonadas junto a la puerta, mirándola con la boca medio abierta. Las tres habían jadeado de susto más de una vez. La enfermera avanzó como medio asustada. Colin se agitaba con grandes sollozos sin aliento.

«Quizá él... no me deje», titubeó en voz baja.

Colin la oyó, sin embargo, y dijo entre dos sollozos:

«¡Mu-muéstresela! ¡Así... así verá!».

Era una pobre espalda flaca de mirar cuando la dejaron al descubierto. Se podía contar cada costilla y cada articulación de la columna, aunque la señorita Mary no las contó mientras se inclinaba a exa-

minarlas con una carita solemne y salvaje. Se veía tan agria y con un aire tan de persona mayor que la enfermera volvió la cabeza a un lado para ocultar el temblor de su boca. Hubo solo un minuto de silencio, porque hasta Colin trató de contener la respiración mientras Mary miraba la columna de arriba abajo, y de abajo arriba, tan atentamente como si fuera el gran doctor de Londres.

«¡No hay ni un solo bulto!», dijo por fin. «No hay un bulto tan grande como un alfiler, salvo los bultos del espinazo, y solo se te notan porque estás flaco. Yo misma tengo bultos del espinazo, y me sobresalían tanto como los tuyos hasta que empecé a engordar, y todavía no estoy lo bastante gorda para taparlos. ¡No hay un bulto tan grande como un alfiler! ¡Si alguna vez vuelves a decir que lo hay, me voy a reír!».

Nadie salvo el propio Colin supo qué efecto le hicieron esas palabras infantiles dichas con malhumor. Si alguna vez hubiera tenido a alguien con quien hablar de sus terrores secretos, si alguna vez se hubiera atrevido a hacer preguntas, si hubiera tenido compañeros de su edad y no hubiera estado tendido de espaldas en la enorme casa cerrada, respirando una atmósfera pesada de los temores de gente que en su mayoría era ignorante y estaba cansada de él, habría descubierto que casi todo su miedo y su enfermedad los creaba él mismo. Pero había estado tendido pensando en sí mismo y en sus dolores y su cansancio durante horas y días y meses y años. Y ahora que una niñita enojada y sin compasión insistía con terquedad en que no estaba tan enfermo como creía, realmente sintió que quizá ella decía la verdad.

«No sabía», se atrevió a decir la enfermera, «que él creía tener un bulto en la columna. Tiene la espalda débil porque no quiere intentar sentarse. Yo podría haberle dicho que no había ningún bulto». Colin tragó saliva y volvió un poco la cara para mirarla.

«¿P-podría?», dijo con voz lastimera.

«Sí, señorito».

«¡Ya ves!», dijo Mary, y también tragó saliva.

Colin se dio vuelta otra vez boca abajo, y salvo por sus respiracio-

nes largas y entrecortadas, que eran el apagarse de su tormenta de sollozos, se quedó quieto un minuto, aunque grandes lágrimas le corrían por la cara y mojaban la almohada. En realidad, las lágrimas significaban que le había llegado un curioso y gran alivio. Poco después se volvió y miró otra vez a la enfermera, y, curiosamente, no se parecía nada a un rajá al hablarle.

«¿Cree usted que... podría... vivir hasta ser grande?», dijo.

La enfermera no era lista ni de buen corazón, pero podía repetir algunas de las palabras del doctor de Londres.

«Probablemente sí, si hace lo que le dicen y no cede a su mal genio, y pasa mucho tiempo al aire libre».

La pataleta de Colin había pasado, y estaba débil y agotado de tanto llorar, y esto tal vez lo hacía sentirse blando. Extendió un poco la mano hacia Mary, y me alegra decir que ella, habiéndosele pasado también su propia pataleta, se ablandó igualmente y salió a su encuentro a mitad de camino con la mano, de modo que fue una especie de reconciliación.

«Yo... saldré contigo, Mary», dijo. «No odiaré el aire fresco si podemos encontrar...». Se acordó justo a tiempo para no decir «si podemos encontrar el jardín secreto», y terminó: «Me gustará salir contigo si Dickon viene a empujar mi silla. Tengo tantas ganas de ver a Dickon y al zorro y al cuervo».

La enfermera rehízo la cama revuelta y sacudió y alisó las almohadas. Luego le preparó a Colin una taza de caldo de carne y le dio otra a Mary, que de verdad se alegró de recibirla después de su agitación. La señora Medlock y Martha se escabulleron contentas, y cuando todo estuvo ordenado, tranquilo y en su lugar, la enfermera parecía muy dispuesta a escabullirse también. Era una joven sana a quien molestaba que le robaran el sueño, y bostezó abiertamente mientras miraba a Mary, que había arrimado su gran taburete a la cama de cuatro columnas y le sostenía la mano a Colin.

«Usted debe volver a su cuarto y dormir lo que le falta», dijo. «Él se

dormirá dentro de un rato, si no está demasiado alterado. Entonces yo misma me acostaré en el cuarto de al lado».

«¿Quieres que te cante aquella canción que aprendí de mi aya?», susurró Mary a Colin.

Su mano tiró suavemente de la de ella, y volvió hacia ella sus ojos cansados con una mirada suplicante.

«¡Ay, sí!», respondió. «Es una canción tan suave. Me dormiré en un minuto».

«Yo lo haré dormir», dijo Mary a la enfermera que bostezaba. «Usted puede irse si quiere».

«Bueno», dijo la enfermera, con un intento de resistirse. «Si no se duerme en media hora, tiene que llamarme».

«Muy bien», respondió Mary.

La enfermera salió del cuarto en un minuto, y apenas se fue, Colin tiró otra vez de la mano de Mary.

«Casi lo dije», dijo; «pero me contuve a tiempo. No hablaré y me dormiré, pero dijiste que tenías muchas cosas lindas que contarme. ¿Has... crees que has descubierto algo sobre cómo entrar al jardín secreto?».

Mary miró su pobre carita cansada y sus ojos hinchados, y su corazón se ablandó.

«S-sí», respondió, «creo que sí. Y si te duermes, te lo contaré mañana». La mano de él temblaba.

«¡Ay, Mary!», dijo. «¡Ay, Mary! Si pudiera entrar en él, creo que viviría hasta ser grande. ¿Crees que en vez de cantarme la canción del aya podrías contarme bajito, como el primer día, cómo te imaginas que se ve por dentro? Estoy seguro de que me hará dormir».

«Sí», respondió Mary. «Cierra los ojos».

Cerró los ojos y quedó muy quieto, y ella le sostuvo la mano y empezó a hablar muy despacio y en voz muy baja.

«Creo que lo han dejado solo tanto tiempo que todo ha crecido hasta formar una maraña preciosa. Creo que las rosas han trepado y trepa-

do y trepado hasta colgar de las ramas y de los muros, y se arrastran por el suelo, casi como una extraña niebla gris. Algunas han muerto, pero muchas están vivas, y cuando llegue el verano habrá cortinas y fuentes de rosas. Creo que el suelo está lleno de narcisos y campanillas de invierno y lirios e iris que se abren paso desde la oscuridad. Ahora que ha empezado la primavera, quizá... quizá...».

El suave zumbido de su voz lo iba dejando cada vez más quieto, y ella lo vio y siguió.

«Quizá están subiendo entre el pasto, quizá hay racimos de azafranes púrpura y dorados, incluso ahora. Quizá las hojas empiezan a brotar y a desenroscarse, y quizá el gris está cambiando y un velo de gasa verde se va arrastrando, y arrastrando por encima de todo. Y los pájaros vienen a mirarlo, porque es tan seguro y tan quieto. Y quizá... quizá... quizá...», muy suavemente y muy despacio de verdad, «el petirrojo ha encontrado pareja y está haciendo un nido».

Y Colin se había dormido.

XVIII. «No hay que perder ni un rato»

Por supuesto, Mary no despertó temprano a la mañana siguiente. Durmió hasta tarde porque estaba cansada, y cuando Martha le trajo el desayuno le contó que, aunque Colin estaba muy tranquilo, se encontraba enfermo y con fiebre, como le pasaba siempre después de agotarse con un ataque de llanto. Mary comió su desayuno despacio mientras escuchaba.

«Dice que quiere que vayas a verlo, por favor, en cuanto puedas», dijo Martha. «Es raro el cariño que te ha tomado. Anoche lo pusiste en su lugar, ¿verdad que sí? Nadie más se habría atrevido. ¡Ay, pobre muchacho! Lo han mimado hasta que ni la sal lo salva. Mi madre dice que las dos peores cosas que le pueden pasar a un niño son no salirse nunca con la suya o salirse siempre. Ella no sabe cuál es peor. Tú también estabas hecha una furia. Pero cuando entré a su cuarto me dijo: "Pídele por favor a la señorita Mary que venga a hablar conmigo, por favor". ¡Fíjate, diciendo por favor! ¿Irás, señorita?».

«Primero iré corriendo a ver a Dickon», dijo Mary. «No, iré a ver primero a Colin y le diré... ya sé lo que le diré», añadió con una inspiración repentina.

Tenía puesto el sombrero cuando apareció en el cuarto de Colin, y por un segundo él pareció decepcionado. Estaba en la cama. Tenía la cara lastimosamente blanca y ojeras oscuras alrededor de los ojos.

«Me alegra que hayas venido», dijo. «Me duele la cabeza y me duele todo el cuerpo de tan cansado que estoy. ¿Vas a alguna parte?».

Mary se acercó y se apoyó en la cama.

«No tardaré», dijo. «Voy a ver a Dickon, pero volveré. Colin, es... es algo sobre el jardín».

Toda su cara se iluminó y le subió un poco de color.

«¡Ah! ¿De veras?», exclamó. «Soñé con él toda la noche. Te oí decir

algo de que el gris se volvía verde, y soñé que estaba en un lugar lleno de hojitas verdes que temblaban, y había pájaros en sus nidos por todas partes, y se veían tan suaves y tranquilos. Me quedaré acostado pensando en eso hasta que vuelvas».

A los cinco minutos Mary estaba con Dickon en su jardín. El zorro y el cuervo estaban otra vez con él, y esta vez había traído dos ardillas mansas.

«Vine en el poni esta mañana», dijo. «¡Ay, qué buen compañerito es, Salto! Traje a estas dos en los bolsillos. Este se llama Nuez y este otro se llama Cáscara».

Cuando dijo «Nuez», una ardilla saltó a su hombro derecho, y cuando dijo «Cáscara», la otra saltó al izquierdo.

Cuando se sentaron en la hierba, con Capitán hecho un ovillo a sus pies, Hollín escuchando muy serio desde un árbol, y Nuez y Cáscara husmeando cerca de ellos, a Mary le pareció que apenas podría soportar dejar tanta delicia, pero cuando empezó a contar su historia, de algún modo la expresión de la cara graciosa de Dickon fue cambiándole la idea. Vio que él sentía más pena por Colin que ella. Él miró al cielo y a su alrededor.

«Escucha a esos pájaros, el mundo parece lleno de ellos, todos silbando y piando», dijo. «Míralos cómo se lanzan de aquí para allá, y oye cómo se llaman unos a otros. Cuando llega la primavera es como si todo el mundo estuviera llamando. Las hojas se van desenrollando y ya se pueden ver, y ¡madre mía, qué buenos olores hay!», dijo, olfateando con su nariz respingona y feliz. «Y ese pobre muchacho ahí encerrado, viendo tan poco que le da por pensar en cosas que lo ponen a gritar. ¡Ay, caramba! Tenemos que sacarlo para acá, tenemos que hacer que mire y escuche y respire el aire y que se empape de sol hasta los huesos. Y no hay que perder ni un rato».

Cuando algo le interesaba mucho, a menudo hablaba un Yorkshire bien cerrado, aunque otras veces trataba de suavizar su manera de hablar para que Mary lo entendiera mejor. Pero a ella le encantaba su

Yorkshire cerrado y de hecho había estado tratando de aprender a hablarlo. Así que habló un poquito así ahora.

«Sí, pues, tenemos que hacerlo», dijo (lo que quería decir «Sí, claro que sí, tenemos que hacerlo»). «Te diré lo que vamos a hacer primero», prosiguió, y Dickon sonrió de oreja a oreja, porque cuando la pequeña trataba de torcer la lengua para hablar Yorkshire, a él le divertía mucho. «Te ha tomado un cariño de lo más grande. Quiere verte y quiere ver a Hollín y a Capitán. Cuando vuelva a la casa a hablar con él le preguntaré si no puedes ir a verlo mañana por la mañana, y traer a tus animalitos contigo, y después, de aquí a un poco, cuando haya más hojas y quizás un capullo o dos, haremos que salga, y tú empujarás su silla, y lo traeremos aquí y le mostraremos todo».

Cuando se detuvo, estaba bastante orgullosa de sí misma. Nunca había dicho un discurso tan largo en Yorkshire y lo había recordado muy bien.

«Tienes que hablarle un poco de Yorkshire así al señorito Colin», rio Dickon entre dientes. «Lo harás reír, y no hay nada de nada tan bueno para los enfermos como la risa. Mi madre dice que cree que media hora de buena risa cada mañana curaría a un muchacho que estuviera a punto de pescar el tifus».

«Voy a hablarle Yorkshire hoy mismo», dijo Mary, riendo ella también.

El jardín había llegado a esa época en que, cada día y cada noche, parecía como si pasaran por él magos que sacaban hermosura de la tierra y de las ramas con sus varitas. Era difícil irse y dejarlo todo, sobre todo porque Nuez se le había subido al vestido y Cáscara había bajado a gatas por el tronco del manzano bajo el que estaban sentados y se había quedado ahí mirándola con ojos curiosos. Pero volvió a la casa y, cuando se sentó junto a la cama de Colin, él empezó a olfatear como Dickon, aunque no con tanta experiencia.

«Hueles a flores y... y a cosas frescas», exclamó muy contento. «¿A qué hueles? Es algo fresco y tibio y dulce al mismo tiempo».

«Es el viento del páramo», dijo Mary. «Viene de sentarme en la hierba bajo un árbol con Dickon y con Capitán y Hollín y Nuez y Cáscara. Es la primavera y el aire libre y el sol lo que huele tan bonito».

Lo dijo con el acento más cerrado que pudo, y uno no sabe cuán cerrado suena el Yorkshire hasta que se lo oye hablar a alguien. Colin empezó a reír.

«¿Qué estás haciendo?», dijo. «Nunca te había oído hablar así. Qué gracioso suena».

«Te estoy dando un poco de Yorkshire», respondió Mary triunfante. «No sé hablar tan bonito como Dickon y Martha, pero ya ves que algo me las arreglo. ¿No entiendes un poco de Yorkshire cuando lo oyes? ¡Y tú, un muchacho de Yorkshire nacido y criado! ¡Ay! Me extraña que no te dé vergüenza esa cara».

Y entonces ella también empezó a reír, y los dos rieron hasta que no pudieron parar, y rieron hasta que la habitación resonó, y la señora Medlock, que abría la puerta para entrar, retrocedió hacia el pasillo y se quedó escuchando asombrada.

«¡Vaya, por mi vida!», dijo, hablando ella misma un Yorkshire bastante cerrado porque no había nadie que la oyera y estaba muy sorprendida. «¡Quién ha oído algo igual! ¡Quién en el mundo lo habría pensado!».

Había tanto de qué hablar. Parecía que Colin nunca se cansaba de oír de Dickon y Capitán y Hollín y Nuez y Cáscara y el poni que se llamaba Salto. Mary había corrido con Dickon hasta el bosquecillo para ver a Salto. Era un poni del páramo, pequeñito y peludo, con mechones espesos que le colgaban sobre los ojos, una cara linda y un hocico de terciopelo que andaba husmeando. Estaba algo flaco de vivir de la hierba del páramo, pero era tan duro y nervudo como si los músculos de sus patitas fueran de resortes de acero. Había levantado la cabeza y relinchado suavemente en cuanto vio a Dickon, y se le había acercado al trote y le había puesto la cabeza sobre el hombro, y entonces Dickon le había hablado al oído y Salto le había contestado con raros re-

linchitos, resoplidos y bufidos. Dickon le había hecho darle a Mary su pequeño casco delantero y besarla en la mejilla con su hocico de terciopelo.

«¿De verdad entiende todo lo que dice Dickon?», preguntó Colin.

«Parece que sí», respondió Mary. «Dickon dice que cualquier criatura entiende si uno es amigo suyo de verdad, pero hay que ser amigos de verdad».

Colin se quedó callado un rato y sus extraños ojos grises parecían mirar fijamente la pared, pero Mary vio que estaba pensando.

«Ojalá fuera amigo de las cosas», dijo por fin, «pero no lo soy. Nunca tuve nada con qué ser amigo, y no soporto a la gente».

«¿A mí no me soportas?», preguntó Mary.

«Sí te soporto», respondió él. «Es gracioso, pero hasta me gustas».

«Ben Weatherstaff dijo que yo era como él», dijo Mary. «Dijo que apostaba a que los dos teníamos el mismo genio horrible. Creo que tú también eres como él. Los tres somos iguales, tú y yo y Ben Weatherstaff. Dijo que ninguno de los dos era muy lindo y que éramos tan agrios como parecíamos. Pero ya no me siento tan agria como antes de conocer al petirrojo y a Dickon».

«¿Sentías que odiabas a la gente?».

«Sí», respondió Mary sin ninguna afectación. «Te habría detestado si te hubiera visto antes de ver al petirrojo y a Dickon».

Colin extendió su mano delgada y la tocó.

«Mary», dijo, «ojalá no hubiera dicho lo que dije de echar a Dickon. Te odié cuando dijiste que era como un ángel, y me burlé de ti, pero... pero quizás lo sea».

«Bueno, era bastante gracioso decirlo», admitió ella con franqueza, «porque tiene la nariz respingona y la boca grande y la ropa llena de remiendos y habla un Yorkshire muy cerrado, pero... pero si un ángel viniera a Yorkshire y viviera en el páramo, si hubiera un ángel de Yorkshire, creo que entendería las cosas verdes y sabría cómo hacerlas crecer, y sabría hablar con las criaturas salvajes como lo hace Dickon,

y ellas sabrían que era un amigo de verdad».

«No me importaría que Dickon me mirara», dijo Colin. «Quiero verlo».

«Me alegra que digas eso», respondió Mary, «porque... porque...».

De pronto se le vino a la mente que este era el momento de decírselo. Colin supo que venía algo nuevo.

«¿Porque qué?», exclamó ansioso.

Mary estaba tan inquieta que se levantó de su taburete, se acercó a él y le tomó las dos manos.

«¿Puedo confiar en ti? Confié en Dickon porque los pájaros confiaban en él. ¿Puedo confiar en ti, de verdad, *de verdad*?», le suplicó.

Tenía la cara tan solemne que él casi susurró su respuesta.

«¡Sí, sí!».

«Bueno, Dickon vendrá a verte mañana por la mañana y traerá a sus animalitos con él».

«¡Ah! ¡Ah!», exclamó Colin encantado.

«Pero eso no es todo», siguió Mary, casi pálida de solemne emoción. «Lo demás es mejor. Hay una puerta al jardín. La encontré. Está bajo la hiedra del muro».

Si hubiera sido un muchacho fuerte y sano, Colin probablemente habría gritado «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!», pero era débil y bastante histérico; sus ojos se fueron haciendo cada vez más grandes y le faltó el aliento.

«¡Ay, Mary!», exclamó con un medio sollozo. «¿Lo veré? ¿Entraré en él? ¿Viviré lo bastante para entrar en él?», y le apretó las manos y la atrajo hacia sí.

«¡Claro que lo verás!», replicó Mary indignada. «¡Claro que vivirás para entrar en él! ¡No seas tonto!».

Y ella era tan poco histérica, tan natural y tan infantil que lo hizo volver en sí, y él empezó a reírse de sí mismo, y unos minutos después ella estaba sentada otra vez en su taburete contándole no cómo se imaginaba que era el jardín secreto, sino cómo era de verdad, y los dolo-

res y el cansancio de Colin se olvidaron y él escuchaba maravillado.

«Es justo como pensabas que sería», dijo al fin. «Suena exactamente como si lo hubieras visto de veras. Ya te lo dije cuando me lo contaste la primera vez».

Mary dudó unos dos minutos y luego dijo la verdad con valentía.

«Lo había visto, y había entrado», dijo. «Encontré la llave y entré hace semanas. Pero no me atrevía a decírtelo, no me atrevía porque tenía mucho miedo de no poder confiar en ti, *de verdad*».

XIX. «¡Ha llegado!».

Por supuesto, a la mañana siguiente de la pataleta de Colin se había mandado llamar al doctor Craven. Siempre lo llamaban de inmediato cuando ocurría algo así, y siempre encontraba, al llegar, a un muchacho pálido y sacudido tendido en su cama, malhumorado y todavía tan histérico que estaba listo para romper en nuevos sollozos a la menor palabra. En verdad, el doctor Craven temía y detestaba las dificultades de esas visitas. En esta ocasión había estado fuera de la mansión de Misselthwaite hasta la tarde.

«¿Cómo está?», le preguntó algo irritado a la señora Medlock cuando llegó. «Un día de estos se le va a romper un vaso sanguíneo en uno de esos ataques. El niño está medio loco de histeria y de tanto darse gusto».

«Pues, señor», respondió la señora Medlock, «no va a poder creerlo cuando lo vea. Esa niña sosa y de cara agria, que es casi tan mala como él, acaba de hechizarlo. Cómo lo ha hecho, no hay quien lo diga. Bien sabe Dios que no es nada linda y que casi nunca se la oye hablar, pero hizo lo que ninguno de nosotros se atreve a hacer. Anoche se le echó encima como una gatita, y pataleó y le ordenó que dejara de gritar, y de algún modo lo asustó tanto que de verdad dejó de gritar, y esta tarde... bueno, suba y vea, señor. Es increíble».

La escena que el doctor Craven contempló al entrar en el cuarto de su paciente fue de veras bastante asombrosa para él. Cuando la señora Medlock abrió la puerta, él oyó risas y parloteo. Colin estaba en su sofá, en bata, sentado muy derecho, mirando una lámina de uno de los libros de jardinería y hablando con la niña sosa, a quien en ese momento apenas se la habría podido llamar sosa, pues su rostro resplandecía de contento.

«Esas de espigas largas y azules, de esas tendremos muchas», anun-

ciaba Colin. «Se llaman del-fi-nios».

«Dickon dice que son espuelas de caballero, pero grandes y vistosas», exclamó la señorita Mary. «Ya hay matas allí».

Entonces vieron al doctor Craven y se detuvieron. Mary se quedó muy quieta y Colin puso cara de fastidio.

«Siento saber que anoche estuviste enfermo, muchacho», dijo el doctor Craven con un poco de nerviosismo. Era un hombre bastante nervioso.

«Ya estoy mejor, mucho mejor», respondió Colin, casi como un rajá. «Voy a salir en mi silla de aquí a un par de días, si hace buen tiempo. Quiero un poco de aire fresco».

El doctor Craven se sentó junto a él, le tomó el pulso y lo miró con curiosidad.

«Tendrá que ser un día muy bueno», dijo, «y debes cuidarte mucho de no cansarte».

«El aire fresco no me cansará», dijo el joven rajá.

Como hubo ocasiones en que este mismo jovencito había chillado de rabia y había insistido en que el aire fresco le daría un resfrío y lo mataría, no es de extrañar que su médico se sintiera algo sobresaltado.

«Creía que no te gustaba el aire fresco», dijo.

«No me gusta cuando estoy solo», replicó el rajá, «pero mi prima va a salir conmigo».

«¿Y la enfermera, por supuesto?», sugirió el doctor Craven.

«No, no quiero a la enfermera», dijo con tanto aire de grandeza que Mary no pudo evitar recordar cómo se veía el joven príncipe nativo, con diamantes, esmeraldas y perlas prendidos por todas partes y los grandes rubíes en la pequeña mano oscura que había agitado para mandar a sus sirvientes acercarse con reverencias y recibir sus órdenes.

«Mi prima sabe cómo cuidarme. Siempre estoy mejor cuando ella está conmigo. Anoche me hizo mejorar. Un muchacho muy fuerte que conozco empujará mi silla».

El doctor Craven se sintió bastante alarmado. Si este niño fastidioso e histérico llegaba a sanar, él perdería toda posibilidad de heredar Misselthwaite; pero no era un hombre sin escrúpulos, aunque sí débil, y no pensaba dejar que corriera un peligro real.

«Tiene que ser un muchacho fuerte y juicioso», dijo. «Y necesito saber algo de él. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?».

«Es Dickon», dijo Mary de pronto. Sentía de algún modo que todos los que conocían el páramo debían conocer a Dickon. Y tenía razón. Vio que en un instante el rostro serio del doctor Craven se distendía en una sonrisa de alivio.

«Ah, Dickon», dijo. «Si es Dickon, estarás bastante seguro. Es fuerte como un poni del páramo, ese Dickon».

«Y es de fiar», dijo Mary. «Es el muchacho más de fiar de Yorkshire, es lo que digo yo». Había estado hablando Yorkshire con Colin y se olvidó de sí misma.

«¿Te enseñó eso Dickon?», preguntó el doctor Craven, riendo abiertamente.

«Lo estoy aprendiendo como si fuera francés», dijo Mary algo fríamente. «Es como un dialecto nativo de la India. Gente muy inteligente trata de aprenderlos. A mí me gusta, y a Colin también».

«Bueno, bueno», dijo él. «Si los divierte, quizás no les haga ningún daño. ¿Tomaste tu bromuro anoche, Colin?».

«No», respondió Colin. «Al principio no quise tomarlo, y después de que Mary me calmó, me hizo dormir hablándome, en voz baja, de la primavera que se va metiendo en un jardín».

«Eso suena calmante», dijo el doctor Craven, más perplejo que nunca y mirando de reojo a la señorita Mary, sentada en su taburete con la vista clavada en la alfombra, en silencio. «Evidentemente estás mejor, pero debes recordar...».

«No quiero recordar», interrumpió el rajá, reapareciendo. «Cuando me quedo solo y recuerdo, me empiezan dolores por todas partes y pienso en cosas que me hacen empezar a gritar porque las odio tanto.

Si hubiera en alguna parte un médico que lograra hacerle olvidar a uno que está enfermo, en vez de hacérselo recordar, lo haría venir aquí». Y agitó una mano delgada que en verdad debería haber estado cubierta de anillos de sello reales, de rubíes. «Mi prima me hace mejorar porque me hace olvidar».

El doctor Craven nunca había hecho una visita tan corta después de una «pataleta»; por lo general debía quedarse mucho rato y hacer muchas cosas. Esa tarde no dio ninguna medicina ni dejó ninguna orden nueva, y se ahorró toda escena desagradable. Cuando bajó la escalera se veía muy pensativo, y cuando habló con la señora Medlock en la biblioteca, ella sintió que era un hombre muy desconcertado.

«Bueno, señor», se atrevió a decir, «¿lo habría creído?».

«Es sin duda un estado de cosas nuevo», dijo el doctor. «Y no se puede negar que es mejor que el anterior».

«Creo que Susan Sowerby tiene razón, eso sí que lo creo», dijo la señora Medlock. «Pasé por su casa de camino a Thwaite ayer y hablé un rato con ella. Y me dice: “Bueno, Sarah Ann, puede que no sea una niña buena, y puede que no sea bonita, pero es una niña, y los niños necesitan niños”. Fuimos juntas a la escuela, Susan Sowerby y yo».

«Es la mejor enfermera que conozco», dijo el doctor Craven. «Cuando la encuentro en una casa, sé que lo más probable es que salve a mi paciente».

La señora Medlock sonrió. Quería mucho a Susan Sowerby.

«Tiene un don, Susan», siguió con bastante soltura. «Toda la mañana he estado pensando en algo que dijo ayer. Dice: “Una vez que les estaba dando un sermoncito a los chicos después de una pelea, les dije a todos: ‘Cuando yo iba a la escuela, mi geografía decía que el mundo tenía forma de naranja, y antes de los diez años descubrí que la naranja entera no es de nadie. Nadie es dueño de más que su trocito de un gajo, y hay veces en que parece que no alcanzan los gajos pa' todos. Pero ninguno de ustedes vaya a creer que es dueño de la naranja entera, o descubrirá que se equivoca, y no lo descubrirá sin llevarse sus golpes’.

Lo que los niños aprenden de los niños", dice, "es que no tiene sentido echarle mano a la naranja entera, cáscara y todo. Si lo haces, lo más probable es que no te quedes ni con las pepitas, y esas son demasiado amargas para comerlas"».

«Es una mujer aguda», dijo el doctor Craven, poniéndose el abrigo.

«Bueno, tiene su manera de decir las cosas», concluyó la señora Medlock, muy complacida. «A veces le he dicho: "¡Ay, Susan! Si fueras otra mujer y no hablaras un Yorkshire tan cerrado, hasta habría veces en que diría que eres lista"».

Esa noche Colin durmió sin despertar ni una vez, y cuando abrió los ojos por la mañana se quedó quieto y sonrió sin darse cuenta, sonrió porque se sentía curiosamente cómodo. Era realmente agradable estar despierto, y se dio vuelta y estiró brazos y piernas con deleite. Sentía como si unas cuerdas tensas que lo habían sujetado se hubieran aflojado y lo hubieran dejado libre. No sabía que el doctor Craven habría dicho que sus nervios se habían relajado y descansado. En vez de quedarse mirando la pared y deseando no haber despertado, su mente estaba llena de los planes que Mary y él habían hecho el día anterior, de imágenes del jardín y de Dickon y sus criaturas salvajes. Era tan agradable tener cosas en qué pensar. Y no llevaba despierto más de diez minutos cuando oyó pasos que corrían por el pasillo y Mary estaba en la puerta. Al minuto siguiente estaba en el cuarto y había cruzado corriendo hasta su cama, trayendo consigo una ráfaga de aire fresco lleno del aroma de la mañana.

«¡Has salido! ¡Has salido! ¡Traes ese olor tan rico a hojas!», exclamó.

Había venido corriendo, y tenía el pelo suelto y despeinado por el viento, y estaba radiante por el aire y con las mejillas rosadas, aunque él no podía verlo.

«¡Es tan hermoso!», dijo, un poco sin aliento por la carrera. «¡Nunca has visto nada tan hermoso! ¡Ha *llegado*! Pensé que había llegado aquella otra mañana, pero solo estaba llegando. ¡Ahora está aquí! ¡Ha

llegado, la primavera! ¡Lo dice Dickon!».

«¿De veras?», exclamó Colin, y aunque en realidad no sabía nada de eso, sintió que el corazón le latía fuerte. Se incorporó de verdad en la cama.

«¡Abre la ventana!», añadió, riendo mitad de alegre emoción y mitad de su propia fantasía. «¡Quizás oigamos trompetas de oro!».

Y aunque se rio, Mary estuvo en la ventana en un momento, y en un momento más estaba abierta de par en par, y frescura y suavidad y aromas y cantos de pájaros entraban a raudales.

«Eso es aire fresco», dijo. «Acuéstate boca arriba y aspíralo en bocanadas largas. Eso es lo que hace Dickon cuando se tiende en el páramo. Dice que lo siente en las venas y que lo hace fuerte, y que siente que podría vivir para siempre y siempre. Respíralo y respíralo».

Solo repetía lo que Dickon le había dicho, pero captó la fantasía de Colin.

«¡"Para siempre y siempre"! ¿Lo hace sentir así?», dijo, e hizo lo que ella le indicaba, aspirando largas y hondas bocanadas una y otra vez, hasta que sintió que le pasaba algo completamente nuevo y delicioso.

Mary estaba de nuevo junto a su cama.

«Las cosas están brotando de la tierra a montones», siguió apresurada. «Y hay flores que se desenroscan y brotes en todo, y el velo verde ha cubierto casi todo el gris, y los pájaros están tan apurados con sus nidos por miedo a llegar tarde que algunos hasta se pelean por lugares en el jardín secreto. Y los rosales están tan *wick* como se puede estar, y hay prímulas en los senderos y los bosques, y las semillas que sembramos ya salieron, y Dickon ha traído al zorro y al cuervo y a las ardillas y a un corderito recién nacido».

Y entonces se detuvo para tomar aliento. El corderito recién nacido lo había encontrado Dickon tres días antes, tendido junto a su madre muerta entre las aulagas del páramo. No era el primer cordero huérfano que encontraba y sabía qué hacer con él. Lo había llevado a la casa

envuelto en su chaqueta y lo había dejado echado cerca del fuego y lo había alimentado con leche tibia. Era una cosita suave, con una carita de bebé tonta y adorable y las patas algo largas para su cuerpo. Dickon lo había llevado en brazos por el páramo, con su biberón en el bolsillo junto con una ardilla, y cuando Mary se había sentado bajo un árbol con su tibieza blanda acurrucada en el regazo, se había sentido demasiado llena de una alegría extraña para hablar. ¡Un cordero, un cordero! ¡Un cordero vivo que se echaba en el regazo como un bebé!

Lo describía con gran alegría, y Colin escuchaba y aspiraba largas bocanadas de aire, cuando entró la enfermera. Se sobresaltó un poco al ver la ventana abierta. Muchos días de calor se había quedado sofocada en la habitación porque su paciente estaba seguro de que las ventanas abiertas daban resfríos.

«¿Está seguro de que no tiene frío, señorito Colin?», preguntó.

«No», fue la respuesta. «Estoy respirando largas bocanadas de aire fresco. Hace fuerte a uno. Voy a levantarme al sofá para desayunar. Mi prima desayunará conmigo».

La enfermera se fue, disimulando una sonrisa, a dar la orden de dos desayunos. Le parecía que el comedor de los criados era un lugar más entretenido que la habitación del enfermo, y justo ahora todos querían saber las noticias de arriba. Había muchas bromas sobre el joven encerrado al que nadie quería, que, como decía la cocinera, «había encontrado la horma de su zapato, y mejor para él». En el comedor de los criados estaban muy cansados de las pataletas, y el mayordomo, que era hombre de familia, había expresado más de una vez su opinión de que al inválido le haría mucho bien «una buena zurra».

Cuando Colin estuvo en su sofá y pusieron en la mesa el desayuno para dos, le hizo un anuncio a la enfermera con sus aires más de rajá.

«Un muchacho, un zorro, un cuervo, dos ardillas y un corderito recién nacido vienen a verme esta mañana. Quiero que los suban en cuanto lleguen», dijo. «No se vaya a poner a jugar con los animales en el comedor de los criados ni a dejarlos ahí. Los quiero aquí».

La enfermera ahogó un leve grito y trató de disimularlo con una tos.

«Sí, señor», respondió.

«Le diré lo que puede hacer», añadió Colin, agitando la mano. «Puede decirle a Martha que los traiga aquí. El muchacho es hermano de Martha. Se llama Dickon y es un encantador de animales».

«Espero que los animales no muerdan, señorito Colin», dijo la enfermera.

«Le dije que era un encantador», dijo Colin con severidad. «Los animales de los encantadores nunca muerden».

«En la India hay encantadores de serpientes», dijo Mary. «Y pueden meterse las cabezas de sus serpientes en la boca».

«¡Santo cielo!», se estremeció la enfermera.

Tomaron el desayuno con el aire de la mañana entrando a raudales sobre ellos. El desayuno de Colin era muy bueno, y Mary lo miraba con interés serio.

«Empezarás a engordar igual que yo», dijo. «Yo nunca quería mi desayuno cuando estaba en la India, y ahora siempre lo quiero».

«Yo quise el mío esta mañana», dijo Colin. «Quizás fue el aire fresco. ¿Cuándo crees que llegará Dickon?».

No tardó en llegar. Como a los diez minutos Mary levantó la mano.

«¡Escucha!», dijo. «¿Oíste un graznido?».

Colin escuchó y lo oyó, el sonido más raro del mundo para oírlo dentro de una casa, un ronco *cra, cra*.

«Sí», respondió.

«Es Hollín», dijo Mary. «Escucha otra vez. ¿Oyes un balido, uno chiquitito?».

«¡Ah, sí!», exclamó Colin, sonrojándose.

«Es el corderito recién nacido», dijo Mary. «Ya viene».

Las botas de páramo de Dickon eran gruesas y torpes, y aunque trataba de caminar con cuidado, hacían un ruido sordo al pasar por los largos corredores. Mary y Colin lo oyeron marchar, marchar, hasta

que cruzó la puerta del tapiz y llegó a la suave alfombra del pasillo de Colin.

«Con permiso, señor», anunció Martha, abriendo la puerta, «con permiso, señor, aquí está Dickon con sus animalitos».

Dickon entró con su sonrisa ancha más linda. El corderito recién nacido iba en sus brazos y el pequeño zorro rojo trotaba a su lado. Nuez estaba en su hombro izquierdo y Hollín en el derecho, y la cabeza y las patitas de Cáscara asomaban del bolsillo de su abrigo.

Colin se incorporó despacio y miró y miró, como había mirado cuando vio por primera vez a Mary, pero esta era una mirada de asombro y deleite. La verdad era que, a pesar de todo lo que había oído, no había imaginado en absoluto cómo sería este muchacho, ni que su zorro y su cuervo y sus ardillas y su cordero estuvieran tan cerca de él y de su amistad que casi parecían parte de él mismo. Colin nunca había hablado con un muchacho en su vida, y estaba tan abrumado por su propio placer y curiosidad que ni siquiera pensó en hablar.

Pero Dickon no se sentía ni un poco tímido ni torpe. No se había sentido avergonzado porque el cuervo no entendiera su idioma y solo lo mirara sin hablarle la primera vez que se encontraron. Las criaturas siempre eran así hasta que sabían quién era uno. Caminó hasta el sofá de Colin y puso con suavidad el corderito recién nacido en su regazo, e inmediatamente la criaturita se volvió hacia la tibia bata de terciopelo y empezó a hociquear y hociquear entre sus pliegues y a topar con su cabecita de rizos apretados, con suave impaciencia, contra su costado. Por supuesto, ningún muchacho habría podido dejar de hablar entonces.

«¿Qué está haciendo?», exclamó Colin. «¿Qué quiere?».

«Quiere a su madre», dijo Dickon, sonriendo cada vez más. «Te lo traje un poco hambriento porque sabía que te gustaría verlo comer».

Se arrodilló junto al sofá y sacó un biberón del bolsillo.

«Ven, pequeñito», dijo, volviendo con una mano morena y suave la cabecita blanca y lanosa. «Esto es lo que andas buscando. Sacarás más

de esto que de las batas de terciopelo de seda. Ahí está», y metió la punta de goma del biberón en la boquita que hociqueaba, y el cordero empezó a chuparla con un hambre feliz.

Después de eso ya no hubo que pensar qué decir. Para cuando el cordero se durmió, las preguntas brotaban a chorros y Dickon las contestó todas. Les contó cómo había encontrado al cordero justo cuando salía el sol, tres mañanas atrás. Había estado parado en el páramo escuchando a una alondra y viéndola columpiarse cada vez más alto en el cielo, hasta que no fue más que un punto en las alturas del azul.

«Ya casi no la veía, la seguía solo por el canto, y me preguntaba cómo puede uno oírla cuando parece que va a salirse del mundo en un minuto, y justo entonces oí otra cosa lejos, entre las aulagas. Era un balido débil, y supe que era un cordero recién nacido y con hambre, y supe que no tendría hambre si no hubiera perdido a su madre de algún modo, así que me puse a buscarlo. ¡Ay! Vaya que lo busqué. Fui de aquí para allá entre las aulagas y di vueltas y más vueltas y siempre me parecía que tomaba el desvío equivocado. Pero al final vi un poquito de blanco junto a una roca en lo alto del páramo, y trepé y encontré al pequeñito medio muerto de frío y de hambre».

Mientras hablaba, Hollín entraba y salía volando muy serio por la ventana abierta y graznaba comentarios sobre el paisaje, mientras Nuez y Cáscara hacían excursiones a los grandes árboles de afuera y subían y bajaban por los troncos y exploraban ramas. Capitán se acurrucó cerca de Dickon, que se sentó en la alfombra del hogar porque lo prefería.

Miraron las láminas de los libros de jardinería, y Dickon conocía todas las flores por sus nombres del campo y sabía exactamente cuáles crecían ya en el jardín secreto.

«No sabría decir ese nombre de ahí», dijo, señalando una bajo la cual estaba escrito «Aquilegia», «pero nosotros a esa le decimos aguileña, y a esa de ahí, boca de dragón, y las dos crecen silvestres en los setos, pero estas son de jardín y son más grandes y más vistosas. Hay

unas matas grandes de aguileña en el jardín. Parecerán un lecho de mariposas azules y blancas revoloteando cuando estén en flor».

«Voy a verlas», exclamó Colin. «¡Voy a verlas!».

«Sí, pues, tienes que verlas», dijo Mary muy seria. «Y no hay que perder ni un rato».

XX. «¡Viviré para siempre, y siempre, y siempre!».

Pero tuvieron que esperar más de una semana, porque primero vinieron unos días de mucho viento y luego Colin estuvo amenazado de un resfrío, dos cosas que, sucediendo una tras otra, sin duda lo habrían puesto furioso de no ser porque había tanto que planear con cuidado y en secreto, y porque casi todos los días entraba Dickon, aunque fuera por unos minutos, a contar lo que pasaba en el páramo y en los senderos y los setos y las orillas de los arroyos. Las cosas que tenía que contar sobre las casas de las nutrias, los tejones y las ratas de agua, sin hablar de los nidos de pájaros y los ratones de campo y sus madrigueras, bastaban para hacer temblar de emoción a cualquiera que oyera todos esos detalles íntimos de labios de un encantador de animales y se diera cuenta con qué ansia y con qué afán estaba trabajando todo ese mundo atareado de abajo.

«Son como nosotros», dijo Dickon, «solo que tienen que construir sus casas cada año. Y los mantiene tan ocupados que casi se atropellan por terminarlas».

Sin embargo, lo que más los absorbía eran los preparativos que había que hacer para que Colin pudiera ser llevado con suficiente secreto al jardín. Nadie debía ver la silla de ruedas, ni a Dickon y Mary, después de que doblaran cierta esquina de los arbustos y entraran por el sendero que corría fuera de los muros cubiertos de hiedra. A medida que pasaba cada día, Colin se había afirmado más y más en la idea de que el misterio que rodeaba al jardín era uno de sus mayores encantos. Nada debía estropearlo. Nadie debía sospechar jamás que tenían un secreto. La gente debía pensar que él simplemente salía con Mary y Dickon porque le caían bien y no le molestaba que lo miraran. Tuvieron largas y deliciosas conversaciones sobre su ruta. Subirían por este sendero y bajarían por aquel y cruzarían el otro y darían la vuelta por

los canteros de las fuentes, como si estuvieran mirando las «plantas de temporada» que el jardinero jefe, el señor Roach, había mandado plantar. Eso parecería algo tan razonable que nadie lo encontraría misterioso en absoluto. Se meterían por los senderos entre los arbustos y se perderían hasta llegar a los muros largos. Era casi tan serio y tan minuciosamente pensado como los planes de marcha que trazan los grandes generales en tiempo de guerra.

Los rumores de las cosas nuevas y curiosas que ocurrían en las habitaciones del enfermo se habían filtrado, por supuesto, desde el comedor de los criados hasta los patios de las caballerizas y de ahí hasta los jardineros, pero a pesar de esto el señor Roach se sobresaltó un día cuando recibió del cuarto del señorito Colin la orden de presentarse en la habitación que ningún extraño había visto jamás, pues el propio enfermo deseaba hablar con él.

«Vaya, vaya», se dijo mientras se cambiaba de chaqueta a toda prisa, «¿y ahora qué pasa? Su Alteza Real, a quien no había que mirar, llamando a un hombre a quien nunca ha puesto los ojos encima».

El señor Roach no carecía de curiosidad. Nunca había alcanzado a ver siquiera de lejos al muchacho y había oído una docena de historias exageradas sobre su aspecto y sus modales extraños y sus rabietas de loco. Lo que más a menudo había oído era que podía morir en cualquier momento, y había habido numerosas descripciones fantasiosas de una espalda jorobada y unos brazos y piernas sin fuerza, hechas por gente que nunca lo había visto.

«Las cosas están cambiando en esta casa, señor Roach», dijo la señora Medlock, mientras lo guiaba por la escalera de servicio hasta el corredor al que daba la habitación hasta entonces misteriosa.

«Esperemos que estén cambiando para mejor, señora Medlock», respondió él.

«Difícilmente podrían cambiar para peor», continuó ella, «y por raro que sea todo, hay quienes encuentran que sus deberes se les han vuelto mucho más fáciles de sobrellevar. No se sorprenda, señor Roa-

ch, si se encuentra en medio de una casa de fieras y con el Dickon de Martha Sowerby más a sus anchas de lo que usted o yo podríamos estar jamás».

De verdad había una especie de Magia en Dickon, como Mary siempre creyó para sus adentros. Cuando el señor Roach oyó su nombre, sonrió con bastante indulgencia.

«Estaría como en su casa en el palacio de Buckingham o en el fondo de una mina de carbón», dijo. «Y sin embargo tampoco es descaro. Es un muchacho de primera, ese».

Quizás fue bueno que lo hubieran preparado, o podría haberse sobresaltado. Cuando se abrió la puerta del dormitorio, un gran cuervo, que parecía muy a sus anchas posado en el alto respaldo de una silla tallada, anunció la entrada de una visita diciendo «¡Cra, cra!» bastante fuerte. A pesar de la advertencia de la señora Medlock, el señor Roach estuvo a punto de perder la compostura y dar un salto hacia atrás.

El joven rajá no estaba ni en la cama ni en su sofá. Estaba sentado en un sillón, y un corderito estaba de pie a su lado moviendo la cola como hacen los corderos cuando maman, mientras Dickon, arrodillado, le daba leche de su biberón. Una ardilla estaba posada en la espalda encorvada de Dickon, mordisqueando atentamente una nuez. La niña de la India estaba sentada en un gran taburete, mirando.

«Aquí está el señor Roach, señorito Colin», dijo la señora Medlock.

El joven rajá se volvió y examinó a su servidor, o al menos eso sintió el jardinero jefe que ocurría.

«¡Ah, usted es Roach!», dijo. «Lo mandé llamar para darle unas órdenes muy importantes».

«Muy bien, señor», respondió Roach, preguntándose si iba a recibir instrucciones de talar todos los robles del parque o de transformar los huertos de frutales en jardines de agua.

«Voy a salir en mi silla esta tarde», dijo Colin. «Si el aire fresco me sienta bien, quizás salga todos los días. Cuando salga, ninguno de los jardineros debe estar cerca del Paseo Largo junto a los muros del jar-

dín. Nadie debe estar ahí. Saldré como a las dos, y todos deben mantenerse lejos hasta que yo mande aviso de que pueden volver a su trabajo».

«Muy bien, señor», respondió el señor Roach, muy aliviado de oír que los robles podían quedarse y que los huertos estaban a salvo.

«Mary», dijo Colin, volviéndose hacia ella, «¿qué es eso que se dice en la India cuando uno termina de hablar y quiere que la gente se vaya?».

«Se dice: "Tiene mi permiso para retirarse"», respondió Mary.

El rajá agitó la mano.

«Tiene mi permiso para retirarse, Roach», dijo. «Pero recuerde, esto es muy importante».

«¡Cra, cra!», comentó el cuervo con voz ronca pero no descortés.

«Muy bien, señor. Gracias, señor», dijo el señor Roach, y la señora Medlock lo sacó de la habitación.

Afuera en el corredor, como era un hombre de buen carácter, sonrió hasta casi reír.

«¡Caramba!», dijo, «tiene unos aires de gran señor, ¿no? Cualquiera diría que es toda una familia real metida en uno, con príncipe consorte y todo».

«¡Ay!», protestó la señora Medlock, «hemos tenido que dejar que nos pise a todos desde que tuvo pies, y piensa que para eso nació la gente».

«Quizás se le pase con los años, si vive», sugirió el señor Roach.

«Bueno, hay una cosa bastante segura», dijo la señora Medlock. «Si vive y esa niña de la India se queda aquí, le aseguro que le enseñará que la naranja entera no es suya, como dice Susan Sowerby. Y lo más probable es que descubra el tamaño de su propio gajo».

Dentro de la habitación, Colin se reclinaba en sus cojines.

«Ya está todo seguro», dijo. «Y esta tarde lo veré, ¡esta tarde estaré dentro!».

Dickon volvió al jardín con sus animales y Mary se quedó con Co-

lin. No le pareció que estuviera cansado, pero estuvo muy callado antes de que llegara el almuerzo y siguió callado mientras comían. Ella se preguntó por qué y le preguntó.

«Qué ojos tan grandes tienes, Colin», dijo. «Cuando piensas se ponen grandes como platillos. ¿En qué estás pensando ahora?».

«No puedo dejar de pensar en cómo se verá», respondió.

«¿El jardín?», preguntó Mary.

«La primavera», dijo. «Estaba pensando que de verdad nunca la he visto antes. Casi nunca salí, y cuando salía nunca la miraba. Ni siquiera pensaba en ella».

«Yo nunca la vi en la India porque allá no había», dijo Mary.

Aunque su vida había sido encerrada y enfermiza, Colin tenía más imaginación que ella, y al menos había pasado mucho tiempo mirando libros y láminas maravillosos.

«Aquella mañana en que entraste corriendo y dijiste: "¡Ha llegado! ¡Ha llegado!", me hiciste sentir muy raro. Sonó como si las cosas vinieran en una gran procesión, con grandes estallidos y ráfagas de música. Tengo una lámina así en uno de mis libros: multitudes de gente hermosa y niños con guirnaldas y ramas con flores, todos riendo y bailando y apretujándose y tocando flautas. Por eso dije: "Quizás oigamos trompetas de oro" y te dije que abrieras la ventana de par en par».

«¡Qué gracioso!», dijo Mary. «Es justo lo que se siente. Y si todas las flores y hojas y cosas verdes y pájaros y criaturas salvajes pasaran bailando a la vez, ¡qué multitud sería! Seguro que bailarían y cantarían y tocarían la flauta, y esas serían las ráfagas de música».

Los dos rieron, pero no porque la idea fuera de risa, sino porque a los dos les gustaba tanto.

Un poco más tarde la enfermera preparó a Colin. Notó que, en vez de quedarse tendido como un tronco mientras le ponían la ropa, se sentaba y hacía algunos esfuerzos por ayudarse, y hablaba y reía con Mary todo el tiempo.

«Este es uno de sus buenos días, señor», le dijo al doctor Craven,

que pasó a revisarlo. «Está de tan buen ánimo que eso lo hace más fuerte».

«Volveré más tarde, cuando él haya vuelto», dijo el doctor Craven. «Tengo que ver cómo le sienta la salida. Quisiera», en voz muy baja, «que él la dejara ir con él».

«Preferiría dejar el caso ahora mismo, señor, antes que quedarme siquiera mientras se lo sugieren», respondió la enfermera, con súbita firmeza.

«En realidad no había decidido sugerirlo», dijo el doctor, con su ligero nerviosismo. «Haremos el experimento. Dickon es un muchacho a quien confiaría un recién nacido».

El lacayo más fuerte de la casa llevó a Colin escaleras abajo y lo puso en su silla de ruedas, cerca de la cual esperaba Dickon afuera. Después de que el criado le arregló las mantas y los cojines, el rajá le agitó la mano a él y a la enfermera.

«Tienen mi permiso para retirarse», dijo, y los dos desaparecieron rápidamente y, hay que confesarlo, se rieron entre dientes cuando estuvieron a salvo dentro de la casa.

Dickon empezó a empujar la silla de ruedas despacio y con paso firme. La señorita Mary caminaba a su lado y Colin se reclinaba hacia atrás y alzaba la cara al cielo. Su arco parecía altísimo, y las pequeñas nubes nevadas parecían pájaros blancos que flotaran con las alas extendidas bajo su azul de cristal. El viento bajaba del páramo en grandes soplos suaves y tenía una dulzura extraña, salvaje, clara y perfumada. Colin no dejaba de levantar su pecho delgado para aspirarlo, y sus ojos grandes parecían ser ellos los que escuchaban, escuchaban, en vez de sus oídos.

«Hay tantos sonidos de canto y zumbido y llamadas», dijo. «¿Qué aroma es ese que traen las ráfagas de viento?».

«Es la aulaga del páramo que se está abriendo», respondió Dickon. «¡Ay! Hoy las abejas andan felices con ella, sí que sí».

No se divisaba una sola criatura humana por los senderos que toma-

ron. En realidad, todos los jardineros y ayudantes de jardinero habían sido hechizados y hechos desaparecer. Pero ellos serpentearon entre los arbustos y salieron y dieron la vuelta por los canteros de las fuentes, siguiendo su ruta cuidadosamente planeada por el puro placer misterioso de hacerlo. Pero cuando por fin entraron en el Paseo Largo junto a los muros cubiertos de hiedra, la emoción de lo que estaba por venir los hizo, por alguna razón curiosa que no habrían podido explicar, empezar a hablar en susurros.

«Es aquí», murmuró Mary. «Aquí es donde yo andaba de un lado a otro, preguntándome y preguntándome».

«¿Aquí?», exclamó Colin, y sus ojos empezaron a escudriñar la hiedra con ansiosa curiosidad. «Pero no veo nada», susurró. «No hay puerta».

«Eso mismo pensé yo», dijo Mary.

Entonces hubo un hermoso silencio sin aliento y la silla siguió rodando.

«Ese es el jardín donde trabaja Ben Weatherstaff», dijo Mary.

«¿Ese?», dijo Colin.

Unos metros más allá, Mary susurró otra vez.

«Aquí es donde el petirrojo voló por encima del muro», dijo.

«¿Aquí?», exclamó Colin. «¡Ay! ¡Ojalá volviera!».

«Y ese», dijo Mary con solemne deleite, señalando bajo un gran arbusto de lilas, «es el lugar donde se posó en el montoncito de tierra y me mostró la llave».

Entonces Colin se incorporó.

«¿Dónde? ¿Dónde? ¿Allí?», exclamó, y sus ojos eran tan grandes como los del lobo de Caperucita Roja, cuando Caperucita Roja se sintió obligada a hacer algún comentario sobre ellos. Dickon se detuvo y la silla de ruedas paró.

«Y este», dijo Mary, pisando el cantero junto a la hiedra, «es el lugar donde fui a hablar con él cuando me gorjeó desde lo alto del muro. Y esta es la hiedra que el viento echó hacia atrás», y tomó la corti-

na verde que colgaba.

«¡Ay! ¿Es esa? ¿Es esa?», jadeó Colin.

«Y aquí está la manija, y aquí está la puerta. ¡Dickon, empújalo adentro, empújalo rápido!».

Y Dickon lo hizo con un empujón fuerte, firme y espléndido.

Pero Colin se había dejado caer de verdad contra sus cojines, aunque jadeaba de gusto, y se había cubierto los ojos con las manos y las mantuvo ahí, tapándose todo, hasta que estuvieron dentro y la silla se detuvo como por magia y la puerta se cerró. Solo entonces se las quitó y miró a su alrededor, y alrededor, y alrededor, como habían hecho Dickon y Mary. Y sobre los muros y la tierra y los árboles y las ramillas colgantes y los zarcillos se había deslizado el hermoso velo verde de hojitas tiernas, y en la hierba bajo los árboles y en las urnas grises de los nichos y aquí y allá por todas partes había toques o salpicaduras de oro y púrpura y blanco, y los árboles mostraban rosa y nieve sobre su cabeza, y había aleteos y flautas débiles y dulces y zumbidos y aromas y aromas. Y el sol caía tibio sobre su cara como una mano que lo acariciara. Y maravillados, Mary y Dickon se quedaron mirándolo. Se veía tan extraño y diferente porque un color rosado se había extendido de verdad por todo él, cara de marfil, cuello, manos y todo.

«¡Me voy a sanar! ¡Me voy a sanar!», exclamó. «¡Mary! ¡Dickon! ¡Me voy a sanar! ¡Y viviré para siempre, y siempre, y siempre!».

XXI. Ben Weatherstaff

Una de las cosas extrañas de vivir en este mundo es que solo de vez en cuando se está del todo seguro de que se va a vivir para siempre, y siempre, y siempre. Uno lo sabe a veces cuando se levanta en la tierna y solemne hora del alba, sale a pararse solo, echa la cabeza muy atrás, mira hacia lo alto, más y más alto, y ve cómo el cielo pálido va cambiando poco a poco, y se va encendiendo, y suceden cosas maravillosas y desconocidas, hasta que el oriente casi le hace a uno gritar y el corazón se le detiene ante la extraña e inmutable majestad de la salida del sol, que ha ocurrido cada mañana durante miles y miles y miles de años. Uno lo sabe entonces por un momento. Y a veces uno lo sabe cuando está a solas en un bosque al atardecer, y la misteriosa y honda quietud dorada que se cuela de lado entre las ramas y por debajo de ellas parece decir despacio, una y otra vez, algo que uno no alcanza a oír del todo, por mucho que se esfuerce. Otras veces la inmensa calma del azul oscuro de la noche, con millones de estrellas que esperan y vigilan, le hace a uno estar seguro; y otras veces lo vuelve verdad el sonido de una música lejana; y otras, una mirada en los ojos de alguien.

Y así le pasó a Colin cuando vio, oyó y sintió por primera vez la primavera dentro de los cuatro altos muros de un jardín escondido. Aquella tarde el mundo entero pareció dedicarse a ser perfecto, resplandeciente de hermosura y bondadoso con un solo niño. Quizá por pura bondad del cielo, la primavera vino y apretó en aquel único lugar todo lo que le fue posible. Más de una vez Dickon se detuvo en lo que estaba haciendo y se quedó quieto, con una especie de asombro creciente en los ojos, moviendo la cabeza suavemente.

«¡Ay! ¡Qué hermosura!», dijo. «Tengo doce y voy para trece, y en trece años caben muchas tardes, pero me parece que nunca he visto una tan hermosa como esta».

«Sí que es preciosa, sí que sí», dijo Mary, y suspiró de pura alegría. «Te aseguro que es la más preciosa que ha habido jamás en este mundo».

«¿Tú crees», dijo Colin con cuidado, como soñando, «que quizá la hicieron así, tal como está, a propósito para mí?».

«¡Caramba!», exclamó Mary con admiración. «Eso sí que es buen Yorkshire. Te está saliendo de primera, sí que sí».

Y reinó la dicha.

Arrimaron la silla bajo el ciruelo, que estaba blanco de flores como la nieve y lleno de la música de las abejas. Era como el dosel de un rey, de un rey de las hadas. Cerca había cerezos en flor y manzanos de capullos rosados y blancos, y aquí y allá alguno se había abierto del todo. Entre las ramas floridas del dosel, trocitos de cielo azul miraban hacia abajo como ojos maravillosos.

Mary y Dickon trabajaron un poco aquí y allá, y Colin los miraba. Le llevaban cosas para que las viera: capullos que se estaban abriendo, capullos muy apretados, trocitos de ramita cuyas hojas apenas asomaban verdes, la pluma de un pájaro carpintero que había caído sobre el pasto, la cáscara vacía del huevo de algún pájaro nacido temprano. Dickon empujaba la silla despacio, dando vueltas y vueltas por el jardín, y se detenía a cada rato para dejarlo mirar las maravillas que brotaban de la tierra o colgaban de los árboles. Era como si lo pasearan con toda pompa por el país de un rey y una reina mágicos y le mostraran todas las misteriosas riquezas que contenía.

«¿Veremos al petirrojo?», preguntó Colin.

«Lo verás bastante dentro de poco», respondió Dickon. «Cuando los huevos se abran, el pobre andará tan ocupado que se le va a ir la cabeza. Lo verás ir y venir volando con gusanos casi tan grandes como él, y habrá tanto ruido en el nido cuando llegue que lo aturde, y apenas sabe en qué boca grande meter el primer bocado. Y picos abiertos y chillidos por todos lados. Mi madre dice que cuando ve el trabajo que tiene un petirrojo para tener llenos esos picos abiertos, se siente como

una señora que no tuviera nada que hacer. Dice que ha visto a los pobrecitos cuando parecía que el sudor les tenía que estar goteando, aunque la gente no lo vea».

Esto los hizo reír con tanto gusto que tuvieron que taparse la boca con las manos, acordándose de que no debían hacerse oír. A Colin le habían enseñado la ley de los susurros y las voces bajas varios días antes. Le gustaba lo misterioso del asunto y ponía todo su empeño, pero en medio de un disfrute tan emocionado es bastante difícil no reírse nunca más fuerte que un susurro.

Cada momento de la tarde estaba lleno de cosas nuevas, y cada hora el sol se ponía más dorado. Habían vuelto a poner la silla de ruedas bajo el dosel, y Dickon se había sentado en el pasto y acababa de sacar su flauta cuando Colin vio algo en lo que antes no había tenido tiempo de fijarse.

«Aquel árbol de allá es muy viejo, ¿verdad?», dijo.

Dickon miró el árbol al otro lado del pasto, y Mary miró también, y hubo un breve instante de quietud.

«Sí», respondió Dickon, después de ese instante, y su voz baja sonó muy suave.

Mary miró fijamente el árbol y pensó.

«Las ramas están todas grises y no tiene ni una sola hoja», siguió Colin. «Está muerto del todo, ¿no?».

«Sí», admitió Dickon. «Pero esos rosales que lo han trepado por completo van a esconder casi toda la madera muerta cuando se llenen de hojas y de flores. Entonces ya no parecerá muerto. Será el más bonito de todos».

Mary seguía mirando el árbol y pensando.

«Parece como si le hubieran quebrado una rama grande», dijo Colin. «Me pregunto cómo habrá sido».

«Hace muchos años de eso», respondió Dickon. «¡Ay!», y puso la mano sobre Colin, con un sobresalto repentino y aliviado. «¡Mira ese petirrojo! ¡Ahí está! Ha andado buscando comida para su pareja».

Colin casi llegó tarde, pero alcanzó a verlo: el destello del pájaro de pecho rojo con algo en el pico. Se lanzó por entre el verdor hasta el rincón de espeso follaje y desapareció. Colin volvió a recostarse en su cojín, riéndose un poco.

«Le lleva el té a ella. Quizá sean las cinco. Creo que a mí también me gustaría tomar té».

Y así quedaron a salvo.

«Fue la Magia la que mandó al petirrojo», le dijo Mary a Dickon en secreto, más tarde. «Sé que fue la Magia». Porque tanto ella como Dickon habían temido que Colin preguntara algo sobre el árbol cuya rama se había quebrado hacía diez años; lo habían hablado entre los dos, y Dickon se había quedado de pie, frotándose la cabeza con aire preocupado.

«Tenemos que hacer como si no fuera distinto de los otros árboles», había dicho. «Nunca podríamos contarle cómo se quebró, pobre muchacho. Si dice algo de él, tenemos que... tenemos que procurar poner cara alegre».

«Sí, tenemos que hacerlo», había respondido Mary.

Pero no se había sentido con cara alegre al mirar el árbol. En esos pocos momentos se había preguntado una y otra vez si habría algo de verdad en aquella otra cosa que había dicho Dickon. Él había seguido frotándose el pelo rojo como el óxido, con aire perplejo, pero en sus ojos azules había empezado a crecer una agradable expresión de consuelo.

«La señora Craven era una joven muy hermosa», había continuado, con cierta vacilación. «Y mi madre piensa que quizá anda por Misselthwaite muchas veces, cuidando del señorito Colin, como hacen todas las madres cuando se las llevan de este mundo. Tienen que volver, ¿ves? Puede que haya estado en el jardín, y puede que fuera ella quien nos puso a trabajar y nos dijo que lo trajéramos aquí».

Mary había pensado que se refería a algo de la Magia. Ella creía mucho en la Magia. En secreto estaba convencida de que Dickon obra-

ba Magia, buena Magia por supuesto, sobre todo lo que lo rodeaba, y que por eso la gente lo quería tanto y las criaturas salvajes sabían que era su amigo. Se preguntó, de hecho, si no sería posible que su don hubiera traído al petirrojo justo en el momento oportuno, cuando Colin hizo aquella pregunta peligrosa. Sentía que la Magia de Dickon estuvo obrando toda la tarde y haciendo que Colin pareciera un niño completamente distinto. Parecía imposible que fuera aquella criatura enloquecida que había gritado y golpeado y mordido su almohada. Hasta su blancura de marfil parecía cambiar. El leve color rosado que se le había visto en la cara, el cuello y las manos al entrar en el jardín no se apagó nunca del todo. Parecía hecho de carne, en vez de marfil o de cera.

Vieron al petirrojo llevar comida a su pareja dos o tres veces, y aquello sugería tanto la hora del té que Colin sintió que tenían que tomar uno.

«Ve y dile a uno de los criados que traiga té en una canasta hasta el paseo de los rododendros», dijo. «Y después tú y Dickon pueden traerlo hasta aquí».

Era una idea agradable y fácil de llevar a cabo, y cuando el mantel blanco estuvo tendido sobre el pasto, con té caliente, tostadas con mantequilla y bollos, comieron con un hambre deliciosa, y varios pájaros que andaban en sus quehaceres domésticos se detuvieron a preguntar qué pasaba y se pusieron a investigar las migas con gran actividad. Nuez y Cáscara subieron a los árboles como un rayo con trozos de torta, y Hollín se llevó a un rincón una mitad entera de bollo con mantequilla y la picoteó, la examinó, le dio vueltas y soltó roncos comentarios sobre ella, hasta que decidió tragársela toda, feliz, de un bocado.

La tarde se iba arrastrando hacia su hora más dulce. El sol hacía más hondo el oro de sus lanzas, las abejas se volvían a casa y los pájaros pasaban volando cada vez menos. Dickon y Mary estaban sentados en el pasto, la canasta del té estaba otra vez empacada, lista para llevarla a la casa, y Colin estaba recostado contra sus cojines, con los pe-

sados mechones echados hacia atrás de la frente y la cara de un color muy natural.

«No quiero que esta tarde se vaya», dijo, «pero volveré mañana, y pasado mañana, y al día siguiente, y al día siguiente».

«Tomarás mucho aire fresco, ¿no?», dijo Mary.

«No voy a tomar otra cosa», respondió él. «Ya he visto la primavera y voy a ver el verano. Voy a ver crecer todo aquí. Yo también voy a crecer aquí».

«Eso sí que sí», dijo Dickon. «Antes de mucho te tendremos caminando por aquí y cavando como cualquier otra persona».

Colin se puso rojo como un tomate.

«¡Caminar!», dijo. «¡Cavar! ¿Yo?».

Dickon lo miró con delicada cautela. Ni él ni Mary le habían preguntado nunca si le pasaba algo en las piernas.

«Claro que sí», dijo con firmeza. «¡Tú... tú tienes piernas propias, como todo el mundo!».

Mary se asustó un poco, hasta que oyó la respuesta de Colin.

«No tienen nada malo de verdad», dijo, «pero son tan delgadas y débiles. Tiemblan tanto que me da miedo intentar pararme en ellas».

Mary y Dickon respiraron aliviados los dos.

«Cuando dejes de tener miedo, te pararás en ellas», dijo Dickon, con ánimo renovado. «Y dejarás de tener miedo dentro de poco».

«¿De veras?», dijo Colin, y se quedó quieto, como si se pusiera a pensar en las cosas.

Estuvieron realmente muy callados un buen rato. El sol iba bajando. Era esa hora en que todo se aquieta, y de verdad habían tenido una tarde atareada y emocionante. Colin parecía descansar con delicia. Hasta las criaturas habían dejado de moverse, se habían juntado y reposaban cerca de ellos. Hollín se había posado en una rama baja, había encogido una pata y había dejado caer, adormilado, la telilla gris sobre los ojos. Mary pensó para sí que parecía a punto de ponerse a roncar.

En medio de esta quietud se llevaron un buen susto cuando Colin levantó a medias la cabeza y exclamó, en un susurro fuerte y de pronto alarmado:

«¿Quién es ese hombre?».

Dickon y Mary se pusieron de pie de un salto.

«¡Un hombre!», exclamaron los dos, con voces bajas y rápidas.

Colin señaló el alto muro.

«¡Miren!», susurró, excitado. «¡Miren eso!».

Mary y Dickon se volvieron y miraron. ¡Allí estaba el rostro indignado de Ben Weatherstaff, mirándolos furioso por encima del muro desde lo alto de una escalera! Hasta le mostró el puño a Mary.

«Si yo no fuera soltero y tú fueras hija mía», gritó, «¡te daría una paliza!».

Subió otro peldaño en actitud amenazadora, como si tuviera la enérgica intención de saltar y arreglar cuentas con ella; pero cuando ella se acercó a él, evidentemente pensó mejor la cosa y se quedó en el último peldaño de su escalera, agitándole el puño desde arriba.

«¡Nunca te tuve en mucho!», la reprendió a gritos. «No te pude aguantar desde la primera vez que te puse los ojos encima. Una chiquilla flaca, con cara de leche cortada, siempre preguntando y metiendo la nariz donde no te llamaban. Nunca supe cómo te hiciste tan amiga mía. Si no hubiera sido por el petirrojo... ¡ese pajarraco!...».

«¡Ben Weatherstaff!», gritó Mary, recobrando el aliento. Se paró debajo de él y le habló hacia arriba con una especie de jadeo. «¡Ben Weatherstaff, fue el petirrojo quien me mostró el camino!».

Entonces sí pareció que Ben iba a bajar de un salto por su lado del muro, de lo ofendido que estaba.

«¡Mala niña!», le gritó hacia abajo. «¡Echarle tu maldad a un petirrojo! No es que no sea lo bastante descarado para cualquier cosa. ¡Él mostrándote el camino! ¡Él! ¡Ay, mocosa de nada!», y ella pudo ver que sus siguientes palabras le brotaban porque la curiosidad lo dominaba. «¿Cómo rayos entraste?».

«Fue el petirrojo quien me mostró el camino», protestó ella, obstinada. «Él no sabía que lo hacía, pero lo hizo. Y no puedo contárselo desde aquí mientras usted me muestra el puño».

Dejó de agitar el puño muy de repente, en ese mismo momento, y la mandíbula se le descolgó mientras miraba por encima de la cabeza de ella algo que venía hacia él por el pasto.

Al primer chorro de palabras de Ben, Colin se había sorprendido tanto que se había limitado a incorporarse y escuchar como hechizado. Pero en medio de todo aquello se había repuesto y había llamado a Dickon con un gesto imperioso.

«¡Llévame hasta allá!», ordenó. «¡Llévame bien cerca y párate justo frente a él!».

Y esto, si me lo permiten, esto fue lo que vio Ben Weatherstaff y le hizo caer la mandíbula. Una silla de ruedas con lujosos cojines y mantas que venía hacia él, con aspecto de carroza de gala, porque en ella iba recostado un joven rajá, con una orden real en sus grandes ojos de pestañas negras y una mano blanca y delgada extendida con altivez hacia él. Y se detuvo justo debajo de la nariz de Ben Weatherstaff. No era de extrañar que se le abriera la boca.

«¿Sabe quién soy?», exigió saber el rajá.

¡Cómo lo miraba Ben Weatherstaff! Sus viejos ojos rojos se clavaron en lo que tenía delante como si estuviera viendo un fantasma. Miró y miró, se tragó un nudo que tenía en la garganta y no dijo palabra.

«¿Sabe quién soy?», exigió Colin con más autoridad todavía. «¡Responda!».

Ben Weatherstaff se llevó la mano nudosa a los ojos y la pasó por la frente, y entonces sí respondió, con una voz rara y temblorosa.

«¿Que quién eres?», dijo. «Sí, claro que lo sé, con los ojos de tu madre mirándome desde tu cara. Dios sabrá cómo llegaste aquí. Pero eres el pobre tullido».

Colin se olvidó de que alguna vez hubiera tenido espalda. Se puso rojo escarlata y se sentó muy derecho.

«¡No soy un tullido!», gritó, furioso. «¡No lo soy!».

«¡No lo es!», gritó Mary, casi vociferando hacia el muro en su feroz indignación. «¡No tiene un bulto ni del tamaño de un alfiler! Yo miré y no había nada, ¡ni uno!».

Ben Weatherstaff se pasó otra vez la mano por la frente y miró como si no pudiera mirar nunca lo bastante. Le temblaban la mano, la boca y la voz. Era un viejo ignorante y poco delicado, y solo podía recordar las cosas que había oído.

«¿Tú... tú no tienes la espalda torcida?», dijo con voz ronca.

«¡No!», gritó Colin.

«¿Tú... tú no tienes las piernas torcidas?», balbuceó Ben, más ronco todavía.

Fue demasiado. La fuerza que Colin solía volcar en sus pataletas le recorrió ahora el cuerpo de una manera nueva. Nunca antes lo habían acusado de tener las piernas torcidas, ni siquiera en susurros, y la total certeza de que existían, que se notaba en la voz de Ben Weatherstaff, era más de lo que podían soportar la carne y la sangre de un rajá. La ira y el orgullo ofendido le hicieron olvidar todo salvo ese único instante y lo llenaron de un poder que nunca había conocido, una fuerza casi fuera de lo normal.

«¡Ven aquí!», le gritó a Dickon, y de verdad empezó a arrancarse las mantas de las piernas y a desenredarse. «¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Ahora mismo!».

Dickon estuvo a su lado en un segundo. Mary contuvo el aliento con un jadeo corto y sintió que se ponía pálida.

«¡Puede hacerlo! ¡Puede hacerlo! ¡Puede hacerlo! ¡Puede!», farfulló para sí, en voz baja, tan rápido como pudo.

Hubo un breve y feroz forcejeo, las mantas fueron arrojadas al suelo, Dickon sostuvo el brazo de Colin, las piernas delgadas salieron, los pies delgados estuvieron sobre el pasto. Colin estaba de pie, de pie, derecho como una flecha y extrañamente alto, con la cabeza echada hacia atrás y sus ojos extraños lanzando relámpagos.

«¡Míreme!», le gritó a Ben Weatherstaff. «¡Míreme bien, usted! ¡Míreme!».

«¡Está tan derecho como yo!», gritó Dickon. «¡Está tan derecho como cualquier muchacho de Yorkshire!».

Lo que hizo entonces Ben Weatherstaff le pareció a Mary raro más allá de toda medida. Se atragantó, tragó saliva, y de pronto le corrieron lágrimas por las mejillas arrugadas por la intemperie, mientras juntaba sus viejas manos con un golpe.

«¡Ay!», estalló. «¡Las mentiras que cuenta la gente! Eres flaco como un palo y blanco como un espectro, pero no tienes ni un bulto. Todavía serás un hombre. ¡Que Dios te bendiga!».

Dickon sostenía con fuerza el brazo de Colin, pero el muchacho no había empezado a flaquear. Se mantenía cada vez más derecho y miraba a Ben Weatherstaff directo a la cara.

«Soy su patrón», dijo, «cuando mi padre está ausente. Y usted tiene que obedecerme. Este es mi jardín. No se atreva a decir una palabra de él. Baje de esa escalera y vaya al Paseo Largo, y la señorita Mary lo encontrará allí y lo traerá aquí. Quiero hablar con usted. No lo queríamos, pero ahora tendrá que entrar en el secreto. ¡Apúrese!».

El viejo rostro avinagrado de Ben Weatherstaff seguía mojado por aquella única y extraña oleada de lágrimas. Parecía que no podía apartar los ojos de Colin, delgado y derecho, en pie, con la cabeza echada hacia atrás.

«¡Ay, muchacho!», casi susurró. «¡Ay, mi muchacho!». Y entonces, acordándose de sí mismo, se tocó de pronto el sombrero a la manera de los jardineros y dijo: «¡Sí, señor! ¡Sí, señor!», y desapareció obedientemente al bajar la escalera.

XXII. Cuando se puso el sol

Cuando su cabeza se perdió de vista, Colin se volvió hacia Mary.

«Ve a recibirlo», dijo; y Mary voló por el pasto hasta la puerta bajo la hiedra.

Dickon lo observaba con ojos agudos. Tenía manchas escarlatas en las mejillas y estaba impresionante, pero no daba señales de caerse.

«Puedo estar de pie», dijo, y mantenía la cabeza en alto y lo dijo con mucha grandeza.

«Ya te dije que podías en cuanto dejaras de tener miedo», respondió Dickon. «Y has dejado de tenerlo».

«Sí, ya no tengo miedo», dijo Colin.

Entonces se acordó de pronto de algo que había dicho Mary.

«¿Estás haciendo Magia?», preguntó con brusquedad.

La boca curva de Dickon se abrió en una alegre sonrisa.

«La Magia la estás haciendo tú mismo», dijo. «Es la misma Magia que hace salir estas flores de la tierra», y tocó con su gruesa bota una mata de azafranes en el pasto.

Colin los miró.

«Sí», dijo despacio, «no podría haber Magia más grande que esa... no podría».

Se enderezó más que nunca.

«Voy a caminar hasta ese árbol», dijo, señalando uno a pocos pasos de él. «Voy a estar de pie cuando venga Weatherstaff. Puedo apoyarme en el árbol si quiero. Cuando quiera sentarme, me sentaré, pero no antes. Trae una manta de la silla».

Caminó hasta el árbol, y aunque Dickon lo sostenía del brazo, iba maravillosamente firme. Cuando se paró contra el tronco no se notaba demasiado que se apoyaba en él, y aún se mantenía tan derecho que parecía alto.

Cuando Ben Weatherstaff entró por la puerta del muro, lo vio parado allí y oyó a Mary murmurar algo en voz baja.

«¿Qué estás diciendo?», preguntó con cierta irritación, porque no quería que le distrajeran la atención de la figura larga, delgada y derecha del muchacho y de su rostro orgulloso.

Pero ella no se lo dijo. Lo que decía era esto:

«¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo! ¡Te dije que podías! ¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo! ¡Tú *puedes*!».

Se lo decía a Colin porque quería hacer Magia y mantenerlo en pie con ese aspecto. No soportaba que cediera delante de Ben Weatherstaff. Él no cedió. Una súbita sensación la elevó: le parecía hermoso, a pesar de su delgadez. Fijó los ojos en Ben Weatherstaff a su manera graciosa e imperiosa.

«¡Míreme!», ordenó. «¡Míreme entero! ¿Soy un jorobado? ¿Tengo las piernas torcidas?».

Ben Weatherstaff no se había recuperado del todo de su emoción, pero se había repuesto un poco y respondió casi como de costumbre.

«Tú no», dijo. «Nada de eso. ¿Qué has estado haciendo, escondido fuera de la vista y dejando que la gente pensara que eras tullido y medio tonto?».

«¡Medio tonto!», dijo Colin con rabia. «¿Quién pensó eso?».

«Un montón de tontos», dijo Ben. «El mundo está lleno de burros rebuznando, y nunca rebuznan nada más que mentiras. ¿Para qué te encerraste?».

«Todos pensaban que me iba a morir», dijo Colin, cortante. «¡Y no me voy a morir!».

Y lo dijo con tal decisión que Ben Weatherstaff lo miró de arriba abajo y de abajo arriba.

«¡Tú morirte!», dijo, seco pero feliz. «¡Nada de eso! Tienes demasiado coraje en el cuerpo. Cuando te vi poner las piernas en el suelo con tanta prisa, supe que estabas bien. Siéntate en la manta un ratito, joven patrón, y dame tus órdenes».

Había en su manera una rara mezcla de ternura áspera y de sagaz comprensión. Mary le había hablado tan rápido como pudo mientras bajaban por el Paseo Largo. Lo principal que había que recordar, le había dicho, era que Colin se estaba poniendo bien, poniendo bien. El jardín lo estaba logrando. Nadie debía hacerle recordar eso de las jorobas y de morirse.

El rajá se dignó sentarse en una manta bajo el árbol.

«¿Qué trabajo hace usted en los jardines, Weatherstaff?», preguntó.

«Lo que me manden», respondió el viejo Ben. «Me tienen aquí de favor, porque ella me quería».

«¿Ella?», dijo Colin.

«Tu madre», respondió Ben Weatherstaff.

«¿Mi madre?», dijo Colin, y miró a su alrededor en silencio. «Este era su jardín, ¿verdad?».

«¡Sí que lo era!», y Ben Weatherstaff miró también a su alrededor. «Le tenía mucho cariño».

«Ahora es mi jardín. Yo le tengo cariño. Vendré aquí todos los días», anunció Colin. «Pero ha de ser un secreto. Mis órdenes son que nadie sepa que venimos aquí. Dickon y mi prima han trabajado y lo han hecho revivir. A veces lo mandaré llamar para que ayude, pero tiene que venir cuando nadie pueda verlo».

El rostro de Ben Weatherstaff se retorció en una seca sonrisa de viejo.

«Yo he venido aquí antes, cuando nadie me veía», dijo.

«¡Qué!», exclamó Colin. «¿Cuándo?».

«La última vez que estuve aquí», dijo, frotándose la barbilla y mirando alrededor, «fue hará unos dos años».

«¡Pero nadie ha entrado aquí en diez años!», gritó Colin. «¡No había puerta!».

«Yo no soy nadie», dijo el viejo Ben, seco. «Y no entré por la puerta. Entré por encima del muro. El reumatismo me ha detenido estos dos últimos años».

«¡Tú viniste y diste unas podas!», gritó Dickon. «No lograba entender cómo se habían hecho».

«Le tenía tanto cariño, ¡tanto!», dijo Ben Weatherstaff despacio. «Y era una criatura tan linda. Una vez me dijo: "Ben", me dijo riendo, "si alguna vez me enfermo o me voy, tienes que cuidar mis rosas". Cuando se fue, la orden fue que nadie se acercara jamás. Pero yo vine», con una obstinación gruñona. «Por encima del muro vine, hasta que el reumatismo me lo impidió, y hacía un poco de trabajo una vez al año. Ella ya había dado su orden antes».

«No habría estado tan vivo como está, si tú no lo hubieras hecho», dijo Dickon. «Yo me lo preguntaba».

«Me alegro de que lo haya hecho, Weatherstaff», dijo Colin. «Sabrá guardar el secreto».

«Sí, sabré, señor», respondió Ben. «Y a un hombre con reumatismo le será más fácil entrar por la puerta».

En el pasto, cerca del árbol, Mary había dejado caer su pala de jardín. Colin estiró la mano y la tomó. Una expresión extraña apareció en su cara, y empezó a rascar la tierra. Su mano delgada era bastante débil, pero al cabo de un momento, mientras lo miraban (Mary con un interés que le cortaba el aliento), clavó la punta de la pala en el suelo y volteó un poco de tierra.

«¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo!», se decía Mary a sí misma. «¡Te digo que puedes!».

Los ojos redondos de Dickon estaban llenos de ansiosa curiosidad, pero no dijo ni una palabra. Ben Weatherstaff miraba con rostro interesado.

Colin perseveró. Después de remover unas cuantas paladas de tierra, le habló a Dickon muy contento, en su mejor Yorkshire.

«Tú dijiste que me tendrías caminando por aquí como los demás, y dijiste que me tendrías cavando. Pensé que mentías para darme gusto. Hoy es solo el primer día y he caminado, y aquí estoy, cavando».

A Ben Weatherstaff se le volvió a abrir la boca cuando lo oyó, pero

acabó riéndose entre dientes.

«¡Ay!», dijo. «Eso suena como si tuvieras seso de sobra. Eres un muchacho de Yorkshire, no cabe duda. Y estás cavando, además. ¿Te gustaría plantar algo? Puedo traerte un rosal en maceta».

«¡Vaya a buscarlo!», dijo Colin, cavando con entusiasmo. «¡Rápido! ¡Rápido!».

Y se hizo bien rápido, en verdad. Ben Weatherstaff se fue olvidando el reumatismo. Dickon tomó su pala e hizo el hoyo más hondo y más ancho de lo que podía hacerlo un principiante de manos blancas y delgadas. Mary salió a toda prisa a buscar una regadera. Cuando Dickon hubo ahondado el hoyo, Colin siguió removiendo la tierra blanda una y otra vez. Miró al cielo, sonrojado y resplandeciente por el ejercicio tan extrañamente nuevo, por leve que fuera.

«Quiero hacerlo antes de que el sol se ponga del todo, del todo», dijo.

Mary pensó que quizá el sol se demoraba unos minutos a propósito. Ben Weatherstaff trajo el rosal en su maceta desde el invernadero. Venía cojeando por el pasto tan rápido como podía. Él también había empezado a emocionarse. Se arrodilló junto al hoyo y sacó el rosal de la maceta con la tierra.

«Toma, muchacho», dijo, dándole la planta a Colin. «Plántala tú mismo en la tierra, como hace el rey cuando va a un lugar nuevo».

Las manos blancas y delgadas temblaron un poco, y el rubor de Colin se hizo más intenso cuando puso el rosal en la tierra suelta y lo sostuvo mientras el viejo Ben afirmaba el suelo. Lo rellenaron, lo apretaron y lo dejaron firme. Mary estaba inclinada hacia adelante, apoyada en manos y rodillas. Hollín había bajado volando y se acercó a pasitos para ver qué hacían. Nuez y Cáscara parloteaban sobre el asunto desde un cerezo.

«¡Está plantado!», dijo Colin por fin. «Y el sol apenas se está deslizando por el borde. Ayúdame a levantarme, Dickon. Quiero estar de pie cuando se vaya. Eso es parte de la Magia».

Y Dickon lo ayudó, y la Magia, o lo que fuera, le dio tanta fuerza que cuando el sol se deslizó por el borde y puso fin a la extraña y hermosa tarde para ellos allí, estaba de pie sobre sus dos pies, riendo.

XXIII. Magia

El doctor Craven llevaba un buen rato esperando en la casa cuando ellos regresaron. De hecho había empezado a preguntarse si no sería prudente mandar a alguien a explorar los senderos del jardín. Cuando llevaron a Colin de vuelta a su cuarto, el pobre hombre lo examinó con seriedad.

«No deberías haberte quedado tanto tiempo», dijo. «No debes esforzarte demasiado».

«No estoy nada cansado», dijo Colin. «Me ha sanado. Mañana voy a salir en la mañana además de la tarde».

«No estoy seguro de poder permitírtelo», respondió el doctor Craven. «Temo que no sería prudente».

«Lo que no sería prudente es tratar de impedírmelo», dijo Colin con total seriedad. «Voy a ir».

Hasta Mary había descubierto que una de las principales rarezas de Colin era que no tenía la menor idea de lo grosero que era, con su manera de dar órdenes a la gente. Había vivido toda la vida en una especie de isla desierta y, como había sido su rey, se había hecho sus propios modales y no había tenido a nadie con quien compararse. Mary misma había sido bastante parecida a él, y desde que estaba en Misselthwaite había ido descubriendo poco a poco que sus modales no eran de los usuales ni de los que gustan. Hecho este descubrimiento, le pareció naturalmente lo bastante interesante como para comunicárselo a Colin. Así que se sentó y lo miró con curiosidad durante unos minutos después de que el doctor Craven se fue. Quería hacer que él le preguntara por qué lo hacía, y por supuesto lo preguntó.

«¿Por qué me miras?», dijo.

«Estoy pensando que me da bastante pena el doctor Craven».

«A mí también», dijo Colin con calma, aunque no sin un aire de

cierta satisfacción. «Ya no se quedará con Misselthwaite, ahora que no me voy a morir».

«Me da pena por eso, por supuesto», dijo Mary, «pero justo pensaba que debe de haber sido horrible tener que ser educado durante diez años con un niño que siempre era grosero. Yo nunca lo habría hecho».

«¿Soy grosero?», preguntó Colin sin inmutarse.

«Si hubieras sido hijo suyo y él hubiera sido un hombre de los que dan bofetadas», dijo Mary, «te habría dado una».

«Pero no se atreve», dijo Colin.

«No, no se atreve», respondió la señorita Mary, pensando el asunto sin ningún prejuicio. «Nadie se atrevió nunca a hacer nada que a ti no te gustara, porque ibas a morir y cosas así. Dabas tanta pena».

«Pero», anunció Colin, obstinado, «no voy a dar pena. No dejaré que la gente lo piense. Esta tarde me puse de pie».

«Lo que te ha hecho tan raro es salirte siempre con la tuya», siguió Mary, pensando en voz alta.

Colin volvió la cabeza, frunciendo el ceño.

«¿Soy raro?», exigió saber.

«Sí», respondió Mary, «mucho. Pero no tienes por qué enojarte», añadió con imparcialidad, «porque yo también soy rara, y Ben Weatherstaff también. Pero ya no soy tan rara como antes de empezar a querer a la gente y antes de encontrar el jardín».

«No quiero ser raro», dijo Colin. «No lo voy a ser», y volvió a fruncir el ceño con determinación.

Era un niño muy orgulloso. Estuvo un rato tendido pensando, y luego Mary vio que empezaba su hermosa sonrisa y le iba cambiando poco a poco toda la cara.

«Dejaré de ser raro», dijo, «si voy todos los días al jardín. Allí hay Magia, buena Magia, ¿sabes, Mary? Estoy seguro de que la hay».

«Yo también», dijo Mary.

«Aunque no sea Magia de verdad», dijo Colin, «podemos hacer como si lo fuera. *Algo* hay allí, ¡*algo*!».

«Es Magia», dijo Mary, «pero no negra. Es blanca como la nieve».

Siempre la llamaron Magia, y en verdad lo parecía durante los meses que siguieron, los meses maravillosos, los meses radiantes, los meses asombrosos. ¡Ay, las cosas que sucedieron en aquel jardín! Si usted nunca ha tenido un jardín, no puede entenderlo, y si ha tenido uno, sabrá que haría falta un libro entero para describir todo lo que ocurrió allí. Al principio parecía que las cosas verdes no iban a dejar nunca de abrirse paso por la tierra, en el pasto, en los canteros, hasta en las grietas de los muros. Después las cosas verdes empezaron a mostrar capullos, y los capullos empezaron a desplegarse y a mostrar color, todos los tonos del azul, todos los tonos del púrpura, todos los matices y colores del carmesí. En sus días felices se habían metido flores en cada palmo, agujero y rincón. Ben Weatherstaff lo había visto hacer, y él mismo había rascado el mortero de entre los ladrillos del muro y hecho bolsillos de tierra para que crecieran en ellos hermosas plantas trepadoras. Lirios y azucenas blancas se alzaban del pasto en gavillas, y los recovecos verdes se llenaban de asombrosos ejércitos de lanzas de flores azules y blancas, de altas espuelas de caballero, aguileñas o campánulas.

«Ella les tenía mucho cariño, de veras», dijo Ben Weatherstaff. «Le gustaban esas flores que siempre señalan hacia el cielo azul, solía decir. No era de esas que miran con desdén a la tierra, no, ella no. La quería mucho, pero decía que el cielo azul siempre parecía tan alegre».

Las semillas que Dickon y Mary habían plantado crecieron como si las hubieran cuidado las hadas. Amapolas satinadas de todos los colores bailaban en la brisa por docenas, desafiando alegremente a las flores que habían vivido años en el jardín y que, hay que confesarlo, parecían preguntarse cómo había llegado allí gente tan nueva. ¡Y las rosas, las rosas! Alzándose del pasto, enredadas en el reloj de sol, coronando los troncos de los árboles y colgando de sus ramas, trepando por los muros y extendiéndose sobre ellos con largas guirnaldas que caían en

cascadas, cobraban vida día a día, hora a hora. Hojas hermosas y frescas, y capullos, y más capullos, diminutos al principio, pero que se hinchaban y obraban Magia hasta que reventaban y se desplegaban en copas de perfume que se derramaban delicadamente por los bordes y llenaban el aire del jardín.

Colin lo veía todo, observando cada cambio a medida que ocurría. Cada mañana lo sacaban, y cada hora de cada día que no llovía la pasaba en el jardín. Hasta los días grises le gustaban. Se tendía en el pasto a «ver crecer las cosas», decía. Si uno miraba el tiempo suficiente, afirmaba, podía ver cómo los capullos se desenvainaban. Además se podía conocer a unos extraños bichos afanosos que corrían de aquí para allá en diversas tareas desconocidas, pero evidentemente serias, a veces cargando diminutos trozos de paja, de pluma o de comida, o trepando por briznas de pasto como si fueran árboles desde cuyas copas se pudiera mirar a lo lejos para explorar la comarca. Un topo que levantaba su montículo al final de la galería y que por fin salía con las patas de largas uñas que se parecían tanto a manos de duende, lo había absorbido toda una mañana. Las costumbres de las hormigas, de los escarabajos, de las abejas, de las ranas, de los pájaros, de las plantas, le dieron un mundo nuevo que explorar, y cuando Dickon se las reveló todas y añadió las costumbres de los zorros, de las nutrias, de los hurones, de las ardillas, de las truchas, de las ratas de agua y de los tejones, no hubo fin de cosas de qué hablar y en qué pensar.

Y esto no era ni la mitad de la Magia. El hecho de haberse puesto de pie de verdad una vez había puesto a Colin a pensar muchísimo, y cuando Mary le habló del hechizo que ella había hecho, se emocionó y lo aprobó mucho. Hablaba de ello constantemente.

«Por supuesto que debe de haber mucha Magia en el mundo», dijo sabiamente un día, «pero la gente no sabe cómo es ni cómo hacerla. Quizá el comienzo sea simplemente decir que van a pasar cosas buenas hasta que uno hace que pasen. Voy a hacer un experimento».

A la mañana siguiente, cuando fueron al jardín secreto, mandó lla-

mar de inmediato a Ben Weatherstaff. Ben vino tan rápido como pudo y encontró al rajá de pie bajo un árbol, con aspecto muy grandioso pero también con una hermosa sonrisa.

«Buenos días, Ben Weatherstaff», dijo. «Quiero que usted, Dickon y la señorita Mary se pongan en fila y me escuchen, porque voy a decirles algo muy importante».

«¡A la orden, señor!», respondió Ben Weatherstaff, tocándose la frente. (Uno de los encantos largamente ocultos de Ben Weatherstaff era que en su niñez se había escapado una vez al mar y había hecho viajes. Así que podía responder como marinero).

«Voy a probar un experimento científico», explicó el rajá. «Cuando sea grande voy a hacer grandes descubrimientos científicos, y voy a empezar ahora con este experimento».

«¡A la orden, señor!», dijo Ben Weatherstaff al instante, aunque era la primera vez que oía hablar de grandes descubrimientos científicos.

También era la primera vez que Mary oía hablar de ellos, pero ya en esta etapa había empezado a darse cuenta de que, por raro que fuera, Colin había leído sobre una gran cantidad de cosas singulares y de algún modo era un niño muy convincente. Cuando levantaba la cabeza y fijaba en uno sus ojos extraños, parecía que uno le creía casi a pesar de sí mismo, aunque solo tenía diez años, yendo para once. En este momento era especialmente convincente porque sintió de pronto la fascinación de pronunciar de veras una especie de discurso, como una persona mayor.

«Los grandes descubrimientos científicos que voy a hacer», continuó, «serán sobre la Magia. La Magia es una gran cosa y casi nadie sabe nada de ella, salvo unas pocas personas en libros antiguos, y Mary un poco, porque nació en la India, donde hay faquires. Creo que Dickon sabe algo de Magia, pero quizá no sabe que lo sabe. Encanta a los animales y a las personas. Yo nunca lo habría dejado venir a verme si no fuera encantador de animales, que es también encantador de muchachos, porque un muchacho es un animal. Estoy seguro de que hay

Magia en todo, solo que no tenemos juicio suficiente para agarrarla y hacer que haga cosas por nosotros, como la electricidad, los caballos y el vapor».

Esto sonó tan imponente que Ben Weatherstaff se emocionó bastante y no podía estarse quieto.

«A la orden, señor», dijo, y empezó a ponerse muy derecho.

«Cuando Mary encontró este jardín, parecía del todo muerto», prosiguió el orador. «Luego algo empezó a empujar las cosas desde la tierra y a hacer cosas de la nada. Un día las cosas no estaban y otro día estaban. Yo nunca había observado cosas antes, y eso me dio mucha curiosidad. La gente científica siempre es curiosa, y yo voy a ser científico. Me repito: "¿Qué es? ¿Qué es?". Es algo. ¡No puede ser nada! No sé cómo se llama, así que lo llamo Magia. Nunca he visto salir el sol, pero Mary y Dickon sí, y por lo que ellos me cuentan estoy seguro de que eso también es Magia. Algo lo empuja y lo atrae. A veces, desde que estoy en el jardín, he mirado el cielo a través de los árboles y he tenido una extraña sensación de felicidad, como si algo empujara y atrajera en mi pecho y me hiciera respirar rápido. La Magia siempre está empujando y atrayendo y haciendo cosas de la nada. Todo está hecho de Magia: las hojas y los árboles, las flores y los pájaros, los tejones, los zorros, las ardillas y las personas.[1] Así que debe de estar a nuestro alrededor. En este jardín, en todos los lugares. La Magia de este jardín me ha hecho ponerme de pie y saber que voy a vivir hasta ser un hombre. Voy a hacer el experimento científico de intentar conseguir un poco y meterla en mí y hacer que me empuje y me atraiga y me haga fuerte. No sé cómo se hace, pero creo que si uno sigue pensando en ella y llamándola, quizá vendrá. Quizá ese sea el primer pasito para conseguirla. Cuando yo iba a intentar ponerme de pie aquella primera vez, Mary se decía a sí misma, tan rápido como podía: "¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo!", y lo hice. Tuve que intentarlo yo mismo al mismo tiempo, por supuesto, pero su Magia me ayudó, y también la de Dickon. Cada mañana y cada noche, y tantas veces durante el día como

me acuerde, voy a decir: "¡La Magia está en mí! ¡La Magia me está sanando! ¡Voy a ser tan fuerte como Dickon, tan fuerte como Dickon!". Y todos ustedes también tienen que hacerlo. Ese es mi experimento. ¿Ayudará usted, Ben Weatherstaff?».

«¡A la orden, señor!», dijo Ben Weatherstaff. «¡A la orden!».

«Si lo siguen haciendo cada día con la misma regularidad con que los soldados hacen su instrucción, veremos qué sucede y descubriremos si el experimento tiene éxito. Uno aprende las cosas diciéndolas una y otra vez y pensando en ellas hasta que se quedan en la mente para siempre, y creo que con la Magia ocurrirá lo mismo. Si uno sigue llamándola para que venga y lo ayude, llegará a ser parte de uno, y se quedará y hará cosas».

«Una vez oí a un oficial en la India decirle a mi madre que había faquires que repetían palabras miles de veces», dijo Mary.

«Yo he oído a la mujer de Jem Fettleworth decir lo mismo miles de veces, llamando a Jem bruto borracho», dijo Ben Weatherstaff con sequedad. «Algo salía siempre de eso, de seguro. Él le daba una buena paliza y se iba al Blue Lion y se emborrachaba como una cuba».

Colin juntó las cejas y pensó unos minutos. Luego se animó.

«Bueno», dijo, «ya ve que algo salió de eso. Ella usaba la Magia equivocada hasta que hizo que él le pegara. Si hubiera usado la Magia correcta y hubiera dicho algo amable, quizá él no se habría emborrachado como una cuba y quizá, quizá le habría comprado un sombrero nuevo».

Ben Weatherstaff se rio entre dientes y había una sagaz admiración en sus ojillos viejos.

«Eres un muchacho listo además de tener las piernas derechas, señorito Colin», dijo. «La próxima vez que vea a Bess Fettleworth le daré una pista de lo que la Magia puede hacer por ella. Se alegraría un montón si ese experimento de la ciencia funcionara, y Jem también».

Dickon había permanecido escuchando la conferencia, con sus ojos redondos brillando de curioso deleite. Nuez y Cáscara estaban sobre

sus hombros, y sostenía en el brazo un conejo blanco de orejas largas al que acariciaba y acariciaba con suavidad, mientras este se echaba las orejas sobre el lomo y disfrutaba.

«¿Crees que el experimento funcionará?», le preguntó Colin, con ganas de saber qué estaría pensando. Muchas veces se preguntaba qué pensaba Dickon cuando lo veía mirándolo a él o a alguna de sus «criaturas» con su amplia y feliz sonrisa.

Ahora sonrió, y su sonrisa fue más ancha que de costumbre.

«Sí», respondió, «claro que sí. Funcionará igual que las semillas cuando les da el sol. Funcionará de seguro. ¿Empezamos ahora?».

Colin se alegró mucho, y Mary también. Encendido por los recuerdos de faquires y devotos que había visto en ilustraciones, Colin propuso que todos se sentaran con las piernas cruzadas bajo el árbol que hacía de dosel.

«Será como estar sentados en una especie de templo», dijo Colin. «Estoy un poco cansado y quiero sentarme».

«¡Ay!», dijo Dickon, «no has de empezar diciendo que estás cansado. Podrías echar a perder la Magia».

Colin se volvió y lo miró, a sus ojos redondos e inocentes.

«Es verdad», dijo despacio. «Solo debo pensar en la Magia».

Todo parecía de lo más majestuoso y misterioso cuando se sentaron en su círculo. Ben Weatherstaff sentía como si de algún modo lo hubieran llevado a una reunión de oración. Normalmente era muy firme en eso de estar, como él decía, «contra las reuniones de oración», pero siendo este asunto del rajá, no lo tomó a mal y hasta estaba dispuesto a sentirse complacido de que lo llamaran a colaborar. La señorita Mary se sentía solemnemente arrobada. Dickon sostenía su conejo en el brazo, y quizá hizo alguna señal de encantador que nadie oyó, porque cuando se sentó con las piernas cruzadas como los demás, el cuervo, el zorro, las ardillas y el cordero se fueron acercando despacio y formaron parte del círculo, cada uno acomodándose en un lugar de descanso como por voluntad propia.

«Las “criaturas” han venido», dijo Colin con gravedad. «Quieren ayudarnos».

Colin se veía de veras muy hermoso, pensó Mary. Sostenía la cabeza en alto como si se sintiera una especie de sacerdote, y sus ojos extraños tenían una mirada maravillosa. La luz brillaba sobre él a través del dosel del árbol.

«Ahora empezaremos», dijo. «¿Nos balanceamos hacia atrás y hacia adelante, Mary, como si fuéramos derviches?».

«Yo no puedo balancearme pa' atrás ni pa' adelante», dijo Ben Weatherstaff. «Tengo reumatismo».

«La Magia se lo quitará», dijo Colin en tono de Sumo Sacerdote, «pero no nos balancearemos hasta que lo haya hecho. Solo cantaremos».

«Yo no puedo cantar», dijo Ben Weatherstaff, un poco malhumorado. «Me echaron del coro de la iglesia la única vez que lo intenté».

Nadie sonrió. Todos lo tomaban demasiado en serio. Ni una sombra cruzó el rostro de Colin. Pensaba solo en la Magia.

«Entonces cantaré yo», dijo. Y empezó, con aspecto de extraño espíritu de muchacho. «El sol brilla, el sol brilla. Eso es la Magia. Las flores crecen, las raíces se agitan. Eso es la Magia. Estar vivo es la Magia, ser fuerte es la Magia. La Magia está en mí, la Magia está en mí. Está en mí, está en mí. Está en cada uno de nosotros. Está en la espalda de Ben Weatherstaff. ¡Magia! ¡Magia! ¡Ven y ayuda!».

Lo dijo muchísimas veces, no mil veces, pero sí un buen número. Mary escuchaba embelesada. Sentía que era a la vez raro y hermoso, y quería que él siguiera y siguiera. Ben Weatherstaff empezó a sentirse arrullado hasta caer en una especie de sueño que era bastante agradable. El zumbido de las abejas entre las flores se mezclaba con la voz que cantaba y se fundía con modorra en un adormecimiento. Dickon estaba sentado con las piernas cruzadas, con su conejo dormido en el brazo y una mano apoyada en el lomo del cordero. Hollín había apartado a una ardilla y se había acurrucado junto a él, en su hombro, con

la película gris caída sobre los ojos. Por fin Colin se detuvo.

«Ahora voy a caminar por el jardín», anunció.

La cabeza de Ben Weatherstaff acababa de caérsele hacia adelante, y la levantó con una sacudida.

«Usted se ha dormido», dijo Colin.

«Nada de eso», farfulló Ben. «El sermón estuvo bastante bien, pero tengo que irme antes de la colecta».

Aún no estaba del todo despierto.

«No está en la iglesia», dijo Colin.

«Yo no», dijo Ben, enderezándose. «¿Quién dijo que lo estaba? Lo oí todo. Dijiste que la Magia estaba en mi espalda. El médico lo llama reumatismo».

El rajá agitó la mano.

«Esa era la Magia equivocada», dijo. «Usted se mejorará. Tiene mi permiso para ir a su trabajo. Pero vuelva mañana».

«Me gustaría verte caminar por el jardín», gruñó Ben.

No era un gruñido poco amistoso, pero era un gruñido. En realidad, como era un viejo testarudo y no tenía entera fe en la Magia, había decidido que si lo mandaban lejos subiría por su escalera y miraría por encima del muro, para estar listo a volver cojeando si hubiera algún tropiezo.

Al rajá no le molestó que se quedara, y así se formó la procesión. Parecía de veras una procesión. Colin iba a la cabeza, con Dickon a un lado y Mary al otro. Ben Weatherstaff caminaba detrás, y las «criaturas» los seguían a la zaga, el cordero y el cachorro de zorro pegados a Dickon, el conejo blanco saltando o deteniéndose a mordisquear, y Hollín detrás con la solemnidad de quien se sentía a cargo.

Era una procesión que avanzaba despacio pero con dignidad. Cada pocos metros se detenía a descansar. Colin se apoyaba en el brazo de Dickon, y Ben Weatherstaff, en secreto, vigilaba con atención, pero de vez en cuando Colin retiraba la mano de su apoyo y caminaba unos pasos solo. Llevaba la cabeza en alto todo el tiempo y se veía muy gran-

dioso.

«¡La Magia está en mí!», seguía diciendo. «¡La Magia me está haciendo fuerte! ¡Lo siento! ¡Lo siento!».

Parecía muy cierto que algo lo sostenía y lo elevaba. Se sentó en los bancos de los recovecos, una o dos veces se sentó en el pasto, y varias veces se detuvo en el sendero y se apoyó en Dickon, pero no se rindió hasta haber dado toda la vuelta al jardín. Cuando regresó al árbol del dosel, tenía las mejillas encendidas y se veía triunfante.

«¡Lo logré! ¡La Magia funcionó!», gritó. «Ese es mi primer descubrimiento científico».

«¿Qué dirá el doctor Craven?», soltó Mary.

«No dirá nada», respondió Colin, «porque no se le va a contar. Este será el secreto más grande de todos. Nadie ha de saber nada hasta que yo haya llegado a ser tan fuerte que pueda caminar y correr como cualquier otro muchacho. Vendré aquí todos los días en mi silla y me llevarán de vuelta en ella. No quiero que la gente ande cuchicheando y preguntando, y no dejaré que mi padre se entere hasta que el experimento haya tenido pleno éxito. Entonces, algún día en que vuelva a Misselthwaite, entraré caminando a su estudio y le diré: "Aquí estoy; soy como cualquier otro muchacho. Estoy perfectamente sano y viviré hasta ser un hombre. Se ha logrado con un experimento científico"».

«Pensará que está soñando», gritó Mary. «No creerá lo que ven sus ojos».

Colin se sonrojó de triunfo. Se había convencido a sí mismo de que iba a sanar, lo cual era en realidad más de la mitad de la batalla, si hubiera sido consciente de ello. Y el pensamiento que más lo estimulaba era este: imaginar cómo se vería su padre cuando viera que tenía un hijo tan derecho y fuerte como los hijos de otros padres. Una de sus desdichas más oscuras en los días malsanos y morbosos del pasado había sido su odio a ser un niño enfermizo, de espalda débil, a quien su padre tenía miedo de mirar.

«Tendrá que creerles a sus ojos», dijo.

«Una de las cosas que voy a hacer, cuando la Magia haya funcionado y antes de empezar a hacer descubrimientos científicos, es ser atleta».

«Te tendremos metido en el boxeo dentro de una semana o así», dijo Ben Weatherstaff. «Terminarás ganando el Cinturón y siendo campeón de boxeo de toda Inglaterra».

Colin fijó en él los ojos con severidad.

«Weatherstaff», dijo, «eso es una falta de respeto. No debe tomarse libertades porque esté en el secreto. Por mucho que funcione la Magia, no seré boxeador. Seré un Descubridor Científico».

«Perdón, perdón, señor», respondió Ben, tocándose la frente en saludo. «Debí haberme dado cuenta de que no era cosa de broma», pero le centelleaban los ojos y en secreto estaba inmensamente contento. En verdad no le importaba que lo pusieran en su lugar, porque eso significaba que el muchacho iba ganando fuerza y ánimo.

---

1. N. del E.: la «Magia» de Colin es un juego de niños, y el mismo libro lo dice («Aunque no sea Magia de verdad», dice Colin, «podemos hacer como si lo fuera»). No es la magia que la Iglesia rechaza, que pretende dominar poderes ocultos para ponerlos al propio servicio, aunque sea para procurar la salud (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2117). Lo que Colin busca a tientas, eso que hace salir el sol y crecer las cosas «de la nada», el lector cristiano puede reconocerlo en el Creador, que no abandona su obra, sino que «la mantiene a cada instante en el ser» (n. 301); en el capítulo XXVI la señora Sowerby lo llama «el Hacedor de la Alegría». La confianza y el buen ánimo ayudan a sanar, pero la salud no depende de repetir palabras: es un don que se pide a Dios (n. 2111 y 1508).

XXIV. «Que se rían»

El jardín secreto no era el único en que trabajaba Dickon. Alrededor de la cabaña en el páramo había un pedazo de terreno cercado por un muro bajo de piedras toscas. Temprano en la mañana, al caer la tarde en el crepúsculo que se apagaba, y todos los días en que Colin y Mary no lo veían, Dickon trabajaba allí plantando o cuidando papas y repollos, nabos y zanahorias y hierbas para su madre. En compañía de sus «criaturas» hacía allí maravillas y parecía no cansarse nunca de hacerlas. Mientras cavaba o desmalezaba, silbaba o cantaba trozos de canciones del páramo de Yorkshire, o le hablaba a Hollín, a Capitán o a los hermanos y hermanas que había enseñado a ayudarlo.

«Nunca estaríamos tan bien como estamos», decía la señora Sowerby, «si no fuera por el huerto de Dickon. Todo le crece. Sus papas y sus repollos son el doble de grandes que los de cualquier otro, y tienen un sabor que los de nadie más tienen».

Cuando encontraba un momento libre, le gustaba salir a conversar con él. Después de la cena quedaba todavía un largo y claro crepúsculo para trabajar, y ese era su rato de calma. Podía sentarse en el muro bajo y rústico, mirar y oír las historias del día. Amaba esa hora. En este huerto no había solo hortalizas. Dickon había comprado de vez en cuando paquetes de semillas de flores por un penique y había sembrado cosas de colores vivos y dulce perfume entre los groselleros y hasta entre los repollos, y cultivaba bordes de reseda, claveles y pensamientos, y cosas cuyas semillas podía guardar año tras año o cuyas raíces florecían cada primavera y con el tiempo se extendían en hermosas matas. El muro bajo era una de las cosas más lindas de Yorkshire, porque había metido digitales del páramo, helechos, berros de roca y flores de seto en cada grieta, hasta que solo aquí y allá se vislumbraban las piedras.

«Todo lo que tiene que hacer uno para que prosperen, madre», decía, «es ser amigo de ellas, nada más. Son igualitas que las "criaturas". Si tienen sed, se les da de beber, y si tienen hambre, se les da un poco de comida. Quieren vivir igual que nosotros. Si se murieran, sentiría que había sido un mal muchacho y que las había tratado sin corazón».

En esas horas del crepúsculo la señora Sowerby se enteraba de todo lo que pasaba en la mansión de Misselthwaite. Al principio solo le dijeron que al «señorito Colin» le había dado por salir a los terrenos con la señorita Mary, y que le estaba haciendo bien. Pero no pasó mucho tiempo antes de que los dos niños acordaran que la madre de Dickon podía «entrar en el secreto». De algún modo no se dudó de que era «de total confianza».

Así que una hermosa y quieta tarde Dickon contó la historia entera, con todos los emocionantes detalles de la llave enterrada, el petirrojo, la bruma gris que parecía muerte y el secreto que la señorita Mary había planeado no revelar nunca. La llegada de Dickon y cómo se lo habían contado, las dudas del señorito Colin y el drama final de su presentación en el dominio escondido, junto con el incidente del rostro furioso de Ben Weatherstaff asomado sobre el muro y la repentina y airada fuerza del señorito Colin, hicieron que el agradable rostro de la señora Sowerby cambiara de color varias veces.

«¡Caramba!», dijo. «Qué bueno que esa niñita vino a la mansión. Eso la ha cambiado a ella y lo ha salvado a él. ¡De pie sobre sus piernas! Y nosotros todos pensando que era un pobre muchacho medio tonto sin un hueso derecho en el cuerpo».

Hizo muchísimas preguntas, y sus ojos azules se veían muy pensativos.

«¿Qué piensan de esto en la mansión, de que esté tan bien y tan alegre y que nunca se queje?», preguntó.

«No saben qué pensar», respondió Dickon. «Cada día que pasa, su cara se ve distinta. Se le va llenando y ya no se ve tan afilada, y se le va el color de cera. Pero tiene que quejarse su poquito», añadió con

una sonrisa muy divertida.

«¿Para qué, por el amor de Dios?», preguntó la señora Sowerby.

Dickon se rio entre dientes.

«Lo hace para que no adivinen lo que ha pasado. Si el doctor supiera que ha descubierto que puede tenerse en pie, seguro que le escribiría al señor Craven. El señorito Colin se guarda el secreto para contárselo él mismo. Va a practicar su Magia en las piernas todos los días hasta que su padre vuelva, y entonces va a entrar marchando en su cuarto y mostrarle que está tan derecho como los otros muchachos. Pero él y la señorita Mary piensan que lo mejor es gemir y lamentarse un poquito de vez en cuando para despistar a la gente».

La señora Sowerby ya se reía con una risa baja y cómoda mucho antes de que él terminara su última frase.

«¡Ay!», dijo, «esos dos se están divirtiendo de lo lindo, me lo apuesto. Van a sacarle buen provecho a la actuación, y no hay nada que a los niños les guste tanto como actuar. A ver, cuéntame qué hacen, Dickon, hijo».

Dickon dejó de desmalezar y se sentó sobre los talones para contárselo. Los ojos le chispeaban de diversión.

«Al señorito Colin lo bajan en brazos a su silla cada vez que sale», explicó. «Y le grita a John, el lacayo, por no cargarlo con bastante cuidado. Se pone lo más desvalido que puede y nunca levanta la cabeza hasta que estamos fuera de la vista de la casa. Y gruñe y se queja bastante cuando lo acomodan en la silla. A él y a la señorita Mary les ha dado por disfrutarlo, y cuando él gime y se queja, ella dice: "¡Pobre Colin! ¿Te duele tanto? ¿Eres tan débil, pobre Colin?". Pero el problema es que a veces apenas pueden aguantarse de soltar la carcajada. Cuando llegamos a salvo al jardín, se ríen hasta que no les queda aire para reír. Y tienen que meter la cara en los cojines del señorito Colin para que no los oigan los jardineros, si hay alguno por ahí».

«¡Mientras más se rían, mejor para ellos!», dijo la señora Sowerby, riendo ella también. «La risa sana de los niños es mejor que las píldo-

ras cualquier día del año. Esos dos van a engordar, seguro».

«Están engordando», dijo Dickon. «Tienen tanta hambre que no saben cómo conseguir bastante comida sin dar que hablar. El señorito Colin dice que si sigue pidiendo más comida no creerán que es inválido en absoluto. La señorita Mary dice que le dejará comerse su parte, pero él dice que si ella pasa hambre se pondrá flaca, y que tienen que engordar los dos a la vez».

La señora Sowerby se rio tan de corazón ante la revelación de esta dificultad que se meció hacia atrás y hacia adelante en su capa azul, y Dickon se rio con ella.

«Te diré lo que haremos, hijo», dijo la señora Sowerby cuando pudo hablar. «He pensado en una manera de ayudarlos. Cuando vayas a verlos por las mañanas, llevarás un balde de leche buena y recién ordeñada, y yo les hornearé un pan de campo crujiente o unos bollos con pasas, como les gustan a ustedes los niños. No hay nada tan bueno como leche fresca y pan. Así podrían quitarse lo peor del hambre mientras están en su jardín, y la buena comida que les dan dentro de la casa haría el resto».

«¡Ay, madre!», dijo Dickon con admiración, «¡qué maravilla eres! Siempre le ves salida a las cosas. Ayer estaban en un apuro. No veían cómo se las iban a arreglar sin pedir más comida; se sentían tan vacíos por dentro».

«Son dos criaturas que crecen rápido, y la salud les está volviendo a los dos. Niños así se sienten como lobos jóvenes, y la comida se les hace carne y sangre», dijo la señora Sowerby. Entonces sonrió con la propia sonrisa curva de Dickon. «¡Ay, pero se están divirtiendo de veras!», dijo.

Tenía toda la razón, aquella madre tan acogedora y maravillosa, y nunca la había tenido más que cuando dijo que su «actuación» sería su alegría. Para Colin y Mary fue una de sus diversiones más emocionantes. La idea de protegerse de las sospechas se la habían dado sin querer, primero la enfermera, desconcertada, y luego el propio doctor Cra-

ven.

«Su apetito está mejorando mucho, señorito Colin», había dicho la enfermera un día. «Antes no comía nada, y tantas cosas le caían mal».

«Ahora nada me cae mal», respondió Colin, y entonces, al ver que la enfermera lo miraba con curiosidad, recordó de pronto que quizá no debía mostrarse tan bien todavía. «Al menos las cosas no me caen mal tan a menudo. Es el aire fresco».

«Quizá lo sea», dijo la enfermera, mirándolo todavía con expresión desconcertada. «Pero tengo que hablar de esto con el doctor Craven».

«¡Cómo te miraba!», dijo Mary cuando ella se fue. «Como si pensara que hay algo que descubrir».

«No quiero que descubra cosas», dijo Colin. «Nadie debe empezar a descubrir todavía».

Cuando el doctor Craven vino esa mañana, también parecía desconcertado. Hizo muchas preguntas, para gran fastidio de Colin.

«Te quedas mucho en el jardín», comentó. «¿Adónde vas?».

Colin adoptó su aire favorito de digna indiferencia ante la opinión ajena.

«No dejaré que nadie sepa adónde voy», respondió. «Voy a un lugar que me gusta. Todos tienen la orden de mantenerse lejos. No quiero que me vigilen ni me miren. ¡Usted lo sabe!».

«Parece que pasas fuera todo el día, pero no creo que te haya hecho daño; no lo creo. La enfermera dice que comes mucho más de lo que has comido nunca».

«Quizá», dijo Colin, impulsado por una súbita inspiración, «quizá sea un apetito antinatural».

«No lo creo, ya que la comida parece sentarte bien», dijo el doctor Craven. «Estás subiendo de peso rápidamente y tienes mejor color».

«Quizá, quizá esté hinchado y con fiebre», dijo Colin, adoptando un desalentador aire sombrío. «Los que no van a vivir suelen estar... distintos».

El doctor Craven movió la cabeza. Sostenía la muñeca de Colin, y

le subió la manga y le palpó el brazo.

«No tienes fiebre», dijo pensativo, «y el peso que has ganado es sano. Si puedes mantener esto, muchacho, no tendremos que hablar de morir. Tu padre se alegrará de oír esta notable mejoría».

«¡No quiero que se le diga!», estalló Colin con fiereza. «Solo lo decepcionaría si vuelvo a empeorar, y puedo empeorar esta misma noche. Podría darme una fiebre altísima. Siento que podría estar empezando a darme una ahora. No quiero que se escriban cartas a mi padre, ¡no quiero, no quiero! Usted me está enojando, y sabe que eso es malo para mí. Ya siento calor. ¡Odio que escriban sobre mí y que hablen de mí tanto como odio que me miren!».

«¡Calma, muchacho!», lo calmó el doctor Craven. «No se escribirá nada sin tu permiso. Eres demasiado sensible. No debes deshacer el bien que se ha hecho».

No dijo más sobre escribirle al señor Craven, y cuando vio a la enfermera le advirtió en privado que no se debía mencionar esa posibilidad al paciente.

«El niño ha mejorado extraordinariamente», dijo. «Su avance parece casi anormal. Pero por supuesto, ahora hace por su propia voluntad lo que antes no pudimos hacerle hacer. Aun así, se altera con mucha facilidad y no hay que decirle nada que lo irrite».

Mary y Colin se alarmaron mucho y hablaron entre ellos con inquietud. De ese momento data su plan de «actuación».

«Puede que me vea obligado a tener una pataleta», dijo Colin con pesar. «No quiero tener una, y ahora no estoy lo bastante desdichado como para hacer una de las grandes. Quizá ni siquiera podría tener una. Ya no se me hace ese nudo en la garganta, y sigo pensando en cosas lindas en vez de horribles. Pero si hablan de escribirle a mi padre, tendré que hacer algo».

Decidió comer menos, pero por desgracia no era posible llevar a cabo esta brillante idea cuando despertaba cada mañana con un apetito asombroso y la mesa junto a su sofá estaba puesta con un desayuno de

pan casero y mantequilla fresca, huevos blancos como la nieve, mermelada de frambuesa y crema cuajada. Mary siempre desayunaba con él, y cuando se encontraban ante la mesa, sobre todo si había delicadas lonjas de jamón chisporroteante que despedían tentadores aromas bajo una tapa de plata caliente, se miraban a los ojos con desesperación.

«Creo que tendremos que comérnoslo todo esta mañana, Mary», acababa siempre diciendo Colin. «Podemos devolver parte del almuerzo y buena parte de la cena».

Pero nunca fueron capaces de devolver nada, y los platos vacíos que volvían a la despensa, relucientes de limpios, daban mucho que hablar.

«Cómo quisiera», decía también Colin, «cómo quisiera que las lonjas de jamón fueran más gruesas, y un panecillo para cada uno no es suficiente para nadie».

«Es suficiente para una persona que va a morir», respondió Mary la primera vez que lo oyó, «pero no es suficiente para una persona que va a vivir. A veces siento que podría comerme tres cuando esos lindos olores frescos de brezo y aulaga del páramo entran a raudales por la ventana abierta».

La mañana en que Dickon, después de haber pasado unas dos horas divirtiéndose en el jardín, fue detrás de un gran rosal y sacó dos baldes de lata y reveló que uno estaba lleno de leche rica y recién ordeñada con crema encima, y que el otro contenía bollos con pasas hechos en la cabaña, envueltos en una servilleta azul y blanca limpia, bollos tan cuidadosamente arropados que todavía estaban calientes, hubo un alboroto de alegría sorprendida. ¡Qué cosa maravillosa se le había ocurrido a la señora Sowerby! ¡Qué mujer amable e ingeniosa debía de ser! ¡Qué buenos estaban los bollos! ¡Y qué deliciosa la leche fresca!

«La Magia está en ella igual que en Dickon», dijo Colin. «Hace que se le ocurran maneras de hacer cosas, cosas lindas. Es una persona de Magia. Dile que estamos agradecidos, Dickon, sumamente agradeci-

dos».

A veces le daba por usar frases bastante de adulto. Le gustaban. Le gustó tanto esta que la mejoró.

«Dile que ha sido muy generosa y que nuestra gratitud es extrema».

Y luego, olvidando su grandeza, se lanzó sobre la comida y se atiborró de bollos y bebió leche del balde a grandes tragos, a la manera de cualquier niñito hambriento que ha hecho un ejercicio fuera de lo común y respirado aire de páramo y cuyo desayuno ha quedado más de dos horas atrás.

Este fue el comienzo de muchos incidentes agradables del mismo tipo. De hecho cayeron en la cuenta de que, como la señora Sowerby tenía catorce personas a quienes dar de comer, quizá no tendría suficiente para satisfacer dos apetitos más cada día. Así que le pidieron que los dejara mandar algunos de sus chelines para comprar cosas.

Dickon hizo el estimulante descubrimiento de que en el bosque del parque, fuera del jardín, donde Mary lo había encontrado por primera vez tocando la flauta a las criaturas salvajes, había una hondonada pequeña y profunda donde se podía construir con piedras una especie de hornito y asar en él papas y huevos. Los huevos asados eran un lujo antes desconocido, y las papas bien calientes con sal y mantequilla fresca eran dignas de un rey del bosque, además de ser deliciosamente saciantes. Se podían comprar tanto las papas como los huevos y comer todos los que se quisiera sin sentir que se le quitaba comida de la boca a catorce personas.

Cada hermosa mañana se obraba la Magia en el círculo místico bajo el ciruelo, que daba un dosel de hojas verdes cada vez más espesas, pasado su breve tiempo de flor. Después de la ceremonia, Colin hacía siempre su ejercicio de caminar, y a lo largo del día ejercitaba a ratos su poder recién hallado. Cada día se hacía más fuerte, podía caminar con más firmeza y recorrer más terreno. Y cada día creía con más fuerza en la Magia, y con razón. Ensayó un experimento tras otro a medida que se sentía ganar fuerzas, y fue Dickon quien le mostró las mejo-

res cosas de todas.

«Ayer», dijo una mañana después de haberse ausentado, «fui a Thwaite por mi madre, y cerca de la posada Blue Cow vi a Bob Haworth. Es el hombre más fuerte del páramo. Es el campeón de lucha, y salta más alto que cualquier otro y lanza el martillo más lejos. Ha ido hasta Escocia a los torneos algunos años. Me conoce desde que era chico, es de trato amistoso, y le hice algunas preguntas. Los señores lo llaman atleta, y pensé en ti, señorito Colin, y le dije: "¿Cómo hiciste para que se te marcaran así los músculos, Bob? ¿Hiciste algo especial para ponerte tan fuerte?". Y él me dice: "Pues sí, muchacho, lo hice. Un hombre fuerte de un espectáculo que vino una vez a Thwaite me enseñó cómo ejercitar los brazos y las piernas y cada músculo del cuerpo". Y yo le digo: "¿Podría un muchacho delicado hacerse más fuerte con ellos, Bob?", y se rio y me dice: "¿Eres tú el muchacho delicado?", y yo le digo: "No, pero conozco a un joven señor que se está curando de una larga enfermedad y quisiera saber algunos de esos trucos para contárselos". No dije nombres y él no preguntó ninguno. Es amistoso, como te dije, y se puso de pie y me lo mostró de buena manera, y yo imité lo que hizo hasta aprendérmelo de memoria».

Colin había estado escuchando con emoción.

«¿Puedes mostrármelo?», exclamó. «¿Lo harás?».

«Claro que sí», respondió Dickon, levantándose. «Pero dice que has de hacerlos con suavidad al principio y tener cuidado de no cansarte. Descansar entre uno y otro, respirar hondo y no pasarte».

«Tendré cuidado», dijo Colin. «¡Muéstramelo! ¡Muéstramelo! ¡Dickon, eres el muchacho con más Magia del mundo!».

Dickon se puso de pie en el pasto y fue haciendo despacio una serie cuidadosamente práctica pero sencilla de ejercicios musculares. Colin los miraba con los ojos cada vez más abiertos. Podía hacer algunos sentado. Al poco rato hizo algunos con suavidad de pie, sobre sus pies ya firmes. Mary empezó a hacerlos también. Hollín, que observaba la función, se alteró mucho, dejó su rama y saltó inquieto de un lado a otro

porque él no podía hacerlos.

Desde entonces los ejercicios formaron parte de las tareas del día tanto como la Magia. Colin y Mary podían hacer más de ellos cada vez que lo intentaban, y los apetitos resultantes eran tales que, de no ser por la canasta que Dickon dejaba detrás del arbusto cada mañana cuando llegaba, no habrían sabido qué hacer. Pero el hornito de la hondonada y los regalos de la generosa señora Sowerby saciaban tanto que la señora Medlock, la enfermera y el doctor Craven volvieron a quedar desconcertados. Uno puede picotear el desayuno y hacerle el desprecio a la comida si está lleno hasta el borde de huevos asados y papas, y leche fresca ricamente espumosa, y tortas de avena, y bollos, y miel de brezo, y crema cuajada.

«Casi no comen nada», dijo la enfermera. «Se morirán de inanición si no se les puede persuadir de que tomen algo de alimento. Y sin embargo, miren cómo se ven».

«¡Miren!», exclamó la señora Medlock con indignación. «¡Ay! ¡Me tienen loca! Son un par de pequeños demonios. Un día reventando sus chaquetas y al siguiente haciéndole ascos a las mejores comidas con que la cocinera trata de tentarlos. Ayer no le metieron el tenedor ni a un bocado de aquel pollo tan rico con salsa de pan, y la pobre mujer prácticamente *inventó* un pudín para ellos, y lo devolvieron. Casi lloró. Teme que la culpen si se mueren de hambre».

El doctor Craven vino y miró a Colin larga y cuidadosamente. Tenía una expresión sumamente preocupada cuando la enfermera habló con él y le mostró la bandeja del desayuno casi intacta que había guardado para que la viera, pero más preocupada aún cuando se sentó junto al sofá de Colin y lo examinó. Lo habían llamado a Londres por negocios y no había visto al niño en casi dos semanas. Cuando las criaturas jóvenes empiezan a ganar salud, la ganan rápido. El tinte de cera había abandonado la piel de Colin, y un cálido rosa se asomaba a través de ella; sus hermosos ojos estaban claros, y las ojeras y los huecos de las mejillas y las sienes se habían llenado. Sus mechones, antes os-

curos y pesados, empezaban a verse como si brotaran sanos de la frente, y eran suaves y cálidos de vida. Sus labios eran más llenos y de color normal. De hecho, como imitación de un niño que era un inválido confirmado, era una vergüenza verlo. El doctor Craven le sostuvo la barbilla con la mano y lo estudió.

«Lamento oír que no comes nada», dijo. «Eso no puede ser. Perderás todo lo que has ganado, y has ganado asombrosamente. Comías tan bien hace poco».

«Ya le dije que era un apetito antinatural», respondió Colin.

Mary estaba sentada en su taburete cerca de ahí y de pronto soltó un sonido muy raro que trató de reprimir con tanta violencia que casi acabó ahogándose.

«¿Qué pasa?», dijo el doctor Craven, volviéndose a mirarla.

Mary adoptó un aire muy severo.

«Fue algo entre un estornudo y una tos», replicó con digno reproche, «y se me metió en la garganta».

«Pero», le dijo luego a Colin, «no pude contenerme. Se me escapó porque de repente no pude evitar acordarme de esa última papa grande que te comiste y de cómo se te estiró la boca cuando mordiste esa linda costra gruesa con mermelada y crema cuajada encima».

«¿Hay alguna manera de que esos niños consigan comida a escondidas?», preguntó el doctor Craven a la señora Medlock.

«No hay manera, a menos que la saquen de la tierra o la recojan de los árboles», respondió la señora Medlock. «Se quedan en los terrenos todo el día y no ven a nadie más que el uno al otro. Y si quieren algo distinto de lo que se les sube, solo tienen que pedirlo».

«Bueno», dijo el doctor Craven, «mientras pasar sin comida les siente bien, no necesitamos alterarnos. El niño es una criatura nueva».

«La niña también», dijo la señora Medlock. «Ha empezado a ser decididamente bonita desde que se llenó y perdió su feo gesto agrio. Se le ha puesto el pelo espeso y de aspecto sano, y tiene un color vivo. Era la cosita más malhumorada y de peor genio, y ahora ella y el seño-

rito Colin se ríen juntos como un par de chiquillos locos. Quizá estén engordando con eso».

«Quizá sí», dijo el doctor Craven. «Que se rían».

XXV. La cortina

Y el jardín secreto floreció y floreció, y cada mañana traía nuevos milagros. En el nido del petirrojo había Huevos, y la compañera del petirrojo se sentaba sobre ellos para mantenerlos calientes con su pechito plumoso y sus alas cuidadosas. Al principio estaba muy nerviosa, y el propio petirrojo vigilaba con indignación. Ni siquiera Dickon se acercaba por esos días al rincón de espesa vegetación, sino que esperaba hasta que, por la callada obra de algún hechizo misterioso, pareció haberles hecho entender al alma de la parejita que en el jardín no había nada que no fuera igual a ellos mismos, nada que no comprendiera lo maravilloso de lo que les estaba sucediendo: la belleza y la solemnidad de los Huevos, inmensas, tiernas, terribles y desgarradoras. Si hubiera habido en aquel jardín una sola persona que no supiera, con todo lo más hondo de su ser, que si alguien se llevaba un Huevo o le hacía daño, el mundo entero se pondría a girar, se estrellaría en el espacio y llegaría a su fin; si hubiera habido siquiera una que no lo sintiera y no obrara en consecuencia, no habría podido haber felicidad ni en aquel aire dorado de primavera. Pero todos lo sabían y lo sentían, y el petirrojo y su compañera sabían que ellos lo sabían.

Al principio el petirrojo observaba a Mary y a Colin con aguda inquietud. Por alguna razón misteriosa sabía que no necesitaba vigilar a Dickon. En el primer momento en que posó su ojo negro, brillante como el rocío, sobre Dickon, supo que no era un extraño, sino una especie de petirrojo sin pico ni plumas. Sabía hablar petirrojo (que es una lengua muy distinta, que no se debe confundir con ninguna otra). Hablarle petirrojo a un petirrojo es como hablarle francés a un francés. Dickon siempre se lo hablaba al petirrojo, así que la rara jerigonza que usaba para hablar con los humanos no importaba en absoluto. El petirrojo pensaba que les hablaba esa jerigonza porque no eran lo bastan-

te inteligentes para entender el lenguaje de las aves. Sus movimientos también eran de petirrojo. Nunca asustaban por ser tan bruscos que parecieran peligrosos o amenazantes. Cualquier petirrojo podía entender a Dickon, así que su presencia ni siquiera molestaba.

Pero al comienzo parecía necesario estar en guardia contra los otros dos. En primer lugar, la criatura muchacho no entraba en el jardín con sus piernas. Lo traían empujado en una cosa con ruedas, y le echaban encima pieles de animales salvajes. Eso ya era dudoso. Luego, cuando empezó a ponerse de pie y a moverse, lo hacía de una manera rara, desacostumbrada, y los otros parecían tener que ayudarlo. El petirrojo solía esconderse en un arbusto a mirar esto con ansiedad, con la cabeza inclinada primero hacia un lado y luego hacia el otro. Pensaba que los movimientos lentos podían significar que se preparaba para saltar sobre algo, como hacen los gatos. Cuando los gatos se preparan para saltar, avanzan arrastrándose por el suelo muy despacio. El petirrojo habló mucho de esto con su compañera durante unos días, pero después decidió no tocar más el tema, porque el terror de ella era tan grande que temió que pudiera hacerles daño a los Huevos.

Cuando el muchacho empezó a caminar solo, e incluso a moverse más deprisa, fue un alivio inmenso. Pero durante mucho tiempo (o así le pareció al petirrojo) siguió siendo motivo de cierta preocupación. No se portaba como los demás humanos. Parecía gustarle mucho caminar, pero tenía la costumbre de sentarse o tenderse un rato y luego levantarse de un modo desconcertante para empezar otra vez.

Un día el petirrojo recordó que cuando sus propios padres lo habían obligado a aprender a volar, él había hecho más o menos lo mismo. Había emprendido vuelos cortos de unos pocos metros y luego había tenido que descansar. Así que se le ocurrió que este muchacho estaba aprendiendo a volar, o más bien a caminar. Se lo comentó a su compañera, y cuando le dijo que los Huevos probablemente se comportarían del mismo modo una vez que les salieran las plumas, ella quedó muy tranquilizada e incluso se interesó con ansia y sintió gran placer

en observar al muchacho por el borde de su nido, aunque siempre pensó que los Huevos serían mucho más listos y aprenderían más rápido. Pero luego dijo con indulgencia que los humanos eran siempre más torpes y lentos que los Huevos, y que la mayoría de ellos nunca parecía aprender a volar de verdad. Jamás se los encontraba en el aire ni en las copas de los árboles.

Al cabo de un tiempo el muchacho empezó a moverse como los otros, pero los tres niños hacían a veces cosas extrañas. Se quedaban de pie bajo los árboles y movían los brazos, las piernas y la cabeza de un modo que no era ni caminar, ni correr, ni sentarse. Hacían estos movimientos a intervalos todos los días, y el petirrojo nunca pudo explicarle a su compañera lo que hacían ni lo que intentaban hacer. Solo podía decir que estaba seguro de que los Huevos jamás aletearían de esa manera; pero como el muchacho que hablaba petirrojo con tanta soltura lo hacía con ellos, las aves podían estar bien seguras de que esos actos no eran peligrosos. Por supuesto, ni el petirrojo ni su compañera habían oído hablar nunca del campeón de lucha Bob Haworth y de sus ejercicios para hacer saltar los músculos como bultos. Los petirrojos no son como los seres humanos; sus músculos se ejercitan desde el primer día, y así se desarrollan de manera natural. Si uno tiene que volar de un lado a otro para encontrar cada comida, los músculos no se atrofian (atrofiarse quiere decir gastarse por falta de uso).

Cuando el muchacho ya caminaba, corría, cavaba y arrancaba malezas como los otros, sobre el nido del rincón se extendía una gran paz y un gran contento. Los temores por los Huevos pasaron a ser cosa del pasado. Saber que los Huevos estaban tan seguros como si los hubieran guardado en la bóveda de un banco, y poder mirar tantas cosas curiosas que sucedían, hacía de empollar una ocupación de lo más entretenida. En los días de lluvia, la madre de los Huevos se sentía a veces hasta un poco aburrida, porque los niños no venían al jardín.

Pero ni siquiera en los días de lluvia se podía decir que Mary y Colin se aburrieran. Una mañana en que la lluvia caía sin cesar y Colin

empezaba a ponerse algo inquieto, porque tenía que quedarse en su sofá, ya que no era seguro levantarse y andar por ahí, a Mary se le ocurrió una idea.

«Ahora que soy un muchacho de verdad», había dicho Colin, «mis piernas, mis brazos y todo mi cuerpo están tan llenos de Magia que no puedo mantenerlos quietos. Quieren estar haciendo cosas todo el tiempo. ¿Sabes que cuando me despierto por la mañana, Mary, cuando es muy temprano y los pájaros están gritando afuera y todo parece gritar de alegría, hasta los árboles y las cosas que en realidad no podemos oír, siento que tengo que saltar de la cama y gritar yo también? Si lo hiciera, ¡piensa lo que pasaría!».

Mary soltó una risita incontenible.

«La enfermera vendría corriendo y la señora Medlock vendría corriendo, y estarían seguras de que te has vuelto loco, y mandarían a buscar al doctor», dijo.

Colin también se rio. Podía imaginarse cómo se verían todos: cuán horrorizados por su arrebato y cuán asombrados de verlo de pie.

«Ojalá mi padre volviera a casa», dijo. «Quiero contárselo yo mismo. Pienso siempre en eso, pero no podemos seguir así mucho más tiempo. No soporto estar tendido quieto y fingiendo, y además me veo demasiado distinto. Ojalá no estuviera lloviendo hoy».

Fue entonces cuando la señorita Mary tuvo su idea.

«Colin», empezó con misterio, «¿sabes cuántas habitaciones hay en esta casa?».

«Unas mil, supongo», respondió él.

«Hay unas cien en las que nunca entra nadie», dijo Mary. «Y un día de lluvia fui a mirar muchísimas de ellas. Nadie lo supo, aunque la señora Medlock casi me descubre. Me perdí al volver y me detuve al final de tu corredor. Esa fue la segunda vez que te oí llorar».

Colin se incorporó de golpe en su sofá.

«Cien habitaciones en las que no entra nadie», dijo. «Suena casi como un jardín secreto. Vamos a mirarlas. Llévame en mi silla y nadie sa-

brá que fuimos».

«Eso estaba pensando yo», dijo Mary. «Nadie se atrevería a seguirnos. Hay galerías donde podrías correr. Podríamos hacer nuestros ejercicios. Hay una pequeña habitación india donde hay un armario lleno de elefantes de marfil. Hay habitaciones de todo tipo».

«Toca la campanilla», dijo Colin.

Cuando entró la enfermera, él dio sus órdenes.

«Quiero mi silla», dijo. «La señorita Mary y yo vamos a mirar la parte de la casa que no se usa. John puede empujarme hasta la galería de los cuadros, porque hay unas escaleras. Después se irá y nos dejará solos hasta que yo lo llame otra vez».

Los días de lluvia perdieron sus terrores aquella mañana. Cuando el lacayo hubo empujado la silla hasta la galería de los cuadros y dejado a los dos allí, en obediencia a las órdenes, Colin y Mary se miraron encantados. Apenas Mary se aseguró de que John volvía de veras a sus dependencias de la planta baja, Colin se levantó de su silla.

«Voy a correr de un extremo al otro de la galería», dijo, «y después voy a saltar, y después haremos los ejercicios de Bob Haworth».

Y hicieron todas esas cosas y muchas otras. Miraron los retratos y encontraron a la niñita sencilla vestida de brocado verde y con el loro en el dedo.

«Todos estos», dijo Colin, «deben de ser parientes míos. Vivieron hace mucho tiempo. La del loro, creo, es una de mis tías tatara-tatara-tatarabuelas. Se parece un poco a ti, Mary, no como eres ahora, sino como eras cuando llegaste aquí. Ahora estás mucho más gorda y más bonita».

«Tú también», dijo Mary, y los dos se rieron.

Fueron a la habitación india y se divirtieron con los elefantes de marfil. Encontraron el tocador de brocado color rosa y el agujero en el cojín que había dejado el ratón, pero los ratones habían crecido y se habían ido, y el agujero estaba vacío. Vieron más habitaciones e hicieron más descubrimientos que los que Mary había hecho en su primera

peregrinación. Encontraron nuevos corredores y rincones y tramos de escalones, y cuadros nuevos que eran viejos y que les gustaron, y cosas antiguas y raras cuyo uso no conocían. Fue una mañana curiosamente entretenida, y la sensación de andar por la misma casa con otras personas y al mismo tiempo sentir que estaban a kilómetros de ellas era algo fascinante.

«Me alegro de que hayamos venido», dijo Colin. «Nunca supe que vivía en un lugar tan grande, tan raro y tan antiguo. Me gusta. Vamos a pasear por aquí todos los días de lluvia. Siempre estaremos encontrando rincones y cosas raras».

Esa mañana, entre otras cosas, habían encontrado tan buen apetito que, al volver al cuarto de Colin, no fue posible devolver la comida sin tocar.

Cuando la enfermera bajó la bandeja, la dejó de golpe sobre el aparador de la cocina para que la señora Loomis, la cocinera, pudiera ver las fuentes y los platos relucientes.

«¡Miren eso!», dijo. «Esta es una casa de misterio, y esos dos niños son el mayor misterio que hay en ella».

«Si siguen así todos los días», dijo John, el joven y fuerte lacayo, «no sería de extrañar que hoy pese el doble que hace un mes. Con el tiempo tendría que dejar mi puesto, por miedo a hacerles daño a mis músculos».

Esa tarde Mary notó que algo nuevo había pasado en el cuarto de Colin. Lo había notado el día anterior, pero no había dicho nada, porque pensó que el cambio podía haberse hecho por casualidad. Hoy tampoco dijo nada, pero se sentó a mirar fijamente el cuadro que estaba sobre la repisa de la chimenea. Podía mirarlo porque la cortina estaba corrida a un lado. Ese era el cambio que notó.

«Sé lo que quieres que te cuente», dijo Colin, después de que ella estuvo mirando unos minutos. «Siempre sé cuándo quieres que te cuente algo. Te preguntas por qué está corrida la cortina. La voy a dejar así».

«¿Por qué?», preguntó Mary.

«Porque ya no me enoja verla riendo. Hace dos noches me desperté con una luna muy brillante y sentí que la Magia llenaba el cuarto y lo hacía todo tan espléndido que no podía quedarme quieto. Me levanté y miré por la ventana. La habitación estaba bastante clara y había una mancha de luz de luna sobre la cortina, y de algún modo eso me hizo ir a tirar del cordón. Ella me miró desde arriba como si se riera porque estaba contenta de que yo estuviera ahí de pie. Eso hizo que me gustara mirarla. Quiero verla riendo así todo el tiempo. Creo que quizás fue una especie de persona de Magia».

«Ahora te pareces tanto a ella», dijo Mary, «que a veces pienso que quizás eres su fantasma hecho muchacho».

Esa idea pareció impresionar a Colin. Lo pensó y luego le contestó despacio.

«Si yo fuera su fantasma, mi padre me querría», dijo.

«¿Quieres que te quiera?», preguntó Mary.

«Antes odiaba que no me quisiera. Si llegara a quererme, creo que le hablaría de la Magia. Quizás lo pondría más alegre».

XXVI. «¡Es la madre!».

Su creencia en la Magia era firme y duradera. Después de los conjuros de la mañana, Colin a veces les daba conferencias sobre la Magia.

«Me gusta hacerlo», explicó, «porque cuando sea grande y haga grandes descubrimientos científicos tendré que dar conferencias sobre ellos, y esto es práctica. Por ahora solo puedo dar conferencias cortas, porque soy muy joven, y además Ben Weatherstaff sentiría que está en la iglesia y se quedaría dormido».

«Lo mejor de dar conferencias», dijo Ben, «es que un hombre puede levantarse y decir lo que se le antoje, y ningún otro hombre puede contestarle. A mí tampoco me desagradaría dar alguna conferencia de vez en cuando».

Pero cuando Colin disertaba bajo su árbol, el viejo Ben clavaba en él unos ojos devoradores y no los apartaba. Lo miraba de arriba abajo con un cariño crítico. No era tanto la conferencia lo que le interesaba como las piernas, que se veían cada día más derechas y más fuertes, la cabeza de muchacho que se sostenía tan bien, la barbilla antes afilada y las mejillas hundidas que se habían llenado y redondeado, y los ojos, que empezaban a tener la luz que él recordaba en otros ojos. A veces Colin sentía que la mirada seria de Ben quería decir que estaba muy impresionado, y se preguntaba en qué estaría pensando, y una vez en que lo vio como embelesado se lo preguntó.

«¿En qué está pensando, Ben Weatherstaff?», preguntó.

«Estaba pensando», respondió Ben, «que te apuesto a que has subido tres o cuatro libras esta semana. Miraba tus pantorrillas y tus hombros. Me gustaría ponerte en una balanza».

«Es la Magia y... y los bollos y la leche y las otras cosas de la señora Sowerby», dijo Colin. «Ya ve que el experimento científico ha tenido éxito».

Esa mañana Dickon llegó demasiado tarde para oír la conferencia. Cuando vino estaba colorado de tanto correr, y su cara graciosa parecía más chispeante que de costumbre. Como tenían mucha maleza que arrancar después de las lluvias, se pusieron a trabajar. Siempre tenían mucho que hacer después de una lluvia tibia y profunda. La humedad que era buena para las flores era buena también para las malas hierbas, que asomaban diminutas hojitas de pasto y puntas de hoja que había que arrancar antes de que las raíces se afirmaran demasiado. En esos días Colin desmalezaba tan bien como cualquiera, y podía dar conferencias mientras lo hacía.

«La Magia funciona mejor cuando uno mismo trabaja», dijo esa mañana. «Se siente en los huesos y en los músculos. Voy a leer libros sobre huesos y músculos, pero voy a escribir un libro sobre la Magia. Lo estoy inventando ahora. No dejo de descubrir cosas».

No mucho después de decir esto dejó su pala de jardín y se puso de pie. Había estado callado varios minutos, y ellos habían visto que estaba pensando conferencias, como hacía a menudo. Cuando soltó la pala y se enderezó, a Mary y a Dickon les pareció que un pensamiento fuerte y repentino lo había hecho levantarse. Se estiró hasta alcanzar su mayor estatura y abrió los brazos con exultación. El color encendía su cara y sus ojos extraños se ensanchaban de alegría. De golpe había comprendido algo por completo.

«¡Mary! ¡Dickon!», gritó. «¡Mírenme!».

Dejaron de desmalezar y lo miraron.

«¿Se acuerdan de aquella primera mañana en que me trajeron aquí?», preguntó.

Dickon lo miraba muy fijo. Como encantador de animales, veía más cosas que la mayoría de la gente, y muchas eran cosas de las que nunca hablaba. Algunas de ellas las veía ahora en este muchacho.

«Sí que nos acordamos», contestó.

Mary también miraba fijo, pero no dijo nada.

«Ahora mismo», dijo Colin, «de repente lo recordé yo mismo...

cuando miré mi mano cavando con la pala... y tuve que ponerme de pie para ver si era real. ¡Y es real! ¡Estoy *sano*! ¡Estoy *sano*!».

«¡Sí que lo estás!», dijo Dickon.

«¡Estoy sano! ¡Estoy sano!», dijo Colin otra vez, y se puso colorado de pies a cabeza.

Antes ya lo había sabido en cierto modo, lo había esperado, lo había sentido y lo había pensado, pero justo en ese minuto algo lo había recorrido entero, una especie de certeza y comprensión llenas de dicha, y había sido tan fuerte que no pudo evitar gritar.

«¡Voy a vivir para siempre, y siempre, y siempre!», gritó, muy solemne. «Voy a descubrir miles y miles de cosas. Voy a descubrir cosas de la gente, de las criaturas y de todo lo que crece, como Dickon, y nunca dejaré de hacer Magia. ¡Estoy sano! ¡Estoy sano! Siento... siento que quiero gritar algo, algo de agradecimiento, de alegría».

Ben Weatherstaff, que había estado trabajando junto a un rosal, lo miró de reojo.

«Podrías cantar la Doxología», sugirió con su gruñido más seco. La Doxología no le parecía gran cosa, y no hizo la sugerencia con particular reverencia.

Pero Colin tenía una mente exploradora y no sabía nada de la Doxología.

«¿Qué es eso?», preguntó.

«Dickon puede cantártela, te lo aseguro», replicó Ben Weatherstaff.

Dickon respondió con su sonrisa de encantador de animales que todo lo percibe.

«La cantan en la iglesia», dijo. «Madre dice que cree que las alondras la cantan cuando se levantan por la mañana».

«Si ella dice eso, debe de ser una canción linda», contestó Colin. «Yo nunca he estado en una iglesia. Siempre estuve demasiado enfermo. Cántala, Dickon. Quiero oírla».

Dickon lo hizo con toda sencillez y naturalidad. Entendía lo que Colin sentía mejor que el propio Colin. Lo entendía por una especie de

instinto tan natural que ni sabía que estaba entendiendo. Se quitó la gorra y miró alrededor, todavía sonriendo.

«Tienes que quitarte la gorra», le dijo a Colin, «y tú también, Ben... y tienes que ponerte de pie, ¿sabes?».

Colin se quitó la gorra, y el sol brilló sobre su espeso pelo y se lo entibió mientras miraba a Dickon con atención. Ben Weatherstaff se puso de pie a trompicones y se descubrió también la cabeza, con una especie de expresión perpleja y medio resentida en su viejo rostro, como si no supiera bien por qué hacía esa cosa tan notable.

Dickon se adelantó entre los árboles y los rosales y empezó a cantar con un aire sencillo y como de cosa corriente, con una linda voz fuerte de muchacho:

> Alaben a Dios, de quien mana todo bien;
> alábenlo, criaturas de la tierra;
> alábenlo en lo alto, ejércitos del cielo;
> alaben al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
> Amén.[1]

Cuando terminó, Ben Weatherstaff estaba muy quieto, con la mandíbula apretada con terquedad, pero con una mirada perturbada fija en Colin. La cara de Colin estaba pensativa, y se notaba que le había gustado.

«Es una canción muy linda», dijo. «Me gusta. Quizás quiere decir justo lo que yo quiero decir cuando quiero gritar que le estoy agradecido a la Magia». Se detuvo y pensó, perplejo. «Quizás las dos son la misma cosa. ¿Cómo vamos a saber los nombres exactos de todo? Cántala otra vez, Dickon. Probemos, Mary. Yo también quiero cantarla. Es mi canción. ¿Cómo empieza? “Alaben a Dios, de quien mana todo bien”, ¿no?».

Y la cantaron de nuevo, y Mary y Colin alzaron sus voces con toda la música que pudieron, y la de Dickon se elevó bien fuerte y hermosa; y en el segundo verso Ben Weatherstaff se aclaró la garganta con

aspereza, y en el tercer verso se unió con tanto vigor que casi parecía salvaje, y cuando el «Amén» llegó a su fin, Mary observó que le había pasado exactamente lo mismo que cuando descubrió que Colin no era un lisiado: le temblaba la barbilla, miraba fijo y parpadeaba, y sus viejas mejillas curtidas estaban mojadas.

«Nunca le vi sentido a la Doxología hasta ahora», dijo con voz ronca, «pero puede que cambie de opinión con el tiempo. Yo diría que has subido cinco libras esta semana, señorito Colin... ¡cinco, nada menos!».

Colin miraba por el jardín algo que le llamaba la atención, y su expresión se había vuelto sobresaltada.

«¿Quién está entrando?», dijo rápido. «¿Quién es?».

La puerta del muro cubierto de hiedra se había abierto suavemente y una mujer había entrado. Había llegado con el último verso de su canción y se había quedado quieta, escuchando y mirándolos. Con la hiedra a su espalda, la luz del sol filtrándose entre los árboles y moteando su larga capa azul, y su linda cara fresca sonriendo por entre el verdor, parecía una ilustración de colores suaves de uno de los libros de Colin. Tenía unos ojos maravillosos, cariñosos, que parecían abarcarlo todo: a todos ellos, hasta a Ben Weatherstaff, y a las «criaturas», y a cada flor que estaba abierta. Por inesperada que fuera su llegada, ninguno de ellos sintió que fuera una intrusa. Los ojos de Dickon se encendieron como lámparas.

«¡Es la madre! ¡Es ella!», gritó, y cruzó el césped corriendo.

Colin también empezó a avanzar hacia ella, y Mary fue con él. Los dos sintieron que el pulso les latía más deprisa.

«¡Es la madre!», dijo Dickon otra vez cuando se encontraron a medio camino. «Sabía que querías verla y le dije dónde estaba escondida la puerta».

Colin tendió la mano con una especie de timidez regia y sonrojada, pero sus ojos devoraban su cara.

«Aun cuando estaba enfermo quería verla a usted», dijo, «a usted y

a Dickon y al jardín secreto. Antes nunca había querido ver a nadie ni a nada».

Ver su cara alzada provocó un cambio repentino en la de ella. Se sonrojó, le temblaron las comisuras de la boca y una bruma pareció cubrirle los ojos.

«¡Ay, querido muchacho!», exclamó con voz temblorosa. «¡Ay, querido muchacho!», como si no hubiera sabido que lo iba a decir. No dijo «señorito Colin», sino «querido muchacho», de repente. Podría habérselo dicho igual a Dickon, si hubiera visto algo en su cara que la conmoviera. A Colin le gustó.

«¿Le sorprende que esté tan sano?», preguntó.

Ella le puso la mano en el hombro y con una sonrisa se quitó la bruma de los ojos.

«¡Sí que me sorprende!», dijo; «pero te pareces tanto a tu madre que me has hecho dar un vuelco el corazón».

«¿Cree usted», dijo Colin, un poco torpe, «que eso hará que mi padre me quiera?».

«Sí, seguro, querido muchacho», contestó, y le dio a su hombro una palmadita suave y rápida. «Tiene que volver a casa... tiene que volver».

«Susan Sowerby», dijo Ben Weatherstaff, acercándose a ella. «Mira las piernas del muchacho, ¿quieres? Eran como palillos en medias hace dos meses, y oí decir a la gente que eran torcidas y zambas las dos a la vez. ¡Míralas ahora!».

Susan Sowerby soltó una risa tranquila.

«Dentro de poco van a ser unas buenas piernas fuertes de muchacho», dijo. «Déjalo seguir jugando y trabajando en el jardín, y comiendo con ganas y bebiendo mucha leche buena y fresca, y no habrá par más lindo en Yorkshire, gracias a Dios».

Puso las dos manos en los hombros de la señorita Mary y le examinó la carita como lo haría una madre.

«¡Y tú también!», dijo. «Te has puesto casi tan rolliza como nuestra

Lisabeth Ellen. Seguro que también te pareces a tu madre. Nuestra Martha me dijo que la señora Medlock había oído que era una mujer bonita. Serás como una rosa sonrosada cuando seas grande, mi niñita, bendita seas».

No mencionó que cuando Martha volvió a casa en su «día libre» y describió a la niña sencilla y amarillenta, ella había dicho que no tenía ninguna confianza en lo que la señora Medlock había oído. «No cabe en razón que una mujer bonita pueda ser la madre de una niña tan fea», había agregado con terquedad.

Mary no había tenido tiempo de prestar mucha atención a su cara cambiante. Solo sabía que se veía «distinta» y que parecía tener muchísimo más pelo y que le crecía muy rápido. Pero recordando el placer que le daba mirar a la Mem Sahib en el pasado, se alegró de oír que algún día podría parecérsele.

Susan Sowerby recorrió con ellos el jardín, le contaron toda la historia y le mostraron cada arbusto y cada árbol que había revivido. Colin caminaba a un lado de ella y Mary al otro. Los dos seguían levantando la vista hacia su cara rosada y tranquila, secretamente curiosos por el delicioso sentimiento que ella les daba: una sensación cálida, de estar amparados. Parecía que los entendía como Dickon entendía a sus «criaturas». Se inclinaba sobre las flores y hablaba de ellas como si fueran niños. Hollín la seguía y una o dos veces le graznó y se le posó en el hombro como si fuera el de Dickon. Cuando le contaron lo del petirrojo y el primer vuelo de los pichones, soltó una risita maternal, suave y grave, en la garganta.

«Supongo que enseñarlos a volar es como enseñar a caminar a los niños, pero me temo que yo viviría con el alma en un hilo si los míos tuvieran alas en vez de piernas», dijo.

Fue porque les pareció una mujer tan maravillosa, a su manera buena y campesina del páramo, que al final le hablaron de la Magia.

«¿Usted cree en la Magia?», preguntó Colin después de explicarle lo de los faquires de la India. «Ojalá que sí».

«Claro que sí, muchacho», contestó. «Nunca la conocí con ese nombre, pero ¿qué importa el nombre? Seguro que en Francia le dicen de otra manera, y en Alemania de otra. La misma cosa que hizo que las semillas se hincharan y que el sol brillara te ha hecho a ti un muchacho sano, y es la Cosa Buena. No es como nosotros, pobres tontos, que creemos que importa que nos llamen por otro nombre. La Gran Cosa Buena no se detiene a preocuparse, bendito seas. Sigue haciendo mundos por millones, mundos como el nuestro. No dejes nunca de creer en la Gran Cosa Buena ni de saber que el mundo está lleno de ella, y llámala como quieras. Le estabas cantando cuando entré en el jardín».

«Me sentía tan alegre», dijo Colin, abriendo hacia ella sus hermosos ojos extraños. «De pronto sentí lo distinto que era, lo fuertes que eran mis brazos y mis piernas, ¿sabe?, y que podía cavar y estar de pie, y me levanté de un salto y quise gritarle algo a lo que fuera que escuchara».

«La Magia escuchó cuando cantaste la Doxología. Habría escuchado cualquier cosa que hubieras cantado. Lo que importaba era la alegría. ¡Ay, muchacho, muchacho! ¿Qué son los nombres para el Hacedor de la Alegría?», y le dio de nuevo una palmadita suave y rápida en los hombros.

Esa mañana había preparado un cesto que traía un verdadero banquete, y cuando llegó la hora del hambre y Dickon lo sacó de su escondite, ella se sentó con ellos bajo su árbol y los miró devorar la comida, riendo y gozando con sus apetitos. Estaba llena de buen humor y los hizo reír con toda clase de cosas raras. Les contó historias en el habla de Yorkshire más cerrada y les enseñó palabras nuevas. Se reía como si no pudiera evitarlo cuando le contaron lo difícil que se estaba poniendo seguir fingiendo que Colin era todavía un inválido quejumbroso.

«Vea, no podemos evitar reírnos casi todo el tiempo cuando estamos juntos», explicó Colin. «Y no suena nada a enfermo. Tratamos de ahogar la risa, pero estalla de todos modos, y suena peor que nunca».

«Hay una cosa que se me viene a la cabeza tan a menudo», dijo Mary, «y casi nunca puedo aguantarme cuando pienso en ella de repente. No dejo de pensar: ¿y si la cara de Colin se pone como una luna llena? Todavía no es como una, pero engorda un poquito cada día, y ¿y si una mañana parece una? ¡Qué haríamos!».

«Dios nos bendiga, ya veo que tienes bastante teatro que hacer», dijo Susan Sowerby. «Pero no tendrás que seguir mucho más. El señor Craven volverá a casa».

«¿Usted cree que volverá?», preguntó Colin. «¿Por qué?».

Susan Sowerby se rio por lo bajo.

«Supongo que se te partiría el corazón si él se enterara antes de que se lo contaras a tu manera», dijo. «Has pasado noches en vela planeándolo».

«No soportaría que se lo contara otra persona», dijo Colin. «Pienso en distintas maneras todos los días. Ahora creo que simplemente quiero entrar corriendo a su cuarto».

«Eso sí que sería un buen susto para él», dijo Susan Sowerby. «Me gustaría ver su cara, muchacho. ¡Claro que sí! Tiene que volver, ya lo creo que sí».

Una de las cosas de que hablaron fue la visita que iban a hacer a su casa. Lo planearon todo. Irían en coche por el páramo y almorzarían al aire libre entre el brezo. Verían a los doce niños y el jardín de Dickon, y no volverían hasta estar cansados.

Al final Susan Sowerby se levantó para volver a la casa y a la señora Medlock. También era hora de que llevaran a Colin de vuelta en su silla. Pero antes de subir a ella, se plantó muy cerca de Susan y fijó los ojos en ella con una especie de adoración desconcertada, y de pronto agarró un pliegue de su capa azul y lo sujetó con fuerza.

«Usted es justo lo que yo... lo que yo quería», dijo. «¡Ojalá fuera mi madre... además de la de Dickon!».

De pronto Susan Sowerby se inclinó y lo estrechó con sus cálidos brazos contra el pecho, bajo la capa azul, como si fuera hermano de

Dickon. La bruma le cubrió los ojos de golpe.

«¡Ay, querido muchacho!», dijo. «Tu propia madre está en este mismo jardín, creo yo. No podía quedarse fuera. ¡Tu padre tiene que volver a ti, tiene que volver!».

---

1. N. del E.: es la doxología de Thomas Ken (1637-1711), obispo anglicano, con que terminan sus himnos de la mañana y de la noche, escritos para los alumnos del Winchester College. En los países de habla inglesa se canta hasta hoy en muchas iglesias como acción de gracias.

XXVII. En el jardín

En cada siglo desde el principio del mundo se han descubierto cosas maravillosas. En el siglo pasado se averiguaron más cosas asombrosas que en ningún siglo anterior. En este siglo nuevo saldrán a la luz cientos de cosas todavía más sorprendentes. Al principio la gente se niega a creer que se pueda hacer una cosa nueva y extraña; luego empieza a esperar que se pueda hacer; luego ve que se puede hacer; luego se hace, y todo el mundo se pregunta por qué no se hizo hace siglos. Una de las cosas nuevas que la gente empezó a descubrir en el siglo pasado fue que los pensamientos, simples pensamientos, son tan poderosos como las baterías eléctricas, y tan buenos para uno como la luz del sol, o tan malos como el veneno. Dejar que un pensamiento triste o malo entre en la mente es tan peligroso como dejar que el germen de la escarlatina entre en el cuerpo. Si uno lo deja quedarse una vez que ha entrado, puede que no se cure nunca mientras viva.

Mientras la mente de la señorita Mary estuvo llena de pensamientos desagradables sobre lo que le caía mal, de opiniones agrias sobre la gente y de la decisión de que nada le gustara ni le interesara, fue una niña de cara amarilla, enfermiza, aburrida y desdichada. Las circunstancias, sin embargo, fueron muy buenas con ella, aunque ella no se daba cuenta. Empezaron a empujarla de un lado a otro para su propio bien. Cuando su mente fue llenándose poco a poco de petirrojos, de casas del páramo repletas de niños, de viejos jardineros gruñones y raros y de criaditas corrientes de Yorkshire, de primavera y de jardines secretos que revivían día a día, y también de un muchacho del páramo y de sus «criaturas», ya no quedó sitio para los pensamientos desagradables que le afectaban el hígado y la digestión y la ponían amarilla y cansada.

Mientras Colin se encerró en su cuarto y pensó solo en sus miedos

y su debilidad y en su aborrecimiento de la gente que lo miraba, y reflexionó hora tras hora sobre jorobas y muerte temprana, fue un pequeño hipocondríaco, histérico y medio loco, que no sabía nada del sol ni de la primavera y tampoco sabía que podía sanar y podía ponerse de pie si lo intentaba. Cuando pensamientos nuevos y hermosos empezaron a desplazar a los viejos y horribles, la vida empezó a volverle, su sangre corrió sana por las venas y la fuerza se vertió en él como una crecida. Su experimento científico era bastante práctico y sencillo, y no tenía nada de raro. Cosas mucho más sorprendentes le pueden pasar a cualquiera que, cuando un pensamiento desagradable o desalentador le entra en la mente, tenga el buen sentido de acordarse a tiempo y sacarlo poniendo en su lugar uno agradable y decididamente valiente. Dos cosas no pueden estar en un mismo lugar.

> Donde cuidas una rosa, muchacho,
> no puede crecer un cardo.[1]

Mientras el jardín secreto revivía y con él revivían dos niños, había un hombre que vagaba por ciertos lugares hermosos y lejanos, en los fiordos noruegos y en los valles y montañas de Suiza, y era un hombre que durante diez años había mantenido la mente llena de pensamientos oscuros y desgarrados. No había sido valiente; nunca había tratado de poner otros pensamientos en el lugar de los oscuros. Había vagado junto a lagos azules pensando esos pensamientos; se había tendido en laderas de montañas con mantos de gencianas de un azul profundo floreciendo a su alrededor y con el aliento de las flores llenando todo el aire, y había seguido pensándolos. Un dolor terrible había caído sobre él cuando era feliz, y había dejado que su alma se llenara de negrura y se había negado con terquedad a permitir que pasara por ella ni un resquicio de luz. Había olvidado y abandonado su hogar y sus deberes. Cuando viajaba, la oscuridad lo cubría de tal manera que verlo era un agravio para los demás, porque era como si envenenara con tristeza el

aire a su alrededor. La mayoría de los desconocidos pensaba que debía de estar medio loco o que era un hombre con algún crimen oculto en el alma. Era un hombre alto, de cara demacrada y hombros torcidos, y el nombre que siempre anotaba en los registros de los hoteles era: «Archibald Craven, mansión de Misselthwaite, Yorkshire, Inglaterra».

Había viajado por todas partes desde el día en que vio a la señorita Mary en su estudio y le dijo que podía tener su «pedacito de tierra». Había estado en los lugares más hermosos de Europa, aunque en ninguno se había quedado más de unos pocos días. Había escogido los sitios más tranquilos y apartados. Había estado en la cumbre de montañas que tenían la cabeza entre las nubes, y había mirado desde arriba otras montañas cuando salía el sol y las tocaba con una luz que hacía parecer que el mundo estaba naciendo en ese momento.

Pero la luz nunca parecía tocarlo a él, hasta que un día se dio cuenta de que por primera vez en diez años había ocurrido una cosa extraña. Estaba en un valle maravilloso del Tirol austríaco y había caminado solo por una belleza que habría podido levantar de la sombra el alma de cualquier hombre. Había caminado mucho, y no había levantado la suya. Pero al final se sintió cansado y se echó a descansar sobre una alfombra de musgo junto a un arroyo. Era un arroyuelo claro que corría muy alegre por su estrecho camino a través del verdor jugoso y húmedo. A veces hacía un sonido parecido a una risa muy baja al borbotear sobre las piedras y alrededor de ellas. Vio aves que venían a sumergir la cabeza para beber y luego sacudían las alas y se iban volando. Parecía algo vivo, y sin embargo su vocecita hacía que el silencio pareciera más hondo. El valle estaba muy, muy quieto.

Mientras estaba sentado mirando el correr claro del agua, Archibald Craven sintió que su mente y su cuerpo se iban aquietando hasta quedar tan quietos como el propio valle. Se preguntó si se iba a dormir, pero no era así. Se quedó sentado mirando el agua iluminada por el sol, y sus ojos empezaron a ver cosas que crecían a la orilla. Había una hermosa mata de nomeolvides azules que crecía tan cerca del arro-

yo que sus hojas estaban mojadas, y se encontró mirándolas como recordaba haber mirado tales cosas años atrás. De hecho pensaba con ternura qué hermosas eran y qué maravillas de azul eran sus cientos de florecitas. No sabía que justo ese sencillo pensamiento le estaba llenando lentamente la mente, llenándola y llenándola hasta que otras cosas fueron suavemente desplazadas. Era como si una fuente dulce y clara hubiera empezado a brotar en una charca estancada y hubiera subido y subido hasta que al final arrastró el agua oscura. Pero por supuesto él no pensaba en esto. Solo sabía que el valle parecía volverse más y más quieto mientras permanecía sentado mirando fijamente el azul brillante y delicado. No supo cuánto tiempo estuvo allí ni qué le estaba pasando, pero al final se movió como quien despierta, se levantó despacio y se quedó de pie sobre la alfombra de musgo, respirando larga, honda y suavemente, y asombrándose de sí mismo. Algo parecía haberse desatado y liberado en él, muy en silencio.

«¿Qué es esto?», dijo casi en un susurro, y se pasó la mano por la frente. «Casi siento como si... estuviera vivo».

No sé lo bastante sobre lo maravilloso de las cosas aún no descubiertas para poder explicar cómo le había ocurrido esto. Nadie lo sabe todavía. Él mismo no entendió nada, pero recordó esa extraña hora meses después, cuando estuvo de nuevo en Misselthwaite y se enteró, por pura casualidad, de que justo ese día Colin había gritado al entrar en el jardín secreto:

«¡Voy a vivir para siempre, y siempre, y siempre!».

La singular calma permaneció con él el resto de la tarde, y durmió un sueño nuevo y reposado; pero no se quedó con él mucho tiempo. No sabía que se podía conservar. A la noche siguiente ya había abierto de par en par las puertas a sus pensamientos oscuros, y estos habían vuelto en tropel y a la carrera. Dejó el valle y siguió su camino errante. Pero, aunque a él le pareció raro, hubo minutos, a veces medias horas, en que, sin que supiera por qué, la negra carga parecía alzarse otra vez y él sabía que era un hombre vivo y no uno muerto. Poco a

poco, muy poco a poco, sin ninguna razón que él conociera, iba «reviviendo» junto con el jardín.

Cuando el dorado verano se convirtió en el hondo otoño dorado, fue al lago de Como. Allí encontró la belleza de un sueño. Pasaba los días sobre el azul cristalino del lago, o caminaba hacia el interior, por el verdor suave y espeso de las colinas, y andaba hasta cansarse para poder dormir. Pero a esas alturas ya había empezado a dormir mejor, lo sabía, y sus sueños habían dejado de ser un terror para él.

«Quizás», pensó, «mi cuerpo se está haciendo más fuerte».

Se estaba haciendo más fuerte pero, por las raras horas de paz en que sus pensamientos cambiaban, su alma también se iba fortaleciendo poco a poco. Empezó a pensar en Misselthwaite y a preguntarse si no debería volver a casa. De vez en cuando se preguntaba vagamente por su hijo, y se preguntaba qué sentiría cuando fuera a ponerse de nuevo junto a la cama tallada de cuatro columnas y mirara el rostro afilado, blanco como el marfil, mientras dormía, y las pestañas negras enmarcaran de manera tan sorprendente los ojos cerrados. Le daba miedo pensarlo.

Un día maravilloso había caminado tanto que, cuando volvió, la luna estaba alta y llena y todo el mundo era sombra morada y plata. La quietud del lago, de la orilla y del bosque era tan maravillosa que no entró en la villa donde vivía. Bajó a una pequeña terraza emparrada a la orilla del agua, se sentó en un banco y respiró todos los aromas celestiales de la noche. Sintió que la extraña calma se deslizaba sobre él, y se hacía más y más honda hasta que se quedó dormido.

No supo cuándo se durmió ni cuándo empezó a soñar; su sueño era tan real que no sentía que soñara. Después recordó con cuánta intensidad había creído estar despierto y alerta. Creyó que, mientras estaba sentado respirando el aroma de las últimas rosas y escuchando el lamer del agua a sus pies, oía una voz que llamaba. Era dulce, clara, feliz y lejana. Parecía muy lejos, pero la oía con tanta nitidez como si estuviera a su lado.

«¡Archie! ¡Archie! ¡Archie!», decía, y luego otra vez, más dulce y más clara que antes: «¡Archie! ¡Archie!».

Creyó levantarse de un salto, sin siquiera sobresaltarse. Era una voz tan real y le parecía tan natural oírla.

«¡Lilias! ¡Lilias!», respondió. «¡Lilias! ¿Dónde estás?».

«En el jardín», le llegó la respuesta como un sonido de flauta de oro. «¡En el jardín!».

Y entonces el sueño terminó. Pero él no despertó. Durmió profunda y dulcemente toda la hermosa noche. Cuando al fin despertó era una mañana resplandeciente y un criado estaba de pie mirándolo. Era un criado italiano y estaba acostumbrado, como todos los criados de la villa, a aceptar sin preguntas cualquier cosa extraña que hiciera su amo extranjero. Nunca se sabía cuándo saldría o entraría, ni dónde elegiría dormir, ni si vagaría por el jardín o se quedaría toda la noche tendido en el bote sobre el lago. El hombre sostenía una bandeja con algunas cartas y esperó en silencio hasta que el señor Craven las tomó. Cuando se hubo ido, el señor Craven se quedó unos momentos con ellas en la mano, mirando el lago. Su extraña calma aún lo acompañaba, y algo más: una ligereza, como si la cosa cruel que se había hecho no hubiera ocurrido como él pensaba, como si algo hubiera cambiado. Recordaba el sueño, el sueño real, real.

«¡En el jardín!», dijo, asombrándose de sí mismo. «¡En el jardín! Pero la puerta está cerrada con llave y la llave está enterrada muy hondo».

Cuando echó un vistazo a las cartas unos minutos después, vio que la que estaba encima de las otras era una carta inglesa y venía de Yorkshire. La dirección estaba escrita con una letra sencilla de mujer, pero no era una letra que él conociera. La abrió sin pensar apenas en quién la escribía, pero las primeras palabras le llamaron la atención de inmediato.

Estimado señor:

Soy Susan Sowerby, la que se atrevió a hablarle una vez en el páramo. Le hablé de la señorita Mary. Me atreveré a hablarle de nuevo. Por favor, señor, yo volvería a casa si fuera usted. Creo que le alegraría venir y, si me excusa, señor, creo que su señora le pediría que viniera si estuviera aquí.

Su obediente servidora,

Susan Sowerby.

El señor Craven leyó la carta dos veces antes de volver a ponerla en su sobre. No dejaba de pensar en el sueño.

«Volveré a Misselthwaite», dijo. «Sí, iré de inmediato».

Y atravesó el jardín hasta la villa y ordenó a Pitcher que preparara su regreso a Inglaterra.

En pocos días estaba otra vez en Yorkshire, y en su largo viaje en tren se encontró pensando en su hijo como no había pensado en esos diez años. Durante esos años solo había querido olvidarlo. Ahora, aunque no se proponía pensar en él, los recuerdos le llegaban sin cesar a la mente. Recordó los días negros en que había desvariado como un loco porque el niño vivía y la madre había muerto. Se había negado a verlo, y cuando por fin fue a mirarlo, era una cosa tan débil y miserable que todos estaban seguros de que moriría en pocos días. Pero, para sorpresa de quienes lo cuidaban, los días pasaron y vivió, y entonces todos creyeron que sería una criatura deforme y lisiada.

No había querido ser un mal padre, pero no se había sentido padre en absoluto. Había provisto médicos, enfermeras y lujos, pero había rehuido hasta pensar en el niño y se había enterrado en su propia desdicha. La primera vez que volvió a Misselthwaite tras un año de ausencia, y la cosa pequeña de aspecto miserable alzó con languidez e indiferencia hacia su cara los grandes ojos grises de pestañas negras, tan parecidos y a la vez tan horriblemente distintos de los ojos felices que él había adorado, no pudo soportar verlos y se dio la vuelta, pálido como la muerte. Después de eso casi nunca lo veía, salvo cuando dor-

mía, y todo lo que sabía de él era que era un inválido sin remedio, de un genio violento, histérico y medio demente. Solo se lo podía librar de furias peligrosas para él mismo si se le dejaba hacer su voluntad en cada detalle.

Recordar todo esto no levantaba el ánimo, pero mientras el tren lo arrastraba por pasos de montaña y llanuras doradas, el hombre que estaba «reviviendo» empezó a pensar de una manera nueva, y pensó largo, constante y hondamente.

«Quizás me he equivocado por completo durante diez años», se dijo. «Diez años son mucho tiempo. Puede que sea tarde para hacer algo, demasiado tarde. ¡En qué habré estado pensando!».

Por supuesto, esta era la Magia equivocada: empezar diciendo «demasiado tarde». Hasta Colin habría podido decírselo. Pero él no sabía nada de Magia, ni negra ni blanca. Eso aún tenía que aprenderlo. Se preguntó si Susan Sowerby se habría armado de valor para escribirle solo porque la mujer maternal había visto que el niño estaba mucho peor, que estaba mortalmente enfermo. Si no hubiera estado bajo el hechizo de la curiosa calma que se había apoderado de él, habría estado más desdichado que nunca. Pero la calma había traído consigo una especie de valor y esperanza. En lugar de ceder a pensamientos de lo peor, descubrió que de hecho intentaba creer en cosas mejores.

«¿Será posible que ella vea que yo podría hacerle bien y dominarlo?», pensó. «Iré a verla de camino a Misselthwaite».

Pero cuando, en su camino a través del páramo, detuvo el coche junto a la casa, siete u ocho niños que jugaban por allí se juntaron en un grupo y, haciendo siete u ocho reverencias amistosas y corteses, le dijeron que su madre había ido al otro lado del páramo temprano por la mañana a ayudar a una mujer que tenía un bebé recién nacido. «Nuestro Dickon», le informaron por su cuenta, estaba en la mansión trabajando en uno de los jardines, adonde iba varios días a la semana.

El señor Craven miró el conjunto de cuerpecitos robustos y caras redondas de mejillas rojas, cada una sonriendo a su manera particular, y

se dio cuenta de que eran un grupo sano y simpático. Sonrió ante sus sonrisas amistosas, sacó de su bolsillo un soberano de oro y se lo dio a «nuestra Lisabeth Ellen», que era la mayor.

«Si lo dividen en ocho partes, tocará media corona a cada uno de ustedes», dijo.

Entonces, entre sonrisas, risitas y reverencias, se alejó en el coche, dejando tras de sí éxtasis, codazos y saltitos de alegría.

El viaje a través de la maravilla del páramo fue algo que lo calmó. ¿Por qué parecía darle un sentimiento de volver a casa que había estado seguro de que no volvería a sentir, esa sensación de la belleza de la tierra y del cielo y del florecer morado de la distancia, y una tibieza en el corazón al acercarse a la gran casa antigua que había albergado a los de su sangre durante seiscientos años? ¡Cómo se había alejado de ella la última vez, estremeciéndose al pensar en sus cuartos cerrados y en el niño tendido en la cama de cuatro columnas con las cortinas de brocado! ¿Era posible que acaso lo encontrara un poco cambiado para mejor y que pudiera vencer el miedo que le daba verlo? ¡Qué real había sido ese sueño! Y qué maravillosa y clara la voz que le había respondido: «¡En el jardín! ¡En el jardín!».

«Trataré de encontrar la llave», dijo. «Trataré de abrir la puerta. Debo hacerlo, aunque no sé por qué».

Cuando llegó a la mansión, los criados que lo recibieron con la ceremonia de costumbre notaron que se veía mejor y que no iba a las habitaciones apartadas donde solía vivir atendido por Pitcher. Entró en la biblioteca y mandó llamar a la señora Medlock. Ella acudió algo agitada, curiosa y turbada.

«¿Cómo está el señorito Colin, Medlock?», preguntó.

«Pues bien, señor», contestó la señora Medlock, «está... está distinto, por decirlo de algún modo».

«¿Peor?», sugirió él.

La señora Medlock estaba de verdad sonrojada.

«Bueno, verá, señor», intentó explicar, «ni el doctor Craven, ni la

enfermera, ni yo podemos entenderlo bien».

«¿Por qué?».

«A decir verdad, señor, el señorito Colin podría estar mejor y podría estar cambiando para peor. Su apetito, señor, es incomprensible... y sus modos...».

«¿Se ha vuelto más... más raro?», preguntó su amo, frunciendo el ceño con ansiedad.

«Eso es, señor. Se está volviendo muy raro, si se compara con lo que era. Antes no comía nada, y de repente empezó a comer una barbaridad, y luego de golpe paró otra vez y las comidas volvían a la cocina igual que antes. Quizás usted no sabía, señor, que nunca quería que lo sacaran al aire libre. Lo que hemos pasado para que saliera en su silla dejaría a cualquiera temblando como una hoja. Se ponía en tal estado que el doctor Craven dijo que no se hacía responsable si lo obligaban. Pues bien, señor, de repente, sin aviso, no mucho después de una de sus peores pataletas, insistió en que lo sacaran todos los días la señorita Mary y el hijo de Susan Sowerby, Dickon, que podía empujar su silla. Les tomó cariño a los dos, a la señorita Mary y a Dickon, y Dickon trajo sus animales mansos, y, créamelo, señor, al aire libre se queda desde la mañana hasta la noche».

«¿Cómo se ve?», fue la pregunta siguiente.

«Si comiera con normalidad, señor, pensaría usted que está echando carnes, pero tememos que sea una especie de hinchazón. A veces se ríe de un modo raro cuando está solo con la señorita Mary. Antes nunca se reía. El doctor Craven vendrá a verlo de inmediato, si usted lo permite. Nunca había estado tan desconcertado en su vida».

«¿Dónde está ahora el señorito Colin?», preguntó el señor Craven.

«En el jardín, señor. Siempre está en el jardín, aunque no se permite que ni un alma se acerque, por miedo a que lo miren».

El señor Craven apenas oyó sus últimas palabras.

«En el jardín», dijo, y después de despedir a la señora Medlock se quedó de pie repitiéndolo una y otra vez. «¡En el jardín!».

Tuvo que hacer un esfuerzo para volver al lugar donde estaba, y cuando sintió que estaba otra vez en la tierra se dio la vuelta y salió de la habitación. Tomó el camino que había tomado Mary, por la puerta de los arbustos, entre los laureles y los parterres de la fuente. Ahora la fuente echaba agua y estaba rodeada de macizos de brillantes flores de otoño. Cruzó el césped y entró en el Paseo Largo junto a los muros cubiertos de hiedra. No caminó deprisa, sino despacio, y con los ojos puestos en el sendero. Sentía que algo lo atraía de vuelta al lugar que había abandonado por tanto tiempo, y no sabía por qué. A medida que se acercaba, su paso se volvió aún más lento. Sabía dónde estaba la puerta, aunque la hiedra colgara espesa sobre ella, pero no sabía con exactitud dónde estaba aquella llave enterrada.

Así que se detuvo y se quedó quieto, mirando a su alrededor, y casi en el mismo instante en que se detuvo se sobresaltó y escuchó, preguntándose si andaba por un sueño.

La hiedra colgaba espesa sobre la puerta, la llave estaba enterrada bajo los arbustos, ningún ser humano había cruzado ese portal en diez años de soledad, y sin embargo dentro del jardín había sonidos. Eran sonidos de pies que corrían y se arrastraban, como si persiguieran dando vueltas y vueltas bajo los árboles; eran sonidos extraños de voces bajadas y contenidas, exclamaciones y gritos de alegría sofocados. Parecía de veras la risa de criaturas jóvenes, la risa incontenible de niños que trataban de que no los oyeran pero que en un momento, a medida que crecía su excitación, estallarían. ¿Qué estaba soñando, por Dios? ¿Qué estaba oyendo? ¿Estaba perdiendo la razón y creía oír cosas que no eran para oídos humanos? ¿Era eso lo que había querido decir la voz clara y lejana?

Y entonces llegó el momento, el momento incontenible en que los sonidos olvidaron callarse. Los pies corrían cada vez más deprisa, se acercaban a la puerta del jardín, había una respiración joven, rápida y fuerte, y un desbordarse salvaje de gritos y risas que no se podían contener; y la puerta del muro se abrió de golpe, la cortina de hiedra se

echó hacia atrás, y un muchacho salió por ella a toda velocidad y, sin ver al forastero, se lanzó casi a sus brazos.

El señor Craven los había extendido justo a tiempo para evitar que cayera por haberse estrellado contra él sin verlo, y cuando lo apartó para mirarlo, asombrado de que estuviera allí, de veras le faltó el aliento.

Era un muchacho alto y guapo. Resplandecía de vida, y la carrera le había hecho saltar un espléndido color a la cara. Se echó hacia atrás el espeso pelo de la frente y alzó un par de extraños ojos grises, ojos llenos de risa de muchacho y bordeados de pestañas negras como un fleco. Eran los ojos los que le quitaron el aliento al señor Craven.

«¿Quién... qué? ¡Quién!», balbuceó.

Esto no era lo que Colin había esperado, no era lo que había planeado. Nunca había pensado en un encuentro así. Y sin embargo salir disparado, ganando una carrera, quizás era incluso mejor. Se enderezó hasta alcanzar su mayor estatura. Mary, que había corrido con él y había salido también por la puerta como una bala, creyó que lograba parecer más alto que nunca, varios centímetros más alto.

«Padre», dijo, «soy Colin. No lo puede creer. Yo mismo casi no lo creo. Soy Colin».

Como la señora Medlock, no entendió lo que su padre quería decir cuando este dijo con prisa:

«¡En el jardín! ¡En el jardín!».

«Sí», se apresuró Colin. «Fue el jardín lo que lo hizo, y Mary y Dickon y las criaturas, y la Magia. Nadie lo sabe. Lo guardamos para contárselo cuando usted llegara. Estoy sano, puedo ganarle a Mary una carrera. Voy a ser atleta».

Lo dijo todo como un muchacho sano, con la cara encendida y las palabras atropellándose por su ansiedad, de modo que el alma del señor Craven se estremeció de una alegría incrédula.

Colin extendió la mano y la puso sobre el brazo de su padre.

«¿No se alegra, Padre?», terminó. «¿No se alegra? ¡Voy a vivir para

siempre, y siempre, y siempre!».

El señor Craven puso las manos sobre los dos hombros del muchacho y lo mantuvo quieto. Sabía que por un momento no se atrevería ni a intentar hablar.

«Llévame al jardín, hijo mío», dijo por fin. «Y cuéntamelo todo».

Y así lo llevaron adentro.

El lugar era una espesura de oro otoñal y púrpura y azul violeta y escarlata ardiente, y por todos lados había haces de lirios tardíos, juntos y erguidos, lirios que eran blancos o blancos y rubí. Recordaba bien que, cuando se plantaron los primeros, fue para que justo en esta época del año sus últimas glorias se revelaran. Las últimas rosas trepaban, colgaban y se arracimaban, y el sol, que profundizaba el color de los árboles que amarilleaban, daba la sensación de estar en un templo de oro cubierto de enramadas. El recién llegado se quedó callado, tal como lo habían hecho los niños cuando entraron en aquel jardín gris. Miró alrededor, y alrededor.

«Creí que estaría muerto», dijo.

«Mary pensó lo mismo al principio», dijo Colin. «Pero revivió».

Entonces se sentaron bajo su árbol, todos menos Colin, que quería estar de pie mientras contaba la historia.

Era la cosa más extraña que había oído, pensó Archibald Craven, mientras se derramaba a la manera impetuosa de un muchacho. Misterio y Magia y criaturas salvajes, el extraño encuentro de medianoche, la llegada de la primavera, la pasión de orgullo ofendido que había arrastrado al joven rajá a ponerse de pie para desafiar al viejo Ben Weatherstaff cara a cara. La rara compañía, la comedia, el gran secreto tan cuidadosamente guardado. El oyente se rio hasta que le vinieron lágrimas a los ojos, y a veces le venían lágrimas a los ojos cuando no se reía. El Atleta, el Conferenciante, el Descubridor Científico era un ser humano joven, gracioso, adorable y sano.

«Ahora», dijo al final de la historia, «ya no tiene por qué ser un secreto. Me atrevo a decir que los va a asustar casi hasta darles un ata-

que cuando me vean, pero nunca más voy a volver a la silla. Volveré caminando con usted, Padre, hasta la casa».

Los deberes de Ben Weatherstaff rara vez lo apartaban de los jardines, pero en esta ocasión buscó una excusa para llevar unas verduras a la cocina y, invitado por la señora Medlock a pasar a la sala de los criados a beber un vaso de cerveza, estaba allí, como había esperado, cuando tuvo lugar el suceso más dramático que había visto la mansión de Misselthwaite en la presente generación.

Una de las ventanas que daban al patio permitía también ver un pedazo del césped. La señora Medlock, sabiendo que Ben venía de los jardines, esperaba que hubiera alcanzado a ver a su amo, y hasta por casualidad su encuentro con el señorito Colin.

«¿Vio a alguno de los dos, Weatherstaff?», preguntó.

Ben se sacó la jarra de la boca y se limpió los labios con el dorso de la mano.

«Sí que los vi», contestó con un aire astutamente significativo.

«¿A los dos?», sugirió la señora Medlock.

«A los dos», respondió Ben Weatherstaff. «Muy amable, señora, bien me tomaría otra jarra de esto».

«¿Juntos?», dijo la señora Medlock, llenándole a Ben la jarra hasta desbordarla, con la prisa de la emoción.

«Juntos, señora», y Ben se bebió de un trago la mitad de su jarra nueva.

«¿Dónde estaba el señorito Colin? ¿Cómo se veía? ¿Qué se dijeron?».

«Eso no lo oí», dijo Ben, «porque solo estaba en la escalera de mano mirando por encima del muro. Pero esto te lo digo. Han estado pasando cosas allá afuera de las que ustedes, la gente de la casa, no saben nada de nada. Y lo que vas a saber, lo vas a saber pronto».

Y no pasaron dos minutos antes de que se tragara el último sorbo de su cerveza y agitara con solemnidad su jarra hacia la ventana, que abarcaba, a través de los arbustos, un trozo del césped.

«Mira allá», dijo, «si tienes curiosidad. Mira lo que viene por la hierba».

Cuando la señora Medlock miró, alzó las manos y soltó un gritito, y todos los criados y criadas que estaban a su alcance salieron corriendo por la sala y se quedaron mirando por la ventana con los ojos casi saltándoseles de la cara.

Por el césped venía el amo de Misselthwaite, y se lo veía como muchos de ellos nunca lo habían visto. Y a su lado, con la cabeza erguida y los ojos llenos de risa, caminaba tan fuerte y firme como cualquier muchacho de Yorkshire... ¡el señorito Colin!

FIN

---

1. N. del E.: no la hemos hallado en otra obra anterior; parece de la autora.